



INESISSE

BENDITA MALDICIÓN

D.B.Rodríguez

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© D.B.Rodríguez

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-18064-48-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

*Para Ainoa,
mi campanilla particular, por bendecirme con tu polvo de hada y hacerme volar. «Yo creo en las
hadas».*

Agradecimientos

Siento una gratitud inmensa por alguien muy importante en la materialización de este sueño, Freddy J. Rodríguez, mi primer lector, fan incansable, apoyo incondicional, aguja e hilo para todos los remiendos de mi corazón. Jamás viviré lo suficiente para pagarte lo que me has dado.

También quiero agradecer a unas personitas muy importantes, esas que me han dotado de la fuerza necesaria para que este proyecto tenga alas. GRACIAS y mil gracias a tod@s l@s Nessian@s que hoy forman parte de mi vida y que han hecho suya esta historia de amor.

L@s amo... y lo saben.

Créditos de auditoría muy especiales para Pablo Yagüe, el magnífico ilustrador de la portada, contraportada y solapas de esta obra. Gracias por aguantarme y por plasmar con tanta fidelidad la esencia de Nessie: Bendita Maldición.

Capítulo 1

Un sabor metálico inunda todos mis sentidos y no sé si es por la sangre, o por este artefacto que ahora atraviesa mi lengua. Siento como la adrenalina recorre todo mi cuerpo, pero desaparece en segundos. Cada día cuesta más mantenerla conmigo y la adicción que crea es abrumadora.

Pienso un poco y caigo en la cuenta de que un *piercing* en la lengua no es, ni será, una de las mayores locuras que he cometido, ni cometeré.

Esteban distrae mis pensamientos preguntándome no sé qué chorrada de la fiesta de anoche y algo sobre cómo debo tratar mi nuevo juguete. Tengo que centrarme para entender lo que dice, porque esta mierda en la lengua empieza a molestar de verdad.

—Esteban, no sé qué demonios has hecho, pero te has lucido poniéndome semejante barbaridad en la boca. Creo recordar haberte dicho que prefería el de las pequeñas esferas en las puntas.

—No seas exagerada Naty. Debes esperar a que cure con un modelo medicinal; este hará que cicatrices mejor. Y recuerda seguir una dieta blanda durante al menos cuarenta y ocho horas. Evita los sabores ácidos y presta especial atención a la evolución del *piercing* por si aparecen signos de infección...

Bla, bla, bla... Echo la cabeza hacia atrás haciéndome la dormida, solo para que se entere de que muero de aburrimiento con tantas instrucciones.

Pilla al fin mi hastío y cierra de una vez la boca, cansado de parlotear ante mi absoluta ignorancia. Diría que le he cabreado un poco, pero de repente una canallada le devuelve la sonrisa.

—Naty, te quejas del tamaño de ese indefenso *piercing*, cuando sabes que podría ponerte algo mucho más grande en esa boca sucia.

Estallo en cónicas carcajadas para que me sepa incrédula ante su afirmación tan pretenciosa.

—¿No sabes que es fatal para tus ventas ofrecer a los clientes un producto con el que no cuenta el *stock* de esta porquería de tienda?

No responde ni se defiende, se limita a mirarme, cómplice, antes de romper ambos en unas risas muy estúpidas que parece que fueran a reventar las finas paredes que cubren la modesta habitación.

Esteban es un buen chico y cualquiera que lo escuchase hablarme así pensaría que no me tiene el más mínimo respeto, pero la verdad es que adoro que no me trate como una princesita, porque no lo soy. De hecho, nunca he intentado serlo. Me aburre de la hostia pensar en princesas, con sus incómodos vestidos, esperando una eternidad, muertas del asco, a que sus príncipes perfectos las besen. Y esto, casi siempre, ocurre al final de la historia; cuando un beso debería ser el principio de cualquier historia.

Pero yo paso de esos rollos y Esteban lo sabe. Es el único amigo que tengo dentro del club de «los hijos de los amigos de mis padres» que, por cierto, son la mar de aburridos. Sin embargo, en él he encontrado el consuelo de una grata compañía. Recuerdo que nos entendimos al instante. Teníamos unos ocho años y yo le había encerrado en aquella caseta rosa chillón que mis padres se empeñaron en comprar. Un objeto que *a priori* me pareció estúpido y extremadamente rosa, aunque con el tiempo terminó siéndome de mucha utilidad. Allí encarcelaba a todos los hijos de esos estirados señores, con los que se me obligaba a jugar mientras los mayores hablaban de «cosas serias». Por suerte, Esteban era distinto. Es cierto que llevaba la típica ropita de pijo: con sus vaqueros demasiado formales, su camisita de botones y para guinda del pastel, ese *jersey* azul tan bien colocadito sobre sus hombros. Su ropa era una mera invitación a que le encerrase en mi

cárcel particular, y eso hice. Sin embargo, las cosas no salieron como esperaba.

Esteban no actuó en ningún momento como el resto de niños apresados. Él era muy distinto a esos estúpidos llorones que no paraban de gritar hasta que sus padres corrían para liberarlos de mis garras. Pero él no, él se quedó muy callado, extrañamente callado. Todo un inconveniente para mis odiosas intenciones de provocar la ira de mis padres. Adoro verles fingir sorpresa e indignación ante mis actos tan inapropiados, excusa que siempre hallaban oportuna para hacer uso público de las últimas modas en reprimenda. Quizás con el consuelo de que, en algún momento, el castigo me convirtiera en una niña «normal».

Estaba realmente extrañada con aquel comportamiento tan inusual, así que comencé a chincharlo llamándole nenaza, pero al cabo de unos minutos sin escuchar su voz, sentí que debía preocuparme. Me asomé intrigada entre los barrotes de la pequeña ventanita, también rosa, para variar, y los ojos se me salieron de las órbitas. Estaba tendido sobre el suelo y una espesa capa de espuma le cubría la boca. ¿Qué había hecho con aquel pobre chico? Aparté de una patada la silla que obstruía la puerta, quité el pestillo, me acerqué a él ya con lágrimas en los ojos y lo sostuve como pude entre mis brazos.

Lo había matado. Pasaría mis días en una cárcel, o peor aún, me electrocutarían la cabeza como en aquella película que vi a escondidas en el salón de mis padres. Casi que podía imaginar mi suerte unida a la de aquel hombre tan grande al que acusaban injustamente de abusar de dos niñas pequeñas. La peli era realmente triste, tan triste como mi destino a la corta edad de ocho años.

Mientras mi mente se martirizaba entre trágicos pensamientos, el rubio de pelos rizados y ojos verdes se alejaba corriendo de mí, cerrando tras de sí, la puerta de esa minúscula caseta en la que hacía solo unos minutos le había encerrado yo. No lo podía creer, había logrado engañarme. Todo formaba parte de su teatro para jugármela.

En cuanto se aseguró de tenerme totalmente atrapada, asomó la cabeza por la ventana y con una sonrisa perversa, lamió ante mis ojos el resto de saliva que había estado acumulando para su farsa. Era asqueroso, pero tenía que reconocer que el truco le había salido a la perfección. Eso sí, estaba cabreada. Nunca había pasado allí dentro, lo suficiente, como para saber que era un espacio tan pequeño. ¿A quién se le ocurre pensar que disfrutaría jugando dentro de algo tan angosto?

Algún tiempo pasó sin escucharle. Creí que se habría marchado, pero las débiles y crujientes paredes de la caseta delataron su aproximación. Incluso podía saber exactamente sobre qué pared estaba recostando su cuerpo; aunque poco conocía acerca de sus intenciones.

—Te llamabas Natalia, ¿no es así?

—A ti que te importa, nenaza.

—Veamos Naty; si me pides perdón prometo sacarte de ahí y...

—Ni lo pienses, nenaza —respondí sin dejar siquiera que terminase la frase.

—Como quieras, pero tienes que saber que he dejado dentro a mi amigo Fran.

—¿De qué demonios hablas? Aquí solo estoy...

Antes de terminar con una declaración de principios que pretendía ser tajante, algo me toca una pierna. ¡Demonios! Creo haber visto un lagarto.

Ahogo un grito y los pelos se me ponen de punta. No quería que notase mi debilidad, pero odio a esos bichos tan fríos, así que me apresuro a pedirle perdón. A lo que el muy insoportable agrega:

—Muy bien, pero aún necesito que hagas algo por mí.

Sin verlo, adivino una enorme sonrisa de satisfacción en esa larga cara de niño ruin.

—¿Qué más quieres de mí? Sácame ya o juro que te haré pedazos.

Me contengo y dejo de amenazarle en cuando siento de nuevo al frío y escamoso saurio moverse entre mis piernas.

—Quiero que me ayudes a destrozarse este horrible *jersey*, pero debes decir a nuestros padres que has sido tú.

Su proposición era extremadamente malintencionada, e igualmente asentí sin pensarlo dos veces. Para ser sincera, ya le traía ganas a su ropa, y llevarme un castigo de mis padres formaba parte de un plan más añoso.

En cuanto salí de allí no pude evitar mirarlo con aprobación. Había tenido agallas y un buen plan para jugármela. Plan que parecía sacado de mi propia mente diabólica, así que, sin más, lo adoré. Ese día usé mis pinturas de una manera muy artística sobre su *jersey* y ambos jalamos de las mangas hasta ver caer sus trozos al suelo. Me llevé un buen castigo, por supuesto, pero Esteban prometió que jamás, él y Fran —su lagarto—, se lo habían pasado tan bien.

Once años después y algún que otro Fran de reposición, seguimos juntos. Ese rubio de ojos verdes continúa teniéndolos bien puestos. Acaba de abrir su pequeña tienda, *El lagarto*. Aquí hace tatuajes, perforaciones y toda clase de aberraciones de Satán, como les llama mi madre. Los padres de Esteban tampoco lo aprueban y le han mandado a este barrio de mierda, en Vallecas, donde su selecto club de amigos no alcance a verle. Así no tendrán que sentirse avergonzados; de hecho, mis padres piensan que Esteban está haciendo carrera en Alemania. ¿Hay que ver lo que llegan a hacer algunos por mantener una imagen social, a su parecer, inmaculada! ¿En qué preciso momento el dinero degenera tanto a las personas?

—Naty, esta vez te has pasado. ¿Ya sabes que van a hacer contigo tus padres?

—¿Qué me he pasado? ¿Me vas a sermonear tú, a mí? ¿Ahora estás de parte de ellos? Claro... que ahora eres un hombre de negocios y te has vuelto un gilipollas responsable. ¿Es eso?, ¿verdad?

—No digas estupideces. Sabes que su mierda de alto estatus me la trae floja, pero creo que protestar con carteles de la *Greenpeace* en la Puerta del Sol, ya habría bastado para provocarle un infarto a tu madre. Lo de quedaros desnudos tú y tus amiguitos, en mi opinión fue demasiado. ¡Y para colmo te dejas tomar fotos! ¡Que sales en portada! Aunque he de reconocer que quedaste muy favorecida en la imagen que publicó *El Telescopio Digital* esta mañana. —Me guiña un ojo, suavizando la reprimenda con su repugnante comentario soez.

¿De veras pretende salir ileso? Lo veo complicado; me ha cabreado, pero bien. Aprovecho la corta distancia y le lanzo el mugriento cojín que pretendía adornar, fallidamente, un viejo sofá que no sé de qué basurero habrá sacado. Quizás deba cuestionar el haber puesto mi trasero ahí, pero de momento me consuela ver el cojín estampado en su cara. Aunque él no parece demasiado afectado con mi ataque y se ríe como si fuese otro de nuestros juegos.

No tengo cuerpo para aguantarle, me voy. Giro el pomo de la ruidosa puerta a la que ha incorporado, cómo no, uno de esos chismes para avisar de la entrada y salida de un cliente. Odio esas porquerías bulliciosas, así que espero a que termine de sonar para despedirme con una aclaración importante: su discurso puede metérselo por donde le quepa.

—No me vengas con esa mierda, precisamente tú. —Le miro de arriba abajo para que entienda de lo que hablo—. Para escuchar sermones como ese me voy a casa. Tendré que considerar más la idea de venir a este sitio que, por cierto, da asco; para que un principiante me torture la piel.

Ha sonado muy fuerte, aunque no creo realmente en la mitad de las palabras hirientes que le he lanzado. Digamos que se me da bien atacar a los demás para relajar mis nervios. Sé que esta vez la he cagado, y mucho. No tengo ni idea de cómo reaccionarán mis padres después de lo sucedido. Llevo dos noches sin aparecer por casa. He ido a la Uni, eso sí, pero ayer me fui de fiesta con los

chicos de la organización y como siempre, la liamos hasta la madrugada. Luego me apeteció conducir hasta esta mierda de barrio para perforarme la lengua. Ya puestos a cabrear a mis padres, mejor darles suficientes argumentos.

—Me largo —agrego mientras salgo.

Sé que no me dejará ir sin más y para confirmar mis sospechas, abre la puerta buscándome en dirección a la calle por donde pretendo desaparecer.

—Soy consciente de que no hablas en serio, pero un día me cansaré de aguantar tu mala leche —grita como un poseso para asegurarse de que sus palabras me alcanzan.

Hago caso omiso a su reclamo y sin girarme siquiera, le levanto el dedo corazón. Aunque en mis adentros rezo para que no cumpla su advertencia. Esteban es mi mejor amigo y quizás, el único de verdad.

Como si escuchara mis plegarias añade en un alarido aún más fuerte.

—No seas obstinada. Y mantenme informado de lo que tienen preparado para ti esos capullos. No olvides que me preocupo por ti.

Lo último casi no lo escucho porque doblo la esquina en busca de mi coche, pero suelto un suspiro de alivio ante su preocupación. Es bueno saber que cuentas con alguien que te apoya, aunque a veces esté convencida de que no lo merezco.

Capítulo 2

Ya estoy en el coche, pero aún no me atrevo a poner en marcha el motor. Creo que es la primera vez que me asustan las consecuencias de mis actos; quizás porque en esta ocasión no se me ocurre una buena excusa para salir airosa. A esos dos les interesa más cuidar su buen nombre que cualquier otra cosa en este mundo.

Miro el móvil mientras repaso mis posibilidades; quedarme aquí dentro todo el día no parece una buena opción. Un mensaje de texto salta en la pantalla y enseguida adivino de quién es. ¿Quién más envía mensajes de texto existiendo *WhatsApp*?

Me dispongo a abrirlo y descubro, en efecto, el nombre de mi madre, *Sra. Scott*. Sé que es raro que no aparezca en los contactos de mi móvil con el simple y cariñoso apelativo con el que todo hijo debería llamar a su madre. Parecería más sencillo haber escrito *Mamá* al grabar su número, pero yo hace mucho que dejé de llamarle así. Tanto, que apenas lo recuerdo.

Vuelvo a mirar la pantalla e intento centrarme en el contenido del mensaje. Estoy bastante más nerviosa de lo que imaginaba. No iría muy desencaminada si reconozco que muchas de mis locuras esperan con desesperación el impacto negativo y de desaprobación que provoca en ellos. Pero en esta ocasión, hasta yo, sé que he ido demasiado lejos y empiezo a temer por las consecuencias.

El mensaje es escueto.

| *Algún día tendrás que aparecer por casa. Hasta que lo decidas, no te molestes en asistir a tus clases de universidad. Ya he hablado con el rector y hemos suspendido tus pagos.* |

¿Qué? ¡De eso nada! No puedo creer que se hayan atrevido a jugar con mis estudios. La TAI para mí lo es todo. Me costó muchísimo entrar; sobre todo teniendo en cuenta que ellos se negaban a pagar por mi licenciatura en Arte, alegando que había escogido una carrera para gente que acaba ejerciendo en el metro. Aun así, terminaron accediendo cuando comprendieron que era mi única opción profesional y que, dado mi historial de mala conducta y antecedentes, lo mejor sería tenerme entretenida con algo inofensivo.

Así fue como ingresé en el centro universitario de artes, TAI. La primera escuela de arte independiente de enseñanza de grado universitario en España; en la que ya curso el segundo año. Inclusive, si todo sale bien, un año más y tendré mi grado de Bellas Artes por la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid. No pueden quitarme lo único que me mantiene cuerda.

¡Los odio tanto! ¿Cuándo esta gente llegó a parecerme tan repulsiva? No logro hallar ese momento exacto; mi cabeza solo recrea un montón de escenas de la infancia, plagadas de críticas y comentarios perversos.

«—*Natalia; así no se sienta una señorita a la mesa.* —*Natalia; otra vez con el vestido sucio.* —*Natalia; ese dibujo es horrible, deberías centrarte más en tus clases de cálculo.* —*Natalia, hoy te quedas sin comer por haber traído a casa a esa niña tan sucia y jamás volverás a jugar con ella.* —*Natalia, no eres digna de este apellido.*»

Para ellos nunca hacía nada bien. Mi padre no estaba mucho por casa; siempre en la oficina o lamiendo culos de peces gordos para lograr que invirtieran en sus planes de negocio. A mi madre jamás le oí una frase de consuelo, nunca estuvo ahí para mí. Nana era la única a la que parecía importarle, la que cuidaba de mí cuando tenía esa fiebre tan alta que hacía que me temblara todo el cuerpo; pero a ella también me la arrebataron.

Todavía, al recordar ese día, tengo la sensación de oler a tortitas quemadas. Yo corría como una

niña estúpida para avisar a aquella mujer que me cuidaba, de que algo olía mal. Así fue como la encontré empotrada contra una pared, con mi padre detrás montándola. El muy imbécil me hizo salir corriendo de allí con una buena bofetada. En nada comparada con la que me dio mi madre al día siguiente, cuando se lo conté delante de su exclusivo club de amigas del tenis. Después de dejarme la cara colorada, explicó a aquella panda de señoras amargadas, que esa historia era cosa de la niña andrajosa con la que me había juntado días antes. A la que tuvo que alimentar por pura caridad..., y así, continuó hablando de aquella chica, solo para desviar el tema hacia la miseria que tan de lejos les tocaba a ellas, pero que tanto les gustaba comentar en su selecto club.

Algún tiempo después, noté que nana no regresaba y advertí que no lo haría. Desfilaron a lo largo de mi infancia muchas otras, esta vez más viejas, eso sí, lo que me dio a entender que mi madre sí había creído en mi historia, pero jamás lo admitiría, y menos delante de sus amigas. Algo que no ayudó a mejorar la imagen que ya tenía de ella.

Estaba claro que nunca sería buena para ellos y con el tiempo me parecía cada vez más divertido ir en contra sus normas y etiquetas. Esto se intensificó con la adolescencia. Y aquí estoy, a mis diecinueve años: con unos tatuajes de más; un vocabulario de camionera que hace que mi madre acaricie la reluciente cruz que le cuelga del cuello cada vez que abro la boca; mis prendas siempre oscuras, rasgadas; y un odio creciente hacia ellos. Sin duda alguna ese sentimiento es recíproco. Sé que continúan aguantándome por no dar razones de cotilleo entre sus amigos. Constantemente tapando mis desastres, en los que se dejan un dineral con tal de ver a salvo su buen nombre. Pero esta vez, algo me dice que todo será diferente. Mi imagen ha recorrido los periódicos más relevantes y sé que les importa un pimiento mi integridad, pero no permitirán que mi mierda les salpique.

Dejaré de darle vueltas, es hora de ir a casa. No puedo quedarme aquí para siempre y necesito que reanuden mis pagos de la universidad. No hay nada que me importe más que la TAI.

Arranco al fin el coche resuelta a enfrentarme a mi destino, repitiéndome mentalmente: «¡La suerte está echada!». Como si la frase en sí fuese a infundirme una fuerza que desconociera.

Capítulo 3

Voy adentrándome en el barrio que me ha visto crecer. Nuestra casa familiar está situada en la calle Serrano del barrio del Viso, distrito de Chamartín, al norte de Madrid. Una de las calles más sofisticadas de la ciudad. Exclusivos comercios, elegantes restaurantes, casas con jardín en pleno centro y pequeños palacetes pueblan esta «milla del oro».

Yo, fan del libro *El Principito*, siempre pienso en cómo describiría este barrio a las personas mayores. Así que sería escueta y muy descriptiva si les menciono que el metro cuadrado en esta zona, se cotiza a más de diez mil euros. Pero si tuviese que describírselo a los niños, les diría que huyesen. Esos jardines siempre están vacíos, nadie juega en las calles y los que tuvimos la desgracia de habitar estas lujosas casas, éramos los niños más tristes del planeta. Siempre de un lado a otro viendo pasar el tiempo entre clases de ajedrez, natación, idioma, cálculo; entre otras muchas excusas para mantenernos ocupados y con los juguetes siempre en su sitio, impolutos.

Aparco mi jeep Grand Cherokee en la entrada. No quiero utilizar el garaje privado porque me conozco, sería útil tener todo a mano por si las cosas se ponen feas y tengo que salir pitando de aquí.

Entro hasta el salón sin que nadie note mi presencia. A medida que avanzo hacia la sala de estar, escucho con mayor claridad sus agitadas voces. Sigo acercándome, cautelosa, casi a escondidas, como cuando era pequeña para espiar. Ahí están, ahora puedo verlos perfectamente desde mi escondite.

—Henry, no creo que esa sea la mejor solución. Quizás si la mandamos a estudiar a Alemania como hicieron los Navarro con el menor de sus hijos. ¿No sé si lo recuerdas? Eeee... ¡Ah sí, Esteban!

Estoy expectante e intento continuar a escondidas, pero casi se me escapa una carcajada cuando propone mandarme a la supuesta «Alemania de Vallecas».

—Laura, esa jovencita ya ha derramado la última gota que colma el vaso de mi paciencia.

¡Menudo imbécil! Siempre tirando del refranero de una lengua que ni siquiera le ha visto nacer.

—Es que mandarla a Escocia... no sé yo. Y con esa bruja que tan poco nos ha apoyado en los últimos años. Nosotros, que somos su familia. Poco le ha importado nuestra situación; viviendo en la miseria absoluta mientras ella está allí, rodeada del más puro lujo. ¿Crees que es justo que su único hijo viva solo de sus migajas?

«*¡Que poco sabe mi madre de la miseria!*», es el primer pensamiento que me viene a la mente al oírla quejarse, pero pronto retumba como bomba en mi cabeza la palabra Escocia. ¿De qué mierda están hablando estos dos?

—Tienes razón cariño, pero ella misma se ofreció para encargarse de Natalia. ¡Quién sabe si eso la ablande! ¿Te imaginas? Podríamos sacarle muchísimo dinero. Desde la última vez que aquellos negocios no salieron como esperábamos, se ha rehusado a soltar prenda.

—¿En serio, Henry? ¿Crees que Natalia ablandaría a alguien? Esa niña estúpida no hace más que dar problemas... —Se detiene un instante, justo cuando creo que romperá a decir las peores cosas sobre mí, y añade, entornando los ojos en ese gesto malévolo con sonrisa falsa que tantas veces le he visto hacer—. ¿Sabes qué, cariño? Creo que después de todo tienes razón y no es tan mala idea mandarla con la vieja. Al fin y al cabo, se merece tal incordio y Escocia está lo suficientemente lejos como para que no nos traiga más disgustos. Ya no sé qué voy a decir a las chicas del club para exculpar su desvergüenza.

—¡Ni que lo digas! A mí también me está causando muchos problemas. Estoy a punto de cerrar

un buen trato con el Sr. García y su constructora. Si se llega a enterar de que mi hija es una de las cabecillas del grupito de andrajosos que se lo puso difícil el otro día con la demolición... no sé qué habría pasado. ¡Por Dios; que terminó desnuda! —exclama enfatizando su agravio.

Mientras la zorra de mi madre asiente y sentencia.

—Está decidido, la mandamos con la bruja a Escocia.

Agita la mano en un gesto muy ordinario imitando una despedida. Además que le pone en evidencia y que, además, deja al descubierto el hecho de no pertenecer a este mundo de etiqueta en el que siempre ha querido encajar.

Yo, en cambio, apenas puedo respirar como para salir de mi escondite y mucho menos, articular palabra alguna. El corazón me va a mil y la confusión en mi mente es aún más perturbadora. «*Escocia, Escocia, Escocia*». La palabra flota sin sentido en mi cabeza.

Sí, es cierto que había oído hablar del sitio. Sé que mi padre nació allí y que su madre (¿o debería decir «mi abuela»? Conozco tan poco a esa señora, que casi prefiero seguir refiriéndome a ella como «la madre de mi padre») era de origen español, pero se casó con un señor escocés que terminó siendo el padre de su único hijo, Henry, mi padre. Lo otro que recuerdo, es que vivieron una larga temporada en España hasta que él murió, y ella decidió regresar a ese maldito lugar al que quieren desterrarme llamado Escocia. Para entonces mi padre había conocido a mi madre y no estaba dispuesto a volver con ella a Escocia. ¡Vamos!, que intento reagrupar los escasos fragmentos de mi historia familiar tan mal contada, a toda velocidad y sin demasiado sentido común. Estoy a punto del colapso mental. ¡No pueden hacerlo! No pueden enviarme allí sin que lo consienta. No voy a ir a ningún sitio, no voy a ir a ningún sitio, no voy a ir a ningún sitio... Lo repito mentalmente tantas veces, que termino gritándolo con todas mis fuerzas; irrumpiendo en la habitación como una loca.

—¡No pueden hacerlo! ¡No voy a ir a ningún sitio! —digo esta vez a toda voz y mirándoles a los ojos.

—¿Que hacías ahí, a escondidas? Siempre dando muestras de tu mala educación —recrimina ella, como si eso tuviese alguna importancia ahora mismo.

—He dicho que no voy a ir a ninguna mierda de sitio en el que esperáis deshaceros de mí.

—Sí que irás, jovencita —responde mi padre al tiempo que afirma repetidas veces con la cabeza.

—Estáis muy equivocados si piensan que voy a acceder a vuestro absurdo plan. Ya no soy una niña.

—Porque no lo eres es que estamos hartos de que te comportes como tal —continúa él, que al parecer es quien cree que podrá hacerme cambiar de opinión, aunque lo único que consigue es cabrearme más.

—Quizás si tú... —digo señalando a mi madre— no te hubieses pasado mi infancia de aquí para allá, compensando tu vacío de frígida mal follada con esas zorras del club...

Me mira escandalizada y echa mano, ¡cómo no!, de su reluciente crucifijo. Pero continuo, esta vez señalándole a él.

—... O tú me hubieses escuchado al menos en alguna ocasión, en vez de perder el tiempo follándote a mi nana y embaucando a ricos. Quizás, solo quizás, yo no estaría tan jodida.

Ni siquiera vislumbro indicio alguno de su aproximación. Todo pasa muy de prisa. Parpadeo y lo veo encima. Vuelvo a abrir y cerrar los ojos para descubrir su rostro contraído, en el mismo instante en que comienzo a notar un escozor en toda la cara. Es indescriptible la rabia que me genera que este hombre, a mis diecinueve años, se haya atrevido a atizarme tal bofetada.

Me apresuro a limpiar una escurridiza lágrima que amenaza con caer en mi rostro maltratado,

mientras tengo que escuchar cómo mi madre se atreve a intervenir por él.

—Mira lo que le has hecho hacer. Llevas a tu pobre padre al límite.

Encima tengo que aguantar que la muy zorra lo disculpe.

Le echo a ambos una mirada asesina tan cargada de odio, que hace que me ardan aún más los ojos.

—¡Que os jodan! ¡Yo me largo! —Comienzo a andar en dirección al coche, pero me detiene de nuevo su áspera y repugnante voz.

—De eso nada, jovencita. Devuélveme las llaves del jeep y que sepas que tienes la cuenta cancelada. Disfruta de los datos que le quedan a tu iPhone porque tampoco pienso seguir costeándotelo.

Me giro sin pensarlo un solo segundo y lanzo las llaves del coche a toda velocidad. El estruendo es tal, que hasta yo me sorprendo cuando impactan contra el cristal gigantesco que separaba una instancia de otra; haciéndolo añicos y llenándolo todo de diminutos pedacitos de vidrio.

Mi madre pega a dar gritos, mientras mi padre corre para consolarla.

—Pronto todo acabará y no tendrás que pasar más por esto, te lo prometo cariño. —Se gira hacia mí y con la calma que distingue su cínico carácter, concluye.

—Estas son las condiciones Natalia: Si te quedas en España, ya no nos haremos cargo de tus gastos. Sin embargo, si nos haces caso y te vas un año a Escocia con tu abuela, lo suficiente para que todos olviden el escándalo que has montado con esas dichas fotos; te prometo que a tu regreso reanudaremos los pagos de la universidad y costaremos lo que sea que hagas con tu vida en Madrid.

No sé qué hago aquí todavía escuchándole. El cuerpo no me responde y mi cerebro está demasiado atónito como para dar una orden tan sencilla a mis pies de que deben ponerse en marcha.

Respiro profundo y parece que el oxígeno llega al fin a los sitios adecuados. Comienzo a andar en dirección a la puerta principal sin saber a dónde voy a ir exactamente.

Mientras me alejo evaluando las pocas opciones, escucho a mi madre replicar con desesperación.

—¿Y si vaga por ahí sin dinero?

Inocentemente una parte de mí cree que en esa alma podrida puede quedar un ápice de luz; pero continúa.

—¿Qué pensarán de nosotros? Si pide dinero a alguno de nuestros amigos, creerán que estamos arruinados. No... ¡qué vergüenza! —Rompe a llorar, como si temiese que sus peores miedos se hiciesen realidad.

—Volverá, confía en mí, cederá.

He escuchado suficiente. Cojo carrerilla, abro la puerta y salgo lo más rápido posible. No quiero oír una palabra más de lo que tengan que decir esos dos.

Ya en la calle y frente al coche que no puede llevarme a ningún lugar; saco el móvil y marco a la única persona que sé que le importo, para que me saque de aquí.

Capítulo 4

Un olor intenso a café despierta mis sentidos, pero aún no logro que mis ojos se adapten a la claridad. Me lleva algunos segundos más abrirlos del todo y lo hacen para descubrir a Esteban delante del escabroso sofá, donde, al parecer, he pasado la noche.

Se inclina para dejar una humeante taza de café en la mesita de cristal que tengo en frente; haciendo lo que para mí es un ruido insoportable. Contraigo el rostro y me llevo las manos a las sienes.

—Es lo que tienen las resacas —dice dibujando una amplia sonrisa en su cara, y por un momento me parece estar viendo al niño ruin de la infancia.

Se hace hueco en un asiento gris que veo por primera vez, gracias a que lo ha despojado de tanta ropa que lo camuflaba.

—Déjame en paz. No quiero vivir. —Mi voz está irreconocible.

Rompo de una vez esa nota mental en la que prometo «no beber nunca más». Total, siempre termino ignorándola. De no haberme desentendido de ella, ahora tendría fuerzas para levantarme.

—¡Ya te vale! Conducir casi dos horas para ir a buscarte al centro, traerte a mi choza y que termines robándome el *whisky*. ¡Tú sí que tienes morro! —Continúa sonriendo a mi costa, mientras yo examino con la mirada mi alrededor; buscando algo que poder lanzarle a la cabeza.

Quiero hacer que cierre la boca, pero el muy listillo adivina mi gesto y se lanza hacia mí.

—Ni se te ocurra. —Intenta ahogarme con un almohadón que no sé de dónde ha sacado.

El alcohol me hace extremadamente lenta, así que levanto las manos ofreciendo rendición y hasta entonces no me percaté de que tiene el torso desnudo.

Lo conozco desde lo que viene siendo casi toda mi vida y aunque sé que está bueno y tal, yo solo veo al niño travieso que tanto admiraba; con el que he pasado los momentos más felices y difíciles de mi corta existencia. Aunque estaría ciega sino apreciara esa hilera de músculos tan perfectamente dispuestos a lo largo su abdomen. Si de algo estoy segura, es de que eso no estaba ahí cuando jugábamos a correr desnudos, solo para ser perseguidos por los escandalizados ojos de mi madre.

—¿Te gusta mi nuevo tatuaje? —Señala su abdomen y yo afirmo mirando, ahora sí, el tatuaje al que hace referencia y el que me vale para excusar el hecho de que me pillase echándole un buen repaso.

—No sé, depende.

—¿Depende de qué?

—De si te lo hiciste tú mismo y con la mano zurda.

—Ja, Ja. Que graciosa se ha levantado la señorita. Pensé que te gustaba; eso o me estabas mirando descaradamente.

—Seguro que lo segundo porque el tatuaje parece hecho en *braille*. Solo me imagino a un ciego encontrando arte en esa porquería.

El muy capullo me regala un corte de manga, pero terminamos riendo los dos con mi ocurrencia.

¡Me siento tan bien! Con él es siempre así, a gusto. No tengo que ser quien no soy y no necesito impresionar a nadie.

—Ayer bebiste mucho; tanto que tu cuerpo no pudo más y no sé si te dormiste o simplemente perdiste el conocimiento.

Se le ve turbado y espero que no se ponga en plan protector. Aunque en segundos recupera la sonrisa y agrega con el fin de quitarle peso a sus preocupadas palabras.

—Te habría llevado en brazos hasta mi cama. Yo hubiese dormido en este sofá sin ningún problema, pero como esas cosas las hacen los príncipes en las novelas románticas que tanto odias; pues preferí dejarte descansar. Además, estás hecha una vaca y no quiero lesionarme.

—¿Una vaca? ¿Yo?

Esta vez agilizo mis movimientos y logro quitarle el almohadón para callarlo. Sé que lo dice en broma, pero igualmente quiero hacérselo pagar. Soy lo más alejado que hay a una vaca, más bien una cabra enclenque. Pero sé lo que hace; intenta distraer mi cabeza de todos los dilemas que la habitan, cosa que agradezco enormemente.

Le dejo porque no tengo fuerzas para este forcejeo infantil. Muero por un buen café. Flexiono mi cuerpo para alcanzar la taza que antes colocó en la mesita de centro y que ya debe tener la temperatura perfecta. La bebo como agua fresca, me volteo y le provoco.

—Era para mí, ¿verdad?

Mi descaro le sorprende muy poco. Se acomoda indiferente en el sofá y con un gesto de reverencia, afirma.

—Claro que sí, princesa.

Aprovecho que casi me ha echado del sitio para desperezarme e ir a por una ducha.

—Necesito un baño. ¿Estarás aquí cuando termine o tienes que marcharte a la tienda?

—Naty, hoy es domingo, no voy a ninguna parte. Quiero que hablemos de lo que piensas hacer.

—Vale, vale. Pero antes, la ducha.

No quiero hablar sobre mi mierda de vida; aunque evitarlo no hará que cambie mi situación.

Entro al cuarto de baño y compruebo mi imagen en el espejo. Estoy hecha un completo desastre. Mi pelo largo, por lo natural liso, está todo enmarañado; el escaso maquillaje en matices negros ahora es gris y se esparce como borrones sobre mis ojeras. Sin hablar del tono blanco de mi piel, que resalta a más no poder por la palidez que me provoca la resaca.

Lavo mi cara unas cuantas veces antes de entrar en la ducha. Quiero eliminar los restos de maquillaje; no creo que Esteban tenga algo parecido a un desmaquillante por aquí.

Cuando estoy más o menos lista, entro y dejo que el agua caliente relaje mis hombros, luego hago lo mismo con la cabeza y poco a poco me voy entregando a la agradable sensación que provoca la misma al deslizarse por mi piel. No quiero pensar en nada, al menos no, mientras disfruto de este baño que está limpiando los desperdicios de alcohol que aún vagan por mi cuerpo.

Termino la ducha y me lavo los dientes con ayuda del dedo índice, al que he untado con un poco de dentífrico. La labor me hace pensar en las condiciones en las que me encuentro. He salido de casa prácticamente con lo puesto. Mi situación es mucho más vulnerable de lo que parecía *a priori*.

Logro desenredar mi pelo y lo envuelvo en una toalla, enrosándola a mi cabeza. Cojo otra para cubrir el cuerpo, y salgo hasta el salón en busca de Esteban. Necesito que me deje algo de ropa porque la que acabo de quitarme apesta a *whisky* y paso de reutilizarla en tales condiciones.

Allí está, en el mismo sofá donde le dejé hace un rato, pero ahora tiene los ojos cerrados y algo me dice que está en el séptimo sueño.

—¡Eh, tú! ¡Sí tú! ¡Nenaza! Déjame ropa lim-pi-a... —alargo la última palabra porque quiero asegurarme de que me dé algo decente.

—¿Qué coño quieres Naty? —dice abriendo los ojos con pereza.

En cuanto visualiza mi presencia, su mirada cambia, sus ojos verdes se tornan más oscuros y juraría que están cargados de deseo.

Recoloco con torpeza la toalla, jalando del extremo que se encarga de cubrir mis pechos. A

pesar de lo delgada que soy por constitución, mis pechos son bastante más grandes de lo que me gustaría.

Él termina apartando sus ojos de mi cuerpo, hasta que su mirada vuelve a ser tan inocente como siempre. Yo, por otro lado, aprovecho para reanudar la conversación y poner fin de una vez a este momento tan raro.

—¿Me prestas algo de ropa? No quiero pasarme el día desnuda.

—No sé. —Se acaricia el mentón haciéndose el interesante—. No serías la primera mujer que vaga desnuda por mi casa un domingo de resaca.

—No soy una de tus zorras, no te confundas. —Lo amenazo con la mirada para que deje de hacerse el gallito.

—¡Que carácter! Coge lo que te venga en gana de mi habitación. Además, seguro encuentras algo de ropa interior femenina por ahí tirada.

Lo peor es que no lo dudo, Esteban es un picaflor de mucho cuidado.

Entro en su cuarto para alucinar con el desorden. El caos es aún peor que el de la sala. Enciendo la luz antes de avanzar; entre el cúmulo de ropa tirada y las paredes cubiertas de posters tan oscuros, no logro ver con claridad. ¿A qué edad se supone que es razonable deshacerse de todos los afiches en plan fan loco? No lo sé, pero Esteban está tardando. Aunque me sorprende ver que aún conserva las pancartas de Bob Marley, Linkin Park y Green Day que le regalé hace ya algún tiempo.

Espera... ¿También lo guarda? La vista se me escapa a la polvorienta librería donde descansa el ejemplar de *El Principito* que le regalé en su decimocuarto cumpleaños y que sé, por la sinceridad que le caracteriza, que no ha ojeado siquiera. Esteban no es lo que puede decirse un gran lector y en eso dista bastante de mí.

Me concentro para encontrar lo que he venido a buscar y en efecto, hallo algo de ropa interior femenina desperdigada por todas partes. Por la variedad de tallas intuyo que no es de una sola mujer y por supuesto que no pienso ponerme nada de eso. ¡Sabrá Dios con qué clase de chica se acuesta este! No soy nadie para juzgar y es un hábito que detesto, pero de ninguna manera voy a usar esa mierda.

Al final me decanto por unos *boxers* que tenía doblados y apilados en una esquina, con pinta de ser nuevos o al menos estar limpios. También me enfundo en una de sus camisetas negras que me vale perfectamente como vestido. Esteban es bastante más alto que yo, lo normal es que la prenda me llegase por las rodillas.

Me desprendo de la toalla que sujetaba mi pelo, y salgo al fin. Por mucho que me incomode, la conversación es inevitable.

—Ven, siéntate —dice dando golpecitos en el sofá para que le acompañe.

Me siento a su lado, aunque lo cierto es que no sé por dónde empezar.

Tartamudeo un par de veces y continúa para evitarme el calvario de iniciar una conversación sumamente embarazosa para mí.

—Vale, a ver si me entero. La situación es la siguiente: Saliste de allí sin llevarte ni un solo objeto personal, prácticamente con lo puesto; no tienes ni un puto duro; han cancelado tu tarjeta de crédito, así como los pagos a la TAI; y todo con el ultimátum de que debes irte a la tierra de los hombres con falda. ¿Estoy en lo cierto o ayer el alcohol te hizo decir más tonterías de las normales?

—No, lo que acabas de decir es lo que hay. —Levanta una ceja y hace ese gesto tan suyo de acariciarse la barbilla cuando no logra entender algo muy complicado.

—Ok. ¿Cuáles serían las opciones?

—¿No lo entiendes? No hay opciones, o al menos ninguna que no implique tirarme de un quinto piso —digo de la forma más dramática que encuentro, porque tampoco creo que haya demasiadas soluciones.

—No exageres. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Te dejaré pasta para que compres lo que necesites.

—¿Y cómo se supone que voy a devolverte esa pasta?

Sé que quiere apoyarme y por ello intento mantener la calma, pero no me está ayudando a encontrar una maldita solución, me está protegiendo como a un perrito callejero.

—Puedes trabajar en la tienda. Tienes una visión del arte increíble. No he conocido a nadie como tú y dudo que haya algo que no puedas hacer con esas manos si te lo propones. Tus dibujos son espectaculares y si te enseñó el arte de tatuar, arrasará... —le interrumpo porque no puedo permitir que continúe diciendo sandeces.

—¿De qué coño hablas? Ese es tu maldito sueño, no el mío. Yo no quiero trabajar en ese asco de tienda; tatuando mierda de flores mustias y corazoncitos rojos a gente que llama arte a cualquier mamarrachada.

Ya me he pasado, «¿qué raro?, como siempre». Él solo quería ayudar y yo voy y le hago pagar mi caos existencial.

Lo normal sería mandarme a la mierda, pero responde como si nunca hallara dureza en mis palabras. Es como si toda mi porquería de carácter pasara por él con un filtro especial, en el que siempre escucha lo que realmente quiero decir y no las estupideces que salen de mi boca.

—Sí, tienes razón. Eres mucho mejor que todo eso, mereces un futuro mejor, y hasta tú lo sabes. Aunque nunca quieras hablar abiertamente del talento que tienes, lo sabes.

—No. No es eso, antes me he pasado.

—No te has pasado Naty, he sido egoísta. Solo he pensado en mi deseo de que te quedases en Madrid, pero los dos sabemos que la mejor opción es que aceptes ese viaje. Un año pasa muy rápido y Escocia no está tan lejos. Cuando te vayas a dar cuenta, ya estarás regresando. Podrás terminar la TAI sin que tu vida se vea demasiado afectada, y lo más importante; no tendrás que renunciar a tus propias metas.

Tengo que contenerme para no llorar, lo de expresar sentimientos abiertamente jamás ha sido lo mío. Haré lo que sea para terminar esta conversación antes de que afloren y me sienta más perdida de lo que ya estoy.

—No sé, Esteban. Tengo mucho en lo que pensar, pero es un hecho que no voy a ceder en cuanto a Escocia. Si no te importa, ¿puedo volver a quedarme aquí esta noche?

Se levanta del sofá y recorre con desgano el pequeño intervalo que separa la cocina de la sala. Me inquieta que ponga distancia entre ambos justo cuando le pido un favor tan importante, teniendo en cuenta que estoy literalmente en la calle. Aunque, por otra parte, entiendo que quiera poner un poco de espacio entre ambos, este sofá empezaba a encogerse ante tanta tensión.

—Eres una cría. Lo sabes, ¿verdad? Acabo de proponerte que te vengas a vivir aquí, ¿y me preguntas si puedes quedarte hoy? —suspira profundamente, tomando fuerzas para aguantarme.

—Sabes que esto de necesitar a otros no se me da bien.

El tono me sale a disculpa.

—Lo sé, pero estoy aquí para ayudarte. No lo hagas más difícil —asiento y regresa para acomodarse nuevamente en el sofá, dejándome prácticamente fuera del mismo—. Mejor vete hoy a mi habitación, así podré masturbarme tranquilo en mi lugar favorito de la casa.

—¿Qué? ¡Ay, no! Eres un puto cerdo. ¡Puaj! Qué asco, ¡yo he dormido ahí!

Me levanto con rapidez y empiezo a lanzarle las prendas que antes cubrían el asiento gris y que

ahora están por el suelo.

—Será mejor que reconsideres lo de ponerte algún sujetador de mis despistadas conquistas. Como sigas agachándote sin nada debajo de esa camiseta, voy a tener que comenzar mi «ritual sagrado» contigo delante.

Sujeto instintivamente mis pechos y aliso la camiseta al tiempo que corro a su habitación. Sin antes despedirme como es debido; enseñándole a su amigo, el dedo central, y gritándole algo que para él es un título nobiliario.

—¡Capullo!

Ya estoy en la habitación y aún puedo escuchar sus alocadas risas. Sabe que no me intimida con sus guarradas, pero disfruta sacándome de quicio. ¿Qué hora será? Alumbro la pantalla y las notificaciones de algunas aplicaciones me distraen de mi objetivo inicial para averiguar la hora, así que termino apagando el móvil sin saberlo. ¡Seré idiota! Vuelvo a encenderlo y veo que son las nueve de la noche. ¡No puede ser! ¿Hasta qué hora dormí hoy? O... ¿a qué hora me dejé dormir anoche? Pensar en el tiempo solo logra confundirme más. Está claro que desde que soy una vagabunda sin techo, el tiempo transcurre a otro ritmo.

Me echo en la cama con la edición de *El Principito* que le regalé un día a mi amigo y releo esas páginas que en mi ejemplar personal están sumamente gastadas. De algún modo, me alegra que Esteban no lo haya abierto siquiera. Dejaría de creer en mi escepticismo sobre el amor, algo que deformaría bastante mi reputación de amargada sin corazón. ¿Cómo se puede adorar a un libro como *El Principito* y no creer en el amor? Para mí es el libro más romántico que se haya escrito. Normal que esté concebido para los niños, son los únicos con el poder suficiente para cambiar el mundo. Si quieres que algo crezca; debes poner toda tu fe en la semilla.

Dejo el libro sobre la mesita de noche y me pongo a pensar hacia dónde puedo reconducir mi vida. Por más vueltas que le doy, sigo sin encontrar una vía de escape. Se las han arreglado para dejarme sin oportunidad alguna. Ni siquiera he terminado la carrera. Estaba tan cerca; he conseguido suficientes créditos como para graduarme el año que viene. Sé que si lo dejo todo y comienzo cualquier trabajo de mierda, quedaré atrapada para siempre. El arte será aquello que dejé atrás en el camino y no la razón de mi vida, lo único que he querido de verdad desde que tengo uso de razón. ¿Debería seguir los consejos de Esteban y aceptar ese estúpido viaje a Escocia? No, no puedo dar mi brazo a torcer, eso les haría muy felices.

Pero... ¿y si esta vez no se trata de ir en contra de ellos? El juego es mucho más peligroso ahora que todo mi futuro está en jaque. Si no acepto, me quedaré aquí tirando mi vida por la borda, ellos terminarán buscándose una buena excusa para explicar mi desaparición ante todos y yo seré la única perjudicada. Creo que en esta ocasión no se trata de ellos, sino de mí y de lo que realmente me importa. A fin de cuentas, un año pasa volando y pronto esto no será más que un duro recordatorio de que no debo confiar en mis padres.

Sí, no hay nada más que pensar. Esta no es la mejor solución, pero sí la única. Me voy a Escocia.

Capítulo 5

La bruma es espesa, no logro ver nada entre tanta oscuridad. Siento frío, un frío que me hiela los huesos. A ciegas me arrastro por la tierra. Oigo voces, pero por más que grito nadie me escucha. Dejo de luchar. Me resigno a la quietud de hallarme tirada junto al polvo, abrazando mis rodillas e intentando entender qué está pasando. La calma arroja respuestas y reconozco familiaridad en sus voces. Sí, son ellos.

—No dejaré que nadie la vea así, me moriría de vergüenza.

—Ha perdido completamente la cabeza. Será mejor internarla.

—Sí, pero llévatela lejos, donde nadie pueda encontrarla.

¡Dios!, son mis padres. ¿A dónde quieren llevarme?

Me revuelvo frenéticamente, arañando la tierra y gritando a todo pulmón.

—No lo hagáis, no me llevéis. No quiero ir a ninguna parte. No...

—¡Natalia! ¡Natalia! ¡Natalia! —¿Esteban?

Despierto en el suelo de la habitación, cubierta de un sudor frío. Lo primero que veo son sus ojos verdes, desbocados, presos del miedo.

—¿Estás bien Naty? Ha sido una pesadilla. Llevo un buen rato intentando despertarte. Ya comenzaba a preocuparme el hecho de que rehusases a volver aquí. Se te veía realmente mal, gritabas cosas sin sentido. —Está muy asustado y me abraza; dejándose llevar por la zozobra que le ha provocado verme tan mal.

—Estoy bien, de verdad.

En cuanto me escucha pone distancia, como si mis débiles palabras le alejasen.

—¡Vamos! Levanta de ahí. Te has debido caer de la cama y ni eso ha hecho que despertases. Voy a traerte un vaso de agua.

—No, déjalo. Te acompaño a la cocina. ¿Qué hora es?

—Son poco más de las seis de la mañana.

—Entonces puede que necesite también un café.

—Vamos, te lo prepararé.

Una vez en la cocina prefiero quedarme de pie, recostada a la nevera, viendo como cuele el café. Me encanta ese silbido tan peculiar que proviene de la cafetera mientras hace su magia. Siempre me ha relajado muchísimo, pero Esteban habla y me saca de la empanada mental.

—Esto de comerte el coco con tu situación te está afectando bastante. Me tienes realmente preocupado.

Nunca me había hablado en ese tono, se le ve consternado. También hay que decir que esta es la primera vez que me hallo tan vulnerable. Hasta hace nada mi vida giraba en torno a meterme en líos de los que lograba salir yo solita. Claro que detrás iban mis padres limpiando las huellas que pudiesen dejar las consecuencias de mis actos, pero jamás había estado metida en una situación tan compleja. Es cierto que él también, alguna que otra vez, sacó mi trasero de sitios en los que no me encontraba segura y cuando más pequeños, me consoló y animó en más de una ocasión por las ofensas y desplantes de mi madre, pero definitivamente nada comparado con esto. Y lo está habiendo muy bien, no voy a negarlo. Independientemente de lo incómodo que pueda resultarme necesitarle, lo está haciendo muy bien.

—Tranquilo, ya no voy a comerme más la cabeza. Ese asunto está resuelto. Me voy a Escocia.

—¿Qué? Pero... si ayer dijiste... ¡No te entiendo Natalia! Ayer dijiste que no cederías en cuanto

a Escocia.

Su tono refleja decepción y me está poniendo de los nervios. Eso y que ahora no para de moverse de un lado a otro.

—A ver Esteban, no quiero cabrearme contigo porque sé que me estás ayudando. Pero me puedes explicar, ¿a qué viene esta mierda? Ayer me aconsejaste aceptar ese viaje y hoy... —me interrumpes abruptamente.

—También te dije que podías quedarte aquí hasta que encontraras una solución.

Su tono es algo fuerte y me estoy irritando de verdad. No sé por qué me lo pone ahora más difícil; ahora que he logrado tomar una decisión tan importante para mi futuro.

—¿Qué solución? ¿Volvemos a lo de tu mierda de solución? ¡No me jodas! —Apago el fuego porque la cafetera empezaba a sonar como si fuese a explotar, aunque creo que la que va a estallar por dentro soy yo.

—Tienes razón —dice más calmado y dejando de dar vueltas en el sitio.

—¿Qué tengo razón? ¿Tú te escuchas? ¿Estás mal de la cabeza o qué? Esto es un puto *déjà vu*. Primero me dices una cosa, luego otra, y vuelves a empezar. ¿Qué pasa contigo? ¡Todos se han puesto de acuerdo para volverme loca! —Ya estoy gritando, histérica y hago muchos gestos con las manos frente a su cara—. En serio, pensé que me apoyarías. Ninguna solución es fácil para mí. ¡Joder, ni siquiera sé lo que me espera en esa porquería de país!

Ya no puedo retrasar lo inevitable. Tengo los ojos llenos de lágrimas y aunque me esfuerzo para que al parpadear no se escurra ninguna, fracaso y a lo grande. Una vez abandonan mis ojos ya no paran y con ellas unos sollozos extremadamente infantiles. ¿Qué hago llorando como una niña mimada? Yo no soy así.

Esteban comienza por abrazarme, pero en cuando nota que mi ataque va a más, no lo duda ni un segundo y eleva mi cuerpo entre sus brazos. ¡Esto es ridículo! Sin embargo, me dejo llevar por la necesidad de sentirme protegida.

Avanza hasta la habitación conmigo en brazos, colocándose suavemente sobre la cama. Recoge mi pelo con torpeza y lo amarra en una coleta de esas negras que siempre adornan su ancha muñeca. Poco a poco voy calmándome, pero mi respiración sigue siendo agitada.

—Natalia, mírame. Claro que te apoyo, es solo que... —Pone su frente en la mía.

La cercanía me resulta en extremo confusa, así que separo mi rostro del suyo para mirarlo inquisitiva.

—¿Es solo qué, Esteban?

—No quiero perderte Naty.

Como una de esas olas que ves venir, pero que sabes que no podrás detener; estampa sus labios en los míos, dejándome sin la poca respiración que había tomado.

¿Qué? ¡No! ¡Esto no está pasando! Esteban es como mi hermano; los hermanos no se besan. ¿Por qué tiene que hacerme esto justo ahora? ¿Desde cuándo alberga tales sentimientos hacia mí? Sentimientos que no son correspondidos. «*Porque no lo son, ¿verdad?*». Claro que no. Esteban es mi mejor amigo. Lo quiero y mucho, pero nunca me sentiría atraída por él. Esto es una gran... no, una mierda gigantesca. ¿Qué le pasa a mi vida? ¡Si hay alguien ahí arriba, te suplico que dejes de jugar con mi mundo!

—Lo siento.

Sus palabras me devuelven a la realidad. Llevo ida un buen rato; lo suficiente para no saber cuánto tiempo estuvo tocando mis labios sin recibir respuesta alguna por mi parte. Tiene que haber sido humillante y lo siento por él.

—Puedo explicarlo... —continúa avergonzado, quiere darme razones de lo ocurrido, pero le

detengo.

—Esteban, no estoy preparada para esto, todo me está superando. Será mejor que me vaya.

—¿Qué? No por favor. Puedes quedarte, de verdad. Si te incomoda mi presencia me iré a la casa de un colega, pero no te vayas. Entiendo que te lo he puesto más difícil y de veras lo siento. No era el mejor momento. Te vi tan vulnerable que, no sé... siempre estás tan a la defensiva, con todos esos muros que has levantado para que nada ni nadie pueda tocarte que...

—Déjalo, en serio. Igualmente, no voy a retrasar más el viaje. Cogeré un taxi y hablaré con ellos hoy mismo.

—No, por favor. No me apartes de tu vida. Soy yo, hemos pasado por mucho. —Se lleva las manos a la cara con muchísima impotencia.

—De veras que no te aparto, solo quiero acabar ya con toda esta situación. Cuanto antes me vaya, antes estaré de regreso.

Mis palabras pretenden consolarlo, pero lo cierto es que necesito poner distancias entre los dos para procesar lo sucedido. Están siendo unos días muy duros y empiezo a perder el juicio.

—Al menos déjame llevarte hasta tu casa.

—¿Y privarme de verle la cara a mi padre cuando tenga que pagar la factura de un taxi de Vallecas hasta el centro? No, de eso nada monada. Si quieren que haga lo que ellos pretenden para mí, pues que les cueste. Y pienso ir hasta Escocia en primera clase —finjo una enorme sonrisa con la esperanza de borrar la larga mañana, pero no me corresponde y se limita a responder.

—Vale, como quieras. Estaré fuera por si necesitas algo antes de irte.

Se marcha y siento que las paredes de la habitación me vienen encima. Tendré que salir de aquí antes de que la ansiedad pueda conmigo. Tampoco quiero que regrese y tengamos que darle más vueltas a lo sucedido, no podría soportar un drama más esta semana.

Voy hasta el baño y me visto con la única ropa que tengo. No está en muy buenas condiciones; huele a alcohol y me arrepiento de no haber puesto una lavadora en cuanto me la quité. Aun así, le resto importancia; mi aspecto es el menor de los problemas ahora mismo. Aseo mi rostro y rehago la coleta alisando el pelo de las puntas. Paso de intentar desenredarlo del todo, no quiero perder más tiempo del imprescindible.

Avanzo en busca de una puerta que me saque de esta situación, pero al parecer una abertura en la pared no tiene el poder suficiente como para subsanar el caos ya creado. ¡Ay no! ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? Esteban está apoyado frente a la puerta de salida con las manos en la cara y dando pequeños golpecitos en la misma con la cabeza. Intuyo frustración en su gesto de autolesión y me pongo aún más nerviosa.

—Me voy. Quiero pillar el taxi más caro de Vallecas.

¿El taxi más caro? ¿Qué mierda de chiste he querido hacer? Estar de los nervios disparata mi lengua.

Se incorpora y descubre su rostro sin tener en cuenta lo que he dicho. Está destrozado.

—De verdad Naty, no tienes que irte. Tomarás una decisión tan importante en caliente y todo por mi culpa. —Pretende retenerme, pero no quiero alargar más esta tediosa despedida.

—¿Qué? No ¿Realmente crees que eres el centro de mi vida? Para mí no ha pasado nada, ya tenía la decisión tomada. Le di demasiada importancia a una tontería. Solo es un buen viaje con todos los gastos pagados. ¿Quién no se toma un año sabático alguna vez en la vida? Sería una tonta si no acepto la invitación de esa vieja rica.

He vuelto. Esta soy yo. Esto es lo que se me da tremendamente bien: herir sin piedad antes de reconocer lo jodida que estoy.

—A mí no me engañas, no eres tan cínica. Pero dejaré que te marches porque sé lo destructiva

que puedes llegar a ser y no pienso ser tu víctima, hoy no. Una cosa sí quiero que te quede clara. Cuando decidas regresar, yo estaré aquí.

Me niego a decir una palabra más, abro la puerta y salgo prácticamente huyendo de allí. Aunque el avanzar no hace que me sienta mejor. Desgraciadamente, no se suele ir muy lejos cuando se huye de uno mismo.

Capítulo 6

Solo quedan dos horas para que embarque mi vuelo. El tiempo es tan subjetivo. Normalmente cuando viajo por vacaciones odio todo el jaleo de los controles, el embarque, la larga espera. Pero en esta ocasión me aferro a los segundos que, impertinentes, se escapan de mí para volverse horas. Esto de esperar, sin saber lo que te espera, es desesperante.

Mejor dejo de pensar en lo que me deparará el viaje y agradezco haber salido de allí. La última semana en casa de mis padres ha sido desquiciante. Solo aguantar la cara de satisfacción de mi padre y la mera presencia de mi madre, me han bastado para querer huir lo más lejos posible. Aunque he de reconocer que apenas me dirigieron la palabra. Creo que morían de miedo ante la posibilidad de que cambiara de parecer con respecto al viaje, pero no lo hubiese hecho ni aguantando una dosis mayor de su protervia. Hay muchas cosas que me llevan a querer salir de Madrid y aunque mis estudios son el empujón más férreo, Esteban ocupa, sin duda, el segundo puesto de peso en esta decisión.

Durante toda la semana no ha dejado de llamar o mandar mensajes. Por supuesto, no he respondido ni a una sola de sus llamadas. Sé que es algo cobarde de mi parte, le debo al menos el explicarse, sin embargo, me resulta algo difícil perdonar lo que ha hecho. Me ha dejado sola en el peor momento. Yo necesitaba más que nunca de su amistad y él se ha aprovechado de mi vulnerabilidad.

Sí, también es cierto que he leído todos y cada uno de los mensajes que me ha enviado. No soy precisamente un buen ejemplo de autocontrol y me es imposible ignorarlos sin más. Los primeros no decían gran cosa; que le perdonase y respondiera a sus llamadas. Luego, al comprender que no lo haría, comenzó a enviar mensajes más largos; disculpándose por haber actuado así, que lo sentía muchísimo y bla, bla, bla... En resumen, mucho arrepentimiento que no cambia lo que hizo ni me hace sentir mejor. Sé que le perdonaré, hemos pasado por mucho, y, joder, es la única persona en mi vida que me importa realmente, pero aún no estoy preparada para pasar por alto lo que hizo.

Abro el tan útil buscador de *Google* para distraerme un poco del tema Esteban. No me estará de más encontrar algo de información acerca de mi exilio. Tecleo Escocia y como paso de leer la extensa opinión con escasa referencia bibliográfica de *Wikipedia*, divago entre algunas páginas e imágenes al azar.

Pronto estoy harta de ver gaitas —mierda de instrumento que me atrevería a tocar con el culo—; falditas a cuadros, que podrían poner enfermo a cualquier fetichista de colegialas —con la digna acepción de que quienes la portan son los hombres—; una historia absurda y descabellada de un monstruo en un lago; y mucha hierba. Por suerte esta vieja tiene bastante pasta y debe vivir en la capital. ¿O es que la gente rica no vive siempre en las capitales? ¡Yo que sé!, espero que en Edimburgo se hayan cortado un poco con la vegetación. Según las imágenes, el musgo por allí parece símbolo nacional.

No indagaré más, esto solo aumenta mi ansiedad. Salgo del buscador para encontrarme con otro mensaje de *WhatsApp*. Me jugaría todo a que es de Esteban, y en efecto, lo es.

Esteban Nenaza

He llamado a tus padres.

No te preocupes, no ha sido desde Alemania. Les he jugado una trola diciéndoles que estoy de vacaciones universitarias.

Me han comentado que a estas horas deberías estar embarcando.

Bueno, quiero que sepas que a pesar de que las cosas no debieron suceder así, no me arrepiento de nada....

¿Qué? Me ha mandado una decena de mensajes pidiendo perdón. Este es más inestable que yo y eso es mucho decir. Mejor sigo leyendo porque este hombre logra hacerme cabrear desde la distancia. Podría decirse que es un «capullo inalámbrico de amplia cobertura». Si estuviese aquí, seguro le haría gracia mi ocurrencia. Sí, lo sé, ahora la inestable soy yo, pero no puedo negar que le necesito conmigo, dándome fuerzas para subir a ese avión.

...Sé que te he pedido que me perdones, pero no por lo que crees. Algún día tenía que decirte lo que siento, no era justo para ninguno de los dos.

Esto de las declaraciones no es lo mío, más bien lo nuestro, pero hay cosas que tienes que saber.

No es tan empalagoso como que llevo queriéndote desde niños. Nunca te vi así. A veces me costaba recordar que eras una niña. Me lo pasaba mejor contigo que con ninguno de los chicos que tenía en mi entorno.

Pero el tiempo pasó y fue haciendo de ti una mujer preciosa que yo seguía viendo como a un colega.

Entonces entraste en la uni, la TAI te absorbió y tus nuevos amigos también. Yo tampoco tenía demasiado tiempo con mis rollos de la tienda y esas discusiones con mis padres que sabes de memoria.

Pero aquella noche cuando me llamaste, borracha, colocada y medio desnuda, para que te sacara de ese antro en el que te habías metido; todo cambió.

Fui a por ti, había pasado mucho tiempo sin verte y estabas, no sé, diferente. Eras tú, la de siempre, pero ya no te veía igual. Justo entonces noté el lunar en tu mejilla, tus ojos azul grisáceo. No sé quién de los dos había cambiado, pero mis ojos te descubrían por vez primera.

Sí, lo sé, me he puesto moña y sé que ahora mismo no te ayudo con esto, pero no voy a dejar que te vayas sin que lo sepas todo.

Así sigo. Porque si hay que decirlo todo, tú no ayudaste mucho a mi nueva situación. Esa noche me pediste que te follara. Bueno no, me lo suplicaste y Dios sabe que me costó horrores rechazarte, pero sabía que no estabas en plena consciencia. Y así fue, porque al día siguiente no recordabas nada...

Si lo recordaba y lo recuerdo. Esa noche estaba desesperada por lo de mi absurda «maldición»; tanto como para querer acostarme con mi mejor amigo. Qué hipócrita he sido. No le perdono que se haya abalanzado sobre mí en un momento tan vulnerable y yo he hecho lo mismo, sin importarme lo que podría significar para él.

...No me malinterpretes Naty, no quiero justificarme. He intentado luchar contra esto muchas veces y lo seguiré haciendo, porque prefiero arrancarme del pecho este sentimiento a perder nuestra amistad.

¡Coño, Naty!, que somos nosotros, seguimos siendo nosotros. ¡Madre mía! No sabía que se podía escribir tanto en *WhatsApp*.

Y termina con ese icono tan gracioso de un emoticono exhausto que suda del estrés.

No sé ni qué pensar, ahora mismo no funciona. Tampoco puedo dejarle aquí sintiéndose una mierda. Al menos debo escribirle para que sepa que esto no afectará a nuestra amistad, aunque sea una mentira muy mal contada. ¡Qué diablos! Claro que afecta. Me voy una larga temporada de Madrid y eso es suficiente para que afecte todo lo que me rodea. Le escribiré un mensaje

tranquilizador, dejaré las cosas estar y que el tiempo haga su magia.

Para cuando me dispongo a contestarle, una voz me hace levantar la cabeza del móvil.

—Señorita. ¿Usted no iba a tomar el vuelo hacia el aeropuerto de Inverness, Escocia? Ya han llamado a los últimos pasajeros.

Miro a mi alrededor y todos los que esperaban a mi lado ya no están. Salgo corriendo hacia la puerta de embarque sin poder agradecer a la buena mujer que me dio el aviso y frente a la rubia impecable que toma los billetes, no logro hacer otra cosa que disculparme con una mueca forzada. ¡Hay que ver lo que me cuestan las convenciones sociales! Aunque a la azafata se le da de maravilla y con una sonrisa programada me hace subir de inmediato al avión.

Ya en el asiento de ventanilla que se me ha asignado, obligo a mi memoria para que tome apuntes recordatorios de que debo escribir a Esteban en cuanto aterrice.

Un murmullo en forma de oración hace que me centre en mi compañera de asiento con pinta de beata. La pobre está cagada. Sonríe y la tranquilizo como suelo hacer con todos los miedicas en mis vuelos anteriores.

—No te preocupes, aunque esta mierda se estropee, los motores dejen de funcionar o el piloto pierda el mando mientras le mira el culo a la azafata; aun así, siempre volveremos a tierra.

¡Cómo no! Saca su rosario y empieza a rezar, ahora en voz alta. Misión cumplida, tranquilizada. Ya puedo echarme una siesta de tres horas hasta mi destino.

Me despierto segundos antes de aterrizar al escuchar cómo anuncian la llegada al aeropuerto de Inverness. No sé por qué no se podía llamar Aeropuerto de Edimburgo. ¿Esta será una localidad de la capital? ¡Qué más da!

La beata intenta mediar con una sonrisa, preguntándome lo más amable posible, si puedo abrir la cortinilla para ver los lindos parajes. La fulmino con una mirada asesina y se queda tranquila, abrazada a su cruz, como aconsejándose a sí misma no volver a abordarme.

Por fin aterrizamos. Me apresuro a retirar el equipaje de mano y a escapar de este amasijo de hierro antes de que todos decidan salir a la vez. Los tumultos me provocan bastantes náuseas.

En el aeropuerto, busco con la mirada a quién sea que haya venido a por mí, aunque no sé muy bien a quién deba encontrar exactamente; así que termino sintiéndome un poco perdida. Mejor pido ayuda antes de comenzar a desesperarme.

Desempolvo mi reconocido inglés medio y pregunto a uno de los trabajadores de seguridad por dónde puedo salir. Pero, tachan... ¡sorpresa! No entiendo un carajo. Empezamos bien. Esta gente tiene un acento muy raro. ¡Qué coño acento raro!, creo que tienen su propio dialecto.

Sigo dando vueltas hasta que encuentro, lo que parece ser, la salida de pasajeros. En cuanto se abren las puertas veo a un señor bajito portando una pancarta con mi nombre: *Natalia Scott*. Me acerco sin saber qué decir, ya no me siento nada segura con el idioma después del intento fallido de antes. Gracias a Dios, el hombre habla antes de que me plantee usar alguna aplicación del móvil para traducir.

—¿Es usted la señorita Scott?

¡Qué alivio! Habla español, en un acento suramericano que no logro definir, pero eso es lo de menos. Solo llevaba media hora sin poder comunicarme y ya me siento feliz de hablar con este extraño.

—Sí, sí, soy yo —respondo con una sonrisa de desesperación que no sé de dónde ha salido.

Esto de encontrarme sola en medio de la nada, me está afectando bastante.

—Me alegra que hable español. Es que antes he intentado comunicarme con un trabajador del aeropuerto y bueno... digamos que no sé si estábamos hablando el mismo idioma.

Me hace una señal para que le siga y comienza a reír por mi comentario.

—Yo soy Eliodoro, para usted Elio. Y en cuanto al acento escocés, casi regreso a Puerto Rico cuando al llegar me encontré con la sorpresa de que, a este país de supuesta habla inglesa, no le entienden ni los propios ingleses. Que conste que hablo solo del acento, aquí en las Highlands escucharás mucho más el gaélico escocés. También es cierto que si algún día visitas la capital, Edimburgo, allí sí encontrarás un inglés más similar al shakesperiano... —interrumpo su verborrea antes de que siga con la historia de su vida porque el dato me ha llamado la atención.

—Pero... ¿no estamos en la capital? ¿Esto no es Edimburgo?

—No señorita, está usted en Inverness, capital de las Highlands, al norte de Escocia. La señora Isa tiene su casa en la ciudad, a doce kilómetros de este aeropuerto. En pocos minutos estaremos allí.

—Vale —asiento y entro al coche sin hacer más preguntas.

Este hombre parece que no sabe dar respuestas cortas y empiezo a arrepentirme de que hable español.

Salimos del aeropuerto y a pesar de que me apetece cerrar los ojos para olvidar que estoy en el fin del mundo, termino echándole un vistazo a lo que será mi infierno particular.

Hay que reconocer que su arquitectura medieval, el contraste entre el verde de su vegetación y el gris de las rocas es bastante fotografiable. Como artista no puedo evitar ver su potencial, pero me bastaría con hacer una foto y salir huyendo lo más lejos posible.

Jugueteo con el *piercing* de mi lengua ahora que me resulta más agradable; al fin he podido colocarme el de las esferitas que tanto me gustaba. Esteban hizo un gran trabajo, la herida sanó muy rápido. ¡Esteban! Debo escribirle. Miro el móvil, pero está apagado, sin gota de batería. Pues nada, ya le escribiré. Toca escuchar algo de lo que dice este hombre que no ha parado de hablar en todo el trayecto; parece un muy buen adiestrado guía turístico.

—Usted ha tenido mucha suerte con el tiempo, ya comienzan a notarse los días de abril. Aunque aquí es mejor no confiarse; se dice que en Escocia se puede disfrutar de las cuatro estaciones en un mismo día.

Sus palabras llaman mi atención y hacen que piense en *El Principito* y sus puestas de sol. Seguro que este sitio complacería su impaciencia de ver cuatro estaciones en un mismo día, sin tener que mover su silla.

—¡Caray! Qué interesante... —me proclamo en modo sarcástico, pero no lo pilla y continúa.

—Yo que usted invertiría en acciones para la fabricación de paraguas.

¿Eso ha sido un intento de chiste? Y espera, que comienza a reír como si tuviese mucha gracia. Seguro que está muy orgulloso de su ingenioso comentario.

—Da igual. No pienso ir a ningún sitio, por mí puede caer el diluvio universal. —Veo cómo me mira a través del retrovisor, torciendo la boca, incrédulo.

—Cambiaré de opinión, verá. El verano está cerca y terminará bailando *Ceilidh* en los juegos. La señora Isa seguro que le enseña. Tengo entendido que era la mejor bailarina en sus tiempos. La envidia y el coraje de las propias escocesas, y la admiración y deleite de los escoceses. Se dice que su abuelo, el señor Scott, presumía cada verano de ella.

¡Dios! Este hombre no se calla nunca. Me tranquiliza ver que nos vamos adentrando en lo que parece ser un pueblo. No reparo en los detalles, saber que este lugar me ha llevado al exilio devuelve a mi cuerpo al estado de flan.

Para cuando recupero el sentido de la orientación, estoy frente a una puerta enorme. Aquí las casas parecen pequeñas iglesias de la época medieval. Elio me anima a llamar a la puerta mientras él saca el equipaje. No sé si quiero hacerlo, estoy muy nerviosa y nunca suele ser un buen precedente. Alguien termina decidiendo por mí y antes de que tenga que golpear, se abre. La

imagen de una chica joven me recibe con una enorme y empalagosa sonrisa, arqueándose a uno de mis costados para gritar.

—¡Papá! He visto por la ventana que ya estaban aquí y me he apresurado a abrir.

Él le regaña por sus modales y le ordena que me lleve dentro. ¡Anda que si viera los míos!

—Entre por favor, pase. La señora Isa no está aún en casa; todas las tardes da un paseo por la orilla del río Ness. Pero sígame, por aquí está su habitación.

Recorremos los escalones de una empinada escalera que estoy segura de que como mínimo es del siglo pasado. La casa conserva la modestia de otros tiempos, pero sé lo que suele costar mantener una antigüedad así en unas condiciones óptimas.

—Hemos llegado. Esta es su habitación. —Señala la puerta sin dejar de sonreír ni moverse.

Su voz es tan amable que el mero timbre me da arcadas. Demasiada glucosa en sangre para mi gusto.

—Está bien, me instalaré.

—Mi nombre es Tina y ayudo a la señora con las tareas de la casa —baja un poco la voz para añadir—: Si necesita ayuda para encontrar los mejores *pubs* de Inverness, estaré a su entera disposición.

—Gracias, pero no me interesa hacer turismo.

Le cierro la puerta en las narices para que tenga claro que la conversación ha terminado. Paso de darle confianza a esta chiquilla.

Dentro, me tumbo sobre una cama gigante que parece ser la obra central de un juego de habitación finamente tallado en madera. Cierro los ojos y me permito un instante para pensar cómo he llegado a esto. ¿Qué coño hago aquí? ¿Qué voy a hacer un año entero en un país en el que ni siquiera entiendo el idioma? En este páramo perdido donde no sé si he viajado en la distancia o en el tiempo.

Dos solitarias lágrimas resbalan por los costados de mis ojos y con ellas algo de mí sé que abandona también mi cuerpo.

Capítulo 7

Un sonido chirriante me pone en alerta. Abro los ojos y veo a la tal Lina..., Mina..., o como se llame, asomar su cabecita sonriente por la puerta de mi habitación.

—Siento molestar, pero he tocado varias veces. Al no escuchar respuesta, supuse que se habría quedado dormida. —La miro con cara de pocos amigos.

No quiero que se vuelva una costumbre, ahora que voy a vivir aquí, lo de irrumpir sin más en mi habitación.

—La señora Isa ya está abajo y la mesa está servida. Estamos esperando por usted para cenar.

¿Estamos esperando? ¿Aquí se come con los empleados del servicio?

—Ya bajo.

Se queda mirándome embobada, como esperando a que diga algo más, pero no lo hago y al fin cierra la jodida puerta.

Quiero quedarme más tiempo tirada en esta cama, quizás un año; lo suficiente para que esta locura termine. Ni siquiera sé cuándo me quedé dormida; la tensión de estos días está terminando con mis pocas reservas de energía.

Debería bajar, no tengo muy claro si estoy preparada o lo estaré en algún momento, pero debo bajar.

¿Por qué me pondrá tan nerviosa conocer a esa señora? Tal vez tenga algo que ver con que mi futuro inmediato esté en sus manos o por el simple e ineludible hecho de que esa señora, es mi abuela.

Bajo las escaleras recreando mentalmente todo tipo de teorías sobre lo que encontraré, y lo único que consigo es descender a tropezones con mis propios pies. A patosa no me gana nadie y los nervios tampoco ayudan.

Apenas entro al comedor y la imagen de una mujer muy mayor atrae toda mi atención. Sabía que tendría sus años, he oído a mi madre decir mil veces que mi padre fue hijo de viejos que ya tenían edad para tener nietos. Pero lo que realmente me sorprende, es la fuerza que emana de su figura. Detrás de esas arrugas se pueden apreciar perfectamente los rasgos de una mujer hermosa, víctima del tiempo. Su gesto es seguro. Me atrevería a decir que tiene toda la pinta de ser una mujer difícil de llevar y para confirmar mis sospechas, en cuanto me ve cruzar la instancia donde aguardan las caras conocidas de Elio y su hija; me suelta sin reparos.

—Bienvenida Natalia. Yo soy tu abuela Isabel. Siento que no me hayas visto antes, pero a la trepadora de tu madre solo le importa presumir del apellido de tu padre y claro está, de mi dinero que tan poco le ha costado. En cuanto naciste vio oportuno utilizar mi deseo de conocerte para sacar provecho, pidiendo más de lo que ya me han quitado y como últimamente no he accedido a costear los chanchullos de mi hijo, decidió, a conciencia, privarme de ti. Esa es la razón de por qué, en diecinueve años, no he visto jamás a mi nieta.

¿Qué se supone que debo responder a toda esa mierda que me ha soltado? No estoy acostumbrada a lidiar con un pronto tan endiablado como el mío.

Me planteo encararla, pero Elio pone una mano sobre su hombro y el gesto se le ablanda de inmediato.

—Será mejor que comamos ya, Tina ha preparado el salmón de manera exquisita —suaviza también el tono de su voz que ahora parece más calmado.

Tomo asiento algo desorientada aún por la novedad de encontrarme en un sitio tan desconocido, mientras Elio aprovecha el momento incómodo para dar una charla aburridísima sobre la pesca

del salmón en la zona.

Su tediosa disertación me incita a divagar en mis propios pensamientos. Casi no pruebo bocado. Llevo varios días sin alimentarme bien y eso es raro en mí, aunque no me extraña con todo lo que estoy viviendo. ¡Sigo sin entender qué hago aquí! Por más vueltas que le doy, no lo entiendo. Me siento estúpida; es ridículo estar aguantando a esta gente que no me interesa lo más mínimo y sobre todo a esa señora que me ha dejado sin palabras apenas conocerme. ¿Quién se ha creído que es? Fue ella la que, según sé, propuso la estúpida idea de que viniera a este maldito lugar. Que no crea que estoy aquí para aguantar su humor y hacerle silenciosa compañía.

Me levanto estrepitosamente; irrumpiendo la tranquilidad de la velada. Todos dejan de comer para mirarme. Bueno, todos menos ella, que continúa comiendo apacible, como si llevase mucho tiempo esperando mi reacción.

—Que sepas que no estoy aquí por voluntad propia. No tengo el más mínimo interés en conocerte, ni en hacerte compañía. Tampoco me atrae tu sucio dinero, pero como te has empeñado en que pase una temporada aquí, dios sabe por qué, lo mejor será dejar las cosas claras.

Lo he soltado todo, sin embargo, las palabras resbalan por ella como si le importase muy poco lo que digo. Termina tranquilamente con el bocado que tiene en la boca, limpia la comisura de sus labios y se pone en pie mirándome fijamente a los ojos. Su fuerza es toda una novedad para mí. Normalmente nadie se atreve a sostenerme la mirada debido a mi carácter intimidante.

—No sabes cuánto me alegra que tengas las cosas claras. Ahora te voy a contar yo las reglas de esta casa: Puedes salir y entrar cuando te dé la gana, pareces bastante mayorcita como para saber lo que haces. La habitación que te han mostrado, considérala tuya. No tengo intención de que me hagas compañía; ya aprenderás que quién sabe estar consigo mismo, jamás está solo. En fin, aquí te van tus responsabilidades: Eres responsable del aseo y conservación de tu habitación. Se te avisará de los horarios en los que esté dispuesta la comida, por si deseas bajar a acompañarnos. Y en cuanto al dinero, deberás trabajar para mantener tus propias necesidades y para colaborar en una pequeña parte de la paga de Tina por el buen servicio que nos presta atendiendo la casa y preparando tan deliciosos manjares, como el de hoy, que supongo que no has sabido apreciar por tu poca colaboración en el mismo, ya que ha sido pagado con mi sucio dinero.

¿Qué? ¡Esta vieja es exasperante! ¿Quién se ha creído que es para hablarme así? Quiero ponerla en su sitio y de nuevo no me salen las palabras. Esto es muy frustrante.

Corro escaleras arriba para meterme en la habitación que al parecer será mi refugio, o mi cárcel, no estoy muy segura de nada en estos momentos.

Será mejor que me dé una ducha y meta mi cuerpo en la cama, cuanto antes acaben los días por aquí, antes podré marcharme.

Entro en el baño individual que posee mi habitación y me sorprende descubrir que solo cuenta con una enorme bañera como pieza de aseo. No hay posibilidad alguna de una ducha rápida. Vivir en la prehistoria empieza a tocarme las narices.

En vista de que escasean las opciones, resuelvo llenarla de agua bien caliente, lo suficiente para calmar mis nervios. Me desnudo ante al espejo de cuerpo entero que han colocado muy oportunamente frente a la bañera y advierto cuánto se ha acentuado mi delgadez. Ahora mis pechos parecen aún más grandes y aunque conservo la silueta de unas marcadas caderas, me reprendo mentalmente. Debo comenzar a alimentarme mejor antes de parecerme a esas modelos huesudas que venden en las revistas y que tanto detesto.

Me meto al agua y dejo que la piel vaya advirtiéndome poco a poco la temperatura. Esto no está nada mal después de todo, la sensación de bienestar es inesperada y muy grata. Tanto, que podría olvidarme por un instante de mis problemas.

¡Qué va! Por muy a gusto que me sienta en esta bañera de época, debo pensar en lo ocurrido. Esa señora me ha puesto normas, con lo que las odio. Eso sí, agradezco que no pretenda controlarme las entradas y salidas. Nunca me ha gustado dar explicaciones y mi madre no pareció entenderlo jamás. Siempre husmeando mis idas y venidas para poder reprochar mis gustos, aficiones y amistades. Lo de la habitación supongo que es lo que menos puede hacer, soy su invitada. ¡Qué coño!, su nieta y ella es la que se ha empeñado en que viva aquí. Las cosas se empiezan a complicar con el tema de la limpieza. Es cierto que no me gusta que revuelvan mis cosas, pero tendré que aprender a limpiar mi habitación. Siempre me he quejado del exceso de servicio que mi madre contrataba, pero ahora caigo en la cuenta de que nunca he tenido que mover un dedo. Daba por hecho que si tiraba el armario al suelo, al otro día ya estaría todo recogido e impoluto. No sé por qué, pero no me siento orgullosa de que fuese así. Supongo que nunca me había parado a pensarlo. Luego está lo del trabajo, no quiero usar su maldito dinero, soy muy orgullosa, pero una cosa es considerarse orgullosa y otra muy distinta ser fiel a ese orgullo.

He criticado innumerables veces la dependencia que tienen mis padres al dinero y siempre les comparo con el señor de negocios de uno de los planetas visitado por *el principito* en mi libro favorito. Ese que se sabía muy rico porque poseía estrellas y se creía con el poder de venderlas. Lo curioso es que las vendía para poder comprar más estrellas. Parece una estupidez dicho así, pero este mundo está lleno de personas como esas. Viven su vida con el ansia de poseer lo que no necesitan y dan a cambio aquello que más quieren. En definitiva, yo me creía mejor que ellos y puede que no sea así ¿Será que no sé vivir sin las comodidades del dinero? Si me pongo a pensar, mis pantalones rasgados y mis deportivas que imitan un estilo protesta a las marcas de alta costura, cuestan una pasta. Quien los haya diseñado debe partirse de risa pensando que ganará un dineral con esa porquería de ropa, solo para alimentar mi necesidad de crearme mejor persona que la del bolso *Chanel* o el vestido entallado *Dior*.

Razonar sobre todo esto me está haciendo sentir que en el afán de ir en contra de mis padres he perdido un poco mi esencia, mi verdad. Recuerdo que de niña lo tenía todo más claro. Con unas cuantas acuarelas y un cielo que pintar, la felicidad adquiriría un coste muy bajo. Es un hecho que no hay ser más sabio que un niño.

¿Pero qué me está pasando? Con unas pocas palabras esa señora ha puesto mi existencia en tela de juicio y está consiguiendo que me lo replantee todo. Eso, o esta bañera me está lavando hasta el alma.

Saldré ya, mi piel está arrugada y el baño empieza a hacer su efecto relajante. No paro de bostezar y quiero aprovechar que mi subconsciente baja la guardia para lograr dormir algo. ¡A saber lo que me espera mañana!

Capítulo 8

Pequeños y tímidos golpecitos acarician la puerta. Respondo enseguida, llevo un buen rato despierta. He estado dándole vueltas a la idea de conseguir un trabajo. Ya sé que una de las razones por la que acepté venir aquí fue precisamente por no tener que buscarme un curro en el que quedar atrapada, pero en este momento mis circunstancias son otras. Con un trabajo ganaría algo de independencia, sería solo durante un breve tiempo, mientras esta mierda de extradición finaliza. Además, me gustaría demostrarme a mí misma que puedo ganarme la vida sin la ayuda de nadie.

Vuelvo a responder porque del otro lado hay un sordo o sorda que no se entera y sigue aporreando la puerta.

—¡Adelante! —Asoma la cabeza la tal Tina, como me temía.

Tendré que adaptarme a ver a ese cascabel andante que parece que no tuviese en su vida ni una pena que adolecer.

—El desayuno está servido, señorita Natalia.

—Ahórrate el abolengo y llámame solo Natalia. —Sonríe esperanzada tomando mi petición como una muestra de confianza, pero continúo para quitarle toda esperanza—. Todos me llaman Natalia, no me van esas tonterías.

—Como gustes, Natalia. Lo siento; cuando la educación se vuelve un hábito, la costumbre traiciona. Lo tendré en cuenta.

Espero que no me haya llamado maleducada con toda esa palabrería. Hay que ver lo pesada que es esta chica. ¡Y espera!, que el verme vestida y lista le hace suponer que bajaremos juntas. ¡Qué incordio por Dios! Me pregunto cuántos años tendrá, aunque no pienso interrogarle. Como haya sacado el don de palabra de su padre, no me la quito de encima.

—¡Venga, vamos! —Salgo a toda velocidad para adelantarla.

Si cree que será un paseo con charla, lo lleva claro.

—La señora Isa es muy buena persona, no se deje llevar por sus duras palabras.

Es rápida la jodida, al final va y me alcanza.

—Sí, sí. Se nota que es pura dulzura reprimida.

—Ya se entenderán, o eso espero. Se parecen ustedes tanto.

Pero... ¡hay que ver qué entrometida es esta muchacha! Se salva porque estoy en un momento de autocorrección, pero que no se fie, quién sabe exactamente cuánto va a durarme. Cojo carrerilla para sacarla de mi vista antes de que pueda decir algo más y me haga perder la paciencia a primera hora de la mañana.

He volado los escalones. Con mucha suerte no he terminado rodando por las escaleras. Mi abuela... —¡No! Qué raro se me hace, creo que nunca estaré preparada para llamarle así. Mejor Isabel—. Pues Isabel es la única sentada a la mesa que, por cierto, está repleta de alimentos. ¡Menudos desayunos se zampan aquí! ¿Todo eso es solo para nosotras? No veo a Elio y Lina..., o Tina, se acaba de meter en la cocina.

—Elio rara vez desayuna con nosotras. Siempre madruga para pescar el mejor salmón. Aunque mi teoría es que tiene un duelo a muerte con el sol para ver quién amanece antes.

Al parecer hoy está de mejor humor. Aprovecho su media sonrisa para tomar asiento. Tanta comida comienza a susurrar a mis tripas.

—¿Has pensado algo sobre buscar un trabajo?

Ya estaba tardando.

—Pues en realidad sí. Quiero hacerlo, bueno, voy a hacerlo. Me he levantado pronto para rastrear el lugar.

Estoy muy orgullosa con mi respuesta, mi tono ha sido firme. Que vea que no necesito de su caridad.

—Me parece muy bien. Por cierto... —Se mete un trozo de fresa a la boca y luego de unos segundos prosigue.

—¿Cómo llevas el idioma?

¡Mierda! El idioma; no había pensado en eso. ¿Cómo demonios se supone que voy a encontrar un trabajo si apenas puedo hablar con esta gente?

—No te preocupes. He pensado en algo que puedes hacer.

Definitivamente voy a tener que silenciar mi cabeza, esta señora adivina constantemente lo que estoy pensando. Lo que en principio debería ser una conversación, empieza a sonar a monólogo.

—Me han dicho que estudias Artes. ¿Qué tal llevas los retratos?

¿Qué? ¿Que qué tal llevo los retratos? A ver si se piensa que la carrera de Bellas Artes se la otorgan a los que son buenos en cálculo. Aunque mejor me reservo el comentario sarcástico; comienzo a plantearme lo de iniciar discusiones innecesarias con esta señora que parece tener respuesta para todo.

—Digamos que es una parte esencial e imprescindible dentro de mi carrera.

—Digamos entonces que eso es un sí. Pues si es así, tengo algunos amigos que requieren los servicios de un buen ilustrador. Sería algo que puedes hacer sin necesidad de comunicarte, cosa que no parece dársete demasiado bien en ningún idioma. —Paso por alto su alusión a mis malas maneras para dejar que prosiga, porque la oferta es tentadora—. No es nada ambicioso, unos cuantos retratos familiares quizás, pero nunca se sabe. Si necesitas dinero para materiales, te puedo dejar y...

Le interrumpo en plan niña del exorcista; negando con vehemencia.

—No, no. No es necesario, siempre viajo con mis cosas. Tengo todo en mi equipaje.

¡Qué bien! No he necesitado su ayuda. Una vez más estoy orgullosa de viajar con todos mis trastos. Nunca se sabe cuándo o dónde te visitarán las musas.

—Tomaré eso como un sí a mi oferta.

¡Mierda, me ha pillado! Quería hacerme de rogar. Ahora pensará que no soy capaz de encontrar algo más por mí misma. Pero... ¿a quién quiero engañar? Mis opciones en este recóndito lugar, son nulas, y ella lo sabe.

—¿Cuándo puedo comenzar?

¿De dónde coño he sacado estos modales? La yo extranjera y desorientada sigue sin gustarme nada.

—Dame tiempo para hacer unas llamadas y organizarte algunas citas. Tómate el día y conoce la ciudad. Puedes pedirle a Tina que te acompañe, lo hará encantada. Sé que su compañía no te entusiasma, pero esa muchacha conoce Inverness como la palma de su mano y habla el gaélico escocés mejor que nadie.

—No, gracias. No he venido a hacer turismo. Estaré arriba.

—Como gustes, pero tendrás que salir en algún momento si quieres aprender algo del idioma —asiento con la cabeza, pero no pienso cambiar de opinión.

Termino mi desayuno, que no ha estado nada mal considerando que he comido más que en toda esta última semana, y marcho a mi habitación sin despedirme. Tampoco voy a ser una princesita solo porque me haya hecho ver que algunas cosas de mi estilo de vida no estaban del todo bien.

Arriba, saco de las maletas mis prendas personales para colocarlas en los armarios. Esto de ser

independiente tiene su parte coñazo, pero ya está hecho y me siento satisfecha porque sé dónde he colocado cada cosa. También reúno el material que he traído y me cercioro de que sea suficiente para empezar con los retratos.

¡Al fin he terminado! Son las dos pasadas, mi estómago ruge cual fiera hambrienta y parece que ha sido escuchado, porque la metiche de Tina se asoma con su, siempre, sonriente rostro. ¿Para qué me habré dejado la puerta abierta?

—¿Ya estás lista? Me moría de hambre, pero no quería molestarte.

Me alegra comprobar que ha hecho caso a mi comentario y empieza al fin a tutearme. Tanta alcurnia comenzaba a asquearme.

—¿Lista para qué, si puede saberse?

Aunque no sé por qué su exceso de dulzura me sigue fastidiando por igual.

—La señora Isa y mi padre han salido de viaje a Edimburgo. Me han dicho que no hiciese de comer, que saldríamos a la ciudad.

¡Menuda arpía la vieja! Intentando salirse con la suya.

—No tengo intención de ir a ningún sitio.

—¡Venga! Tengo hambre. Prometo que amarás el *pub* al que voy a llevarte. Sirven una comida exquisita. ¡Me encanta Number 27!

¡No me jodas! Se ha puesto a dar saltitos como si fuese una niña pequeña. Esta chica logra fatigarme. ¿O es el hambre?

Mi estómago asiente a modo de respuesta, aunque la dureza de mi cabeza sigue siendo mayor.

—He dicho que no voy a ningún sitio.

—Ok... como quieras, pero la señora ha sugerido que condujeses el viejo jeep *Willys*. Dijo algo sobre un clásico del 45 y que seguramente te haría ilusión. ¡Vamos que yo antes cojo el autobús!

—¿Qué has dicho? ¿Un jeep *Willys CJ-2A* con el celeberrimo motor *Go Devil* cuatro cilindros de 2.2 litros y sesenta caballos?

—Yo creo que no he dicho tanto, pero si quieres bajamos y lo ves.

Salto las escaleras de dos en dos como una niña en busca de sus regalos de Navidad. Me detengo solo al darme cuenta de que necesito a Tina para que me muestre dónde está el tesoro.

—Sígueme, está en el garaje trasero. Como nadie lo usa, allí al menos se mantiene protegido.

Saca un manojo de llaves del bolsillo de su espantosa falda floreada y me las tira para que abra la cerradura de la puerta. Dentro, lo cubre una lona impermeable que me apresuro a quitar.

¡Es increíble lo que ven mis ojos! Mucho mejor de lo que esperaba. Está en unas condiciones inmejorables.

—¿Sabías que el nombre le viene por Popeye el Marino? Eugene de Jeep, el que podía con todo. Fabricado solo con las piezas imprescindibles, ni una más. El prototipo de este vehículo trepó en 1941 las escaleras del Capitolio, para demostrar a los altos mandos del ejército yanqui, lo que era capaz de aportar a la derrota nazi. Estas versiones con la M, de *military*, fundamentalmente se distinguen por su parrilla más ancha.

—¿Eso significa que me vas a llevar a almorzar? Mi estómago no soportará una anécdota más sobre este cacharro.

¿Cacharro? Esta niña no sabe lo que habla. Tiene cara de haberse aburrido bastante con mi disertación, pero me importa un carajo. Hablaba en voz alta para mí.

—Sube, antes de que cambie de idea.

Trepa tan de prisa que creo que me ve capaz de dejarle tirada, y quizás no hubiese sido mala idea, pero ahora solo tengo ojos para esta preciosidad. Suena de maravilla.

—Mi padre lo enciende todos los días desde que la señora Isa lo compró hace año y medio, pero nadie lo rueda.

—¡Qué desperdicio!

—No sé yo. Para el clima de las Highlands no es el mejor coche que digamos. Estás teniendo mucha suerte con el tiempo, pero aquí llueve día sí y día también.

—¡Chorradas! Es un delito no conducir esta preciosidad tan bien conservada.

—Bueno, de cualquier forma, ha sido genial verte sonreír alguna vez. Si al final va a ser verdad eso de que sabe más el diablo por viejo, que por diablo.

Finjo no entender su comentario y añado solo para picarla.

—Ya sabía yo que no era la única en ver el parecido de esa vieja con Lucifer. —Abre mucho los ojos y ahora sí que río con ganas.

Después de discutir un buen rato sobre la poca eficiencia de Tina como copilota, llegamos al dichoso *pub* que hace esquina, exhibiendo un enorme cartel con el número veintisiete. He de reconocer que no está nada mal el contraste negro de su fachada con el blanco de la puerta. Veamos qué tal por dentro.

A las dos horas estábamos fuera. La comida muy bien, todo hay que decirlo. Raciones abundantes y con mucho sabor. Pedimos un tal *haggis* que estaba brutal, pero que no pienso volver a probar después de saber su contenido. Según Tina, el *haggis* es un plato típico escocés que se elabora a base de asaduras de cordero u oveja (pulmón, estómago, hígado y corazón), mezcladas con cebollas picadas, harina de avena, hierbas y especias. Todo ello embutido dentro de una bolsa hecha del propio estómago del animal y cocido durante varias horas. ¡Vamos! Todo un cóctel molotov. De todos modos, me alegró saberlo después de haber disfrutado de su sabor intenso y condimentado. También degustamos un buen plato de cordero que se deshacía en la boca, y todo por menos de cuarenta libras. Parece que vivir en el fin del mundo tiene sus ventajas.

Lo único que no me gustó, fue comprobar que Tina comparte el don de palabra de su padre. No ha parado de hacer historias de su infancia, si es que aún no está en ella. Para mi sorpresa, esta chica que se maneja como Dios en las tareas de la casa, solo tiene diecisiete años. Aunque ella se empeña en decir que en teoría ya tiene la mayoría de edad, porque hace tres meses que cumplió los diecisiete y nueve meses que ya existía en el útero de su madre. Una estupidez, pero no me atreví a juzgar la hipótesis al enterarme de que su madre había muerto al darle a luz. Al parecer, ella y Elio emigraron cuando tenía solo nueve años; edad en la que comenzó a ayudar a su padre limpiando casas, hasta que encontraron a Isabel, o más bien ella los encontró. No estoy muy segura, porque no entró en detalle, lo que sí juró fue deberle la vida a esa mujer en la que yo aún no encuentro bondad alguna.

Al final voy a tener que darle una oportunidad a esta niña que no deja de sonreír, cuando tiene más de una razón para no hacerlo.

—¿Vas a callarte de una vez o qué?

—Solo si reconoces que te he traído a un sitio genial.

—¡Que sí, pesada! Pero me las vas a pagar por hacerme comer la porquería esa del higgs, huggy o como se llame.

—Eres muy graciosa. Se llama *haggis* y vi cómo te relamías al comerlo.

—¡Claro! Porque no sabía que me estaba comiendo toda la mierda del animal en su propio estómago.

Aún estoy digiriendo que me encuentre graciosa. Qué poco me conoce. Esta chica no sabe un carajo de mí y normal que se confunda, hasta yo estoy sorprendida de mi autocontrol desde que he llegado a esta ciudad. Estar alejada de mis padres definitivamente me hace bien.

—¡Exagerada! Espera a que te cuente cómo se hacen los *nuggets*.

Se está divirtiendo bastante y no deja de chillar con esa risita infantil que podría decirse que me empieza a molestar un poco menos, pero solo un poco.

Capítulo 9

Estamos frente al jeep aparcado a solo unos pasos del bar-restaurant Number 27.

—Venga sube. Se acabó el paseo.

Su mirada suplicante vaticina que va a pedirme algo.

—¿Crees que podrás ir de vuelta a casa, sola? Es que hoy tengo la tarde libre y me gustaría aprovechar que ya estoy en la ciudad para hacer algunos recados. De lo contrario tendría que acompañarte y volver en autobús. Pero... si no te ves capaz, te guío sin problema. Perdería un poco más de tiempo, pero... —La interrumpo porque me saca de quicio que le dé tantas vueltas en voz alta.

—Que sí pesada, me las apañó.

—¿En serio? Gracias Natalia, de verdad.

¡Menuda niña! Ya está dando saltitos otra vez. Se nota que le entusiasma evitarse el autobús. Solo me queda rezar para no perderme en esta ignota ciudad.

—Venga, pírate de una vez. Estaré bien. —Se despide unas tres veces más hasta alejarse por fin del coche.

Arranco el jeep memorizando mentalmente el recorrido que hicimos para llegar hasta aquí. Algunas partes están borrosas, espero irme aclarando según avanzo.

Tres horas después y estoy más perdida que una vaca dentro de un cine. Ya he maldecido unas mil veces a Tina. Mi nivel de cabreo alcanza límites extremadamente altos y espera que la cosa empeora. Doblo la esquina de una calle muy estrecha y... ¡bum! Le estampo la defensa del jeep a todo el frontal de un lujoso BMW Coupé que venía en dirección contraria a mí.

Gracias a Dios íbamos muy despacio, el impacto no me ha ocasionado daño alguno. Estoy bien, pero me preocupa el estado del jeep.

Bajo para inspeccionarlo y como era de esperar; está intacto, ni un rasguño. Sonríe al recordar que están hechos para la guerra. Toda una joya. Sin embargo, miro al coche con el que he colisionado y borro la sonrisa en cuanto veo como ha dejado mi soldado verde al pobre BMW, del que sale un hombre totalmente endemoniado.

En el corto trayecto que recorre hacia mí, me quedo paralizada. Tiene unos penetrantes ojos negros que le combinan a la perfección con su espesa y oscura barba. Se acerca y no sé qué le pasa a mi cerebro, pero me deja colgada mientras este hombre que puede medir tranquilamente casi dos metros, me está diciendo de todo en ese acento tan borde y pronunciado que tanto me pierde. No tengo ni idea de lo que dice, pero tampoco hago el menor esfuerzo por entenderle. Estoy fuera de mí, perdida en sus ojos.

Mi consciencia retorna a su labor cuando me coge del brazo para mostrarme la señal del suelo, donde queda claro, que la que circulaba en contra del sentido de la marcha, era yo. A medida que mi silencio se prolonga más rabia veo en sus ojos, y no tengo ni idea de cómo solucionarlo, estoy engarrotada mentalmente. Ni siquiera hablamos el mismo idioma.

Frustrado, se aleja de mí y saca el móvil, dando gritos a quien sea que le haya contestado del otro lado de la línea. Está visiblemente alterado y vocifera con mucha autoridad. No sé al cien por cien qué pretende, pero acabo de escuchar una palabra que sí traduzco con facilidad, *police*. O sea, que este puto idiota está llamando a la policía. Una mierda me voy a comer ese marrón. Llevo muy poco aquí como para empezar a llenar mi lista de antecedentes.

Aprovecho la distancia que puso para hacer la llamada y me subo en el jeep a toda velocidad, intentando huir marcha atrás por la misma calle que me vio bajar. Por suerte está lo

suficientemente alterado al teléfono, como para regalarme unos segundos de maniobra. Sin embargo, termina descubriendo mis intenciones justo cuando cojo carrerilla.

Su expresión de incredulidad combina muy bien con sus ojos inyectados en rabia. Ni siquiera se esfuerza en ir a por mí, se limita a levantar las manos, amenazante, y a gritar no sé qué mierda de *nemo me impune lacessit*. ¡A saber lo que significa! No parece inglés y desde que he llegado a esta ciudad, he comenzado a arrepentirme de no haber prestado más atención a mis lecciones de idioma. Por aquel entonces me parecía más divertido hacerle grotescas caricaturas al profesor.

Logro escapar como alma que lleva el diablo y para más muestra de que hoy no debí salir de esa casa, comienza a llover. Voy de huida, así que no me detengo para poner la capota. Dejo que el agua fría vaya disolviendo la adrenalina que llevo en el cuerpo.

Media hora más tarde, estoy helada. Aunque la llovizna es fina, me duelen los ojos del esfuerzo que hago para ver el camino.

Estoy casi a punto de rendirme cuando veo una calle conocida por la que estoy segura de que, si bajo, terminaré frente a la casa que comienza a ser mía y que la situación me ha hecho echar de menos.

No soy muy religiosa, pero es inevitable agradecer a Dios cuando me encuentro por fin en el umbral de la puerta. Toco fuerte, necesito entrar en calor. Son más de las ocho y la reciente desaparición del sol no ayuda mucho.

Abre la puerta ella, mi abuela. Tiene los ojos repletos de preocupación y sin que pueda negarme, me abraza. Es un abrazo rápido, porque advierto que ha dejado que los nervios actúen por ella.

—¡Entra Natalia! Necesitas urgentemente un baño caliente. ¡Estás empapada!

—Ha sido todo culpa mía. Yo la he dejado sola en su primer día en la ciudad. —La voz temblorosa y angustiada de Tina me recibe por detrás de Isabel.

—Ha sido muy irresponsable de tu parte dejar a la señorita Natalia sola en una ciudad que no conoce. —Elio le reprende con crudeza, a lo que la pobre responde con más sollozos.

—Basta de lamentarnos por lo sucedido. Tina, sube y prepárale un buen baño a Natalia.

—No es necesario Isabel, puedo sola.

Lo digo demasiado tarde porque Tina ya está en lo alto de la escalera en dirección a mi habitación.

Isabel cubre mis hombros con una toalla y decido subir antes de que haya más muestras de cariño de las que pueda asimilar.

Entro en la habitación y el mero vapor que se escapa del baño ya me reconforta.

—Lo siento, de veras lo siento. No tenía que haberte dejado sola.

—Calla, «angustias», estoy bien. Bueno, tengo helado hasta el culo, pero estoy bien. Ahora aparta para que pueda meter mi trasero en esa bañera.

Mis despreocupadas palabras tienen el efecto que deseaba y logran calmarle un poco.

Me desvisto del todo para meterme dentro. No soy nada recatada y noto como Tina se sonroja por mi falta de pudor.

—Voy a dejarte sola para que disfrutes del baño.

—No, aún no te vayas. Quédate, quiero preguntarte algo.

Se sienta con tanto entusiasmo alrededor de la bañera, que cuestionarme la invitación hubiese sido un acierto.

—¿En serio puedo quedarme a charlar? Siempre quise tener una hermana con quien hacer estas cosas... —Estoy a punto de interrumpirla para pedirle que pare el carro y no se haga ilusiones, pero prosigue y me desarma— ... o una madre a la que pedir consejos y mirar mientras se da un

baño. Así, como estás tú ahora.

Esta chica me da mucha pena. Me resulta muy difícil ser borde con ella. Aunque quisiera explicarle que una madre no necesita estar muerta para impedirte hacer este tipo de cosas. La mía no soportaba que la molestase mientras estaba en el baño. Decía que era su momento de desestresarse; por lo visto yo era su mayor fuente de estrés. Yo, que apenas coincidía con su apretado horario social. Pero bueno, hay muchas formas de morir y mi madre sin duda alguna, está muerta por dentro.

—¡Eres muy bonita! Me encanta tu piel tan blanca, hace que resalte el tatuaje de tu cintura. Ese del niño que vuela con las aves.

—¿Este? Este es *el principito*, el personaje principal de mi libro favorito.

—Ah... es que me encantan los tatuajes, pero mi padre me mataría si me hiciese uno. No le gustan.

—No he encontrado a ningún padre al que le gusten, al menos para sus hijos. Incluso aquellos que llevan tatuado todo el cuerpo, rehúsan la idea, va en contra de su naturaleza. Los padres parecen evitar que vivamos. Nuestros relojes marcaron un día la misma hora, pero justo un segundo después, el nuestro giraba hacia delante y el de ellos en dirección contraria; dejando atrás aquello que ya no vivirán.

—Lo que dices es muy profundo, pero algo triste. No obstante, me gusta. Eso significa que el reloj de mi madre nunca retrocedió. Vivió una vida plena y murió justo a tiempo para que yo continuara su camino en este mundo.

Eso me pasa por bocazas ¿De dónde he sacado esa tabarra del tiempo? Encima ahora que ha puesto el ejemplo de su madre, me empiezo a replantear todo lo que he dicho.

—Bueno, dejémonos de rollos y dime qué significa algo como: *Nemo, o neno me impune lace...* no sé qué más. No soy muy buena con los idiomas, pero estoy segura de que eso no es ni inglés, ni gaélico escocés.

Algo familiar parecen resultarle dichas palabras y me mira sonriente e inquisitiva a la vez.

—¿Te dejo sola y ya has hecho amigos en tu primer día por Inverness?

—Tú solo responde. ¿Qué significa la dichosa frase? —Continúa sonriendo para recordarme lo molesta que a veces resulta ser.

Le obligo a responder con la mirada, y prosigue.

—La frase es en latín, *Nemo me impune lacessit*. En castellano: «Nadie me ofende impunemente». Es el lema oficial de Escocia, lo puedes leer en su propio escudo. Una traducción más coloquial al idioma escocés sería: *Wha daur meddle wi me?*, que se traduce también como: «¿Quién se atreve a meterse conmigo?». ¡Vamos!, amigos no sé, pero a alguien ya has cabreado.

—Déjalo, es solo una tontería que he escuchado por ahí. ¡Venga!, vete. Seguro que tienes algo mejor que hacer.

—Sí, prepararte una sopa estupenda para que entres en calor.

—Ni te preocupes, no quiero nada, estoy bien. Todavía mi estómago intenta digerir el tal haggis.

—*Haggis*, se dice *haggis*. De todos modos, te la prepararé y si cambias de idea puedes bajar a por ella.

—Que sí, vete ya.

Por fin se ha largado. Aunque no pienso salir aún de esta bañera a la que comienzo a tomar un aprecio especial. Parece que mientras estoy dentro mi cabeza funciona mejor y quiero poner detalle a los acontecimientos de esta tarde. Ha sido una completa locura; he siniestrado un coche y me he dado a la fuga. Lo que no entiendo es por qué mi mente no quiere pensar en los sucesos negativos. Está algo ocupada recreando la imagen del gilipollas con mucha mala leche que se

atrevió a amenazarme.

La verdad es que no sé qué encuentro tan atractivo en ese estilo medio bohemio, medio *hipster*. Con su barba espesa bien recortada y ese pelo oscuro que solo lleva largo por encima. No me atrevería a adivinar qué edad puede tener; su piel es joven, pero su mirada es tan oscura, como si en ella escondiese el peso de muchos años. Podría arriesgarme a decir que tiene unos treinta, pero quién sabe.

¿Qué me pasa? ¿Puede saberse por qué sigo pensando en ese hombre? No es más que un puto viejo que me ha tratado fatal. Aunque teniendo en cuenta cómo dejé su BMW, cabrearse es algo razonable. Eso le pasa por no saber elegir coche. Yo diría que en esa batalla: jeep uno, BMW cero.

¿Qué coño hago sonriendo? La tarde fue una mierda total. Mejor salgo ya de esta bañera que un poco tonta sí que me está poniendo. Espero tener alguna cita concertada para mañana. Sería genial comenzar con los retratos. La idea de ganar dinero haciendo lo que para mí es pura pasión, me entusiasma bastante.

Capítulo 10

Los días comienzan a suceder más deprisa; esta última semana ha pasado volando. Desde que comencé con los dibujos, la rutina se ha ido estableciendo. Me levanto temprano; reviso en la agenda roja que me ha dado Isabel, las citas concertadas para el día, y me pongo manos a la obra. Ya he realizado algunos trabajos y estoy bastante satisfecha con los resultados; en especial, con el dibujo que he hecho a los Glenn. Dos ancianos muy amables a los que no he entendido un carajo, pero al parecer, cuando se quiere, la comunicación no es solo un par de palabras en una lengua conocida.

Mejor bajo ya a desayunar antes de que Tina aparezca y tenga que escuchar con lujo de detalles todo sobre su excursión con ese noviete que se ha echado —o amigo, según ella—, del que no para de hablar y que tan alborotada la tiene. Me atrevería a decir que incluso más de lo normal.

Entro en el comedor donde Tina y la abuela acomodan la mesa para el desayuno.

—Buenos días.

Tina me recibe con su entusiasmo característico, pero continúa con sus labores y se marcha a la cocina; dejándome a solas con Isabel.

—Buenos días, Natalia. ¿Qué haces levantada tan temprano?

—Hoy haré el retrato de la pequeña Zoé. Según su madre, la mañana es el horario del día en el que está más tranquila.

—Ese diablillo de niña no está tranquila ni durmiendo.

—Al menos agradezco que Elizabeth hable español, intentaré tolerar a la pequeña.

—Llevas menos de dos semanas con los retratos y todo Inverness quiere uno. Al parecer tienes mucho talento. Voy a tener que plantearme lo de encargarte uno para mí. A mi edad ya hay que ir pensando en inmortalizarse.

Su buen humor siempre se agradece y aún estoy paladeando el halago. Mi madre insistía en que dibujar era cosa de idiotas, una pérdida total de tiempo. Según ella, ya existían cámaras para captar con lujo de detalles cualquier objeto. Nunca entendió que un dibujo no solo refleja lo que se ve, sino, cómo lo ve aquel que lo estampa, y ese valor humano jamás lo reproducirá una cámara.

—Debería darme prisa. Terminó la tostada y me voy; no quiero pillar a Zoé en un mal momento.

—Vale, tomaré tu excusa como un muy disimulado: «No pinto viejas de ochenta y tantos años a punto de casarla». —Ríe entre dientes intentando parecer ofendida ante mi ignorancia.

Un poco avergonzada sí que me siento al no haber tenido en cuenta su petición. Simplemente pensé que lo decía por decir, sin gota de importancia.

—Si realmente quiere un retrato, anótese en la agenda y pague el precio justo. No pienso hacer concesiones familiares.

Ahora soy yo quien aprovecha para buscarle las cosquillas. Sin embargo, es cierto que no lo haría gratis, sobre todo por lo incómoda que puede resultar la situación.

—Lo tendré en cuenta. Ahora quiero hablarte de otro asunto antes de que marches.

—Voy un poco retrasada, pero te escucho.

—Necesito que priorices a un amigo importante y además quiero que pongas mucho empeño en su retrato.

—Cada retrato para mí tiene un valor especial, no es necesario que ponga empeño en ninguno en particular.

—Hazme caso, no seas cabezota. A veces hay que poner los pies en la tierra para que, al

despegar en vuelo, sea aún más excitante.

En ocasiones me cuesta mucho entender a esta mujer, pero no está en mis planes provocarla tan temprano.

—Que sí... le haré el retrato a tu amigo. Si le parece bien, puedo hacerlo esta misma tarde. No me importaría ir después del almuerzo, hoy tengo la tarde libre.

—¡Estupendo! Le llamaré para saber si está disponible. Te confirmo al mediodía.

—Bien. Ahora sí me voy o no llegaré. Despideme de Tina.

—¿Estás segura de que te las arreglas con la dirección? Puedo pedir a Elio que te acompañe.

—No hace falta, ya me voy haciendo con la ciudad. Tampoco es que estemos hablando de Madrid.

Tiene ganas de responder a mi ataque regional, pero doy media vuelta antes de entretenerme en una batalla campal. Al final llegaré tarde.

Cuatro horas han pasado desde que entré en casa de Elizabeth. He salido de allí con la palabra Zoé retumbando en mi cabeza por cada una de las veces que su madre le ha regañado para que estuviese quieta. No me puedo creer que al fin esté conduciendo el jeep de camino a casa. Ha sido realmente agotador, pero me consuelo solo con escuchar el motor de esta preciosidad. Isabel ha dicho que puedo quedármelo mientras esté en Inverness. ¡Si supiera el valor que tiene ese detalle para mí! Eso sí, llevo puesta la capota, porque la lluvia es tan imprevisible como el sol en esta ciudad.

Ya estoy en casa y entro a la cocina para curiosear qué tiene Tina entre manos para el almuerzo; muero de hambre.

—¡Eh! Saca las manos de ahí, o te quedas sin comer.

Ya me ha pillado mojando pan en una salsa que está... ¡hum!... exquisita.

Me disculpo con la boca aún llena, y junto las manos implorando perdón.

—Si supieras cómo ha sido mi mañana, harías la vista gorda. Me merezco un pedazo de pan. ¡Esa niña es exasperante!

—¿La pequeña de Elizabeth? Pero si es una monada.

Tina parece conocer a todo el mundo; por eso odio las ciudades pequeñas.

—Pues la próxima vez la dibujas tú.

—De eso nada.

Sabe que tengo razón y se tapa la boca para evitar que vea como sonrío mientras niega con el dedo índice.

—Sé que me voy a arrepentir de preguntar, pero cuéntame qué tal tu excursión con el noviete.

—¡Fue increíble, alucinante! Hicimos el trayecto en bicicleta. Normalmente se tarda una hora y veinte minutos más o menos, pero tardamos tres horas en llegar.

—¿Qué pasa, que no se puede ir en coche?

—Sí, pero es mucho más romántico en bici.

Su idea de lo romántico a mí me da una pereza inmensa.

—Pues de una hora, a tres... el chaval aguantó lo suyo.

Me mira pensativa, hasta que pilla mi comentario soez y corre a defenderse avergonzada.

—Noooo... hemos tardado viendo el paisaje y charlando, nada más, lo juro. —Sonrío en respuesta, asintiendo con un gesto de incredulidad.

La pobre cada vez se sonroja más.

—Bueno, tranquila. ¿Al final vieron al monstruo ese del lago Ness?

—¿A quién? ¿A Nessie?

—¿Quién?

—*Nessie*, ese es el nombre que le ha dado la cultura popular al misterioso monstruo que habita las profundidades del lago, al que muchos aseguran haber visto, pero del que aún no se tienen pruebas de su existencia. Y en respuesta a tu pregunta, no, no le vimos; estaba algo tímido ayer.

—¡Normal! A saber cómo tenías esos pelos después de revolcarte en la hierba. Debes haber espantado al pobre animal.

Soy muy ruin. Vuelven a subirle los colores a la cara y sin cerrar la boca, comienza a pegarme con un paño de la cocina.

Quiero burlar su persecución, pero es muy ágil, así que añado en forma de pícaro disculpa.

—Me refería a cuando os deteníais para ver el paisaje y para charlar...

Sueno tan poco convincente como pretendía, pero esta vez se ríe conmigo y deja de atizarme.

—Venga, sal ya de mi cocina. Enseguida sirvo el almuerzo.

Le hago caso sin rechistar, porque esta chica de diecisiete años parece toda una mujer dentro de la cocina. Este es su espacio sagrado y a nadie he visto manejarse tan bien como a ella.

—Ya veo que Tina hace excepciones contigo. Pobre del que entre a su cocina cuando está trajinado.

—¡Qué va! A mí también me ha echado.

Me empieza a sorprender este buen rollo entre las dos. Isabel padece del mismo mal carácter que yo, y desde que estoy aquí, siempre encontramos alguna buena razón para enfrentar nuestros puntos de vista.

—Esa chica cuando está laborando parece poseída por una señora muy mayor a la que no hay quien incordie —asiento porque en eso estamos muy de acuerdo.

—¿Al final tu amigo estará disponible esta tarde? ¿Sabes si habla español?

Siempre es más fácil cuando hablan mi idioma. Lo de hacer gestos me hace sentir bastante ridícula.

—Tanto a lo primero, como a lo segundo, sí. Habla español perfectamente; la mayoría de sus negocios más importantes están en España. Además, tienen algunas cosas en común, seguramente encontrarán buenos temas de conversación. Y sí, espera tu visita para las cuatro. Le dije que allí estarías. No tendrás inconvenientes en que haya confirmado por ti, ¿no?

—No hay problema; allí estaré. Pero antes necesito comer, estoy realmente hambrienta.

—Pues a comer, que el hambre entristece el alma más dichosa.

Me encuentro un poco cansada, pero me gusta cómo pasa el tiempo cuando dibujo. Solo agradezco que no sea una niña traviesa mi próximo modelo.

Creo que me he pasado con el almuerzo. He comido tanto que hasta dormida me he quedado. Aunque recostarme un rato ha sido todo un acierto, me siento mucho más despejada. Ahora solo debo darme prisa si no quiero llegar tarde a la cita de las cuatro, parecía importante para Isabel.

Rebusco en los cajones, que ya tengo que reorganizar, algo medianamente fresco. No es que el sol esté en su máximo esplendor, pero me gusta andar ligera. Bueno, ligera y de negro, el color y yo no nos mezclamos demasiado. Terminé decidiéndome por unos vaqueros rotos y una camisa negra con el logo de *Levi's* en blanco. Sí, creo que esto valdrá. Que ese señor no espere etiqueta de mi parte.

Según las indicaciones que me han dado, la casa es muy sencilla de encontrar. Está muy cerca de donde estuve esta mañana, solo debo hallar la casa del revestimiento con piedras en la fachada. Juraría que es esa. Sí, es la única que cumple con la descripción de *super-casoplón* con el exterior empedrado.

Convencida de que he dado con la dirección, aparco el jeep detrás de un Audi R8 deportivo. Nunca he entendido cómo algunos se gastan tanta pasta en coches a los que tienes que entrar

prácticamente a gatas.

Llamo al telefonillo anunciando mi llegada. La puerta se abre y en la entrada me recibe una señora que, supongo, es la encargada de la casa, dirigiéndose a mí con la formalidad de un cajero automático. Una vez dentro, me hace recorrer el extenso salón hasta llegar a un estudio, donde asegura que me atenderá el señor Logan, en cuanto termine de atender unas llamadas importantes.

Preparo el material y espero pacientemente a que aparezca el dichoso Logan. Aunque empieza a tardar más de lo que imaginaba.

Ya me estoy aburriendo. Seguro que es un señor tan mayor como mi abuela; le costará desplazarse hasta aquí. Sin embargo, el Audi deportivo de la entrada no parece el coche adecuado para un anciano. También puede que no sea suyo, sino de algún hijo, o nieto. ¿Yo qué sé? Ya estoy desvariando. Esperar me pone de los nervios.

Voy a husmear un poco por aquí a ver si encuentro algo que me distraiga. ¿Eso es *El Arte de la pintura* de Johannes Vermeer? Sin duda una copia magnífica de un cuadro muy sugerente. No se me ocurre nadie al que no le interese el arte, que posea algo así. Quizás mi abuela tenga razón y el impuntual señor Logan y yo tengamos algo en común. Hasta puede que surja algún tema de conversación interesante; desde que he llegado a esta ciudad he perdido todo contacto teórico con mi carrera. Bueno, eso sí aparece de una puta vez, porque ya me está haciendo perder la tarde.

Camino de un lado a otro algo más desesperada, hasta que un portarretrato marrón me invita a fisgonear. Lo volteo con la intención de adelantar los rasgos de mi futuro modelo, pero su contenido me deja perpleja. ¡No...! Esto ha de ser una coña. Tengo que salir pitando de aquí antes de que pueda verme. ¡Joder, maldito pueblo pequeño! Darme a la fuga para entregarme luego en bandeja de plata a ese imbécil que ya casi había sacado de mi mente. ¡Ni hablar, me voy antes de que aparezca!

Comienzo a recoger mis cosas a toda velocidad, pero como si el mundo conspirara para jugármela; el pomo de la puerta comienza a girar y lo único a lo que atino es a voltearme, como si fuese una estúpida niña que cree que, si no le miro, no me ve.

—Disculpe la tardanza. Sé que le dije a Isabel que estaría disponible a las cuatro, pero he tenido que atender una llamada muy importante...

Su voz calmada y seductoramente grave en un idioma tan mío me hace pensar en un hombre totalmente diferente, aunque igual de atractivo. ¿Qué carajos me pasa con este tipo? Estoy a punto de ser pillada y su mera voz me pierde.

—Mi nombre es Logan y usted debe ser la señorita... —Giro mi cuerpo para encararlo, llegados a este punto no creo que tenga otra salida—. Pero... ¿quién te ha dejado entrar? Espera, tú... Tú eres la niña del jeep.

Su voz ha perdido por completo esa dulzura con la que hace solo unos segundos me abordaba. Ya tengo nuevamente ante mí al gilipollas del «lemita» oficial escocés. No sé cómo ha logrado cabrearme en tiempo récord, pero que me llame niña ayuda bastante.

—Mira capullo, no soy una niña y tampoco tengo culpa de que seas tan malo escogiendo coche.

—¡Ah, que la niña nos salió rebelde! —Me desafía con una enorme sonrisa y se acaricia provocativamente la barba.

No entiendo cómo un gesto me puede atraer y cabrear tanto a la vez, aunque continúa y me decanto por lo segundo.

—Como eres la nieta de Isabel, seré benevolente contigo. Voy a darte tres segundos para que te inventes una buena disculpa. —Se acomoda en el sillón de escritorio al tiempo que atusa ese pelo negro que le hace jodidamente atractivo.

¡No lo puedo creer! Que alguien me diga que esos no son tatuajes. Mis ojos me abandonan a

cada movimiento en el que se descubren bajo las mangas de su polo verde olivo. No sabría decir con exactitud qué lleva tatuado, pero desde aquí intuyo mucha tinta en ambas manos. Sin duda el toque perfecto para ese rollo *hipster* que tiene.

—Tic, tac... Tic, tac... el tiempo corre...

¡Qué coño! Me largo y que este gilipollas condescendiente se quede esperando mi disculpa.

Abro la puerta intentando recordar la salida, y corro en dirección al jeep.

Creo que no he avanzado ni cien metros cuando le escucho justo detrás.

—Esta vez no te escapas niña.

Me adelanta con facilidad y una vez me ha retenido, coloca mi cuerpo sobre sus hombros, como si de un saco de patatas se tratase. La postura es muy incómoda físicamente hablando, pero saber que mi trasero está a un palmo de su cara, lo hace aún peor.

Pataleo como una posesa, aunque veo que es un poco en vano teniendo en cuenta lo menuda que soy yo y lo ingente que es él. Y para probarlo, no obtengo efecto alguno, ni se inmuta. Aun así, no dejo de luchar hasta que entra nuevamente en el despacho, pasa el pestillo y me hace descender poco a poco, usando su cuerpo y la pared como una jaula en la que quedo totalmente atrapada.

—Ya te he dicho que «Nadie me ofende impunemente».

Está tan pegado a mí que sus palabras parecen acariciarme. Procuero mirarle a los ojos sin parecer un cachorrito, pero es tan alto que mi mirada se pierde en el camino, centrando toda su atención en esos carnosos labios.

—Vaya, vaya... ¡Lo que me faltaba! Destroza mi coche y ahora quiere que la bese.

—¿Qué? Tú estás mal de la cabeza, capullo. Ya te gustaría.

—¿A mí? —Suelta una enorme carcajada en toda mi cara, el muy gilipollas—. Yo no soy el que se ha quedado atontado mirándote. Pero tranquila, no te sientas avergonzada. Las niñas como tú se cuelan fácilmente por hombres como yo. Digamos que estás en edad de no controlar las hormonas.

Ahora sí se ha pasado este creído insoportable. Me armo de valor y antes de que lo espere, le propino un rodillazo en toda la entrepierna; dejándole totalmente fuera de juego.

—Es que a las niñas como yo siguen sin gustarnos los viejos verdes como tú. —Sonrío al comprobar que mi expresión combina especialmente con su polo y salgo de allí antes de que pueda recuperarse.

En el jeep, dirección a casa, comienza a preocuparme bastante lo que acabo de hacer. No había caído en la cuenta de que ese gilipollas es un buen amigo de Isabel, así que no veo manera de sacarme la situación de encima. Tan tranquila que estaba yo con mis retratos. ¡Joder! Tenía que aparecer de nuevo el idiota este; un puto chulo de manual. Nunca he soportado a los hombres creídos. A ver si se piensa que soy una pobretona inocente a la que puede impresionar con sus cochecitos deportivos.

¡Mierda de viejo plasta! ¿Cómo se atreve a tratarme así? Guapito engreído. ¿Pero qué carajos digo? ¿Guapito? Solo es un gigante indeseable. Sí, sí, un monstruo. Ja, creo que he encontrado al tal *Nessie* y espero que vuelva pronto a las profundidades de ese lago del que nunca debió salir para incordiarne.

Capítulo 11

—¡Natalia, qué pronto has vuelto! ¿Logan no pudo atenderte?

—Algo así.

Sé que engañar a Isabel solo empeorará la situación, pero yo soy así; experta en complicarlo todo.

—Me disculpo en su nombre. Logan es un hombre muy ocupado. Nunca he sabido cómo se las arregla para atender tantas cosas a la vez: la galería; las oficinas de marketing y publicidad del centro; y todas esas sedes en el extranjero a las que sé, por su carácter meticuloso, que dirige desde aquí. Lo más sorprendente es su eficiencia a la corta edad de veintiocho años. Qué lástima que no hayas podido conocerle hoy, es un muy buen contacto para tu carrera. Le hablé de tus retratos y estaba realmente entusiasmado por conocer a la artista que tiene toda Inverness patas arriba con sus dibujos. Ese chico te puede ayudar mucho.

¡No me jodas! ¿Nessie es el dueño de una galería? Semejante contacto. Con lo difícil que resulta hacerse un hueco en el mundo del arte. ¿Por qué siempre tengo que joderlo todo? Quizás si no me hubiese dado a la fuga aquel día... podría haber reconocido mi culpabilidad y como es amigo de la abuela seguro que ni habría presentado cargos. Con una buena disculpa lo hubiese solucionado todo y hoy estaría mostrando mis dibujos al dueño de una galería. Pero no, tenía que cagarla, y mucho. Lo de dejarle tullido con semejante golpe en la entrepierna, ha sido el broche de oro.

—¿Pasa algo Natalia? Te veo un tanto pensativa. Incluso diría que un poco preocupada.

Esta mujer no pierde oportunidad para analizarme.

—No pasa nada, solo estoy cansada. El día ha empezado muy pronto para mí. Iré a mi habitación a descansar.

—Será eso... —Mira mis ojos con desconfianza y algo me dice que no ha quedado nada conforme con mi respuesta.

Desapareceré antes de que use su poder para adivinarlo todo.

—Subo.

—Antes de subir, llévate este adaptador. Elio me ha dicho que lo necesitabas para cargar el aparato ese que ayuda a alejarse del mundo para supuestamente mantenerte conectada a él.

¡Bien! Al fin podré cargar mi iPhone. Los enchufes de aquí nada tienen que ver con los de España.

—Gracias, realmente lo necesitaba.

—Dáselas a Elio. Yo también me marchó, antes de que se haga tarde para mi paseo. Tengo suerte de que tan hermoso paisaje espere siempre por mí.

Subo porque está poniéndose tan mística como de costumbre y los nervios no me dejan hueco para pensar en otra cosa que en ese energúmeno que puede aparecer en cualquier momento. Estará furioso y con muchísimas ganas de hacerme pagar lo que le he hecho. Solo rezo para que no aparezca hoy. ¡Qué coño hoy! Nunca.

Necesito un baño en mi *super-bañera* y lo necesito ya. Comienzo por llenarla, mientras profetizo cuánto tiempo tardará ese capullo en irle con el cuento a mi abuela. ¡Es tan exasperante! Odio que vaya de sobrado, maldigo el poder que ejercen esos ojos negros sobre mí.

¡No! ¡Mierda! Este hombre me tiene atontada, he olvidado por completo que llenaba la bañera. Está a punto de desbordarse, espero que aún quede sitio para mí.

Siempre es tan sanadora la fricción que ejerce el agua sobre mi cuerpo mientras me sumerjo.

Mi adicción por las bañeras ya no tiene fin; esta sensación es la única con habilidades para relajarme a pesar de todo.

—¡Natalia! ¡Natalia!

Vale, olvidemos lo de relajarse. ¿Qué querrá Tina ahora?

La veo entrar despavorida y antes de que pueda regañarla por su intromisión; se explica casi sin tomar aire entre palabra y palabra.

—¡El señor Logan está abajo! ¡Llegó hecho una furia! Quería ver a la señora Isabel, pero le he dicho que no estaba y quiere verte a ti. ¿Qué has hecho? Se le ve muy enojado.

—¡Mierda! Nessie.

—¿Quién?

—Nada, cosas mías. Dile que no estoy.

No sé qué hago metida en la bañera. Sabía que no tardaría mucho en venir a por mí.

Me salgo porque estar desnuda hace que me sienta aún más incómoda ante los ojos de Tina; que no sé si son de preocupación, o de exaltación por lo excitante que le resulta la situación.

Apenas me he envuelto en una toalla cuando escucho abrirse de nuevo la puerta de mi habitación.

—¿Vas de valiente y ahora te escondes?

Pero... ¿qué hace? ¿Cómo se atreve?

—Señor Logan, no puede estar aquí.

La cara de Tina no acompaña a sus palabras. Le cuesta disimular una media sonrisa nerviosa y caigo en la cuenta de que esos ojos negros cautivan planta, animal o cosa que haya en su camino. Odio lo irresistible que puede ser, pero, sobre todo, detesto no ser una excepción.

—Tranquila, Tina, no es la primera vez que este pervertido me acosa. Déjanos solos; estaré bien. Será mejor acabar con esto cuanto antes.

Tina está de los nervios y no sabe si obedecer a mi petición, o ir a por un paquete de palomitas para ver cómo se desenvuelven los acontecimientos.

Hago que se decida echándole una de mis miradas intimidantes, y gracias al cielo, termina pillando que debe dejarnos a solas.

El sinvergüenza sigue apoyado en el marco sin puerta que separa la habitación del baño. Tina casi se desmaya al pasar frente a él en busca de la salida. El muy imbécil le ha sonreído solo para conseguir que se sonrojase aún más, sabiéndola embrujada. ¡Menudo gilipollas!

—Al menos dejarás que me vista, ¿no? ¿O solo has venido a mirar? —Señalo la toalla empapada para que vea lo necesario de mi petición.

Da dos pasos hacia el interior del baño y echa un vistazo dentro. Me pregunto qué demonios busca.

—Vale. Espero que no encuentres una ventana por la que escapar; empiezo a hartarme de tus huidas. Te espero en la cama. —Sonríe para verter segundas a sus últimas palabras.

Seco mi cuerpo a toda prisa, vigilando, no vaya a ser que se le ocurra regresar y me pille desnuda. Me cubro con lo único que tengo a mano, un camisón negro de seda con flores rojas. Ni siquiera sé cómo llegó esta horterada a mi maleta. Solo sé que terminé colgándolo en el baño, más de adorno que para darle uso, pero ahora mismo cumple su misión; vestirme.

—¡Vaya, vaya! Que sexi la niña vestida de mujer.

—Mira imbécil...

—Cuidadito con esa boca. No querrás arrepentirte de más cosas, ¿verdad?

No sé a qué juega, pero su prepotencia me desespera profundamente.

Está sentado sobre la cama usando los brazos para apoyarse, al tiempo que juega a dar

toquecitos con el talón en el suelo. Visto así, recobra un aire mucho más juvenil, aunque sigue sulfurándome su exceso de confianza.

Me mantengo parada y de frente a él, dejando la distancia apropiada para que no pueda liarme. No quiero caer en esa espiral de provocación en la que la cago constantemente.

—A ver, Lanon, sé que no he empezado con buen pie...

—¿Buen pie? ¿Cuál de ellos? ¿El que metiste en el acelerador el día que te diste a la fuga, o el que estampaste en mis partes? Y mi nombre es Logan, sé que lo recuerdas, niña.

Hago de tripas corazón para mantenerme serena, mientras repito una y otra vez: «*No cedas a sus provocaciones. No cedas a sus provocaciones*».

—Mira, Logan, llevo muy poco tiempo en esta ciudad, no hablo el idioma, y el día del accidente estaba muy nerviosa. La fuga fue instintiva.

—Sí, sí. Se notó tu instinto de delincuente juvenil. ¿Mamá y papá no te enseñaron a aceptar las consecuencias de tus actos?

Es un gilipollas y ya no tengo fuerzas para aguantarle más. ¡Que le den!

—Mira, puto engreído que se cree que con una buena dosis de poder tiene el mundo a sus pies. Llama a la policía, presenta cargos, vete con el cuento a mi abuela, pero desaparece de una puta vez de mi habitación.

Estoy bastante alterada y le grito envalentonada por la distancia, pero se levanta para acercarse poco a poco. ¿Qué piensa hacer? Espero que se detenga, odio que su proximidad me intimide.

—Tranquila, niña. No te pongas nerviosa...

¡Uf! Detesto su petulancia. Estoy experimentando nuevos estados de irritación.

—... Claro que vas a pagar por lo que has hecho, pero no voy a llamar a nadie. Y créeme que no lo hago por ti, sino por mi amiga Isabel. Esa señora ya tiene bastante con aguantar a su nieta adolescente.

¿Adolescente yo? ¿Pero qué edad piensa el gilipollas este que tengo?

Voy a tranquilizarme, pero solo para saber qué planea el muy capullo.

—Si no tienes pensado denunciarme ¿Qué quieres que haga?

La pregunta ha sonado algo más desesperada de lo que debería.

—No, no, no. Espera.... ¿has pensado en algún favor sexual? Lo siento, me gustan las mujeres más hechas. —Masajea nuevamente su barba; un gesto con el que comienzo a familiarizarme cada vez que tiene una estúpida ocurrencia para hacerme cabrear.

—Déjate de juegucitos y cambia tu táctica de dar por saco. No estás hablando con ninguna niña tímida de pueblo a las que estás acostumbrado a intimidar. Y los dos sabemos que para el favor sexual, ya te vales solito. No se me ocurre nadie que te atraiga más que tu propia imagen en el espejo. —Ríe ante mi ofensiva, acercándose todavía más.

—¡Así que eso crees de tu futuro jefe! Muy mal empezamos, niña.

¿Mi jefe? Estoy a punto de preguntarle si ha estado oliendo pegamento cuando recuerdo que es el dueño de una galería. ¡Cierto, eso es! Imagina que al final consiga un trabajo allí. Sería genial. Aunque no me pague, al fin y al cabo, le debo el arreglo de su coche.

—Ya sé. Quieres que trabaje sin cobrar en tu galería. Puedo hacerlo si con ello damos por zanjado el arreglo de tu coche.

—¿Qué? ¿En mi galería? —Rompe en cínicas carcajadas—. ¿Estás loca niña? ¿Crees que contrato a cualquiera?

Me siento avergonzada solo de haberlo sugerido, pero más que eso, tengo ganas de estamparle algo en la cabeza. Ya estoy harta de aguantarlo.

—Di qué quieres de una puta vez. Me estás haciendo perder la poca paciencia que tengo.

Se aleja de mí, cosa que agradezco y vuelve a acomodarse en la esquina de la cama, con la tranquilidad de quien quiere desesperar.

—Trabajo mucho desde mi estudio en casa y he llegado a un punto en el que necesito ayuda con el papeleo. Poner un poco de orden por allí no me vendría nada mal.

—No soy una puta secretaria. ¿Acaso te lo he parecido?

—No, tú eres más una delincuente y el aspecto que sueles llevar esta bastante acorde. —Hace una pausa sonriente y antes de que toque su barba, intuyo que va nuevamente a por mí—. Aunque ahora mismo no; ese camisón que llevas se presta más con los favores sexuales.

Es un sinvergüenza desalmado y es hora de terminar con esta odiosa conversación. Aprieto las tiras del camisón porque tengo la sensación de que se encoge por momentos, haciéndome sentir completamente desnuda. Voy hasta la puerta y extendiéndole una mano, le muestro la salida.

—Será mejor que te vayas. Ya sé lo que quieres de mí y lo haré solo hasta pagar los arreglos de tu cochecito, pero lárgate ya. No creo que aguantarte esté en el paquete.

Se levanta con toda la paciencia del mundo y se detiene justo ante mí, clavándome esos ojos negros que me traen por el camino de la amargura.

—Te espero mañana a las nueve, no soporto la impuntualidad y más te vale no intentar huir de mí.

Tuerce toda su figura en dirección a la puerta por donde desaparece.

Era lo que quería, ¿no?, que se marchase. Entonces por qué no me siento aliviada. Es cierto que me hace sentir fatal y que la tensión que hay entre los dos es abrumadora, pero, aun así, hay una parte de mí —que pienso asesinar— a la que le gusta tenerlo cerca.

Capítulo 12

****Logan****

No sé qué tiene esa niña, pero hay algo especial en ella, algo que me hace continuar. Es diferente; no logro descifrarla y eso me gusta. Su carácter dinamita mi tedio. Es una bestiecilla indomable a la que muero por someter. No creo que cueste demasiado domesticarla, pero mientras dure será divertido. Comienzan a aburrirme las frías y sosas mujeres de clase alta, y un poco también las codiciosas que he encontrado a pie de calle, fáciles de impresionar, pero difíciles de contentar a base de talonario. Sin embargo, esta loca irracional me exaspera y apacigua al mismo tiempo.

Ha sido divertido venir a buscarle aquí, tanto, que he olvidado que no tengo una buena excusa que exponer a Isabel si me encontrase en el cuarto de su nieta. Debería irme antes de que algo así ocurra. Conozco a esa señora lo suficiente como para saber que tiene, no un poco, sino mucho de bruja.

¡Se confirma mi teoría! No he logrado bajar los últimos escalones, cuando la veo aparecer, como si hubiese olfateado las huellas de mis pensamientos.

—Pero Logan... ¿qué te trae por aquí? Me comentó Natalia que los negocios no te permitieron atenderla esta tarde.

Con que engañando a la abuelita. Mi niña mala haciendo de las suyas.

—Efectivamente. Surgieron algunos imprevistos y me fue imposible, pero he venido a compensarla.

—¿Sí? Y eso de la compensación de qué se trata, si puede saberse.

—Le acabo de ofrecer un trabajo; necesito un poco de ayuda para llevar el papeleo en mi despacho y ha accedido encantada. Tienes una nieta muy responsable.

Me mira escéptica y se acerca implacable.

—Logan, sabes que te quiero mucho y sé que tu vida no ha sido fácil. No pienso juzgar tus zapatos, sino el camino que has tenido que recorrer con ellos. Pero no se te ocurra pensar que puedes engañar a esta vieja.

Ya me ha pillado y ni siquiera sé lo que he dicho.

—De veras Isabel, necesito ayuda y a ella le ha entusiasmado la idea.

—Ni tú permites que nadie meta las narices en tu trabajo, ni ella acepta nada con entusiasmo. Aun así, te lo voy a dejar pasar, porque a pesar de que no sé qué te traes entre manos, conociéndola, esta vez quien me da pena eres tú.

Adoro a esta mujer, pero a veces me hace sentir como un niño y no me gusta nada esa sensación.

—Tranquila Isabel, cuidaré de tu nieta.

—No hay duda... —sonríe entre palabra y palabra—. Estoy segura de que así será.

Ese ha sido el tono de amenaza más sutil que he escuchado jamás.

Apresuro el paso hacia la salida bajo su mirada penetrante y espero que la distancia me vaya poniendo a salvo.

Ya en el coche analizo la larga tarde. ¿Qué estoy haciendo detrás de una niña insufrible? ¿Por qué roba con tanta facilidad mi cordura? Lo de meterme en su habitación ha sido toda una muestra de ello. No debería arriesgar mi amistad con Isabel, por no mencionar lo peligroso que resultaría tener en contra a la dueña de media ciudad. Muchas de mis oficinas están montadas en sus locales. Estaría bien sopesar los pros y los contras de continuar con un jueguito tan pernicioso; no creo que a Isabel le haga mucha gracia que esté intentando meterme en las bragas de su nieta. Aunque

por la pinta de Natalia, no creo que un buen revolcón vaya a dejar a la niña más rebelde, al contrario, quizás le mejore el carácter.

Quiero y debo dejarlo estar, pero sé que no lo haré. Necesito encontrar alguna distracción en este soporífero pueblo mientras decido si volveré algún día a España. Sea como sea, aún no estoy preparado para tomar esa decisión después de lo ocurrido.

Conduzco a casa. El día ha sido realmente largo a pesar de mi nuevo y excitante entretenimiento. Me apetece un buen baño caliente y una cama.

Mis planes se truncan en cuanto aparco detrás del coche de Susan. ¡Qué pereza de mujer! Sus visitas son cada vez más inoportunas. Si no fuese una de las compradoras compulsivas de mi galería, ya la hubiese mandado a paseo.

—Hola señor Logan, la señora Susan le espera en su despacho.

—Gracias Lilian, puede irse a descansar. Yo despido a la señora Susan.

Entro en el despacho para descubrir a una mujer de pelo rojizo perfectamente cortado sobre sus hombros, portando solo un bolígrafo entre los dientes, completamente desnuda. Asombro no es precisamente el sentimiento que me anega. No es la primera vez que se me ofrece y en más de una ocasión he aceptado su entrega, pero esta noche no tengo ganas, ni paciencia para soportarla.

No es que esté mal, para nada. Esta mujer de treinta y tantos años tiene una figura impecable, además de no hacer ascos ningunos en la cama. Simplemente me aburre. Vengo con ganas de poner la cabeza en la almohada para pensar en nuevas formas con las que sacar de quicio a mi fierecilla indómita.

—Pensé que no llegarías nunca; comenzaba a enfriarme. Quizás necesite que me des un extra de calor.

Pretende seducirme musitando entre dientes, pero a mí me suena patética.

—Hoy he tenido un día muy largo, Susan. Solo deseo una buena ducha y un sueño reparador.

Recojo la fina gabardina de mi mesa de escritorio y se la extiendo, rezando para que capte mi indiferencia.

—A los dos sitios te puedo acompañar gustosa.

Se cubre lentamente con ella, pero mantiene sus extremos abiertos; dejando al descubierto unos pequeños pechos que aún tiritan de frío.

—Sabes que a mi habitación no entra nadie.

—Pues hagámoslo aquí.

Es tan pesada que acabaría antes tirándomela sobre la mesa que convenciéndola para que se vaya.

—Hoy no estoy de ánimo, Susan.

Su insistencia basta para eliminar cualquier ápice de deseo y al parecer no hay manera de evitarla sutilmente. Se ha acercado tanto a mí que puedo sentir sus pezones punzando mi piel a través del polo.

—De veras haré que cambies de opinión. —Hinca ambas rodillas hasta quedar a la altura de la cremallera de mis pantalones.

La oferta es realmente tentadora, pero muero porque se largue. Tomo su barbilla y la levanto hasta dejarla de nuevo en pie. Ato cada extremo de la gabardina a su cintura y sin borrar la sonrisa de mi rostro, la invito a marcharse.

—Seguro que sabes encontrar tú solita la salida. —Doy media vuelta y salgo del despacho, agradeciendo perderla de vista.

No puedo creer que haya logrado deshacerme de esa mujer. Sinceramente no sé por qué no me la he tirado, y hay partes de mi cuerpo que comienzan a arrepentirse, pero, sencillamente, no me

apetecía nada. Deseaba estar a solas para revivir mentalmente cada instante que he pasado con esa loca rebelde destroza coches.

Jamás imaginé volver a verla, al menos no tan pronto. El día del accidente me cabreó tanto que apenas advertí su belleza. Me puso de los nervios que hubiese acabado con mi BMW y apenas dijese una palabra para excusarse. Parecía una mosquita muerta ahí parada, congelada por el miedo, pero en cuanto la vi con todo ese coraje huyendo de mí, supe que terminaría cazando a ese animalito salvaje... y eso haré. Hasta ahora nunca se me ha escapado una presa y esta no va a ser la excepción.

Capítulo 13

Natalia

Son las siete y ya estoy en pie. No había madrugado tanto en toda mi vida, aunque tampoco es que haya logrado dormir demasiado. Pasé la noche pensando en Nessie. Me preocupa bastante el tema de ayudarle a poner orden en su despacho. No creo que yo valga para eso; el orden y yo acabamos de empezar nuestra relación y no es que lo estemos llevando del todo bien, solo hay que echarle un vistazo a mi armario. Sin embargo, necesito que lo entienda solito y termine liberándome por voluntad propia de la tortura que me supone soportarlo.

Por otro lado, Nessie no fue el único que me hizo perder el sueño. Cuando logré encender mi móvil, una oleada de mensajes inundó el buzón y la gran mayoría eran de Esteban. Sé que ha estado mal que no le escribiese antes, pero lo del enchufe fue un contratiempo importante.

¡Está bien! Es cierto que no es la mejor excusa, tengo que reconocer que lo dejé pasar un poco. No fue hasta hace dos días que le pedí a Elio que me consiguiese un adaptador. Estar tan lejos de casa ha hecho que cambien muchas cosas, y casi todas dentro de mí.

El tiempo, cuando uno se aleja de la cotidianidad, adquiere otro sentido. Solo llevo aquí dos semanas y han pasado tantas cosas que parece que fuesen años. Me siento diferente, ni siquiera sé qué decirle a Esteban, todo es aún más confuso ahora que no estamos juntos.

Aun así, encontraré las palabras, debo escribirle, lo merece. Parecía bastante preocupado en los mensajes.

De: Natalia

Para: Esteban (nenaza)

Asunto: Lo siento.

Esteban; antes que nada, quiero que sepas que estoy bien. Si no te he escrito antes es porque en este sitio no encaja ni mi móvil. ¡Vamos!, que los enchufes no le valen a mi iPhone y he tenido que conseguir un adaptador. Tarea poco sencilla en el mismísimo fin del mundo.

En cuanto a lo sucedido en España; no estoy enojada. Nada afectará a nuestra amistad. Estoy segura de que, en mi ausencia, alguna te quitará el calentón. (Ja, ja, ja, ja, ja).

Cuéntame qué tal va la tienda y cómo llevas la situación con tus padres.

Cuídate mucho y no olvides reponer el *whisky* para cuando regrese.

Naty

P.D: Deja de mandarme mensajes moñas o te llevaré una faldita de cuadros como *souvenir*.

Nos vemos pronto, nenaza.

Cierro el administrador de correos y miro la hora en la pantalla principal. Ya son las ocho. Bajaré a desayunar antes de que se haga tarde. No pretendo llegar puntual, pero tampoco quiero que Nessie venga hasta aquí para llevarme a rastras, y lo veo muy capaz de algo así.

En el comedor no hay ni un alma. Elio seguramente ya se ha ido; ese hombre y su manía de llegar pronto a todos sitios. Por lo que veo Isabel tampoco se ha despegado las sábanas. Toca desayunar a solas.

Cuando me voy resignando a la soledad y el autoservicio, escucho a Tina trajinando en la

cocina. Esa chica y sus quehaceres. ¿Alguna vez pasará de tantas responsabilidades y se tomará un día rebelde? No sé yo. Su laboriosidad hace que me sienta una tarambana total.

—Hola cocinillas. —Pega un brinco sobresaltada por mi repentina aparición.

—¡Natalia, no te esperaba! Me has dado un susto de muerte.

—¿Qué va! Déjame algo que echarle a ese pan que tienes en el horno. Me he levantado con hambre; lo de no bajar a cenar fue una pésima idea.

—Sí que lo fue. Explotaba de curiosidad por saber qué pasó entre tú y Logan. ¡No puedo creer que Logan Craig haya estado en tu habitación!

—Ni yo. Ese tipo es un pesado.

—¿Qué dices? Es el hombre más bello e interesante de toda esta ciudad. ¡Qué digo esta ciudad, de toda Escocia o Gran Bretaña!

—Sí, y el más petulante, arrogante, soberbio, engreído, presuntuoso, fastidioso, desagradable, irritante, exasperante e inaguantable del mundo entero.

—Si tú lo dices. Para mí es un encanto.

¡Esta chica es tan impresionante!

—¿Tú no tenías noviete?

Le pico para que deje de babear por Nessie.

—¿Que no es mi noviete! Nos estamos conociendo. Además, Logan es inalcanzable para alguien como yo, así que tengo permitido fantasear con él.

—¿Fantasear? ¡No me jodas! Yo con ese solo tendría pesadillas.

—Por cierto, ¿qué te ha pasado con él?

—Nada, una tontería. El primer día que fuimos a la ciudad e intenté regresar sola a casa me metí por una calle en sentido contrario y le estampé todo el jeep en su lujoso BMW. Y luego pues... me di un poco a la fuga.

—¿Qué? ¿Y dices nada? ¿Cómo puedes darte solo «un poco» a la fuga? Definitivamente, eres única Natalia.

Está eufórica; alzando mucho la voz y poniendo cara de velocidad.

—Baja la voz. No quiero que mi abuela, digo, Isabel, se entere.

—Pero si eso fue hace más de semana y media. ¿Qué hacía ayer aquí hecho una furia?

—Te resumo porque parece que no me vas a dar de desayunar hasta que tengas todos los detalles. Le abollé el coche y me di a la fuga; luego resultó ser el amigo de Isabel al que tenía que ir a dibujar; volví a intentar huir, pero me secuestró; le di un rodillazo en los huevos y volví a huir. El resto de la historia ya la conoces.

—¿Qué?

Lo de bajar la voz no parece haberlo entendido.

—Cálmate y habla más bajito, o terminarán escuchándonos.

—¡Eres increíble! No sé de dónde sacas tanto coraje. ¿Y ahora qué va a pasar? ¿Te denunciará a la policía? ¿Se lo dirá a la señora Isa?

—No..., quiere que le pague el arreglo de su coche trabajando para él.

Tina se entusiasma al instante, dando sus característicos saltitos de alegría. Algo me dice que es tan ilusa como lo fui yo.

—¿Vas a trabajar en su galería? ¡Qué pasada!

—Para el carro; de eso nada. El muy capullo quiere que le haga de secretaria en su despacho privado.

—¿En serio? ¿Vas a tener una excusa para verle todos los días? Me caigo muerta.

—Deja de babear por ese imbécil y dime lo que sabes sobre él. No pienso meterme en la casa

de un tipo al que no conozco de nada.

—Bueno, en el pueblo se dice de todo, pero yo no haría mucho caso a la gente. Por aquí inventarse historias y fantasmas es lo más normal del mundo.

—Tú cuenta, que yo de ese me creo cualquier cosa.

Sé que está loca por contarme; ya empiezo a conocer a la Tina cotilla.

—Como quieras, pero yo solo te digo lo que se comenta. No tengo certeza alguna de que sea cierto y no quiero que lo tomes todo al pie de la letra.

—Acaba de contarme y deja los rodeos.

—Está bien. Se dice que sus padres amasaban una buena fortuna antes de que él naciera, pero los Craig no podían tener hijos, o eso creían todos. Según cuentan, se marcharon una temporada a España y para cuando regresaron ya tenían a su hijo en brazos. El chico creció bajo los mimos y cuidados de sus padres. Algunos incluso aseguran que le mimaron y consintieron demasiado. Pero todo cambió para esa familia al enfermar el señor Craig. Él apenas era un adolescente cuando su padre comenzó a padecer esquizofrenia, perdiendo todo contacto con la realidad. Su madre tuvo que dedicarse a cuidarlo noche y día. Logan, por su parte, solo aumentó la cruz que cargaba esa mujer; volviéndose cada vez más y más rebelde. En el pueblo se comenta que llegó a meterse en líos muy gordos y que participaba en carreras ilegales. Pero a mí todo eso me parece muy surrealista, tú ni caso.

—Sigue contando, no me dejes así.

—Vale, pero luego no sé muy bien qué pasó. Su madre murió en un accidente automovilístico y muchos culpan a Logan de aquello. Lo que sí puedo asegurar es que tras la muerte de su madre, él cambió. Se centró por completo en los negocios familiares; haciéndolos crecer vertiginosamente. Cuidó de su padre hasta el día en que murió, hace unos tres años ya, y luego se marchó a España; creo que para atender negocios. Hará poco más de un año que regresó a Inverness, lo justo para que destrozaras su coche y le atacaras en su propia casa.

—¿Pero qué historia dantesca es esa? ¿Voy a meterme en la casa de un hombre que mató a su madre?

—¡No! ¡Él no la mató! Ni siquiera iba con ella en ese coche. No tengo ni idea de por qué algunos lo relacionan y responsabilizan de ello. Te dije que eran solo habladurías.

—Sí, habladurías...

La voz de la abuela nos sobresalta cual niñas pequeñas a las que han descubierto haciendo trastadas.

—...Y en mi casa no se permiten chismorreos, fantasmadas, ni historias mal contadas. Cada uno debería tener derecho a contar su propia historia.

Ya la hemos cabreado y apenas ha empezado el día.

Comeré algo y me largo, no quiero ser objeto de su mal humor. Me da pena por Tina, que seguramente se llevará doble ración de escarmientos, pero el dolor compartido no toca a menos.

—Yo ya me iba, solo tomaré una tostada.

—Enseguida pongo el desayuno señora Isa.

A Tina aún no le ha vuelto el color al rostro, pero consigue que la abuela asienta y se dirija hacia el comedor.

Unto mi tostada con un poco de mantequilla y salgo dándole mordidas. Creo que voy a unos treinta kilómetros por hora; cualquier cosa con tal de que la abuela no se centre en mí. Un objetivo demasiado pretencioso, en cuanto paso a su lado, me reprende.

—Como diría el buen pastor Charles Spurgeon: «El chisme emite un veneno triple, porque hiere a quien lo dice, al que lo escucha y a la persona de quien se habla».

Sigo sin detenerme e intento que no me afecten sus palabras; algo más complicado de lo que imaginé. No sé por qué demonios me duele decepcionarla con una tontería así, especialmente porque pienso lo mismo que ella. Jamás he prestado mis oídos y mucho menos mi boca como puente conector de ninguna habladuría, pero este hombre me causa muchísima intriga y no puedo evitar querer saberlo todo sobre él.

Capítulo 14

*** *Logan* ***

Las diez menos cuarto y mi diablillo sigue sin aparecer. Espero no tener que ir a buscarla, no podría sacarla de allí a la fuerza, al menos no mientras Isabel esté al acecho.

Anoche casi no duermo pensando en ella. Esa niña se ha clavado de lleno en mi mente, tanto, que las palabras de Isabel retumban en mi cabeza cual premonición o execración: «Conociéndola, eres *tú* quien me da pena».

No. ¡Qué va! Solo tengo que hacerla mía y la obsesión pasará, como siempre. Ya he deseado antes a otras mujeres y el capricho me dura lo justo hasta conseguirlas; al minuto siguiente prefiero seguir con mi vida. Adoro mi libertad y no creo que ninguna mujer la merezca. Además, ellas aman al hombre despreocupado, al que las utiliza en la cama y las hace gemir de placer. Al que no las necesita y logra seguir su vida sin ellas. Aman al hombre que otras desean, y no al romántico, al patético, al que depende de sus instrucciones para comenzar el día, al obediente que las consiente. No quieren al hombre en quién nos convierten en nombre del amor. Si no fuese así, no me hubiese acostado con tantas mujeres casadas.

El desagradable sonido que resulta de golpear la puerta con toda la palma de la mano, me pone en alerta. No cabe duda de que es la llamada de mi fierecilla, su rebeldía solo incrementa mis ganas de someterla.

—Pasa, antes de que arranques la puerta.

—Ya estoy aquí. ¿Qué coño quieres que haga?

Traspasa el umbral, y aunque su aspecto es despreocupado, la camiseta es algo más ajustada que la de ayer. No puedo evitar detener la mirada en sus pechos; son enormes en comparación con lo diminuta que es. ¿Cuántas cosas le haría yo a esos caprichos tan redondos si se dejara? Debo centrarme, lo último que quiero es que crea que soy un perverso, al menos por ahora.

—Además de impuntual, mal hablada y rústica. ¿Algo más que deba agregar a tu lista de faltas?

—¿Lista de faltas? No me jodas, corta el rollo. ¿Me has notado algún complejo de Edipo? ¿Realmente crees que ando buscando a un papaíto que me azote por portarme mal?

Es más insufrible de lo que creía. Debajo de esa niña malcriada se esconde una criaturilla enterada, pero no podrá conmigo.

—¿Azotes? ¿Qué pasa contigo, niña? No pierdes oportunidad para insinuarte. Tienes que comenzar a hacerte a la idea de que soy tu jefe.

—¿Mi jefe? Digamos que somos socios. Tenemos un trato: Tú no le cuentas a Isabel el tema del coche... —interrumpo sus palabras, porque su ligereza me exaspera.

—¿El tema del coche? ¿Y lo dices así? El arreglo me está costando lo que saldría uno nuevo. ¡Estaba tuneado! Suspensión neumática, numerosos cromados, instalación de equipos de música y multimedia de miles de libras. Y te atreves a decir sin más, «el tema del coche».

La estoy mortificando, en realidad no me cuesta una mierda arreglarlo. Tengo seguro a todo riesgo y si tuviese que hacerlo, el dinero no es un problema en mi vida.

—Lo que viene siendo un coche poco práctico, lleno de cosas innecesarias. Pero lo entiendo, ¡eh! Cada uno compensa sus carencias como puede.

La cría tiene respuesta para todo y continúa sin dejar que defienda su estocada.

—Como decía, tenemos un trato. Yo pago lo que te debo con lo que quieras que haga aquí y tú ni una palabra a Isabel. No eres mi jefe, ni yo tu empleada. No te confundas.

Si supiera lo que me pone que sea tan arisca.

Pienso en qué puedo mandarle a hacer. Lo cierto es que soy muy organizado con mi trabajo. No soporto que hurguen en mis cosas, pero si no dejo que haga algo, mi excusa no podrá sostenerse.

—Vale, llama a nuestra relación laboral como quieras, pero será mejor que te pongas a trabajar ya, o tendré que verte la cara por mucho más tiempo del que pretendo. Allí, sobre la mesa, hay una carpeta color marrón. En ella encontrarás un listado de las exposiciones del mes y de los artistas con sus respectivos teléfonos de contacto. Necesito que confirmes su asistencia y anotes con lujo de detalle si lo has constatado, o no. Si hay alguna cancelación, especificas las razones de esta. Espero que puedas hacerlo, tampoco es demasiado complejo. Yo me voy, tengo cosas importantes que atender, cosas de gente mayor, niña.

—Pensé que no te irías nunca. —Observa descaradamente cómo me levanto del sillón y sin esperar siquiera a que abandone el despacho; se echa sobre el mismo, poniendo ambos pies en la mesa de escritorio.

Lleva unos *Converse* horribles, pero los combina en un estilo único que le hace lucir increíblemente bien. Tengo ganas de regañarla por su mala educación, pero por hoy ya ha estado bien.

Me marcho entre risas al escucharle protestar en cuanto cierro la puerta del despacho.

—¡Genial! Concertar citas. ¡Vamos, lo que viene siendo una puta secretaria!

Me encanta cómo es; su carácter es puro aire fresco para mi actual y aburrida existencia. No estoy nada acostumbrado al rechazo. Llevo tantos años dirigiendo negocios propios, que es muy rara la ocasión en la que tenga que lidiar con la desobediencia que ella me profesa.

Los números de la esquina superior derecha de la pantalla de mi móvil anuncian que son más de las dos y media de la tarde. Al menos he solucionado el problema con la sede francesa. Esos mediocres son incapaces de tener una iniciativa medianamente coherente. Luego soy yo el que tiene un problema con la supervisión excesiva; a saber cómo les iría a estos sin mi inspección constante.

No creo que mi niña rebelde esté en casa aún. Puede que hasta se haya ido en cuanto me di la vuelta. Aunque realmente deseo que no sea así.

Entro en el despacho para ver si ha hecho algo de lo que le mandé y la imagen que me recibe es extraordinaria. Se ha quedado profundamente dormida. Reposa la cabeza sobre sus manos, que a su vez se apoyan en la mesa de escritorio. Lo gracioso es que continúa sentada y me pregunto cómo encuentra comodidad en tal posición. Verle así me recuerda a mis tiempos de colegio; solía dormirme bastante en clase, sobre la mesa o apoyado en la pared de castigo. Aunque su imagen es mucho más tierna que la que podía proyectar yo por aquellos tiempos. Su larga melena le cubre la mitad del rostro, su boca está entreabierta como intentando decir algo que prefiere callar y su gesto es tan sereno como el de un ángel; casi no logro recordar el demonio que es.

Sobre la mesa también reposa la carpeta marrón, pero a esta sí que da gusto verla. La ha llenado de borrones; encima de los números telefónicos ha subrayado con bolígrafo rojo las palabras «ok» y «no ok». Es un total y completo desastre, pero su informalidad, lejos de irritarme, me provoca reír. Si mi psicoanalista supiera lo pasivo y despreocupado que esta chica me vuelve, la usaría como objeto de su tratamiento, pero esos no son los planes que tengo para ella. Lo que me apetece ahora mismo es cogerla en brazos y llevarla hasta mi cama, aunque solo sea para verla dormir plácidamente.

¿Pero qué digo? ¿En mi cama? Eso sería ir un poco lejos y además estaría en contra de mis reglas. Se me ocurre una idea mejor.

Saco de la nevera del minibar, que tengo camuflada bajo uno de los armarios, una piedra de

hielo, y con la delicadeza que determina a mis actos malévolos, la hago descender por la parte trasera de su camiseta.

Jamás había visto a alguien pasar con tanta rapidez de un sueño profundo a la euforia desmedida. Salta sin parar mirándome fijamente a los ojos, como si le costase procesar lo que acabo de hacer, aunque su misión número uno es extirpar la piedra, así que me da algo de tregua. El frío la hace gemir de una forma tan salvaje, que creo que este juego me va a doler más a mí que a ella.

—¿Eres imbécil?

—Cuidado con esa boca. ¿Se puede saber qué haces durmiendo en mi despacho?

—Reza para que no pille un resfriado. —Señala mi rostro en un gesto amenazador, pero yo no puedo dejar de sonreír ante lo divertida que me resulta la situación.

—¿Cuánto llevas durmiendo, niña? Parece que no has entendido lo que es organización. — Señalo la carpeta marrón para que entienda de lo que hablo.

—¿Qué hora es? Debo haberme quedado dormida mientras hablaba con la banda de repipis a los que contratas. Esto me pasa por madrugar.

—¿Madrugar? Has llegado aquí pasadas las diez. Tú sí que tienes poca vergüenza.

—Agradece que haya venido. Y en cuanto a la organización, simplemente no es lo mío. Ya te lo había dicho, ¿no?

Quiere ponerme a prueba para que le libere de su castigo, pero a mí no me la cuela.

—Son casi las tres de la tarde...

Quiero seguir explicándole como me gusta que se hagan las cosas, pero en cuanto se percata de la hora, comienza a recoger sobresaltada. Casi que siento pena de la pobre carpeta marrón a la que está atiborrando de hojas estrujadas.

—¡No me puedo creer que ya sean las tres! He dormido una eternidad. Me voy.

—Si quieres puedo llevarte a almorzar.

No sé si almorzar con esta fiera sea una buena idea, pero es lo que me apetece.

—¿Qué? —Está tan sorprendida como yo de que me haya atrevido a invitarla.

—Lo digo porque tienes mala cara, aunque no sé si simplemente es tu cara.

—No, gracias. Soy alérgica.

—Seguro que encuentras algo que puedas pedir y que no te haga daño.

—Alérgica a los gilipollas —finge un estornudo solo para añadir—; lo ves, será mejor que me vaya ya.

Me ha pillado y tengo que reconocer que ha sido un rechazo de lo más ingenioso. Tendré más cuidado para la próxima; es más lista de lo que pensaba.

—Está bien, eso me pasa por tener un gesto galante con una mocosa intratable. Terminarás aprendiendo cómo debes hablar a tu jefe y mañana te quiero aquí puntual. No pienso consentir que te tomes nuestro «trato» a la ligera. Seguro que a Isabel le haría mucha gracia sacarte de comisaría por un delito de *Hit and Run*. «Choque y fuga en español», que sé que te cuesta.

—Si crees que puedes amenazarme, vas listo. Veamos cómo le explicas a Isabel qué coño hacías unas semanas después del tal *Hit and Run*, metido en mi habitación.

Definitivamente es insoportable. Me están dando más ganas de azotarla que de tirármela.

—Además, mañana no me esperes por la mañana, tengo un retrato que hacer. Si quieres puedo estar aquí sobre las cuatro o cinco de la tarde.

Se me hace difícil pensar en no verla hasta tan tarde. No sé qué me pasa con esta niña, pero la aborrezco tanto como la deseo. Estar con ella es un suplicio, pero apenas puedo ver como se aleja.

Tampoco tengo potestad para exigirle que deje los retratos, Isabel me comentó que era importante para ella que hiciera algo remunerado. Cosas de esa vieja para enseñarle a mi fiera el valor real de lo material bajo el sudor y el esfuerzo propio. En fin, que con las cosas de Isabel no me meto. Según he escuchado mi niña tiene algo de talento, eso, o se ha beneficiado de la novedad que ha provocado en este pueblito en el que todos se conocen y nadie quiere privarse de lo ajeno.

—Está bien, te espero por la tarde.

Me acomodo en el sillón que ha dejado libre y centro la vista en mi móvil, solo para que crea que tengo cosas más importantes que hacer que estar hablando con ella.

Ni siquiera toma en cuenta mi ignorancia, sale como un niño que ha escuchado la sirena del recreo, prácticamente corriendo. Se ha ido, al fin se ha ido y comienzo a desear que el tiempo pase volando.

****Natalia****

No puedo creer que me haya pillado dormida. ¿Qué cara tendría? Seguro que estaba babeando con la boca abierta. Me debe haber visto horrible.

Bueno... ¿qué más da? ¿A mí cuándo me ha importado algo así? Mi cabeza está jugándome malas pasadas desde que conocí a ese imbécil. Necesito distraerme porque le estoy dando demasiada importancia a todo lo que le rodea. Me tomaré la tarde libre; pasear un poco, dibujar algunas caras desconocidas y algún que otro rincón en los que nadie se detiene a fotografiar. Pero primero voy a almorzar, con la barriga vacía mis musas no cooperan.

Pensaba ir a casa de la abuela a degustar los ricos menús de Tina, pero acabo de recordar lo sucedido esta mañana. Casi que podría asegurar que Isabel aún está de mal humor por habernos pillado a Tina y a mí chismorreando sobre Nessie. Lo cierto es que con el hambre que llevo y las horas que son, no me apetece nada escucharla sermonearnos.

Quizás debí aceptar la oferta de Nessie, aunque no sabría qué hacer en un restaurante con ese hombre que tanto me encoleriza. Seguramente terminaría arrojándole la cubertería del local a la cabeza. Sin mencionar que voy hecha un desastre comparada con lo arreglado y guapo que va siempre él. Parecería que me ha recogido en la calle. Ese me ha invitado solo para quedar como un señor. Es tan fanfarrón que apenas puedo soportarlo. Llamaré a Tina para avisar que comeré fuera y así aprovecho para quedarme en la ciudad. Realmente necesito distraer mi cabeza de ese hombre.

Conduzco hasta uno de esos *pubs* de la lista de recomendaciones de Tina y en cuanto el asistente de *Google Maps* me deja en la puerta, comienzo a arrepentirme de haber elegido dicha opción. Ya he vuelto a pensar en Tina de una forma muy especial, digamos que letalmente. Yo la mato.

El sitio tiene un cartel inmenso con el nombre Hootananny en color amarillo con fondo negro, pero lo que me jode de verdad es su carácter tradicional. Desde fuera se escucha la música en vivo que retumba en su interior; nada más y nada menos que acordes de las dichas gaitas. Me debato entre entrar o no, pero el hambre gana la batalla.

«Después de todo no ha sido una mala elección». Me digo a mí misma en cuanto me atiende un camarero con acento argentino. Es curioso, en mi país no me hacía mucha gracia la emigración, pero basta con ser extranjero de otra tierra para sacarte los prejuicios. En este caso el argentino será mi salvación, podré pedirme una buena hamburguesa de ternera en mi idioma natal.

Encima, el chico ha sido muy simpático, diría que ha coqueteado un poco, pero es argentino, creo que sus maneras vienen de fábrica. Sea como sea, me ha recomendado una cerveza escocesa exquisita, aunque estoy segura de que no recordaré su nombre *Tennent Caledonia Best*. Según él, fabricada con cebada cien por cien escocesa y con agua procedente del lago Katrine. En fin,

quitando la musiquita medieval, estoy más que a gusto disfrutando de una rica pinta de cerveza y esperando por mi *super-hamburguesa*.

Sacaré el cuaderno de dibujo, estos momentos son extraordinarios para dejar volar la imaginación.

No sé si han sido las gaitas, esta cerveza, o el aire escocés que estoy respirando, pero media hora después, apenas me doy cuenta de que el camarero ya ha dejado la hamburguesa a mi lado. He perdido conexión total con lo que me rodea. Cuando dibujo experimento algo así como un momento de fuga, una sensación de plenitud que me desvincula de todo.

Miro sus ojos en el papel. Ni siquiera sé por qué le he dibujado, ni por qué mi mente recuerda cada detalle de su rostro sin necesidad de que pose para mí. Y es que tengo grabada la imagen de esa barba perfectamente recortada que hace más intensas las líneas cuadradas de su mandíbula; sus cejas espesas; ese corte de pelo tan atractivo; y cómo no, ese universo que guarda en una mirada que sabe perfectamente cómo gobernar mis constantes físicas. Debo parar esto de una vez. Está claro que es un hombre físicamente irresistible, pero con un carácter odioso y desagradable. No puedo permitir que su imagen me persiga.

Estoy resuelta a disfrutar de una tarde sin su omnipresente figura, así que me zampo prácticamente de una mordida la hamburguesa y con dos tragos termino también la cerveza. Ya estoy lista para mi paseo.

Camino sin rumbo definido, en busca de algo que me encuentre a mí o a mis musas. Recorro unas calles y veo a dos niños discutiendo por decidir a quién le toca conducir una vieja bicicleta. Me siento a observarlos y aunque no entiendo nada de lo que dicen, comienzo a imaginar sus vidas, sus nombres, su historia y empiezo a dibujar.

Los niños ya se han ido, pero sus últimos trazos aún juegan en este papel blanco con poderes para detener el tiempo. Continúo con mi paseo hasta que un anciano tranquilamente sentado en uno de esos bancos que adornan la ciudad llama mi atención y le imagino esperando al amor de su vida.

Al anciano sí le he dejado atrás tras dibujarle, no parecía tener más prisa que el que he estampado yo. Por último, dibujo algunos rincones de la ciudad totalmente vacíos, en los que parece que nadie se detiene. Ni siquiera esa oleada de turistas que buscan al monstruo del lago Ness. Si supieran que yo encontré a *Nessie* cruzando una de estas esquinas, no perderían el tiempo llamándole a orillas del lago.

Capítulo 15

Natalia

La tarde de ayer despejó bastante mi cabeza. Es cierto que no logré sacarle del todo de mis pensamientos, pero al menos dormí mucho mejor. De hecho, son las nueve de la mañana y aún no encuentro una buena excusa para levantarme. El retrato de hoy no es nada complejo y la cita está concertada para las diez y media; tengo tiempo de sobra. Además, si llegase tarde, no creo que mi modelo lo note. Es un gato siamés que de seguro estará encantado de posar echado para mí. ¿Acaso no es eso lo que hacen los gatos? Ronronear, rascarse y dormir como marmotas. Los animales domésticos no me van en absoluto, aunque reconozco que cumplen su labor social. El ser humano se cree mejor que el resto de los animales y luego resulta que somos capaces de recoger sus cagadas en medio de la calle, con tal de conciliar un poco de compañía. Tenemos terror a la soledad. Una especie, en teoría, suprema y luego no es capaz de soportarse a sí misma.

Termino persuadiéndome de que es hora de levantar el trasero de la cama. Me aseo y por primera vez en mi vida no logro encontrar algo decente que ponerme. Pruebo con una y otra prenda, pero nada me convence. ¿Qué coño está pasando? No creo que el puto gato vaya a notar lo que llevo puesto.

¿A quién engaño? No estoy pensando en el gato, sino en mi cita de esta tarde con Nessie. ¡Qué digo cita! No tenemos una cita, es solo trabajo. «¿Es solo trabajo?».

Me visto sin darle más vueltas, con lo primero que tengo a mano. Odio cuando mi subconsciente me remeda, convirtiendo en pregunta lo que es claramente una afirmación. Últimamente estar a solas con mis pensamientos es agotador. Tendré que reconsiderar lo de tener una mascota, quizás sea una buena opción para distraer mi cabeza de ese hombre salvaje de ojos negros.

Aliso un poco mi pelo y lo recojo en un moño alto. Hago una raya negra en cada ojo y paso la mascarilla de pestañas que solo uso muy de vez en cuando. «Ahora sí». Me digo ante el espejo algo más complacida, aunque también aprovecho para cuestionarme. «¿A qué viene tanta parafernalia?». No sé qué decir a eso, así que bajo antes de obligarme a responder.

—Buenos días —saludo a la abuela con el propósito de averiguar su estado de ánimo.

—Buenos días, Natalia. Por las horas que son, intuyo que hoy no ayudas a tu amigo.

—Quedamos por la tarde. Ahora debo dibujar al gato del señor Roger.

—¿Hasta el gato de Roger quiere uno de tus dibujos? —Sonríe tan a gusto que le imagino alucinando con la posibilidad de que el propio gato haya hecho formalmente su petición—. Algo me dice que has encontrado la forma de comunicarte con esta ciudad.

Espero que no se note lo feliz que me hacen sus comentarios halagadores. Es cierto que en la facultad he recibido mucho apoyo con respecto a mi trabajo, pero teniendo en cuenta que de mis padres solo he obtenido desprecio e indiferencia, su opinión positiva significa mucho para mí. Aunque lo exprese de esa manera tan suya que en el fondo agradezco. Las muestras de cariño excesivas no las encajo muy bien y algo me dice que tampoco son su fuerte.

—Sí, parece que ese gato encontró la mejor de las excusas para estar echado un buen rato.

—Ayer no viniste a almorzar y tampoco bajaste a cenar, así que no he tenido ocasión para comentarte que tus padres han llamado.

¿Mis padres? ¡Qué raro! ¿Qué querrán esos dos? Nada bueno, estoy segura.

—¿Qué querían? Porque saber de mí, lo dudo mucho. No me digas que están echándome de menos.

Estoy siendo totalmente sarcástica. Soy consciente de que a esos no les importo un carajo.

—Tus avariciosos padres no pierden la esperanza de sacarme más dinero. Les he dicho que podían mandar a buscarte cuando quisieran, que eres la niña más malcriada que he podido conocer y que estoy harta de sacarte de comisaría. Casi podía escuchar a tu madre susurrar a tu padre desde el otro lado de la línea. Le pedía desesperada que colgase y lo dejara estar. Los muy imbéciles creían que les iba a decir que estoy encantada de tenerte aquí conmigo. Hacer algo así sería darles una buena razón para chantajearme. Tu padre enseguida me recordó que yo había propuesto traerte y que debía aguantarte como consecuencia de mi petición. Fue divertido escuchar su frustración al comprobar que no podrían sacar tajada de la situación.

La codicia de esos dos no me asombra en absoluto. Yo misma los escuché formular sus intenciones de sacarle dinero una vez que estuviese aquí, pero me ha encantado la salida de mi abuela. Hubiese pagado por escuchar esa conversación. Isabel es una mujer con mucha mala leche, pero, ante todo, hay que reconocer su ingenio.

—No creo que vuelvan a llamar. Su miedo a tener que soportarme es más fuerte que la avaricia que los corroe.

—Con ellos nunca se sabe, pero despreocúpate, los mantendré alejados si así lo prefieres —asiento solo con la cabeza, porque es duro aceptar en voz alta que prefieres la compañía de unos desconocidos, antes que la de tus propios padres—. Tina no está. Preparó el desayuno muy temprano y se marchó a la ciudad.

Esa ha sido una manera muy aguda de cambiar el incómodo tema de conversación.

—Vale, tampoco tengo mucho tiempo para estar de charla con Tina. Me voy antes de que el gato pierda la paciencia.

Sonreímos las dos pensando en el susodicho gato impaciente y me marché disfrutando de estos pequeños momentos de sincronía entre ambas.

Una y media de la tarde y tengo un cabreo descomunal. He tardado tres horas en pintar al bicho, simplemente porque el animal del dueño era insoportable. No logré entender una mierda de lo que decía, pero quedó claro que no me dejaría ver al dichoso gato hasta que no despertara de su siesta. Energúmeno maleducado, le faltaron cuerdas vocales para gritarme un poco más. Como si con alzar la voz yo fuese a entender un carajo de su maldito acento borde y peculiar. Ya sé por qué solo le soporta ese gato, al que sin duda le tolera que no hable su idioma.

No tengo pizca de hambre y no me extraña, clientes así desvirtúan un trabajo tan bonito. En fin, que me da mucha pereza volver a casa para no probar bocado. Tampoco me gustaría aparecer tan pronto donde Nessie, pero estoy lo bastante cerca como para obviar el horario. No creo que esté en su despacho a estas horas, adelantaré algo de sus aburridas citas.

Me pregunto cómo irá vestido hoy. La camisa blanca de ayer rompió todos mis esquemas. He de reconocer que un *look* tan formal podía hacerme vomitar, pero su porte es peculiar; consigue darle un toque rebelde a la prenda más clásica. Creo que sus tatuajes juegan buenas cartas en el asunto, la camisa blanca de ayer no conseguía esconder ninguno. He llegado a pensar que se transparentaban solo para trastornarme. Me encantó la brújula de su antebrazo, oscura, llena de detalles. Lo más atractivo del diseño es el conjunto, formando parte de un engranaje mayor. No sabría interpretar el mensaje que contiene, pero me perdería con gusto en una maquinaria así si tuviese tal brújula entre las manos.

¡Nessie! ¡Nessie! No sé cómo me las arreglo para terminar volcando todos mis pensamientos siempre en ti.

****Logan****

Menuda mañana de locos. La galería se pasa el día llena, pero más que una galería parece un

museo. Los turistas solo se detienen como parte de su recorrido por la ciudad y pocos se llevan consigo una buena pieza. Debo hacer algo diferente con ese sitio, pero ya pensaré en ello más tarde. Ahora voy a ver a mi fierecilla, lo necesito, y no solo porque lleva todo el día perturbando mi cabeza, sino por el desastre en el que ha convertido la desdichada carpeta marrón. Debo preparar ya las exposiciones de esta semana y no creo que sus apuntes sean nada fiables, esperaré a que aparezca para que traduzca el apocalipsis organizativo que ha ocasionado.

—¿Qué haces aquí?

Me sorprende verla en cuanto abro la puerta del despacho.

—Habíamos quedado en que vendría, ¿no?

—Sí, es solo que son las tres..., no sé, supongo que te esperaba más tarde. Aun así, me alegra que hayas llegado pronto. Digo... de que estés aquí... es decir, que necesito información sobre las exposiciones.

«*Logan, Logan*». A ver si nos centramos, que acabo de parecer un flan delante de una niña a la que debería estar intimidando y no al contrario.

En mi defensa diré que está algo cambiada, no sé, igual, pero diferente. La fina línea negra que adorna sus ojos me obliga a no apartar los míos de ese azul grisáceo que me hace sentir que estoy viendo el cielo. ¿Y su ropa? Todo muy oscuro, como siempre, pero esos hombros al descubierto son un aporte de sensualidad inesperado.

—Pues llevo una hora aquí. Hay personas que nos tomamos el trabajo en serio.

Eso ha sido una provocación en toda regla y me gusta verla tan relajada.

—Me alegra comprobar que vas aprendiendo cómo me gusta que se hagan las cosas.

—Lo que tú digas. —Pone los ojos en blanco y finge no prestarme demasiada atención.

—Por cierto, quiero tu número de teléfono y que tengas el mío. Necesito ponerme en contacto contigo en cualquier momento. Requiere información constante del estado de las exposiciones y en vista de lo mal que se te da detallarlo en la dichosa carpeta, no veo otra opción.

Me lanza el móvil, deslizándolo por la superficie de la mesa. Es tan vulgar a veces que me apetece imaginar que pueda ser así para todo.

—Tú mismo.

Tomo su iPhone y por un segundo pienso en lo íntimo del gesto. Me ha dejado hurgar en algo tan personal y ni siquiera ha puesto objeción en darme su número privado. Me sentiría halagado, pero con ella todo tiene otro significado y algo me dice que le da importancia cero al gesto.

Me apresuro a intercambiar nuestros contactos y pienso en lo fácil que me ha sido darle mi número personal, algo que para mí sí es de todo, menos habitual. Este teléfono no tiene más de cinco números grabados y muchos matarían por tenerlo.

—Ya está, aquí tienes. —Extiendo la mano para devolverle su iPhone, pero lo recoge tan deprisa que apenas logro rozar su piel.

—Bueno... ¿qué querías saber de las exposiciones? —Se levanta con celeridad para buscar la carpeta.

No he necesitado tocarla para ponerle nerviosa. Disfruto viendo como procura distraer la tensión evidente que hay entre los dos. Aunque yo no estoy nada exento de nervios, todo hay que decirlo. El corazón me late a un ritmo poco saludable y me empieza a preocupar que hasta ella pueda escucharlo. ¿Qué me pasará con esta niña? Hace unos días fui capaz de rechazar a una mujer completamente desnuda en esta misma habitación y hoy me palpita todo el cuerpo solo porque no lleva sus vaqueros de siempre.

«*¡Venga, céntrate, Logan!*». Tranquilidad, en cuanto me meta en sus bragas todo esto habrá pasado.

—A ver si me explicas tú, qué significa el «ok» y el «no ok» con los que has emborronado toda la carpeta.

—Muy sencillo. El «ok» significa que está confirmado y el «no ok» que no lo está.

—A mí todo el mundo me confirma, no entiendo el motivo de tantos «no ok».

—Ah... es que también he puesto «no ok» a los que no se han dignado a coger el teléfono.

No sé si lo hace adrede, pero estoy empezando a perder la paciencia.

—Niña, se supone que si no te responden, no escribes nada y lo sigues intentando.

—Yo no lo veo así. Además, tú mismo insististe en que escribiera todo.

—¿Y con escribir todo te refieres a tus «ok» y «no ok»?

Ya estoy harto de tanta tontería, pero procuraré relajarme porque del cabreo he empezado a hablarle mal y no quiero que ella se coma mi mierda.

—Bueno, dejémoslo estar. Llama de nuevo a Mauricio y no dejes de marcarle hasta que te coja el teléfono. Tiene que confirmar su exposición del próximo sábado y ya vamos algo retrasados con su muestra.

—Espera..., el Mauricio ese sí estaba, y no va a asistir. Quería hablar personalmente contigo, pero le dije que ahora tenías secretaria y como tampoco tenía tu número, pues me tocó oírle la charla. Dijo algo de que no podía aplazar más su viaje a Londres y que ya hablaríais a su regreso.

—¿Y cuándo coño pensabas decírmelo?

¡Esta niña inútil! Será mejor que salga de mi vista. Necesito que se largue antes de que pierda la cabeza.

—Relájate, hablé con ese hombre ayer y te lo estoy diciendo hoy. Al menos recordé lo que me dijo. —Se ríe en toda mi cara y tengo que contar hasta diez para no sacarla a rastras de mi despacho.

—¿Crees que esto es un puto juego? En la vida real la cagas e involucras a más personas. No todo es jugar a ser una niña estúpida para que mamá y papá te saquen las castañas del fuego.

—¿Sabes qué? ¡Que te den! No tengo por qué aguantarte, energúmeno insufrible.

Sé que quizás me esté pasando con ella, pero para una vez que dejo que alguien meta las narices en mi trabajo y pasa esto. Seguro que ese idiota de Mauricio no hubiese tenido los huevos de decirme que no y dejarme colgado a menos de una semana de la exposición. ¿Ahora qué se supone que voy a hacer? Los buenos artistas no salen de debajo de las piedras, me rehúso a hacer cancelaciones en mi programa. Y en cuanto a ella, pues tampoco es que haya estado muy fina en el asunto, encima va y se ríe en mi cara.

—Pues lárgate, niña. Habría sacado más si le hubiese contado a Isabel lo sucedido. Ahora me debería el favor de no denunciarte.

Sale hecha una furia y estoy tan cegado que ni sé lo que estoy haciendo, o más bien, lo que estoy diciendo.

Me siento mientras veo cómo se va. A medida que el tiempo pasa la sangre se asienta y los nervios se relajan poco a poco. Me pregunto por qué hay cosas que jamás logro controlar y revivo con vergüenza la forma en la que acabo de hablarle. Estaba tan frustrado con la situación que lo he terminado pagando con ella. Tengo que encontrar la manera de solucionar todo esto. Aunque lo de la exposición sigue preocupándome por igual. La galería es mi peor negocio, pero sin duda el que más significado tiene para mí.

Descubro mi rostro para ver si el oxígeno aclara mi mente, cuando un cuaderno de dibujos totalmente desconocido llama mi atención. ¿De dónde ha salido esto? Lo más probable es que sea de esa fierecilla irresponsable.

Lo acerco a mí para poder abrirlo, guiado por una curiosidad ignota para con todo aquello que

rodea a esa mujer.

Pero... ¿qué? ¿Estos dibujos son suyos? No puede ser. ¡Es realmente buena! Qué idiota he sido, ya había oído hablar de su talento y ni mayor importancia le presté. ¡Por dios, tienen una calidad asombrosa! No sé cómo no... «*Si quieres te digo por qué te ha importado tan poco su trabajo*». Mi conciencia me interrumpe para recordarme lo centrado que he estado en llevarla a la cama, algo de lo que ahora mismo no estoy nada orgulloso, sobre todo teniendo ante mí tales obras de arte.

¡Son sumamente elaborados! Me encanta el del anciano sentado en el banco. Casi puedo adivinar lo que piensa, su tristeza, su añoranza. Es evidente que espera al amor de su vida, o a la muerte para que les permita reencontrarse. Sea como sea, no he conocido a un ilustrador tan bueno y no soy fácilmente impresionable. Normalmente cuesta hacerme sentir tanto, sobre todo con tan poco.

¿Y el de los niños? ¡Dios! El de los niños es exquisito. Está tan lleno de detalles que casi puedo oler el asfalto. Los niños que ella ha dibujado no pelean por una bicicleta, se niegan a perder un solo instante de su infancia. Además, es tan polémico el fondo con esos otros niños mirando el móvil, abstraídos en la absorbente tecnología. Tienen tanto que decir estos trazos.

Sigo observando cada dibujo y reconozco partes de la ciudad en las que no habría encontrado belleza, pero ella con sus retratos te lleva allí y te hace cambiar de idea. ¡Sí! Eso es lo que tienen sus dibujos; son influyentes, te hacen pensar. Comienzas viendo líneas bien trazadas y sin saber cómo, terminas planteándote por qué ese anciano aún la espera, qué tan especial era esa mujer para que malgaste el poco tiempo que le queda de vida esperándola.

Llego al penúltimo retrato y casi que siento tristeza; no me cansaría nunca de hojear un cuaderno con tan buenas obras en su interior. ¡Espera! Es el último dibujo. Nunca me hubiese esperado algo así. ¡Me ha dibujado! A mí, soy yo. No encuentro una razón lógica, pero estoy fascinado y aunque no ha perdido detalle alguno de mis rasgos, está claro que ella me ve diferente. Me siento halagado, pero no de una forma banal. He visto todos sus dibujos y que haya encontrado en mí algo que convertir en obra, me hace sentir especial.

Desprendo del cuaderno mi retrato y lo guardo muy bien, como un pequeño tesoro.

Encontrar este cuaderno ha sido toda una revelación y una cosa sí me ha quedado clara; esta chica tiene mucho talento. ¿Quién hubiese descifrado tal profundidad en su interior? Justo ella, la testaruda y rebelde que no tiene reparos en mandarme a la mierda. Esta mujer es una puñetera montaña rusa de emociones, y no pienso dejarla ir. Llevo demasiados años entre artistas como para saber reconocer a uno bueno en cuanto lo veo. Siento no haberle descubierto antes, pero ella puede ser la clave para salir de todo este lío. Debo conseguir que trabaje conmigo, que exponga en la galería. ¡Sí! Todas las soluciones a mis problemas las tiene ella. «*Muy sencillo, ¿no? Pues te recuerdo que acabas de tratarla fatal*». Esta vez mi subconsciente tiene toda la razón.

Será mejor que arregle lo que he hecho, y cuanto antes.

Pero... ¿cómo se supone que voy a domar a esa bestia que yo mismo he provocado? Recemos para que el cielo conspire a mi favor, porque en la tierra me espera una buena.

Capítulo 16

Natalia

Como es de imaginar, ya estoy metida en la bañera y ni siquiera son las cinco de la tarde. Mi cuerpo pedía a gritos un poco de agua caliente para destensar unos músculos contraídos a más no poder. He salido de allí como alma que lleva el diablo y Dios sabe cuánto tuve que resistirme para no apedrearle el Audi mientras caminaba en dirección al jeep. ¡Menudo gilipollas! ¿Quién se ha creído que es para hablarme así? ¿Cuál es su maldito problema? Este se piensa que todo el mundo está para servirle. Su insolencia me recuerda al vanidoso que habita el planeta visitado por *el principito* en el capítulo once; ese que cree que el resto del mundo está para tocar las palmas y ver como él se contonea. Me rehúso a alimentar las necesidades de ese animal gregario que degeneran en soberbia y vanidad. No pienso verle más la cara, por mí el trato se ha ido a la mierda. Puede irle con el cuento a mi abuela cuando quiera; total, no sé qué mierda hago guardando las formas en un lugar y con una gente que no me importa para nada. Dentro de un año, bueno ya menos, estaré bien lejos de aquí.

¿Se puede saber por qué estoy llorando como una idiota? ¿Acaso sí me importan? ¡Me siento tan confundida! Y todo por culpa de ese imbécil.

Saldré de la bañera porque hoy nada tiene el poder suficiente para aliviar el coraje que siento.

Me seco observando mi cuerpo en ese dichoso espejo que te obliga a reparar en cada detalle. Mi rostro podría reescribir el concepto de demacración. Últimamente lloro con tanta frecuencia que mi nariz comienza a ganar un parecido increíble con esas que usan los payasos en las fiestas de animación; aunque con los ojos tan teñidos de rojo, soy más *Killjoy* «aguafiestas», el famoso payaso diabólico.

Por otro lado, me complace comprobar que en estos días he recuperado peso, algo predecible, Tina me consiente en exceso; siempre conquistando mi paladar con delicias que para mí son pura novedad.

Me pondré el pijama de la depresión, hoy es un buen día para usarlo. Esa fue la primera prenda que coloqué en la maleta, incluso pensaba no usar otra cosa una vez llegase a este pueblo, y al final ha estado guardado más tiempo del esperado. Es muy calentito, la abundante felpa de su tejido parece abrazarte y ese gilipollas ha conseguido que eche de menos la sensación.

Sé que no estoy muy visible con esto, pero quiero bajar. Ver a Tina me hará bien; quizás ella logre distraerme con sus historias sobre ese chico que tanto le gusta. Estar sola aumenta exponencialmente mi ansiedad.

Hago además de bajar las escaleras, pero la dicción precipitada de una conversación que aún no escucho con claridad me frena en el bordillo.

—Isabel, ¿cómo está? He venido a ver a Natalia.

Ya le escucho, es él. ¿Qué hace aquí? Apostaría que ha corrido a contarle a la abuela lo sucedido con su BMW. Que lo haga y se largue, me da igual, solo no quiero verle.

—¿A estas horas? ¿No se supone que estuvisteis juntos toda la tarde?

—Sí Isabel, pero me quedó un asusto pendiente que comentarle.

—¿Solo eso? Qué raro, porque llegó bastante contrariada. Tú no tendrás nada que ver con eso, ¿verdad?

—No sé qué le puede haber pasado, pero necesito hablar sobre unos asuntos laborales con ella; cosas que me corren prisa.

—Logan, Logan. Un famoso proverbio árabe dice: «La primera vez que me engañes, la culpa será tuya; pero si me engañas una segunda vez, la culpa será mía». Espero que no estés intentando verme la cara de idiota.

—No Isabel, no es eso. Lo cierto es que fue una pésima idea pedirle que me ayudase con la organización. Natalia es demasiado talentosa y la he menospreciado ignorando lo buena artista que es...

¿Buena artista? ¿De qué habla este? Ya no sabe qué inventarse, seguramente quiere que esté delante mientras me acusa de lo sucedido. No pienso salir de mi escondite solo para complacerlo.

—... Isabel, he visto su trabajo y es magnífico. Conoces de sobra mi buen criterio, ¿crees que insistiría si no estuviera seguro de lo que vale?

¡Espera, espera! ¿Ha visto mis dibujos? ¡No lo puedo creer! ¡Soy una imbécil! He dejado el maldito cuaderno en su estudio. ¿Le habrán gustado? Pero qué digo, eran malísimos. ¡No! ¡No! ¡No! ¡Mierda! Acabo de recordar que allí estaba también su retrato. ¡Lo ha visto! Debe pensar que soy una colegiala que babea por sus huesos. ¡Ay no! Este es el peor día de mi vida.

—Ah, ¿sí? Con que de pronto la has descubierto ¿Y no fue para eso que la puse en tus manos? O crees que te pedí que le echaras un ojo a su trabajo para que jugaras al jefe y la secretaria.

—Lo sé, Isabel, y lo siento mucho, las cosas se torcieron. Necesito que me ayudes a convencerla para que exponga este sábado en mi galería. A mí me sacaría de un apuro y para ella es una oportunidad única. ¿Sabes el impulso y la trascendencia que puede tener eso en su carrera? La de contactos que puedo facilitarle. Ayúdame, Isabel, es muy testaruda y con ella siempre me doy de bruces.

—Alguien ha encontrado la horma de su zapato. Te dije que de los dos, me dabas pena tú, pero no pensé que pedirías ayuda tan pronto.

La abuela se lo está haciendo pasar realmente mal y aunque no sé de qué habla, me alegra que le esté dando su merecido a ese patán.

Todavía no me creo que quiera que exponga en su galería. ¡Una galería por Dios! Soñaba con graduarme para tener la suerte de trabajar en una, aunque solo fuese vendiendo cuadros de otros hasta poder hacerme un hueco en el mundillo; cosa que no siempre ocurre.

Todo está tan mezclado, por un lado, esto es cosa de él... ¡Qué demonios, es su galería! La galería de Nessie, el monstruo que tanto me hace rabiar. Con él nunca sé qué esperar, y todavía se atreve a decir que la difícil soy yo. Hace solo unas horas me trataba como basura y ahora está aquí, sometiéndose a la inquisición de mi abuela con tal de que le ayude a convencerme para que realice el sueño de mi vida.

—Isabel, esto no se trata solo de mí. Piense en ella. No olvide lo difícil que le resultará encontrar otra oportunidad como la que le estoy ofreciendo.

—Bueno..., por lo pronto veamos si quiere verte hoy, sino, ya veremos qué puedo hacer. Tina, cariño, acércate al recibidor.

La abuela llama a Tina e intuyo su cometido, pero no sé qué hacer. No estoy dispuesta a bajar, sobre todo con estas fachas. ¿Por qué nunca veo venir estas situaciones?

—Tina por favor, avisa a Natalia de que Logan quiere verla.

Se produce un silencio expectante, aunque en mi interior el corazón grita a latidos desesperados.

Me meto en la habitación casi de una zancada; no quiero que Tina me descubra husmeando.

—Natalia, la señora Isa me ha mandado con un recado para ti —habla muy bajito, entrecortando cada palabra con una risa pícaro que no comprendo a qué se debe.

—Sí, lo sé. Quiere que baje a ver al insufrible de Logan.

—No, ¡qué va! Eso le ha hecho creer a él, pero a escondidas de su mirada me ha susurrado que te diga que no bajas.

Esa vieja es un demonio, y esta vez adoro estar en su equipo. ¿Qué se traerá entre manos? Da igual, confío en su astucia. Además, tampoco tenía intenciones de bajar.

—Vale, no bajaré.

Tina corre por las escaleras con una respuesta más que tramada. Yo aprovecho para volver a asomarme entre los barrotes; no pienso perder detalle de algo que me incumbe cien por cien.

—Lo siento señora, la señorita Natalia no quiere bajar. Creo que no se siente muy bien.

Tina lo ha hecho genial, podría considerar apuntarse en artes escénicas. Aunque con la abuela de maestra no me extraña que haya adquirido habilidades en el arte de embaucar.

—Ya has oído, Logan. No quiere verte.

—Pero...

—Pero nada. Lo más sensato es no molestarla por hoy. Todavía no sé lo que has hecho para cabrearla tanto, así que ya hablaré con ella y me pensaré lo de ayudarte. No prometo nada. — Levanta su lustroso bastón y con gesto firme, pero cordial, le señala la salida—. Siempre es un placer tenerte por casa, sabes cuánto te aprecio.

—Gracias, Isabel, que tengas buena noche. —Traga en seco y se marcha sin más alternativas.

Solo ella sabe cerrar una discusión con tanta elegancia. Esa mujer es capaz de darte una patada en el culo sin despeinarse y luego conseguir que le des las gracias por ayudarte a levantar las nalgas del suelo.

Entro nuevamente en mi habitación y por primera vez corro las cortinas de la única ventana que da a la calle, para observar a detalle cómo se mete en el Audi y se aleja calle arriba.

—La señora Isabel te espera abajo, en el comedor.

¡Qué susto me acaba de pegar Tina! Ni siquiera la escuché subir. Esta hoy se hace maratón de escaleras.

—No te había visto. Bajemos entonces.

Me intriga bastante lo que tenga que decir la abuela, aunque ya le estoy suficientemente agradecida por haber sacado la cara por mí ante ese prepotente de Nessie.

Entramos al comedor y Elio se despide en cuanto nos ve. Según él, es demasiado peligroso estar rodeado de tantas mujeres sin un buen plan de escape.

—Toma asiento Natalia. Tina, si a Natalia no le importa, por mí puedes quedarte.

Tina me mira ansiosa, anhelando aprobación.

—Claro que puedes quedarte Tina, no me importa.

Mi respuesta le hace feliz, lo veo en sus ojos; podría jurar que internamente está dando esos saltitos infantiles que tan innatos son en ella.

—Bueno... ya sabes que Logan ha estado aquí. No necesito saber qué pasa exactamente entre ustedes, pero hay algo que sí sé: Una mujer tiene muy pocas oportunidades para hacerse valer, luego es traicionada por su instinto de amar incondicionalmente. Tampoco sé lo que te ha hecho, pero para que me entiendas; le vas a retorcer tanto las pelotas como para que nunca olvide quién eres.

Esta vez Tina no controla su naturaleza e insalvablemente se le escapa una risita pueril de lo más sonora, aunque poco reparo en ella. No dejo de pensar en lo que ha dicho la abuela de amor incondicional; ahí me he perdido.

—Isabel, no pasa nada entre nosotros. Es solo que...

—Chss.... —hace callar mis palabras antes de que pueda continuar—, he dicho que no quiero saber. Intentar explicar a los demás lo que uno mismo no entiende, es agotador y poco fructífero.

Mejor dime por qué le urge tanto que expongas este mismo sábado.

—Porque le ha fallado un artista que tenía previsto para ese día.

Mi respuesta aviva el brillo de su macabra mirada.

—Interesante, encima está desesperado. ¿Qué día de la semana es hoy?

—Martes, señora Isa.

Tina responde de inmediato, entusiasmada por conocer la respuesta. Está tan atenta a la conversación que parece que presenciara un asunto de estado.

—Pues hazte de rogar hasta el jueves. Puedes ir preparando tus dibujos, pero nada de ceder hasta el jueves.

—Isabel, ni siquiera sé si puedo aceptar esa oferta. No creo tener suficiente material para una exposición.

—¡Claro que aceptarás! La indecisión es el verdugo de las oportunidades. Es mejor lanzarse a hacer algo mejorable, que no hacer nada.

—Es que...

—Es que nada. El jueves cuando esté al borde de la desesperación, le pides una cita para reconsiderar su propuesta y ahí aprovechas para volver a negarte. A no ser... que suba la oferta y te asegure una exposición como mínimo trimestral, negociando un buen precio para las comisiones, claro está.

—Eso es mucho pedir. Yo había pensado en una exposición meramente promocional, con mi inexperiencia dudo mucho que acepte algo así.

—Cariño, debes ser astuta y aprovechar al máximo las buenas oportunidades. Vas a sustituir una exposición de venta a comisión, ¿no es cierto? —asiento sin estar muy segura, pero imagino que el tal Mauricio debía tener un caché bastante alto—. Pues eso, el riesgo es solo tuyo. Y créeme, aunque le dieras pérdidas, no arruinarías a ese hombre ni incendiando su galería. Además, como se dice en mi pueblo: «El que algo quiere, algo le cuesta». Él ha asegurado estar prendido de tu arte y yo creo que de algo más también, pero bueno, tú a lo tuyo y a él que le cueste.

—No sé... es todo tan precipitado, tendría mucho en lo que trabajar.

—¿Y a qué esperas? Los sueños solo se cumplen si despiertas.

Me siento a punto de saltar al vacío, pero sin sentir un ápice de vértigo. Esta mujer ha hecho que el salto parezca más bien algo excitante y no pienso quedarme justo al borde, viendo cómo me devora el miedo; voy a saltar.

—¿Sabes qué? Tienes toda la razón, y se me acaba de ocurrir algo. Voy a mostrar la cara más íntima de esta ciudad. Las personas anónimas que recorren cada día sus calles. Los lugares que nadie frecuenta. Ese sitio en el que no repara ni uno solo de los miles y miles de turistas que visitan cada año las Highlands. Esos rincones sin hueco en las guías turísticas de Inverness. Voy a mostrar aquello que nadie ha visto, porque siempre ha estado ahí.

—Natalia, eso suena maravilloso.

—Necesito que me ayudes a recuperar los retratos que he hecho en estas semanas. Sé que muchos de los encargos han sido para buenos amigos tuyos y me vendrían genial para la exposición. Quiero mostrar a gente corriente; demostrar que esta ciudad no se ha detenido en el tiempo, que hay niños viviendo su historia en ella. También valdrán los lugares que he dibujado desde mi llegada. Creo que al final, podré hacerlo si me lo propongo.

—¡Ves! Esa es la actitud, así me gusta más. En cuanto a los retratos, puedes contar con ello. En realidad... algunos son tuyos. Los pagué yo misma para darte a conocer en el pueblo. Muchos solo se dejaron dibujar como favor personal, pero prometo que el resto de tu agenda se llenó solita.

Gracias a tu talento, todos querían un retrato como el de los Glenn.

¿Qué? ¡Esta mujer es una caja de sorpresas! Sinceramente, no me gusta que me haya manipulado así, pero profundizando un poco en su finalidad, hasta me siento en deuda. Desde que he llegado no ha dejado de hacer cosas por mí y es bonito saber que alguien te apoya para variar.

Igualmente voy aprendiendo que a esta mujer es mejor tenerla de tu lado. No me gustaría ser su contrincante ni en el parchís.

—Esa ha sido una jugada sucia, pero la dejaré pasar porque ahora mismo agradezco tener esos retratos a mi favor —sonríe al comprobar que no me ha molestado nada su argucia, a pesar de que la sentencio con la mirada—, pero no te acostumbres a manipularme, esos juegos no suelo tomármelos siempre tan bien. Ahora voy arriba, tengo mucho en lo que trabajar.

—¿Por qué no comes algo antes? He hecho una crema de espinacas que va a darte la fuerza que necesitas.

Tina acaba de recordarme que solo tengo el desayuno de media mañana en el estómago.

—Pues me has convencido, tengo bastante hambre.

—Perfecto, yo las dejo. Mi paseo de hoy ya se ha retrasado demasiado, pediré a Elio que me acompañe.

La abuela se marcha y yo me zampo la crema de dos cucharadas. Tina nunca decepciona, un elixir para el paladar. Podría haberla saboreado más, pero moría por estar en mi habitación; demasiada información que asimilar.

Desconecto el móvil del cargador y rezo para que se haya llenado la batería; me urge buscar información para argumentar la idea.

El símbolo indica que está casi a tope. ¡Genial! ¡Manos a la obra!

Desbloqueo la pantalla principal y... ¡hala! Un montón de mensajes distraen mi labor. Hay un correo de Esteban y otros seis en el *WhatsApp* de... ¿«El jefe»?

¡Puto capullo el Nessie! Ha guardado su contacto nombrándose «El jefe». ¡Idiota presuntuoso!

Veamos que quiere ese imbécil.

El jefe

Niña, necesito que hablemos.

Sé que me he pasado contigo y lo lamento, pero lo que te ofrezco es una oportunidad única que no deberías rechazar.

Tampoco ha estado bien que viera tu cuaderno sin permiso, pero ha sido un descubrimiento precioso. Casi puedo oler lo que dibujas, escuchar el ruido de la calle que has pintado, saborear el polvo.

Me haces sentir culpable de no haberme sentado nunca a esperar, al menos un poco, en ese banco donde has dibujado al anciano.

Y he querido pelearme por montar la bicicleta vieja en la que ha huido mi infancia.

Sí, también he visto mi retrato y quiero que sepas que me siento afortunado, aunque no haya reconocido al hombre que ves en mí, ha sido refrescante verme desde tus ojos.

No seas terca, dime que reconsiderarás mi oferta. Esperaré tu respuesta.

Si quieres que nos veamos esta misma noche, estaré en las afueras del Castillo de Inverness. Puedes preguntar a cualquier lugareño dónde se encuentra, es muy conocido por aquí.

¡Claro que sé dónde es! ¡Capullo! Aunque tampoco es que sepa ubicarme mucho, pero gracias a las extensas narraciones de Elio acerca de cada rincón con historia de esta ciudad, he ido aprendiendo bastante. Además, no es relevante, no pienso ir a ningún sitio, haré caso a mi abuela. Tampoco quiero verlo. ¿Por qué querría hacerlo? Es un gruñón impresentable. *«Uno que ha dicho*

cosas muy bonitas de tus dibujos». Sí, es como si me hubiese entendido a un nivel más profundo; como si pudiese ver lo que no he llegado a dibujar, pero que sí he querido expresar.

¿Qué digo? Calla conciencia. Ha usado palabrería barata porque me necesita. Debo tener mucho cuidado con las artimañas de ese hombre.

Ahora mismo voy a dejarle claro que conmigo no bastan unas palabritas amables.

Me dispongo a responderle, pero antes tomo un segundo para cambiar el nombre de contacto a, *Nessie*. Sí, así está mejor, ningún nombre le caracteriza más que el de ese monstruo vernáculo, oriundo de estos lares.

A ver por dónde empiezo...

Ah, sí, las disculpas te las puedes meter por donde te quepan. No soy un cachorrito al que pateas y luego acaricias para que regrese a tus pies cada vez que te venga en gana.

Si tienes algún trastorno de la personalidad, háztelo mirar Dr Jekyll, o Mr. Hyde...

Sonríó al recordar lo bien traída que me viene la comparación, pues Robert Stevenson, el creador de dicha novela que tan bien aborda el trastorno disociativo de la identidad, era escocés. Y continúo porque aún tengo el arma cargada.

...En cuanto a lo de husmear en las cosas ajenas, parece que tus padres tampoco te enseñaron nada de esa educación de la que vas haciendo alarde.

Por lo del retrato, no te sientas tan halagado. Desde que llegué a esta ciudad, no han parado de hablarme sobre un monstruo gigantesco del que se tienen pocas pruebas fiables de su existencia. Sería una inconsciente si tengo a *Nessie* ante mí y no hago constar prueba de ello.

Lo que aún no entiendo, es por qué no te largas ya a las profundidades de ese lago del que nunca debiste salir.

Ya está, aquí tienes mi respuesta. Espero que a «El jefe» le complazca.

Lo de vernos, ni lo sueñes. Confío en que a estas horas ya tengas el culo helado de esperar.

Y ten mucho cuidado, se dice que en ese castillo vaga el espectro del Rey Duncan de Escocia, asesinado a manos de Macbeth... o eso dice Shakespeare.

Por mí, que te den.

Estoy complacida con mi respuesta. La releo un par de veces y la envío.

Debería apagar el móvil y dejar la búsqueda de información para mañana; estar descansada puede ser mucho más productivo.

Intento bloquear la pantalla, pero la intriga por una supuesta respuesta suya me dificulta mucho la misión. Discuto un poco conmigo misma por el poco favor que me hago pensándole, hasta que un mensaje suyo resuelve el conflicto.

Nessie

No pasa nada cachorrito, te convenceré. Descuida que lo haré.

No sabes cuánto me alegra comprobar que te va la literatura, empezaba a preocuparme que no estuvieses escolarizada.

Y si te ha parecido excitante encontrar a *Nessie*, prepárate para cuando conozcas a Mr. Hyde.

Dulces sueños niña, a tu edad la abuelita ya te ha de haber leído un cuento.

Sueña con los angelitos, que no tienes edad para fantasear con tanto monstruo.

Apago el móvil antes de leer algo más de lo que escriba ese idiota. ¡Buf! No lo soporto, me saca de quicio. ¿Así cree que va a convencerme? ¡Por Dios! ¿Existirá alguien más irritante sobre la faz de la tierra? Lo dudo.

Mr. Hayde dice... capullo integral.

¿Y ahora por qué demonios estoy sonriendo? «*Contrólate, Natalia, ese hombre hace que pierdas el juicio*».

Quizás lleve algo de razón y deba dormirme de una vez; no dejaré que un monstruo me robe el sueño.

Capítulo 17

*****Logan*****

Ya es jueves y esa niña cabezona parece no querer entrar en razón. Debo reconocer que al principio estaba bastante seguro de que cedería, pero ya comienza a preocuparme no tener un «plan B». Esta vez he sobrestimado mi capacidad de salirme con la mía. Ella rompe todos mis esquemas, me reta, me desafía y me deja a merced de las migajas que a súplicas me regala.

Quizás ayer tampoco estuve muy fino con los globos y el peluche. De veras no pretendía relacionar tan inocente regalo con su corta edad, aunque normalmente me guste buscarle las cosquillas llamándole niña. Independientemente de su interpretación de un gesto tan cándido; explotarlos uno por uno en la cara del mensajero, fue pasarse un poco. Cómo iba a saber que le desagradaría tanto, en el cine siempre funciona. Y no es que yo sepa demasiado al respecto, a decir verdad, jamás he enviado detalles a nadie. No he tenido oportunidad de vivir una juventud basada en relaciones románticas, todas las mujeres con las que me he acostado han tenido edad suficiente para saber lo que querían, lo han tomado y han seguido su camino. Sin contar con las que he pagado a un precio tan bajo como el dinero.

¿Si todo fuera así de fácil con ella? Me tiene pensándola todo el día. No sé para qué me tomo el trabajo de venir a las oficinas si luego no consigo centrarme en nada. Lo más prudente será pasar por la galería para poner al tanto a Brenda de que estamos sin artista para el sábado. Ya me imagino el disgusto que se va a llevar; me juego todo a que pone el grito en el cielo.

Brenda dirige mi galería hace más de tres años, aunque ella asegura que le pago para ver como la dirijo yo. Una afirmación extremadamente exagerada y nada cierta. En estos tres años ha hecho un trabajo excepcional y todo gracias a su empeño y dedicación. Tiene muy buena mano con el personal, consigue unos tratos estupendos con los artistas y es una sanguijuela si de meterse en eventos comunitarios se trata, además de asegurarse personalmente de que la galería esté bien administrada a todos los niveles. Y por esa razón, precisamente, es que he tardado tanto en contarle que estamos sin cobertura para el sábado. Si llega a saber que no he conseguido nada más por estar esperando la respuesta de una artista sin experiencia ni renombre, es capaz de infartar. Pero ya no puedo escudarme más, debo ponerla al corriente; si alguien puede solucionar una situación así en tiempo récord, es ella.

Me abro paso galería adentro y de inmediato visualizo a Brenda. Está algo ocupada dándole la charla a los diseñadores de exposiciones. Para ella es muy importante que tengan claro el concepto de la galería.

A pesar de lo concentrada que está, advierte con premura mi presencia y me hace una seña para que sepa que estará conmigo en breve. Aprovecho la espera para encender el condenado móvil que nunca me trae buenas noticias de la fiera.

Bueno, algo es algo, al menos a visto los últimos mensajes que le envié. Sé que parezco desesperado, pero ahora mismo lo estoy.

¡Genial! No solo los ha visto, también tengo un mensaje suyo.

Niña

En serio, me empieza a preocupar bastante tu afición a enviar mensajes y regalos estúpidos.

Aunque he de reconocer que me ha sorprendido mucho tu persistencia. Quizás después de todo podamos hablar sobre el contrato ese de exposición.

Llámame a las cinco de la tarde.

Antes no podré atenderte, así que ahórrate tus tácticas de acosador hasta entonces.

¡Bien! ¡Lo sabía! ¡Sabía que cedería! Es imposible que rechazara una oportunidad tan provechosa para su carrera. ¡Maravilloso! Ya no tendré que oír el sermón de Brenda.

Pensándolo bien, tampoco creo que haya mucha diferencia; aun aceptando mi propuesta, solo queda el viernes y la mañana del sábado para preparar una muestra en condiciones. Esto no pinta bien. ¿En qué coño he estado pensando? Esa niña me tiene embobado. Nunca he sido para nada anárquico y aquí estoy, en medio del desorden y la confusión que ella me provoca. Este capricho está yendo demasiado lejos y terminaré pagando las consecuencias; por muy buena que sea, lo único que tiene es un par de dibujos en un cuaderno. Si al menos no fuese tan cabezota podríamos aprovechar también el día de hoy para prepararlo todo.

—Siempre pensando mal y demás. Deja de fruncir el ceño.

Ni siquiera he notado que se acercaba Brenda; pensar en ella consigue distraerme del resto del mundo.

—Créeme, esta vez tengo una buena razón.

—¿Una buena razón? ¿En serio? ¡Vamos! Si yo tuviera tu cuerpo, tu cara y una sola de tus cuentas bancarias, iba yo a tener una buena razón.

—Seamos sinceros Brenda, a ti con mi minga ya te sobra todo lo demás.

—Ja, cuanta prepotencia verbal. No te engañes, sin eso que te cuelga basta e innecesariamente, he conquistado a más mujeres de las que puedes contar.

Brenda y yo tenemos una excelente y amistosa relación. Fuimos colegas en un máster de Mercado del Arte en Barcelona. Era indudablemente la mejor, ni siquiera sé qué hacía allí; abordaba el tema con mayor pericia que los propios licenciados que lo impartían. Enseguida supe que tenía que trabajar para mí. Me costó horrores convencerla para que dejara España, pero como siempre, me salió con la mía. Nuestra amistad ha ido creciendo con el tiempo; esa mujer y yo tenemos muchísimas cosas en común, sobre todo, nuestro gusto por las mujeres.

—Eso habría que comprobarlo. No dudo que algunas de las más desesperadas con las que he topado, me necesitaran para terminar lo que tú solo puedes empezar.

—Pobres hombres, todavía se creen imprescindibles. Algún día te enseñaré un par de trucos para hacer que una mujer se corra sin que tengas siquiera que bajarte los pantalones, pero ahora no, ahora dime qué es eso que te tiene tan preocupado.

—Mauricio nos ha cancelado la exposición del sábado.

—¿Qué? ¡Menudo capullo! Ahora mismo voy a buscar a ese gilipollas y va a exponer, sí o sí, como que me llamo Brenda... ya te digo yo que lo hará.

Le han bastado dos segundos para entrar en cólera. Está hecha una furia y como siempre que enferma de nervios, no para quieta.

—¡Cálmate *super-woman*! El capullo está en Londres, y tranquila que ya me ocupo yo de él. Le crujiremos por incumplimiento de contrato.

—Espero que uses tus contactos para que ese no exponga nunca más. Encima va y lo dice a dos días de la exposición. ¡Eso es una falta de respeto!

Esta es la parte donde me la cargo. En cuanto le diga que lo sé desde el martes, soy hombre muerto.

—Tranquila, tengo una solución. —Suspira profundamente como si hasta entonces se hubiese privado de respirar—. He conocido a una artista genial que puede sacarnos de este lío. Sería su primera exposición, pero su trabajo merece el riesgo.

Le explico infundiéndome a mí también un poco de confianza. Espero tener razón y que al

menos esa niña cabezota acepte.

—¡Uf! ¡Qué alivio! Haber empezado por ahí; comenzaba a colapsar pensando en opciones para el sábado. Es tan urgente que no hubiese sabido cómo resolver la situación. En cuanto a la artista de la que me hablas; quien mejor que tú para saber si merece la pena. Conozco tu buen ojo y... eres el jefe, no me queda de otra.

Se nota que está aliviada con mi supuesta milagrosa solución y la observo sonreír ingenua de mi resiente locura.

—Voy a necesitar que trabajes al cien por cien con sus obras en cuanto la traiga. Dedicar un diseñador solo para su exposición, la urgencia lo merece.

—Así se hará. Tú tráemela que yo me encargo del resto.

—Vale. Te dejo, que esta tarde nos reunimos para puntualizar los términos del contrato.

—Si quieres me puedo encargar yo de ese asunto.

—No, esto es cosa mía. Ya hablamos.

—Vale.

No dejaría a Brenda a solas con Natalia ni de broma. Seguro que le encanta ese aire rebelde de mi fierecilla. Más de una vez hemos compartido preferencias y no subestimo para nada la capacidad de seducción de esta mujer, no poco exuberante y segura, a la que le encanta retarme. Nunca me había importado y más de una vez hemos jugado a probarnos en una estúpida guerra de sexos, pero en esta ocasión no me hace ninguna gracia; a esa niña la quiero solo para mí.

Entro a casa dándole vueltas a lo que sea que debo hacer para que acceda de forma definitiva a mi oferta. Quizás si fuese un poco más amable con ella nos iría mejor, pero eso es prácticamente imposible. Hay tanta tensión entre los dos que alguno termina siempre lanzando la primera piedra.

Encima tengo ganas de verla. Me estoy volviendo adicto a esos ojos azules y al lunar, sí, a ese puntito tan atractivo que resalta en su mejilla. Su pelo largo también me excita bastante; solo de imaginarlo rodeando mis muñecas, enredado en mis dedos y ...

Voy a ducharme, necesito que el agua fría disminuya la temperatura y lave estos pensamientos tan oscuros.

Natalia

Son las cinco menos cuarto y estamos las tres reunidas en el salón, como si estuviésemos planeando la conquista del mundo. Mi abuela está sentada con la tranquilidad y seguridad que la caracteriza; yo estoy parada con el móvil temblándome entre las manos, pensando que puede llamar en cualquier momento; y Tina no ayuda mucho dando círculos a mi alrededor, recordándome lo increíble que es que vaya a exponer en la Galería Craig. Menos mal que la abuela interviene para calmarnos.

—Tranquilidad, es solo un hombre; ellos nunca saben qué decir ante la convicción de una mujer. Lleva las riendas de la conversación y sé escueta. La sencillez denota seguridad, la palabrería solo da lugar a confusiones. Cítalo en un lugar público y nunca, pero nunca, aceptes que te recojan. Si llevas tu coche, digas lo que digas y pase lo que pase, tendrás el control de la situación. Podrás irte o quedarte sin depender de nada ni nadie. No bebas, las mejores locuras se hacen a consciencia. Y sobre todas las cosas, no dejes de mirarle a los ojos; ellos nunca mienten, te confesarán lo que piensa y no lo que dice.

Eso es fácil en teoría. Ojalá la abuela supiera el efecto que producen en mí esos ojos negros. Si los miro fijamente, perderé la guerra sin haber librado ni una sola batalla. Aun así, me han encantado sus consejos.

—Yo conozco un bar de copas en el centro con muchísimo ambiente y buena música.

La abuela niega con frenesí mientras Tina expone su sugerencia.

—No, no, no... de eso nada. Vas al Rocpool, un restaurante exquisito. Conozco al dueño y me bastará una llamada para reservarles mesa a tu nombre. El sitio es muy exclusivo y las cenas son aliadas del misterio a la hora de cerrar tratos. Siempre puedes fingir que comes para alargar el suspense; ayuda a fijar un principio y un fin definido a la cita. Y lo mejor de todo, pase lo que pase, al menos habrás cenado.

Ante su último comentario Tina y yo nos miramos y comenzamos a reír como adolescentes; pues a pesar de que sus consejos llevan mucha razón, esos toques de sencillez y realidad con lo que los adorna, son lo más.

El sonido del móvil basta para romper el momento e instaurar la alerta por ataque de nervios.

—Recuerda Natalia, mantén la calma. Responde en la tranquilidad de tu habitación, no hay prisa por contestar.

Una vez más, hago caso a la abuela. Subo escaleras arriba y me tumbo sobre la cama. Como era de esperar, para cuando he hecho todo eso, el móvil ha dejado de sonar. Miro un rato la pantalla, idiotizada, como si le enviara señales telepáticas para que volviese a marcar. Parece una estupidez y de seguro lo es, pero funciona porque vuelve a intentarlo.

—Sí, dígame. ¿Quién habla?

—Soy yo, Logan. Me dijiste que te llamara sobre esta hora y quería saber si has reconsiderado de verdad mi oferta.

Dos palabras y ya le he sacado de quicio. Quizás me he pasado un poco fingiendo no saber de quién era la llamada, algo más que evidente.

Enfadado o no, esa voz tempestuosa me hace perder el norte.

«*Se escueta, lleva el control*». Las palabras de la abuela me rescatan de caer en el abismo de inseguridad que ante su presencia siempre es inminente.

—Si no te importa, lo mejor será no hablar de esto por teléfono. Nos vemos en el Rocpool, no sé si lo conoces.

—Lo conozco. ¿A qué hora paso a por ti?

—A ninguna, sé llegar solita. A las ocho estaré allí.

—Como prefieras. Hasta las ocho entonces.

—Vale. —Cuelgo a toda prisa para que no añada nada más.

Ha estado bien, ¿no? Sencillo, escueto y directo. Aunque ahora que he colgado me siento... no sé, rara. Me he quedado con ganas de escucharlo más. Estoy acostumbrada a que peleemos sin parar y esta conversación me ha sabido a poco. Lo sé, le extraño. Extraño esos crípticos ojos negros.

Me visto con mi mejor conjunto; vaquero azul oscuro y camisa negra poco ajustada. Bajaré a ver a mis cómplices, quiero ponerlas al corriente de cómo ha ido la conversación.

—¿Qué te ha dicho?

Tina no da margen a que baje el último escalón. Está disfrutando del culebrón de su vida.

—Ha estado bien. Hemos quedado en el restaurante a las ocho.

—Pues tendrás que comenzar a arreglarte si quieres estar lista.

Creo que la abuela ha perdido la noción del tiempo.

—Son solo las cinco y media, hay tiempo de sobra. Ya estoy vestida.

Parece que hubiese dicho una locura, Tina me recrimina con la mirada y la abuela se acerca para amonestarme.

—De eso nada, una mujer necesita rituales. Ve y que Tina te ayude a prepararte. He comprado algunas cosas que pueden serte de utilidad.

—Yo no... —quiero explicarle que no soy ese tipo de chicas, pero impone su razonamiento y no tengo de otra que escucharla.

—Mira Natalia, los adornos en una mujer no son capaces de vestir el alma, pero sin duda la veneran. Además, nos permiten confundir a la presa. Un hombre distraído es un hombre fácil de convencer de casi cualquier cosa.

—No creo que sea necesario. Jamás me he arreglado en exceso, paso de maquillarme en plan indio.

—Tranquila, aún no has probado su poder. Ya le irás pillando el truco.

Esta señora me escucha, sé que lo hace, pero mis argumentos le resbalan y pide a Tina que suba las bolsas a mi habitación.

—Natalia, te iré preparando un buen baño.

¿Un baño? Estas dos se han vuelto locas y ya hasta Tina conspira para acicalarme cual doncella en su debut social. Esto no me gusta nada.

—Haz caso, el baño despejará esas ojeras. Llevas días de trabajo intenso, verás como el cuerpo lo agradece. Tienes mucho tiempo aún. Una mujer nunca debe ser puntual, así como jamás debe faltar.

Subo y hago lo que dice con tal de que ambas dejen de agobiarme.

Incluso me he atrevido a probar todos los potitos que tengo en el costado de la bañera: sales hidratantes, esencias naturales, leche revitalizante... Tal vez me he pasado un poco, pero ahora mismo me siento la mismísima Cleopatra. Esto sienta muy, pero que muy bien.

Lástima que siempre llegue la espantagustos para romper el momento.

—Venga, sal ya. Tengo mucho que hacer contigo.

No llevo más de media hora en la bañera y Tina ya tiene nuevos planes para mí. Unos al parecer bastante elaborados porque ha llenado el tocador de artilugios.

—Al menos deja que me depile un poco las piernas, este clima de mierda ha hecho que me olvide por completo de ellas. —Me mira con el ceño fruncido y gesto de impiedad.

—Esas cejas supongo que también las has dejado estar por el clima, ¿no?

Es idea mía o acaba de meterse descaradamente conmigo.

—¿Perdona?

—Tienes suerte de que esos ojazos te salven el culo. Termina ya o no me dará la noche para arreglar el desastre.

—¡Oye! ¡Deja de meterte conmigo! Disculpa si no soy una princesita repipi.

—Bueno, según cómo se mire. Apostaría a que *El hombre lobo* te considera toda una princesa del pelo.

Se echa a reír con ganas y yo no pierdo la oportunidad para salpicarla con el agua de la bañera. Hay que ver las espuelas que me ha sacado esta santurróna.

—Al final te la vas a llevar Tina, no me provoques.

—Menos mal que la señora Isa nos ha pagado una sesión de *spa* con depilación incluida para el sábado de tu exposición. No quiero ni ver los surcos que te debe haber dejado esa maquinilla.

Esta ya se ha venido arriba y prácticamente la empapo entre risas.

—¿En serio crees que con el jaleo de la exposición voy a tener tiempo para esas tonterías?

—Seguro que encuentras un hueco. Sal ya y deja de jugar con el agua que me tienes empapada.

—Vale, haya paz. Ya estoy lista, ¿qué más quieres de mí?

—Siéntate aquí y nada de rechistar.

Su petición es bastante compleja, pero hoy he decidido dejarme llevar. Todo antes que contar los minutos para verle.

Más de una hora en esa silla y he descubierto nuevas formas de tortura. ¿Y yo que me creía una chica mala? Para macabra esta niña con cara de angelito. Me ha hecho llorar con un simple metal torturador que se atrevió a llamar pinza. Luego va y me unta la cara con todo lo que encuentra, sin contar los tirones que le ha dado a mi pelo para recogerlo del todo.

—Venga, no seas negativa. Mírate al espejo, estás preciosa.

—No pienso salir por la puerta con esta máscara. Te he visto usar al menos tres sombras diferentes, esa no puede ser una buena señal.

—Al menos mírate, y luego opinas.

Me giro hacia el espejo buscando excusas de peso para usar el desmaquillante, pero quedo gratamente sorprendida. Esto no era para nada lo que esperaba; ha acatado mi estilo.

Es cierto que tengo la cara como si de un filtro fotográfico se tratara. Está lisa y los tonos en claro y oscuro resaltan cada facción. Sin embargo, en los ojos ha puesto muchos matices oscuros que van de un negro fuerte a un gris perlado y con un iris tan claro, le confiere a mi mirada un toque felino que no me disgusta nada. Es que sigo siendo yo, ha respetado mi oscuridad, pero añadiéndole un toque de elegancia inusual.

—Dilo, no pasa nada. Te ha encantado. ¡Soy la reina del colorete!

—Déjate de historias y ayúdame a encontrar algo decente que ponerme. Son más de las siete y media.

—Por eso ni te preocupes, Isabel ha pensado en todo y yo misma le he ayudado. —Saca de una de las bolsas un despampanante vestido de cuero rojo oscuro, tan oscuro que por momentos parece negro.

—De eso nada, yo no uso vestidos.

—No empieces con tu negatividad, dale una oportunidad. Sobre todo, porque no es un vestido. ¡Fíjate bien! Es un conjunto de falda y top.

—¡Vaya, vaya! Menuda diferencia.

—Al menos pruébatelo, no vaya a pasarte como con el maquillaje.

Que golpe tan bajo, se sabe orgullosa ante lo innegable. Con el maquillaje ha acertado, para qué decir que no. Tendré que darle una oportunidad también al dichoso conjunto.

Aun así, comienzo a vestirme entre protestas, no quiero que me descubra fácil de convencer.

Para cuando termino, Tina está con la boca abierta y su expresión es de fascinación excesiva. Algo que no me extraña nada viniendo de la chica más emotiva del planeta tierra.

—¡Estás preciosa! Corre a verte en el espejo.

Hago caso porque ya me ha intrigado y frente al espejo de cuerpo entero que jamás deja de mirarme, observo a una mujer que poco reconozco. ¡Definitivamente, esa no puedo ser yo! La falda se ajusta tanto a mi figura que no cabría una moneda entre la piel y la tela. Es de corte largo, naciendo en lo alto de mi cintura y muriendo en lo más bajo de mis rodillas, sin dejar de ceñirse en ninguna curva. El top es de mangas largas, pero el escote tanto del pecho como de la espalda es pronunciado. La tela comienza justo donde termina la cintura de la falda, dejando solo una pequeña línea de piel al descubierto entre una prenda y la otra. Por tal motivo pensé que estaba ante un vestido. Aunque, vestido o no, jamás creí que me pondría algo así. ¡Espera! ¿Estoy planteándome usarlo? Esto no encajaría normalmente en mi armario personal, pero he de reconocer que me siento poderosa. Me atrevería a confesar que me gusta, y mucho.

—Lo sé, apenas has descubierto que tienes un cuerpazo. Nunca hubiese adivinado semejante trasero escondido en esos pantalones tan feos que llevas siempre.

—Mira, Leslie Fremar... —La comparo a posta con la asesora de moda más influyente de Hollywood.

—¿Quién? —Sonríe al pillarla, aunque me extraña que no le conozca.

—Leslie Fremar. ¡No puedo creer que no reconozcas a tus colegas! A sus treinta y pocos años, esa canadiense madre de dos hijos es la asesora de moda más popular de Hollywood. Entre sus clientes figuran Charlize Theron, Julianne Moore, Scarlett Johansson y Reese Witherspoon.

—Muy graciosa, pero a esa *Leslie* la quiero ver yo domando tus cejas.

—No me lo recuerdes. Todavía te tragas la dichosa pinza.

—Cuanta violencia. Deberías darme las gracias; te he dejado unas cejas preciosas. Ahora solo necesitas el toque final. ¿Qué te parece esta preciosidad? Tachan... —Me muestra unos zapatos de tacón negro peligrosamente altos, a los que estoy segura de que no me subiré.

—Hasta aquí hemos llegado. Si quieres verme caer de una altura semejante, límitate a lanzarme por la ventana.

Hace pucheros, intenta persuadirme, pero nada hará que cambie de opinión. En ese aspecto no hay tentativa de redención posible. Razón por la cual he terminado con unas bailarinas transparentes. Según Tina carecen de gracia, pero las dos estamos de acuerdo en que tampoco deslucen el conjunto, así que ha acabado resignándose.

Miro la hora y me horrorizo al comprobar que ya son las ocho y cuarto. Todavía puedo tardar unos diez minutos en llegar al restaurante. ¡Esto es de locos! Ese hombre va a perder la paciencia.

Dejo a Tina con la palabra en la boca, cojo las llaves, el móvil y salgo a toda prisa. Espero que para cuando llegue no se haya transformado en el temido Mr. Hyde.

Capítulo 18

****Logan****

Ocho pasadas y no se ha dignado a aparecer. Esta niña tiene una habilidad milimétrica para desesperarme. Me pregunto si lo hace aposta. Una cosa sí tengo clara, como se haya inventado todo esto para dejarme esperando la noche entera, juro que ni Isabel va a poder salvarla de mí. Iré hasta allí y me la traeré a rastras.

Para colmo el lugar se está llenando, espero que queden mesas libres para cuando vaya a sobornar a la azafata. Este es uno de los restaurantes más cotizados de la ciudad y suele ser difícil hacer una reserva sin antelación alguna. Aunque tengo mis trucos al respecto, solo necesito que aparezca de una vez.

Espero haber acertado con la ropa. No quería parecer demasiado elegante, sobre todo considerando las fachas que lleva siempre mi animalito indómito.

Sí, he acertado, no hay duda; la azafata está fascinada con mi camisa rojo tinto. Una mujer bastante atractiva, la verdad, atractiva y lanzada; solo le falta dejar su puesto a la entrada del restaurante para venir a abordarme. Para que después digan que los hombres somos los únicos que violamos constantemente los límites de intimidad. En mi opinión, la mujer cuando se lo propone es mucho más atrevida. Si algo le gusta de verdad, no tiene reparos en dejarlo claro. La única diferencia es que a nosotros nos parece más que bien ser objeto de sus miradas. Vale, sé que a las mujeres también les gusta, pero ahora os ha dado por negarlo todo en nombre de guerras absolutistas.

¡Qué carajo! Voy a ir pidiendo una copa. La espera empieza a hartarme y como siga aquí fuera, terminaré largándome a buscarla.

—Una copa de *whisky* Balblair del ochenta y nueve, por favor.

El camarero asiente detrás de la barra dispuesto a complacer mi pedido, pero algo le distrae de su tarea, no logra centrarse. Fija toda su atención en la entrada principal y me veo obligado a comprobar el objeto de su recreo.

Por la puerta acaba de entrar una mujer imponente y parpadeo varias veces para reconocerla mientras camina hacia mí.

—¿Natalia?

Creo que es la primera vez que uso su nombre para llamarla, pero todavía una parte de mí necesita asegurarse de que esta mujer despampanante es mi fierecilla. Su entrada ha sido todo un espectáculo y no ha quedado un solo baboso que no se haya girado para perseguirla con la mirada. Tendré que rectificar mi criterio de antes, algunos hombres no miran, desnudan, y comprendo que debe ser más que incómodo en la mayoría de los casos.

—Espero que ese *whisky* no sea para ti. No quiero que confundas nuestra cena de negocios con una noche de copas.

—No... bueno sí... que sí es mío, pero que no voy a bebérmelo. Es solo que... que creí que habías decidido dejarme plantado.

«¡Céntrate, Logan! ¡Céntrate!». Estoy haciendo el idiota. ¿Cuándo cambiaron las tornas? Parezco un chiquillo babeando ante semejante mujer. Esto no va a salir bien.

Es que está tan... No sabría cómo describirlo. Y no es que esté cambiada, sigue siendo ella, preciosa sin esfuerzo, pero hoy está... salvaje. Sí, esa es la palabra.

«¡VENGA, CÉNTRATE, ¡LOGAN! ¡Tú puedes!».

—Te noto algo distraído. ¿Todo bien? Deberíamos entrar al restaurante, allí estaremos mejor.

—¿Yo? ¿Distraído? ¡Qué va! Solo estaba dando gracias a Dios por haberle caído tan bien a la azafata. Quizás conseguir mesa no sea tan difícil después de todo.

Ella se gira para ver a la chica, que por suerte no me quita ojos de encima. Necesito más que nunca un chute de seguridad, verla así de guapa me ha dejado algo perplejo.

—Pues vamos.

Se dirige hacia la entrada del salón donde está la azafata, y la sigo, maldiciendo haber puesto los ojos en lo más bajo de su espalda. ¿A ver cómo me repongo ahora de semejante imagen?

Ya estamos delante de la chica y carraspea para que reaccione. Tardo un segundo en volver a una realidad alejada de los márgenes de su ceñida falda y me centro en la muchacha. Espero quedar triunfante, porque hasta ahora, solo he hecho el idiota.

—Cariño, dime que te queda alguna mesa libre.

Me inclino para mirarla a los ojos y se revuelve sonriente en el sitio. La tengo en el bote.

—Lo siento señor, es muy tarde. Solo nos quedan mesas reservadas.

—Mira bien, aún debe quedar algo para mí en esa larga lista.

Le paso un billete de los grandes con la gracia de un mago y veo como se lo coloca con pericia entre las tiras del sujetador. Esto solo puede significar que he triunfado, y miro a Natalia sobrado.

Tal es mi sorpresa cuando vuelve a dirigirse hacia mí como si nada hubiese pasado.

—Como le decía señor... lo siento, estamos llenos, las reservas de esta noche son para clientes muy exclusivos, no hay nada que pueda hacer.

Pero... ¿qué coño ha pasado? ¡Esta me la ha jugado! He visto meretrices de oficio con menos arte para el embauque.

Natalia sí que se lo está pasando bien con mi papelazo, no disimula ni un poco esa sonrisa que le ilumina la cara.

—Disculpen. Si ya ha terminado con el señor, quiero mi mesa para dos a nombre de la *señorita Scott*.

No... Esto sí que no. ¿Me ha dejado hacer el ridículo teniendo reserva? Tengo ganas de hacérselo pagar, pero lo cierto es que el ridículo lo he hecho yo solito por fanfarrón.

—Ya podías haberme avisado de que teníamos reserva.

—¿Y perder la oportunidad de verte en acción? ¡Ni de coña! Aunque tengo que reconocer que cuando la he visto mangarte el dinero con tanta destreza, me has dado algo de pena.

—Ja, ja, muy graciosa. Esa chica podría dedicarse a algo que yo me sé.

—¿Para qué? Le va de maravilla estafando babosos.

Ya estamos, se está mofando con gusto de mí. Prometí ser amable esta noche, pero ella se las arregla para provocarme sin límites. Mejor me centro en el tema que hemos venido a tratar, quizás así recupere el control de una cita que me está dejando muy mal parado.

La estafadora regresa para informarnos de que nuestra mesa está lista y una vez allí, cambio de táctica. No dejaré que sus comentarios me provoquen, esta noche no. Le sostengo la silla para que se siente y contrario a lo que imaginaba, acepta el gesto y se acomoda con soltura. Hoy tiene una actitud muy relajada, me tiene bastante desorientado. No sé qué esperar.

—Vayamos al grano. A estas alturas ya me has puesto en un aprieto. Necesito que expongas y lo sabes.

Sí, eso es. Adoptaré una postura más profesional.

—Al menos dejarás que nos tomen nota, ¿no?

—Sí claro. —Hago una señal al camarero para que se acerque, mientras me pregunto quién es esta mujer tan comedida que se ha tragado a mi fierecilla.

—A mí me trae, de entrante, los paquetes sorpresa de *provolone* en hojaldre y de segundo, solomillo ibérico en salsa cabrales. Ah... el solomillo poco hecho, por favor.

El camarero la escucha atontado. Por un momento dudo entre patearle el culo o darle una simple colleja para que espabile y nos tome nota, pero enseguida se disculpa por no hablar español. Espero un segundo para que reformule su petición, pero no lo hace y de inmediato recuerdo que el gaélico escoces se le da fatal; algo que quedó bien claro el día que nos conocimos.

Aprovecho la circunstancia para quedar como un señor y ordeno por ella, atreviéndome además a pedirle un vino blanco semiafrutado que le vendrá genial para maridar ese solomillo de cerdo que se ha pedido. ¡Hum!... y poco hecho. Esto de que le guste la carne cruda al que le pone cerdo es a mí.

—¿Qué es tan gracioso, si puede saberse? Si es por lo del idioma, ahórratelo. Tal vez si vosotros no hablarais en un inglés tan paleta, yo me defendería mejor.

—Tranquila, no me reía de nada en especial.

¡Ja! La he pillado. Esa es mi fierecilla y aquí estoy yo para ponerla de los nervios como siempre.

—Ok.

—Bueno ¿Entonces en qué quedamos? ¿Expones o no?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De tu oferta.

—Mi oferta ya la conoces. Tienes un espacio en mi galería este sábado. Y no te preocupes por no tener material suficiente, haremos una muestra pequeña para que te vayas haciendo un hueco en el mundillo. Con suerte, saldrás de allí con algunos números de gente importante.

—Para empezar, si es esa tu oferta, no me interesa. Y en cuanto a mi trabajo, tengo material más que suficiente. A ver si te crees que no me dedicaba a esto antes de conocerte. Estoy terminando la universidad y ya he recibido ofertas mejores que la tuya.

Se está pasando de segura. Mi oferta es más que una gran oportunidad para su inexperiencia, pero me intriga su entusiasmo. Veamos hasta dónde quiere llegar. Este juego me gusta más de lo que debería, financieramente hablando.

—¿Y qué tipo de oferta es la que aceptarías? Por curiosidad.

—Digamos que lo justo es que, si voy a salvarte el culo sustituyendo a un artista de exposición a venta por comisión, yo pueda beneficiarme del mismo contrato.

Me río de la bravata, solo para provocarla, porque esta vez se lo ha ganado a pulso.

—¿Estás loca niña? Es tu primera exposición, no te conoce ni Dios. ¿Pretendes compararte con Mauricio que lleva en esto más años de los que tú tienes? Si quisiera tirar el dinero, me iría a Las Vegas.

—Pues nada, veo que no nos vamos a poner de acuerdo. Ha sido una muy mala idea venir aquí. —Hace ademán de levantarse, pero la detengo sujetando su hombro.

Me pregunto si sería capaz de dejarme aquí sin más. «*Claro que sería capaz, es la fierecilla. Que no te confunda su peculiar elegancia*». Es cierto, debo retenerla o terminará huyendo como siempre.

—¿Qué tal si hacemos un trato más equitativo?

—Te escucho. —Vuelve a tomar asiento y respiro aliviado.

—Yo pondré todos los medios de la galería a tu disposición para este sábado. Tú te lo montas como quieras y si ese día logras vender uno, solo uno, de tus trabajos; te abro la muestra al público y vamos al cincuenta por ciento cada uno, descontando tus gastos de realización.

Brenda va a matarme cuando sepa lo que acabo de ofrecerle a esta chica, aunque no creo que lleguemos a ese punto. Nadie vende una sola obra el día del debut promocional y ya ni hablemos de las posibilidades que pueda tener ella.

—Hagamos algo mejor. Si logro vender una sola obra ese día, vamos al sesenta, cuarenta, gastos no incluidos por supuesto y me haces un hueco trimestral en tu galería.

¡Hay que ver cómo me pone su soberbia!

—¿Y qué se supone que gano yo si no vendes nada? Estaría poniendo la reputación de mi galería en entredicho.

—No sé... lo que quieras, estoy convencida de que venderé.

—¿Lo que yo quiera? ¿Estás segura?

—Sí, segura.

—Pues entonces hay trato.

Ahora quien se levanta soy yo, pero con un gesto cordial para estrecharle la mano en señal de que hemos cerrado un trato. Sé que no estoy pensando con la cabeza, pero pagaría caro el poder de hacer lo que quiera con ella. Solo ha sido rozar su mano y me ha hervido la sangre. Nunca había sentido tanto con un gesto tan pobre, necesito hacerla mía antes de enloquecer del todo.

—Hay trato, pero sentémonos, ya traen la comida.

Es cierto, la mesa se llena de manjares y vuelco en ellos mis ansias por otros antojos.

La velada transcurre serena, es un gusto verla comer así. Me pregunto dónde mete ese cuerpo tanta comida. «*Ya sabes lo que se dice, las mejores son las que se lo comen todo*». No sé si eso será cierto, pero me encanta ver a una mujer comer sin tapujos.

Ha intentado explicarme un par de veces el concepto de lo que quiere hacer con la exposición, pero he preferido que me sorprenda. Ya puestos a arriesgar, mejor ponerle un toque de expectación al asunto.

Terminamos de comer con la llegada de un *brownie* de chocolate con una pinta increíble, pero que se negó a compartir a pesar de mis súplicas. Según ella, me había advertido para que me pidiese uno y con toda razón, pero no me apeteció hasta verlo manchar sus labios. Más de una vez me vi tentado a limpiar el sirope que se escurría por su barbilla, tal y como ocurre en las películas, pero a ver quién en la vida real se atreve a algo así; sin mencionar que el plus de peligrosidad aumenta si hablamos de mi fiera.

—Pues... en vista de que has dejado el restaurante sin provisiones para un mes, podemos irnos.

—Tú lo que tienes es envidia de que me haya comido el *brownie* yo solita.

—Seguro te sienta mal, por egoísta.

Me gusta este punto relajado al que hemos llegado. No quiero que la noche termine, pero tampoco quiero forzar la situación, sobre todo ahora que he conseguido que exponga.

—Tienes razón, deberíamos irnos, ya se han ido todos menos tu amiga la azafata. Esa no te ha quitado ojos de encima, quizás esta noche puedas dormir acompañado.

Si supiera que muero porque sea ella la que me acompañe a casa. Ni siquiera me importaría romper algunas reglas con tal de tenerla esta noche.

—Eso sería lo más justo, ya le he pagado.

Mi comentario le hace reír mientras caminamos hacia la salida, ignorando la insistente mirada de la ladrona de propinas.

Una vez fuera, la acompaño hasta su jeep e intento ayudarla a subir el alto escalón hasta el asiento del conductor, pero se niega rotundamente. No entiendo cómo conduce un cacharro tan viejo con el *comfort* y la calidad que poseen los coches modernos.

—¿Segura que vas bien en tu máquina del tiempo? Puedo llevarte y mandar luego alguien a por

él.

—Esta máquina del tiempo, como le llamas, dejó hecho una puta pena tu BMW y sin llevarse ni un rasguño.

Será descarada, todavía se atreve a restregarme el golpe.

—Te explicaría lo que es un Sistema de Absorción de Impacto con Deformación Programada de la Carrocería, pero no lo vas a entender. Si lo hicieras, no conducirías un coche de la segunda guerra mundial.

—Me aburro..... ¿Por qué la gente mayor como tú solo piensa en la seguridad? El peligro nos hace sentir vivos y en raras ocasiones la seguridad nos salva de una muerte inminente.

Qué bonita es la ignorancia de quien no ha visto en cuántas partes puede romperse un cráneo tras un accidente automovilístico. Pero no quiero hablar de esta mierda. Será mejor que se vaya ya.

—Bueno ponte en marcha listilla, yo te sigo.

—Ya te he dicho que no hace falta. Si necesitara que me acompañases a casa, hubiera aceptado que me recogieras.

—Te dejaré en casa sana y salva, aunque tenga que seguir a ese cacharro para asegurarme. No me arriesgo a perder a otro de mis artistas para el sábado. Por cierto, mañana te espera Brenda, la directora de la galería. Es una excelente profesional y va a ayudarte en todo lo que necesites.

—Genial, estaré allí sobre las diez. Antes tengo que puntualizar algunas cosas.

—Bueno, después de todo no ha estado tan mal la cena, ¿verdad?

—No. Al menos nadie ha resultado herido... aún.

Antes lo dice y antes se resbala al puntualizar efusivamente su comentario. Si no llego a reaccionar con rapidez, se habría dado de bruces contra el pavimento.

La tengo agarrada por la cintura, sosteniendo todo su peso, con sus ojos azules clavados en los míos. Y es que el jeep tiene la altura perfecta para dejar su rostro junto al mío. Me encantaría besarla, incluso no sé si me engaña mi vanidad, pero juraría que ella lo está deseando también.

Aun así, la bajo poco a poco y me reservo el atrevimiento hasta ganar la apuesta. Con ella es mejor andarse con pies de plomo.

—Lo siento, soy la persona más patosa que conocerás jamás.

—Tranquila, no eres la primera mujer que se echa a mis brazos desesperadamente.

—¡Estúpido capullo!

—Para la próxima dejo que el suelo rompa esa boca sucia. —Se acomoda con brutalidad en el asiento del conductor y me muestra el dedo corazón, un gesto muy suyo.

Sonrío al comprobar que mi fierecilla ha vuelto, así da gusto.

La sigo en coche hasta su casa y no me marcho hasta que la veo entrar, sana y salva.

¿Lograré pegar ojo esta noche? Improbable, ese vestido rojo me va a perseguir durante mucho tiempo. Ya me gustaba con su aire de niña rebelde, ni que decir de la combinación de mujer inteligente, segura y exuberante que me ha idiotizado esta noche.

Capítulo 19

****Logan****

La noche ha sido extremadamente larga. No he parado de dar vueltas pensando en cada detalle de la cena. En su vestido ajustado, su mirada salvaje, en el torturador roce de su piel. He pensado en ella de todas y cada una de las maneras. ¿Será posible que me tenga tan sometido? Voy a darme una ducha, es el único remedio casero que he encontrado para evitar el sobrecalentamiento que ella me genera. Deben de ser cerca de las diez de la mañana y todavía tengo asuntos que tratar antes de pasarme por la galería, pero quiero ver cómo va todo por allí.

Para cuando llego, es más de la una. Pensaba llegar más temprano a la galería, pero los negocios no se dirigen solos. Algún día tendré que delegar un poco, aunque eso ocurrirá cuando encuentre gente competente y parece que escasea.

Cruzo el vestíbulo y a la primera que veo es a Brenda, corriendo de un lado a otro con las manos llenas de artículos sin mucho sentido para mí; una pizarra de corcho, un trípode... Vamos, cosas que no solemos usar. La alcanzo para que me explique un poco, pero no parece feliz de verme.

—¿Tú qué haces aquí?

—Ya lo sé, te he puesto en un aprieto con esa chica. No está lo suficientemente preparada para llegar al nivel de la galería, pero... —Me interrumpe a modo de broma con un golpe cómplice en el hombro.

—No te echés más flores, ya sé que la has descubierto tú. Lo que me gustaría saber dónde la tenías escondida. ¡Es genial, justo lo que necesitamos! Su concepto es tan fresco. Espero que le hayas hecho un buen contrato, a esta no la podemos dejar escapar.

Estoy realmente sorprendido, esperaba algún reproche por parte de Brenda. Suele ser la persona más exigente que conozco y me pregunto qué habrá hecho Natalia para haberle convencido de esta forma. Sé que sus ilustraciones son muy buenas, pero de ahí a impresionar a Brenda hay un buen trecho. Necesito ver qué es eso que está haciendo.

—¿En qué sala le has puesto?

—¡Eh!, ¡eh! Tú no vas a ningún sitio. Ella me ha dicho que tenéis un trato, una especie de sorpresa. Así que por mi parte no vas a ver nada hasta la exposición.

—¿Estás segura de querer conspirar contra mí? Soy el jefe.

—Y yo la directora de esta galería, así que hasta que no tengas huevos de despedirme, aquí se hace lo que yo diga.

Sonríó porque está tirando de la confianza que nos tenemos para montarme el numerito.

—Vale, señora directora. ¿Cree usted que puedo pasar a «mi» galería para entregarle algo a una de sus artistas?

—¿Has traído sus dibujos? Me ha comentado que algunos estaban en tu poder.

—Sí, los he traído. Dile que salga a por ellos.

Estoy intrigado por ver en lo que están trabajando, pero más que eso, quiero verla.

—Ni lo sueñes, dámelos a mí. Está en el almacén. He tenido que obligarla para que parase a comer al menos un bocadillo. Es bastante cabezota.

A mí me lo va a decir.

—No te habrá gustado, ¿no?

—Sí, está buenísima e impetuosa como me gustan a mí.

Mi rostro se ensombrece antes de que pueda evitarlo, no me hace ninguna gracia su comentario. Aunque parece que a ella sí porque comienza a mofarse enseguida.

—Tranquilo... ya voy conociéndote. Sé que babeas por ella. Lo noté en cuanto me hablaste sobre su trabajo.

¿De qué habla esta?

—¿Me has visto alguna vez babeando por alguien? No te inventes cosas.

—Porque no te había visto, es que ha sido tan fácil descubrirlo.

—Mira, deja de hablar tonterías y coge sus dibujos. Será mejor que te pongas ya a trabajar. Parece que no hago sino pagarle a gente incompetente.

Los coge y se marcha sonriendo, al parecer hoy le hago mucha gracia. Ya me encargaré de ponerla en su sitio como siga pasándose de lista.

¿Y ahora qué hago? ¿Me voy y no la veo? ¡Una mierda, no me aguanto! Quiero verla, y voy a verla. Me escabullo como un ladrón en mi propia galería. No quiero que la arpía de Brenda me pille mientras llego al almacén.

Una vez allí, el olor a esmalte, óleo y arcilla me recuerdan el protagonismo de este espacio olvidado por quienes visitan la galería. Los almacenes tienen el deber de ser, entre otras cosas, ejemplo de una museografía sostenible que contribuya a que las galerías no sean aburridas cargas imposibles de mantener, sino lugares para el disfrute de quienes aman el arte.

Entro muy despacio, con cuidado para no hacer el menor ruido, pero la veo y una corriente nerviosa invade todo mi espacio interior. Me río yo de Kafka y su *Metamorfosis*. Ya me gustaría a mí transformarme en un insecto en su presencia y no en este niño ridículo y asustado que nunca sabe qué hacer, ni qué decir.

Aún no me ha visto y aprovecho para observarla detalladamente. Está sentada sobre una caja, lleva el pelo torpemente recogido en lo alto de la cabeza y aunque sus prendas son originalmente negras, las lleva todas manchadas de pintura. Incluso diría que son recientes, algunas gotas aún escurren por su piel. A pesar de lo desaliñada que está, no sabría decidirme entre ella y la chica de anoche; ahora mismo la encuentro fascinante. Está bastante concentrada en zamparse el bocadillo, pero termina correspondiendo a mi mirada.

Esto empieza a salirse de los límites de lo normal. Llevamos mirándonos una eternidad y no sé quién de los dos tendrá el valor de romper un silencio que extrañamente está diciéndolo todo. Quizás sea yo quien deba dar ese paso, pero aún no recupero al hombre seguro, y este niño indefenso tiene poco que decir.

—¿Qué haces aquí? Me refiero aquí... aquí en el almacén... Bueno, solo no te esperaba... Aunque claro que puedes estar aquí... digo... al fin y al cabo, es tu galería.

¡Qué alivio! Ella ha roto el silencio y al parecer está tan nerviosa como yo. Ya puedo recuperar mi seguridad; es el ciclo de la vida, o comes, o te comen. La debilidad de la presa hace fuerte al depredador.

—Sí, efectivamente. Reviso que todo marche bien en «mi» galería.

Se sienta de nuevo en la caja dispuesta a acabarse el bocadillo. Definitivamente mi aire arrogante le ha devuelto al mundo en el que mi presencia le importa un carajo.

—Perfecto.

—¿Qué tal te ha ido con Brenda?

—Bien —responde con la boca llena, entre mordisco y mordisco.

Esta chica es incorregible.

—Con la boca llena no se habla.

La miro fijamente intentando provocarla, pero me ignora y continúa.

—Brenda es lo más, tienes suerte de tenerla. No sé cómo se las arregla para estar tan al corriente de las últimas tendencias metida en esta mierda de pueblo.

—Me alegra que os hayáis entendido. Al parecer a ella también le has gustado, quizás tengas suerte y hoy la que no duerma sola seas tú.

La provocho tal y como ella hizo conmigo en el restaurante, pero sigue sin perder la calma. Se levanta sin prisas, arruga el papel metálico que cubría los restos de su bocadillo y con el último mordisco aún entre los dientes, me responde.

—¿Por qué los hombres se sienten tan intimidados y a la vez estúpidamente atraídos hacia la homosexualidad femenina? No es tan complicado; hay mujeres que no os necesitan para NADA, y tan felices. No hay una ciencia oculta, ni una lengua bendita.

No se corta un pelo y eso me gusta, pero en alguna parte me he perdido y no sé si Brenda deba preocuparme o no.

—Y tú eres de las que no os necesitan, ¿verdad? —Viene directa hacia mí y toda la seguridad me cae a los pies.

Se ha acercado tanto a mi boca que casi puedo saborear su aliento.

—¿Me dejas pasar? Tus preguntas me distraen y tengo mucho que hacer.

No me aparto y se separa de las proximidades de mi boca para que logre reaccionar. Ni siquiera me había dado cuenta de que obstruía la salida. ¿Qué coño ha sido eso? Ya le he dejado pasar dos provocaciones similares, ayer en la caída accidental y hoy en semejante desafío a consciencia. La próxima vez no seré tan indulgente, que se ande con ojo.

—Tienes algo de razón. El que se va soy yo, no quiero que después te excuses en mi nombre por no haber vendido ni una pieza.

Le sonrío cínicamente al recordarle nuestro trato, pero ella asiente con la seguridad que la caracteriza y se marcha antes que yo, solo para demostrar que lleva prisa.

Aprovecho que camina delante y antes de que tome algún desvío, memorizo con precisión el movimiento de sus caderas en huida. ¿Qué tendrán de especial esos andares para que me provoquen tanto perseguirla?

Capítulo 20

****Natalia****

No puedo creer que ya sea hoy la exposición. Solo han sido un par de días y parece que llevase meses preparando esto. Sinceramente me he dejado la piel, no he parado de trabajar ni un solo segundo. Bueno sí, cuando el incordio de ojos negros me ha distraído, pero el resto del tiempo he estado totalmente en función del proyecto.

Me pregunto si lo haré bien, si lograré impresionarle. «¡*Natalia!*». Vale, ese no debería ser mi fin, mi misión es ganar nuestra especie de apuesta para tener la posibilidad de exponer en su galería y cobrar por ello. A saber, qué me haría ese si ganase. ¿Cómo puede ser que le haya dejado una mínima posibilidad de hacer conmigo lo que quiera? ¿En qué estaba pensando? «*En que te encantaría que hiciese contigo lo que más le plazca*». ¡De eso nada! A veces mi conciencia es muy pesada. Por supuesto que quiero ganar, bajo ningún concepto me gustaría estar a merced de ese patán.

—¿En qué piensas? No es justo que te haya arrastrado hasta aquí para que sigas pensando en la exposición. ¿La Brenda esa no te dijo que estaba todo más que atado? ¡Relájate, estamos en *spa!*

Tina le ha pillado el gusto a regañarme, pero yo solo puedo centrarme en su apretado gorro de piscina.

—Mira «Miss condón», estate calladita y da gracias a Dios por no haberte asesinado tras dejarme en esa sala de tortura.

—¡Qué exagerada eres! Siempre igual. Verás que con el tiempo te acostumbras al dolor de la cera.

—Con el tiempo uno se acostumbra al balón de oxígeno que te han puesto porque no puedes respirar. Con el tiempo te acostumbras a andar en silla de ruedas porque te han quitado las dos piernas en tu lucha contra el cáncer. Con el tiempo te acostumbras a soportar los dolores necesarios para llevar tu vida adelante, pero no te acostumbras a ser torturada mensualmente para demostrar que no venimos del mono.

—¡Vaya mujer extremista! Cuando tengas novio me suplicarás que te traiga.

—Ah... ¿por eso tanto sufrimiento? Al noviete ese que te has buscado no le gusta la carne con pelo.

Ya la he puesto roja como un tomate. De alguna forma me tendrá que pagar cada tirón de pelo.

—No empieces, mi novio y yo no estamos en ese punto.

—Al menos ya reconoces que es tu novio. ¿Y a qué esperan? La virginidad está sobrevalorada.

—Yo no soy virgen.

¿Qué? Esa no me la esperaba. ¿Qué pasa con esta chica de diecisiete años? Va a resultar que tiene más experiencia que la abuela.

—Ah, ¡ya sé! El virgen es él, ¿no?

Me río para continuar con mi venganza, pero al ver que no responde, intuyo que he dado en el clavo.

—No pienso hablar sobre eso.

—¡No me jodas! ¿Pero qué edad tiene ese chaval?

—No seas mala. Tiene dieciocho, pero ha hecho una promesa de esas de castidad.

—¿Eso todavía existe?

—Parece que sí. —Se encoje de hombros y me mira haciendo pucheros, hasta que me sigue en un brote de risas muy tontas.

—Yo que tú, dejo de depilarme. Estás sufriendo a lo tonto; para cuando quiera visitar el asunto, me lo vas a confundir para toda su vida.

No puedo dejar de reír, he encontrado un blanco fácil y ahora solo se me ocurren chistes sobre el chaval.

—Para de una vez. Salgamos ya del *jacuzzi*, la esteticista te espera. Hoy estarás deslumbrante. La señora Isa te ha comprado un vestido precioso. Nada de quejarse, la ocasión lo merece. Y no quiero excusas, llevarás zapatos de tacón, sí o sí.

Me resisto un poco solo para atormentarla. Lo cierto es que esta noche quiero usar todas mis armas. «*Di la verdad. Te mueres por ver a ese hombretón de ojos negros babear como un imbécil por ti, y lo sabes*». Hasta mi conciencia empieza a perderme el respeto, no hace otra cosa que recordármelo a cada instante. Es hora de poner fin a este baño de burbujas o terminaré pensando otra vez en ese monstruo que solo existe para mortificarme.

*****Logan*****

¡El gran día! Me he repetido unas mil veces que es un día como otro cualquiera, pero no logro que algunas partes dentro de mí lo asimilen. He presenciado millones de exposiciones. Incluso, a algunas de las más prestigiosas ni siquiera he asistido. Por esa razón es que no entiendo qué me pasa. Me siento diferente, siento como si estuviese en juego algo más que el bienestar de esa vieja galería.

Estoy hecho un desastre, ni siquiera me importa la galería. Solo quiero verla, saber cómo va vestida, si voy a encontrar a la mujer segura y comedida, a la niña salvaje o a la artista laboriosa. Todas ellas me encantan, no logro decidirme.

¡Esto no puede seguir así! Necesito tirármelas a todas cuanto antes; me estoy volviendo un puto romántico y no lo pienso consentir.

Me cambio unas cien veces porque a este tipo inseguro que hoy duda frente al espejo, no le vale mi ropa. Termino eligiendo algo que creo que le gustará a ella. Sí, lo sé, ya se ha metido de nuevo en mi cabeza, pero al rato me acostumbro.

Es un conjunto un poco formal, pero lo llevo de una manera muy descuidada a propósito. Una camisa de mangas largas negra con botones, y las vueltas, a contraste en color blanco. La he remangado para dejar que los tatuajes de mis antebrazos queden al descubierto. Sé cuánto llaman su atención; en más de una ocasión la he pillado echándoles un vistazo. El pantalón también es negro, todo un clásico, pero la ocasión lo merece. Por suerte esta mañana he ido a retocarme el corte y la barba, un aspecto menos a tener en cuenta.

¡Ya está! Estoy listo para salir en dirección a la galería; esa exposición no va a esperar por mis inseguridades.

Mientras conduzco pienso en que ni siquiera hemos tenido tiempo para cambiar el programa; muchos irán creyendo que disfrutarán del trabajo de Mauricio. Ya es complicado impresionar a un público tan selecto como el de la galería Craig, como para competir con el trabajo de un artista consagrado como Mauricio. Sinceramente quiero ganar la apuesta, pero empiezo a preocuparme por ella. No me gustaría que fuese víctima de críticas severas, ni que sufra el desamparo del público. Solo de pensarlo y me estoy arrepintiéndome de haberla expuesto de esta forma. No sé por qué me siento con la necesidad de protegerla, pero es algo que no puedo evitar.

Entro a la galería y un cartel enorme me recibe. ¡Qué bien! Al final le han incluido en el programa. Brenda se ha empeñado de verdad y cuando lo hace, es muy difícil que pierda detalle alguno.

Busco en qué sala le han colocado, y enseguida llama mi atención el nombre de su muestra; *Mi guía*. ¿Mi guía? Solo con el nombre ya estoy intrigado. ¿Por qué habré tardado tanto en vestirme? Debo estar perdiendo la apertura.

Llego a su sala y no sé hacia dónde mirar primero. Hay trozos de mapas (de esos tan peculiares que adornan las guías turísticas) formando las Highlands en tamaño gigantesco. Ha cubierto con ellos toda una pared; alucinante.

Tengo que hacerme hueco entre la gente que rodea a la chica que habla, sin duda, Natalia. ¿De dónde han sacado tanta gente? No estoy entendiendo del todo lo que está pasando, pero gracias a Dios, alguien parece escuchar mis pensamientos y me aclara:

—Llevan transmitiendo desde ayer.

¿Transmitiendo? Miro al desconocido intentando que aclare lo que ha dicho, pero se pierde entre la multitud buscándose un sitio con mayor visibilidad. No sé cuanta gente hay ahora mismo en mi galería, pero los que sean, están todos en esta sala.

Tanta aglomeración empieza a agobiarme. Por suerte mi altura ha puesto en alerta a Brenda y corre para garantizarme un sitio exclusivo en una zona reservada frente a Natalia.

Ahora sí puedo verla y simplemente supera todas mis expectativas. Está preciosa, deslumbrante. ¡¿Eh?! ¿Lleva tacones? Eso sí es una exclusiva digna de admirar. Aunque lo que me tiene estupefacto no es su maravillosa figura; sus palabras están calando aún más profundo.

—Esta muestra tiene como objetivo hacer accesible el arte al gran público. La idea es difundir la verdad, la alegría y la belleza que una buena obra puede transmitir. Integramos un nuevo modelo de visualización y adquisición artística, sin importar las limitaciones físicas ni emocionales que tenga cada uno para entrar en una galería de arte convencional como esta...

Espera... Ahora lo entiendo. No solo le está hablando a las personas físicas, delante tiene un trípode con una cámara.

— ...Levantarme cada día y ver la misma obra de arte en la pared de mi habitación, es lo que convierte a ese sitio en mi casa. Es lo que me hace sentir perdida cuando alguna noche no despierto allí. El arte nos muestra quiénes somos. Nos vestimos con él, nos lo comemos, lo escuchamos y lo bailamos. ¿Por qué no dilatar ese concepto a todo tipo de arte? Creo profundamente que todos deberíamos poder adquirir una obra que nos conmueva y nos acompañe el resto de la vida. Precisamente esa es mi propuesta de hoy. Las obras que ven a continuación son una pequeña muestra de mi manera particular de ver esta ciudad, sus rincones perdidos y sus personajes más ilustres; aquellos que la habitan. Para adquirir una de estas obras no es necesario ubicarse ni desplazarse a la galería, o tener conocimientos previos del arte. De la misma forma que hoy en día se compra online moda, electrónica y alimentación, podrás hacer una visita virtual por una galería. No habrá nadie que juzgue tus gustos o preferencias. No necesitarás la invitación exclusiva de algún personaje importante. Hoy no limitaremos el arte a condiciones físicas o morales intrascendentes. A través del enlace que aparece en la esquina inferior, podrán comenzar el proceso de selección y compra ágil de alguna pieza de esta muestra. Aquella que hayas elegido para acompañarte, para hacer de cualquier rincón, tú rincón.

¿Qué coño ha sido eso? Estoy... No sabría cómo decirlo. Acaba de hacerme el amor de una forma completamente emocional, espiritual e intelectual. Esta mujer me va a volver completamente loco.

—¿A que estás flipando? Es lo más. Deséame suerte, voy a traducirle el discurso.

Brenda se aleja para sustituirle frente a la cámara y el resto de los presentes. Creo que para pronunciar sus palabras ahora en inglés.

¡Estoy atontado! Necesito recuperar el aliento porque viene hacia mí.

—¿Qué tal? Siento haberme enrollado tanto, menos mal que te perdiste el principio.

—No tenía que habérmelo perdido, has estado increíble.

—¿Qué? No... yo... yo solo hablé un poco sobre el contenido de las piezas que iban a ver y demás; nada interesante.

La pobre no logra encajar mi halago y no la culpo, siempre he sido un idiota con ella.

—¿No me has oído? Me ha encantado. Todo lo que has dicho ha sido tan... intenso. De veras, no sé cómo te las has arreglado para hacer tanto en tan poco tiempo.

—Si te refieres a lo de la cámara, no es nada del otro mundo. Tenía una plataforma online casi a punto para mi trabajo de tesis. Siempre ambicioné montar mi propio estudio de forma online, como un nuevo concepto, tú me entiendes. Así que me he conectado al servidor, he llenado las bases de datos con el contenido de la muestra, de tu galería en concreto y, tachán... puesta en marcha. Ayer colgamos toda la preparación y hasta un *making of* de esa escultura. —Señala una pieza estupenda de papel maché en medio de la sala.

—No tengo ni idea de cómo hablas tan a la ligera de algo tan elaborado, pero está claro que te compensaré. Vendas o no vendas esta noche...

—Hablando de eso...

—¡No, ¡Natalia! Sé que no te lo he puesto fácil, pero esto que has hecho hoy es maravilloso. Que vendas o no es totalmente secundario. Quiero desarrollar más ese proyecto del que hablas. A partir de ahora cuentas con todo mi apoyo, sin apuestas ni juegos.

—Logan, las piezas están todas vendidas.

—Te he dicho... ¿Qué? Pero si no se ha abierto al público. Ni siquiera lo está el recorrido ¿Cómo...?

—Ya están a la venta en Internet, las hemos colgado al mediodía. No sabíamos el impacto que iba a tener la idea y decidimos ir dejando que la gente echara un vistazo, pero ha sido una locura. Hemos tenido que subastar algunas ilustraciones en función de la gran demanda.

—Te estás quedando conmigo. ¿Hablas en serio?

—Vivimos en un mundo donde si no estás en la red, no existes. Es triste, pero ya no consumimos casi nada que no aparezca en una pantalla.

—Todo esto es una locura, una locura genial, pero una locura al fin.

Estoy sorprendido y muy feliz por ella.

Nos miramos fijamente, me sonrío, le sonrío, celebrando en silencio una victoria tan inesperada. Quiero decir algo más, pero Brenda se acerca y la que termina susurrándome es ella.

—No se te olvide, yo he ganado la apuesta. —Acompaña sus palabras con una seña pícaro y una linda sonrisa.

Me apresuro a contestarle, pero Brenda ya nos ha alcanzado.

—Ya hablaremos de eso tú y yo.

—Hola parejita. Espero haberlo hecho bien, aunque creo que hay dos que no me han prestado atención.

¿Parejita? Deja que la pille a solas; me las va a pagar.

—Has estado estupenda Brenda. No he entendido una mierda, pero algo me dice que lo de hablar en público se te da mejor que a mí.

—De eso nada. ¿Te has visto? A los presentes le hubiese dado igual que hablastes en chino. Carraspeo para obtener algo de atención.

—Ya está bien; dejen de coquetear. La gente espera por su anfitriona. Nos vemos en el cóctel. No deseo perderla de vista, pero es su noche y quiero que la disfrute al máximo.

—Sí, yo les dejo. Allí está Tina. Nos vemos en el cóctel.

Se marcha en dirección a la chica que vive en casa de Isabel. Esa niña es incluso más joven que ella. ¡Qué delito! Me hacen sentir aún mayor de lo que soy.

—Tranquilo celosito. Quitá esa cara de idiota que se te ve el plumero. A las mujeres no nos gustan los hombres interesados.

¡Mierda! La pesada de Brenda sigue aquí.

—¡Qué coño sabrás tú! Ni siquiera te gustan los hombres en general. A ver si dejas ya las pullas. Y lo más importante, ¿por qué no me avisaste de todo esto?

—Conmigo no la cargues; entendedos vosotros. Solo te digo una cosa, me da igual si le tienes que echar el polvo de su vida, pero no la cagues con ella. Si logramos que nos venda su plataforma para la galería, nos vamos a forrar. He visto cómo se vendían trece piezas de arte en menos de ocho horas. ¡Joder, Logan! Nosotros tenemos que aguantar día tras día a pesados que se creen que entienden más que nadie de arte, solo porque poseen el dinero para pagarlo, y, aun así, no logramos venderles más de dos piezas al mes. ¡Qué coño!, un solo clic y le estamos vendiendo al mundo entero.

—¡Que sí! No la dejaré escapar. Ahora vete y déjame en paz.

—Vale, vale. Me voy, pesado.

No quiero entretenerme más con las tonterías de Brenda, aunque todo lo que ha dicho sobre su oportunidad de negocio sea más que cierto. Pero ahora solo quiero ver con tranquilidad esas obras ya vendidas.

Son excelentes, cada vez que veo una me gusta más que la anterior. Reconozco a los Glenn en uno de sus retratos. Es bonito ver como el tiempo ha mellado el cuerpo de esos dos ancianos, pero no ha podido con su amor. En el dibujo se están mirando y me pregunto cómo se verán el uno al otro. Quiero pensar que en sus ojos siguen siendo los mismos jóvenes de quienes se enamoraron en otra época. No sé, como si el tiempo solo pasara para aquello que no conoces.

Sigo deleitándome con cada pieza hasta que un detalle peculiar me intriga. Ha colocado una moldura vacía en un recuadro blanco y justo debajo hay una inscripción.

***{ Alguien ha robado mi retrato de Nessie. Juro que existe, no dejen de buscarlo.
Anda suelto por esta ciudad. }***

No me lo puedo creer, esta chica no deja de sorprenderme jamás. Sé que habla de mi retrato; me dan ganas de cogerla en peso y llevármela de aquí para que aprenda a no provocarme.

Continúo dando vueltas por la exposición sin tachar la sonrisa que su ocurrencia ha puesto en mis labios; pero cuando más sumergido estoy en ese mundo al que sus obras suelen llevarte, una voz conocida me devuelve a la realidad. ¡Qué pereza de mujer! Estos son los momentos en los que me gustaría tener implementada esa dichosa web de arte de la que habla Natalia. Así no tendría que aguantar a una de las más insufribles clientas de la galería.

Capítulo 21

Natalia

¡Le ha gustado! Se le veía sorprendido. No ha podido evitar ser amable; toda una excepción a su regla de ser un arrogante por defecto. Aunque casi que prefiero al Nessie exasperante, este agradable me desconcierta y desarma al mismo tiempo. Encima, está realmente guapo. Me encanta esa camisa negra, moriría por arrancarle cada botón; su dorso desnudo es una incógnita que muero por resolver.

¡Ves, ya lo decía yo! Soy intolerante al Nessie amable. Una combinación demasiado atrevida y mi piel empieza a sufrir la hipersensibilidad como efecto adverso. Las mejillas me arden y el corazón me palpita inapropiadamente. Debo recuperarme o las consecuencias se exteriorizarán, sobre todo, ahora que Tina está a punto de abordarme.

—¡Natalia, qué bonito todo! Y la explicación, genial. ¡Te has lucido!

Tina como siempre derrochando entusiasmo, aunque agradezco su apoyo en un día tan especial para mí.

—¿Por qué no ha venido mi abuela? Pensé que... —Lo cierto es que me gustaría que estuviese aquí, sin ella nada de esto habría sido posible.

—Lo sé, pero piensa que está muy mayor ya para estos eventos tan concurridos. Aun así, me ha hecho dejarle todo conectado en su despacho; desde la web te puedo asegurar que no ha perdido detalle de tu exposición. Me ha pedido que te dijera que está muy orgullosa de ti.

Pensar en la abuela viéndome desde un ordenador, de esos que tanto odia, me han dado ganas de llorar. Es una sensación muy tonta, pero me resulta entrañable. Además, saber que está orgullosa de mí, ha calado en lo más profundo. Deben ser los nervios contenidos de una noche tan larga, pero hoy me siento bastante más vulnerable de lo normal.

—¡Tina! ¡Tina!

Un chico con pinta de monaguillo se acerca a nosotras reclamando la atención de Tina.

—Arthur, *I'm here*.

—Natalia, este es Arthur, mi novio.

¡Madre del amor hermoso! De cerca tiene aún más pinta de obispillo cristiano.

—Todo un placer, Arturito. Tina y yo hemos estado hablando mucho sobre ti.

Le extiende la mano y me devuelve el saludo con una sonrisa de perdido que no tiene precio.

—Ahórratelo Natalia, Arthur no habla español y conociéndote, todo un alivio para mí. Además, nosotros dos ya nos vamos.

—¡Ya! No, quedaos hasta el cóctel, por favor.

—Mejor vente tú al *pub* de moda que te mencioné el otro día. En cuanto acabes puedes unirme, y así celebramos tu éxito por todo lo alto.

—No sé, me lo pensaré.

—Venga, lo pasaremos bien.

—Tú mándame la ubicación por *WhatsApp* y yo te aviso si me animo. ¿Vale?

—Vale... Nosotros nos vamos ya. En serio, muchas felicidades. ¡Eres increíble!

—No, espera, aún no os vayáis. Quiero preguntarle a Arthur su opinión sobre el vello púbico.

—¿Qué? ¡Estás pirada! Calla antes de que te oiga alguien que sí hable español.

Ya la he puesto roja como un tomate y se lleva al chico prácticamente a rastras. Es muy gracioso, como si necesitara salvarlo de mí.

¿Y ahora qué hago? Con la huida de Tina me he quedado sola en medio de un tumulto ya más disperso, gracias a Dios. Lo cierto es que no sé muy bien qué debo hacer como anfitriona. Sinceramente no me veo entablando una conversación fluida con ninguno de los presentes, así que prefiero observarles desde la distancia.

La mayoría mira mi trabajo e intento desentrañar sus gestos, conseguir una pista de lo que opinan sobre cada pieza. Es bonito ver a más de uno emocionarse; jamás pensé que algo así me pasaría tan de repente. Esta exposición es todo un sueño cumplido.

Desde aquí también veo a Brenda que no para de hablar, rodeada por pequeños grupos que le escuchan atentamente. Creo que algo les acaba de decir sobre mí, porque más de uno se ha girado para mirarme. Maldeciría este país y su puñetero idioma, pero la verdad es que odiaría tomar el lugar de Brenda en estos momentos. Ya me siento suficientemente incómoda con las miradas interrogantes que me lanza la mayoría, como si tuviese que explicarles al detalle lo que he sentido al realizar cada obra. Ojalá alguien entendiera que el que baila, pinta, esculpe, etcétera, lo hace para expresar lo que no sabe decir con palabras; por lo tanto, que no pretendan que les diga lo que solo sé explicar entre trazos.

Daré un paseo por la galería, quizás encuentre algún sitio más oxigenado. No creo que nadie vaya a notar la ausencia de una protagonista silente, así que camino decidida hacia unas escaleras que parecen libres de incordio.

¡Oh, sí! Me sabe a gloria descansar un poco los pies. Estos zapatos me están matando. ¡Qué coño! Voy a desabrocharlos un ratito, aquí nadie puede verme.

¡Joder! No he hecho sino quitarme un zapato y ya escucho gente viniendo hacia aquí.

—¿Se puede saber qué mamarrachada es esa de vender por Internet? El arte no es para cualquiera. Crees que un muerto de hambre va a apreciar la delicadeza de un Monet. Una obra así, en manos de un ignorante, perdería por completo su valor.

—Déjalo estar, Susan.

¡Ah!, que Nessie acompaña a la sin sesos.

Fue una pésima idea venir aquí. ¿Cómo hago para que no me vean? Están distraídos y se han detenido justo detrás de las escaleras, pero como den dos pasos más, terminarán viéndome.

—¿Y quién es esa artista tan joven? Espero que no hayas sustituido a Mauricio por esa niña.

—Mauricio se sustituyó solito y esa niña como la llamas, ha vendido más piezas en un día que las que Mauricio te ha endosado a ti en un año.

¡Zas! En toda la boca, por odiosa. Me ha gustado oírle defendiéndome.

—¿Qué te pasa Logan? ¿Sigues de mal humor?

Me inclino un poco para espiar y la muy zorra le ha rodeado el cuello con las manos, poniéndole morritos.

—No tengo nada, Susan. Volvamos a la exposición.

—¿Seguro? El otro día me fui con ganas. Tu despacho no es un buen lugar para estar desnuda; deberías revisar la calefacción o...

No escucho muy bien lo que dice, así que vuelvo a mirar para descubrirla susurrando a su oído.

¡Qué asco! Estos se lo han montado en su despacho. ¡Joder que yo he estado trabajando allí! Incluso me quedé dormida en la mesa de escritorio. A saber, lo que han hecho estos dos en esa mesa. ¡Puaj!, ya estoy harta. No tengo porqué escuchar sus guarrerías. Me largo.

Vuelvo a poner el zapato en mi pie descalzo y salgo pitando. Me da igual si me ven; no quiero seguir escuchándolos ni un segundo más.

—¡Natalia! ¡Espera!

En efecto; me ha visto, se la ha quitado de encima, y me está siguiendo a voces.

«Pero... ¿Por qué me sigue?». Ah sí, porque estoy huyendo. «¿Y por qué carajos estoy huyendo?». No lo sé, pero me sube una rabia pecho arriba que desgarrar mi cordura a cada paso que doy. Ni siquiera pienso con claridad, termino metiéndome en el almacén como si no supiese que terminará alcanzándome. «¿Acaso no es eso lo que quiero?». Sí, quiero que me alcance, que me explique de qué coño hablaba esa zorra. «Pero... ¿por qué? No te debe ninguna explicación, Natalia; entre él y tú no hay nada. Bueno sí, una pésima relación». Es cierto, entonces... ¿Por qué me molesta tanto que se lo monte con otra? Puede que tenga una relación, una que no tenía por qué mencionarme. ¿Y si esa zorra es su pareja? «No seas idiota, si estuviesen juntos ¿crees que te seguiría?». Eso también es cierto.

—Natalia, ¿qué ha sido eso?

Como era de esperar, solo ha necesitado un par de segundos para alcanzarme y acorralarme en una esquina del almacén.

—Nada, no sé de qué hablas.

Me giro para buscar algo en una de las cajas que tengo enfrente. Una gilipollez total, pero los nervios que me provoca su proximidad no dejan margen para atinar a una respuesta algo más coherente.

Me coge del brazo para voltearme y obligarme a mirarle a los ojos, esos ojos que me destierran a un lugar del que temo no querer regresar.

—¿Que no sabes de qué hablo? Te he llamado y me has ignorado. No sé si has notado que he corrido media galería detrás de ti.

¿Encima tengo que darle yo explicaciones a él?

—Simplemente me he hartado de oír las cochinas que habéis hecho tú y esa... digamos que esa tipa que cree que merece un Monet más que nadie en este mundo. ¡Menuda zorra!

Estoy de los nervios y él cada vez se acerca más. Intento huir, pero me sujeta la barbilla con una mano; impidiendo que deje de mirarle a los ojos.

—¿Estás celosa, niña?

¿Qué? ¿Quién coño se ha creído el petulante este? Claro que no.

—¿Celosa yo? ¿De quién si puede saberse? Eres un gilipollas, creído, arrogante, presumido, insolente, ególatra, repelente...

Estoy agotada, pero ni diciéndole de todo me quito este cabreo que tengo.

—¿Ya has terminado?

Le miro en busca de más adjetivos, pero agarra mis hombros antes de que pueda reaccionar, y me pega un beso en toda la boca.

Quiero zafarme, o esa era mi intención inicial; en cuanto comienzo a sentir la humedad y el calor de su boca, me entrego por completo. Una sensación intensa de placer va recorriendo cada rincón de mi cuerpo, hasta llegar a instalarse de forma definitiva en mi pecho, un contenedor algo pequeño en el que almacenar tanto sentir.

Estamos desbocados y nos dejamos llevar con rapidez por la excitación que nos provoca el sentirnos a lo bestia. Ya me ha levantado en peso para ponerme a horcajadas contra sus caderas, mientras conmigo a cuesta va despejando todo aquello con lo que tropezamos.

Un rincón en el suelo parece el lugar propicio donde depositar nuestros cuerpos sedientos, y eso hace con una ternura que recién desvela.

Parecemos animales salvajes listos para aparearse. Sé que no es nada romántico, pero familiarizo nuestro actuar con esos documentales del *National Geographic*, donde se ven a los animales mordisqueándose y embistiéndose sin reserva.

Está encima de mí, ha colado sus caderas entres mis muslos y ya no sé si soy o existo. Su olor

es intenso, fresco, seductor; me incita a besar cada milímetro de su piel. Un jadeo profundo nos envuelve y también le noto excitado. Su pecho no deja de moverse de arriba abajo, tembloroso, inquieto, agitado.

Desliza una mano por uno de mis muslos hasta llegar al filo de las bragas, juega peligrosamente con el encaje y sin llegar a tocar un ápice de mi entrepierna, las baja poco a poco. Luego las coloca frente a su cara y antes de deshacerse de ellas, las mira y sonrío. Es un provocador por excelencia.

¿Y ahora se arrodilla ante mi cuerpo?! No sé cómo voy a soportar la imagen de su ancha espalda entre mis piernas. Para colmo sujeta ambos muslos con sus manos, haciendo que me abra mucho más para él; un gesto inequívoco de que quiere besarme ahí, justo debajo, en lo más íntimo de mi ser.

¡No, eso no! Ahora no. Le detengo jalándole por la camisa, hasta lograr que su boca vuelva a estar junto a la mía.

—No es el mejor sitio para jugar. ¡Fóllame!, te quiero dentro de mí.

Me incorporo un poco para quitarme el vestido, lanzándolo lo más lejos posible de mi desnudez. Él aún intenta hacerme cambiar de opinión e insiste en enterrarse entre mis piernas, pero le entretengo a base de besos apasionados en los labios. ¡Está tan excitado! Aún no se ha quitado los pantalones y ya siento toda su erección contra mi vientre.

Se está desnudando, o eso creo; hace unos segundos he decidido abandonarme a la oscuridad de unos ojos cerrados. No necesito verle para disfrutar de las sensaciones que su tacto me provoca. Además, así controlo mejor los nervios.

El frío que siento de repente es tan cortante que no dudo en abrirlos para descubrir qué ha pasado. ¿Por qué tanta demora?

Espera... ¿qué ha sucedido? No entiendo nada. Se ha incorporado y en cuanto le miro me lanza el vestido.

—¿Crees que soy idiota? Eres virgen, ¿verdad? Vístete, no pienso tocarte un pelo.

¿Qué? De nuevo no, esto es humillante. No tengo fuerzas para decir nada. Me visto a toda prisa agradeciendo que el vestido sea lo suficientemente largo como para disimular la ausencia de unas bragas que no logro encontrar por ninguna parte. Me he cansado de buscarlas ante la presencia de un hombre que se limita a estar sentado sobre una caja, sin decir una sola palabra. Ni siquiera me mira; esconde la cabeza entre sus manos. Necesitará sujetársela para que no se le caiga al suelo. ¡Capullo! La que necesita recoger su vergüenza a trozos, soy yo. Me voy antes de darle el gusto de verme llorar.

Salgo en busca de mi móvil que imagino habré dejado en la recepción. Fuera no queda mucha gente y doy gracias al de allá arriba por haber escuchado mis plegarias. Brenda sí está, recostada sobre una esquina, disfrutando del cóctel de cierre de exposición. Me marcharé antes de que pueda verme o retenerme, no sé cuánto tiempo más aguantaré sin derramar una lágrima.

Finalmente llego al jeep después de cruzar medio aparcamiento a oscuras y antes de ponerlo en marcha, registro el móvil para ver si algo me distrae de este brote de lágrimas que no dejan de caer por mis mejillas.

Tengo el mismo mensaje de correo de Esteban, ese que aún no he leído y uno nuevo de Tina al *WhatsApp* mostrándome la ubicación de ese *pub* del que tanto habló. No sé por qué, pero me apetece ver el mensaje de Esteban, quizás fruto de la necesidad que siento de que me consuele, como suele hacer en esos días en los que no me aguanto ni yo.

De: Esteban

Para: Naty

Asunto: Eres un desastre.

No sé qué coño pasa contigo, pero no puedo creer que me hayas dejado tantos días sin saber de ti. Estuve muy preocupado, ¿sabes? y te ha importado una mierda.

Luego vas y me mandas ese correo fresa que no te pega nada, disculpándote y haciéndome creer que todo está bien. Tú no estás bien y si es así quiero verlo con mis propios ojos. Me da igual que pongas el grito en el cielo, en julio voy a ir a verte.

Estoy trabajando con un colega porque yo solo no daba abasto; lo que quiere decir que la tienda está marchando muy bien, estoy bastante contento en ese aspecto. En fin, que mi compañero no tiene problema alguno en cubrirme para que vaya a verte. Solo estaré unos días, pero necesito saber que estamos bien y no pienso esperar un año para eso.

Esteban

¡Esteban! Si supieras lo que te necesito ahora mismo. Me siento tan pequeña e insignificante. ¿Cómo se atrevió a rechazarme así ese imbécil?

En un bajón procurando no llorar más, cojo el móvil y le respondo a Esteban.

De: Natalia

Para: Esteban (nenaza)

Asunto: Lo siento.

Lo siento, te necesito. Me encanta que puedas venir a verme. Prometo escribirte más a menudo.

Naty

Envío el mensaje antes de releerlo, y me arrepiento al instante. ¿Qué coño estoy haciendo? Cada vez que soy víctima de la puta «maldición», voy y juego con sus sentimientos. Soy una estúpida egoísta. Pondré en marcha el coche antes de que mande otro mensaje y empeore aún más las cosas.

Conduzco sin rumbo dándole vueltas a todo lo que ha pasado. Nada tiene sentido. ¡Qué más le da a ese idiota si soy virgen o no! Se lo puse a huevo, solo tenía que follarme, no le estaba pidiendo matrimonio ni una puta proposición de amor. Definitivamente estoy maldita, no voy a perder esta mierda jamás.

Desde los catorce mi madre me advirtió que la virginidad era algo serio y que las mujeres respetables solo la entregaban en matrimonio. Una chorrada que después escuché también en un par de películas y leí en otras tantas novelas románticas; por lo que a temprana edad, decidí que yo no quería ser virgen.

Mi primer intento por perder la sobrevalorada castidad fue a los catorce años, con el hijo de diecisiete de nuestra cocinera. Esa vez la suerte no estuvo de nuestro lado y la mujer nos pilló en el aseo sin que pudiera darle ni un beso. Casi le matan al pobre, a ese no le quedaron ganas de regresar por casa.

Mi segundo intento fue a los dieciséis con un amigo treintañero de mi padre, en vista de que los chicos de mi edad se sentían algo intimidados con mi «oscuridad». Así le llamaban a mi estilo, o a mi carácter, no estoy muy segura. Este segundo ejemplar sí estaba bastante dispuesto a acostarse conmigo, pero mi padre nos pilló sobándonos en el sofá, al llegar antes de lo esperado de su hora del golf. Aún tengo alguna marca de la paliza que me dio, aunque lo mejor de todo es que él y el tipo siguieron siendo amigos. Según mi padre el pobre hombre solo había respondido a las insinuaciones de una niña descarriada.

Después de esa vez, lo dejé estar un tiempo. En el instituto todos daban por hecho que no era virgen y las chicas más experimentadas me contaban sus aventuras sexuales, así como yo me

inventaba las mías. Historias que fueron ganando veracidad cuando descubrí el porno, una materia que asumí por mi propia cuenta. A nadie jamás se le pasó por la mente que pudiera serlo, ni siquiera al último capullo ya en la universidad, pero esa es otra historia.

Llevábamos unos días de morreos y cuando se supone que íbamos a hacerlo, comenzó a colocarse. Hasta yo caí en el juego, presa de mi urgencia por acabar con una pureza que el destino parecía imponerme. Pero... ¡cómo no!, otro intento fallido. El muy asqueroso después de tenerme medio desnuda hizo pasar a otro tío. Casi no logro salir de allí. Esa vez fue Esteban mi salvador; el que sacó mi culo de esa porqueriza en la que me metí solita.

A partir de ese día comencé a llamarle la «maldición», después de que hasta Esteban me rechazara. ¡Joder, que tengo diecinueve años y sigo virgen! Encima me tenía que pasar con él. Esta sin duda ha sido la ocasión más humillante de todas. Me he sentido vejada, pero ya estoy harta de lamentarme por esta mierda. ¡Tengo que hacer algo definitivo!

Pongo dirección al *pub* de Tina con la esperanza de que el alcohol limpie toda la humillación. *Google Maps* me deja en la puerta y salgo del jeep a toda prisa, como si de repente muriera de sed.

Entro al local y a primera vista no veo a Tina, tampoco es que esté segura de querer encontrarla. Odio haberme puesto esta ropa, todos me miran y los zapatos me están matando. Vóy hasta la barra, el único lugar donde sé que estaré a gusto.

Pido un *whisky* al camarero, pero se enrolla preguntándome marcas.

—Que no te entiendo, paleta. whis - ky, whis - ky, el que te salga de las narices. ¿Tan difícil es?

Creo que termina cansándose de mí porque me sirve lo primero que se le ocurre. Igualmente, me lo bebo de un trago y le hago seña para que ponga otro. Cuando voy por el séptimo empiezo a perder la cuenta, y la cabeza también, porque a medida que el alcohol se aloja en mi organismo, me voy convenciendo de que de esta noche no pasa; así tenga que acostarme con el primero que encuentre.

Decidida, pongo rumbo a la pista de baile, pero entre lo mareada que estoy y los dolorosos tacones, acabo en los brazos de un tipo que no conozco de nada. ¡Qué más da! Me agarra tan pegado que parece que bailamos. Pues tampoco está mal. Ahora que le miro a los ojos, los tiene negros, muy bonitos, se parecen a los de mi Nessie.

—¡Bien! ¡Bien! ¡He encontrado al monstruo del lago Ness! —estoy gritando, pero es liberador.

Capítulo 22

****Logan****

No sé por qué carajos he tardado tanto en reaccionar, pero ¡joder! ¿Cómo iba a saber que era virgen? ¡Casi me la follo en el suelo de esa mierda de almacén como a una cualquiera!

Tampoco debí reaccionar así, lo sé, fui un completo imbécil, me superó el miedo. Esta chica me gusta de verdad, pero no estoy preparado para asumir que sería mía, solo mía. ¡¿Qué coño?! Tiene diecinueve años, ya no es una niña, jamás imaginé que ella, precisamente ella, fuese virgen.

Reconozco que saberlo solo hace que la desee más, pero el temor me colapsa. ¿Y si se engancha a mí? Seré el único hombre que la haya poseído. Aunque siendo sincero, lo que realmente me preocupa es el efecto que eso tenga sobre mí. «*¡Reacciona Logan, esa mujer te gusta y la has humillado!*». Es cierto, debo hacer algo.

Salgo a buscarla, pero no está por ninguna parte. «*¡Claro capullo! Llevas una eternidad en ese almacén; ya tiene que haberse ido*». Me temo que sí, pero seguiré buscándola. Avanzo hacia el aparcamiento y el rostro se me ilumina al ver las luces de su jeep, aunque no va a servirme de mucho si no corro hasta mi coche para alcanzarla; ya ha arrancado el motor y tiene todas las intenciones de marcharse.

Le sigo para ver hacia dónde va. De momento no lleva un rumbo definido, más bien me está pareciendo que vaga sin más y empiezo a preocuparme por su estado.

Al fin; aparca en un *pub* que conozco y que no me gusta nada, a estas horas ya suele estar lleno de borrachos. Apago el motor unos coches detrás del suyo y me detengo a pensar en qué puedo decirle para disculpar lo que he hecho, la forma tan brusca en la que le he rechazado. Estará cansada ya de que siempre termine agrediéndola. Normalmente soy un idiota, pero con ella soy el más grande de todos, y para mi pesar, me importa más de lo que me gustaría.

¡Qué va! No hay nada que excuse mi comportamiento de esta noche; lo mejor será que vaya a por ella sin darle tantas vueltas, ya veremos lo que pasa luego.

El sitio está tan lleno como me temía. Miro a todos lados, pero no la veo. Doy un par de vueltas más y sigo sin hallarle. Quizás deba echar un vistazo a la barra.

En efecto, ahí está. Pero... ¿Qué le pasa? No puede ni pararse. ¿En qué momento ha cogido semejante cogerza? Espero que el montón de vasos vacíos que tiene al lado no sean todos suyos; de ser así, esta no se levanta en tres días.

Tendré que sacarle de aquí antes de llevármela con los pies por delante.

Voy en dirección a ella cuando... ¿Qué? ¡No! ¡Mira lo que haces, Natalia!

Ha intentado andar y lo único que ha conseguido es caer en los brazos de un baboso que no deja de sobarla. ¡Joder! Ni siquiera lleva bragas, y eso también es mi culpa.

Me acerco para apartarle del budión, que parece dispuesto a encararme. El muy imbécil alega con descaro haberla visto primero, como si fuese un objeto al uso. Me echo hacia atrás para coger aire e intentar no cargarme veinte sesiones de terapia en cinco segundos. Le explico amablemente que viene conmigo, pero se aferra a su cuerpo y creo que le he escuchado mandarme a la mierda. No estoy al cien por cien seguro, porque desde que sus manos tocaron algo más que su cintura, me abalancé sobre él como un poseso. El pobre ni siquiera lo vio venir.

De veras siento haberle roto la nariz, así que eso es un punto a mi favor. Mi psicoanalista no estará totalmente decepcionado después de todo; al menos me he arrepentido.

La agarro con firmeza para sacarla lo antes posible de esta inmundicia de lugar, pero se resiste

un poco; está más borracha de lo que creía. Vuelvo a sujetarla ahora encerrándola entre mis brazos y la muy alcoholizada toma mi gesto como si de un tango se tratara, moviéndose al ritmo de la música. ¡Esto no puede ir a peor! Ah sí, ¡cómo no!, comienza a gritar para que vea que cualquier situación tiene la propiedad de agravarse.

—¡Bien! ¡Bien! ¡He encontrado al monstruo del lago Ness!

¡Lo que me faltaba!

Me la echo al hombro porque no quiero perder un minuto más en este antro; ya ha estado bien por hoy de meternos en problemas.

No puedo creer que ya estemos en casa, bueno, en mi casa. No he querido llevarla así a donde Isabel; además, me apetece cuidar de ella. En cuanto la he sacado del coche se ha dormido en mis brazos, con la borrachera que lleva es más que normal que haya terminado rendida. Al menos me he divertido escuchándola desvariar, se ha pasado todo el trayecto hablando de su «maldición». Que conste que la he mandado a callar varias veces, no sería honesto que me cuente cosas de las que luego pueda arrepentirse sobria, pero es inevitable no reír con la particular forma en la que aborda el tema de su virginidad «maldita», o «bendita»; ahí ya discrepo yo.

Dudo entre llevarla a mi cuarto o utilizar alguna de las habitaciones de huéspedes que Lilian siempre tiene bien dispuestas. «*Tu habitación personal, ¿en serio es una opción?*». Vale, mejor la segunda opción, no me siento preparado para compartir mi espacio con nadie, ni siquiera con ella.

Entro en la mayor de las habitaciones de invitados y la tumbo sobre la cama para desatar sus incómodos zapatos. Pobre, las tiras han asado su piel. Imagino el esfuerzo que hizo para que fuese una noche increíble. Y así fue, estaba deslumbrante, pero yo lo eché todo a perder con mi estupidez y aquí está, prácticamente inconsciente y adolorida.

¿Debería ponerle algo de mi ropa para que esté más cómoda? No, mejor la dejo así, ya será bastante incómodo para ella despertar en un lugar ajeno, como para que encima sienta que la he ultrajado.

Termino de acoplarla poniendo una almohada bajo su cabeza, prefiero que esté semiflexionada por si a su organismo le da por rechazar todo el alcohol con que lo ha encurtido.

Yo me quedaré por aquí. Este sofá carece de las comodidades de mi cama, pero está frente a la suya y no quiero perderla de vista. Pienso cuidar de ella, se lo debo.

Dormir esta noche será tarea de titanes, y no hablo solo de las incomodidades de estos cojines tan densos, sino por lo enganchado que estoy a admirar su presencia. Es preciosa, se ha puesto de lado y un mechón de pelo le cae por la frente. Parece que me señalara el camino hacia sus labios. ¡Hum! Esos tiernos y carnosos labios. No puedo creer que los haya probado. Fueron unos pocos besos, simples besos, pero el sinfín de sensaciones que me provocaron son inexplicables. Tiene una maestría casi alucinógena para mover el *piercing* de su lengua y acabo de percatarme de que nunca había besado a nadie que llevase uno. Ha sido sorprendentemente excitante el contraste de su aliento caliente con el frío del metal. Y mejor no pensar en sus braguitas, en cuanto se las quité me arrepentí de no haberlas apreciado en la percha de su cuerpo; la imagen tiene que haber sido embriagadora. ¿Y su sexo? ¡Dios! Debería dormirme, pensar en ella de esta manera teniéndola a solo unos centímetros de mí, es totalmente enfermizo. Sé que Morfeo puede librarme de tal tormento, pero quién le invoca con semejantes imágenes en la cabeza. Hubiese dado cualquier cosa porque me dejara besarlo. De no ser por esa negativa jamás habría reparado en sus ojos tan cerrados, en su cuerpo contraído, tembloroso; cualquiera con dos dedos de frente hubiese adivinado que era virgen. Podría haber continuado, haberla hecho mía, pero me sentí engañado. Si no lo hubiese adivinado, la estaría embistiendo como un animal, dejándole el recuerdo de una

dolorosa y fría primera vez. Ella no merece algo así, nadie lo merece. Aunque tampoco el rechazo con el que premié su omisión. Fue una actitud muy inmadura de mi parte tratarla así y tendré que solucionarlo. Sí, lo solucionaré, antes de que una *bendición* como esa termine siendo mi propia *maldición*.

Capítulo 23

Natalia

La cabeza está a punto de estallarme y mi cuerpo es mucho más pesado de lo que recordaba. ¿Por qué hace tanto calor? ¡Maldita sea!, no quiero abrir los ojos, estoy realmente agotada. Aun así, debo hacerlo, los abriré antes de que este calor termine asfixiándome.

Los abro para vislumbrar un techo lleno de vigas decorativas que no conozco de nada. ¿Qué coño he hecho? El miedo me invade en cuestión de segundos y consigue que recupere un poco la consciencia. El último recuerdo que tengo es del dichoso *pub*, sí, y de haberme bebido hasta el agua de las macetas. ¡Joder! También estaba decidida a acostarme con el primero que se cruzara en mi camino; idea que ahora mismo me parece una mierda. Pero... ¿qué ha pasado?, ¿dónde estoy?

Consigo incorporarme, descubriendo mi cuerpo de una gruesa manta culpable de mi sofoco. Lo que daría por un vaso de agua. Si al menos viera con claridad, sabría dónde buscarlo.

Mis ojos van haciéndose a la oscuridad y la sensación de desorientación disminuye cuando advierto una luz de fondo colándose por la rendija de una puerta. No sé qué habrá detrás de ella, pero la mínima posibilidad de beber un poco de agua me invita a ponerme en marcha.

Hago todo un esfuerzo para llegar hasta allí y entro justo a tiempo para caer frente al váter de lo que parece ser el baño individual de la habitación. Con el esfuerzo las ganas de vomitar han crecido a cada paso, así que he hecho de este váter la prueba concluyente de mis excesos con la bebida. Arrojar es bastante desagradable, pero el bienestar es instantáneo y agradezco haberme desahogado.

Rebusco en el lavabo algo con lo que eliminar el sabor tan amargo a bilis que el agua no logra borrar y encuentro un enjuague bucal mentolado, tan fuerte, que al usarlo me lloran los ojos. Normalmente no tolero ese tipo de líquidos, pero el frescor que devuelve a mi aliento ha merecido la pena.

¡Menudo baño! Es enorme y lleno de elementos decorativos lujosos en demasía. Me pregunto una vez más cómo he llegado hasta aquí y nuevamente no encuentro respuesta alguna en mi intoxicada memoria. ¿Estaré en la habitación de un hotel? ¿La casa de algún asesino en serie? Esta sensación de extravío y desorientación es muy angustiada. ¿Quién me habrá traído hasta aquí y, sobre todo, qué ha hecho conmigo? El vestido está intacto y no siento nada diferente en mi cuerpo, pero tampoco sé si esas cosas se notan. ¡Uf, cuánta impotencia! ¿Por qué siempre acabo metiéndome en problemas?

Debería buscar una salida. No sé quién me ha traído hasta aquí, pero espero que ya se haya largado. ¿Y si todavía anda por ahí y espera a que reaccione para aprovecharse de mí? Solo de pensarlo me entran ganas de llorar.

No, no puedo ponerme en plan miedica, eso no va a ayudarme, tengo que ser fuerte y encontrar la manera de salir de aquí.

Tomo valor y abro por completo la puerta del baño para que la luz termine llenando el resto de la habitación. ¿Qué? ¡Allí hay un tipo acostado! Antes me levanté tan desorientada y a oscuras que no reparé en su presencia a solo unos pasos de mi cama. ¿Quién será ese hombre misterioso? Y lo más importante, ¿qué querrá de mí?

Me acerco cautelosa, no quiero despertarle, solo necesito averiguar quién es ese hombre con el que comparto habitación. El corazón se me va a salir, esto puede ser bastante peligroso. ¿Quién

me habrá mandado a meterme en este lío?

¡No! Pero... ¿Cómo? Esto no tiene sentido. Enseguida reconozco algo familiar que desvela al seguro su identidad, el tatuaje del mecanismo con la brújula. ¡Es él! ¡Es su tatuaje! Sonríe y una lágrima nerviosa escapa de mis ojos; aunque estoy realmente sorprendida, saber que es él, alivia todos mis miedos.

Qué retorcido es el destino. ¿Cómo he terminado en la misma habitación que este monstruo culpable de mis últimas meteduras de pata? ¿Qué pasó anoche? ¿Cómo me encontré? No tengo ni una sola respuesta para esas preguntas, pero en lo más profundo de mi ser, estoy feliz de estar aquí con él, con el hombre que deseo, a pesar de haberme humillado como nadie.

Aprovecho que duerme para mirarle, nunca he tenido la oportunidad de detallarle de esta manera. Ha adoptado una pose muy masculina y que tenga el dorso desnudo también contribuye a mi fascinación. ¿Cómo puede ser tan irremediabilmente sexi? Esos tatuajes me pierden y acabo de descubrir que tiene muchos más en el pecho. Me acercaré para ver los detalles del espartano que casi le llega al cuello, uno de los más elaborados que le he visto hasta ahora.

—Si sigues mirándome así, juro que te voy a librar de esa dichosa «maldición».

Pego un brinco del susto que me ha dado; el muy capullo estaba despierto. Aunque por el tono grave de su voz, intuyo que lleva poco así.

—¿De qué hablas? Solo reconocía al sinvergüenza que me ha metido en su habitación. ¿Se puede saber cómo he llegado hasta aquí?

Me hago la indignada porque no se me ocurre otra forma de reaccionar ante los nervios que me provoca, pero sigo aliviada de estar aquí con él; considerando las posibilidades nefastas que tenía encontrar.

—¿Sinvergüenza? ¿En serio? Primero que nada y para que te quede clarito, niña; no estás en mi habitación, y, en segundo lugar, deberías estarme agradecida por haberte sacado de esa mierda de sitio donde decidiste coger la borrachera del siglo.

—¿Agradecerte? No me hagas reír ¿Agradecerte qué?, ¿que fueras un capullo conmigo o que me humillaras sin motivo?

—Lo siento.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Lo siento, no debí tratarte así... —Incorpora su alta figura para quedar frente a mí, al tiempo que sus ojos buscan desesperados los míos—. Me superó la situación. Yo...

—Ya...ya, lo entiendo, no tienes por qué disculparte. A fin de cuentas, me habías advertido de que te gustaban las mujeres más hechas, algo así como tu amiga la pelirroja.

Mi comentario punzante parece haberle indignado y se acerca mucho más, eliminando casi por completo la poca distancia que nos separaba.

—Eso no es cierto, simplemente no supe gestionar la situación como debía. Ya hablaremos de eso, ahora quiero que te recuperes. —Recoloca un mechón de pelo tras mi oreja al tiempo que pronuncia cada palabra.

Estar tan cerca de él no ayuda a pensar con claridad. El calor de su cuerpo semidesnudo y el carraspeo de esa voz, me están devolviendo al estado de embriaguez.

—Sí, debería irme ya. No quiero preocupar a mi abuela, en casa estarán esperándome.

—No lo hacen. Llamé ayer a Isabel y le dije que estabas conmigo. Le prometí cuidar de ti.

—¿Le has dicho a mi abuela que pasaría la noche contigo?

—Tranquila..., le dije que el equipo de la galería celebraría tu éxito por todo lo alto y que, si a ella no le parecía mal, pasaríamos todos la noche en el River House.

—¿River House?

—Sí, es un complejo de apartamentos de lujo bastante céntrico en Inverness.

—¿Y se puede saber por qué le has mentado? O mejor aún, ¿la abuela se lo ha tragado?

—Natalia, solo quería ganar tiempo para que te recuperases de semejante borrachera. Hubiese sido muy desagradable que viese tu estado.

—Vale, te lo agradezco, pero ya estoy mejor. Me voy a casa.

En serio, ha sido muy bonito que intentase protegerme de tal situación, pero conociendo a Isabel, no creo que se haya tragado ese cuento. Quizás simplemente asintiera porque para ella soy libre de tomar mis propias decisiones.

—Espera, aún no puedes irte. También le he dicho que me acompañarías dos días a Edimburgo para convenir los términos de tu contrato y para ultimar detalles de la galería. Algo que tenemos que hacer de igual manera, aunque para ello no haya que trasladarse a Edimburgo. Preferí usar una excusa con la que ganar más tiempo para tu recuperación, ayer se te veía realmente mal.

—Pues ya estoy bien. En serio, agradezco las molestias que te has tomado avisando a mi abuela y todo eso, pero ya puedo regresar.

—De eso nada. ¿Piensas dejarme en evidencia delante de Isabel? ¿Quieres que esa mujer me mate por mentirle? No, no, no; vas a quedarte aquí, aunque tenga que atarte a la cama.

Su sugerencia de atarme es tentadora, pero totalmente innecesaria, a mí también me gustaría quedarme.

—Es que... no sé.

—Deja de darle vueltas, estarás bien. Soy un monstruo inofensivo.

Pone carita de niño bueno, pero estoy convencida de que no lo ha sido nunca.

—Vale, me quedo, pero necesito ducharme y no quisiera volver a ponerme esta ropa.

—Que sí... Aquí puedes andar desnuda si así lo prefieres.

—¿Qué? No me refería a eso, idiota.

Me sonrío despreocupado dirigiéndose a la puerta de salida.

—Cuidado con esa boca. Espera aquí, voy a por algo de ropa con la que puedas vestirme.

Me siento en el borde de la cama como una niña regañada esperando su regreso. Ver como abandonaba la habitación ha sido todo un regalo. La parte superior de su cuerpo está completamente tatuada, he advertido muchísima más tinta por la zona de la espalda. Me gustan los *tattoos*, a la vista está, tengo varios, pero lo de él es un poco radical. Me pregunto qué lo motivó a hacerse cada uno de ellos, o el porqué de tantos. Este hombre se está convirtiendo en mi acertijo favorito.

—Sé que te van las falditas y los zapatos de tacón, pero vas a tener que apañártelas con mi ropa.

Ya ha regresado y parece divertido. Está claro que busca provocarme, pero basta escuchar la palabra tacones para que me duelan los pies. No pienso sufrir más a lo tonto con esa clase de calzado.

—¿Ah sí? Pues yo tenía entendido que por aquí los hombres llenan su armario de falditas a cuadros.

—Muy graciosa, me alegra ver que la resaca no afecta tu buen sentido del humor —se pone serio como quien defiende el honor de todo un país y añade—: Ya aprenderás a apreciar el poder cultural que tiene un buen *kilt*.

Junto las manos en señal de disculpa.

—Lo siento, no he querido ofender. Siempre he apoyado el travestismo como variante de la sexualidad.

Cojo el montón de ropa que ha traído y corro hacia el baño antes de que ceda a mi provocación.

Qué lástima que no sea lo suficientemente rápida, antes de que logre cerrar la puerta, ya me ha contestado.

—Sí, será mejor que huyas mi «Virgen María», «...Dios te salve, reina de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve».

¡Capullo! ¿Qué ha sido eso? ¿Una oración a la Virgen? Vaya golpe bajo, pero me lo he buscado.

En el baño me recibe la imagen sonriente de una chica al espejo que no tiene nada que ver conmigo. La ignoro y le echo un vistazo a la ropa que me ha dejado. Se ha traído medio armario y todo es inmenso. Ni siquiera sé para qué ha cogido pantalones, no creo que ninguno se ajuste a mi cuerpo, con una simple camiseta suya tengo un vestido más que largo. Menos mal que hay bóxers elásticos, ya me resulta demasiada provocación vagar sin sujetador como para ir sin nada debajo.

Me decido por una ducha rápida, aunque el baño tiene también una bonita bañera que parece aún más grande que la mía, pero no quiero tardar tanto. Me conozco, si entro ahí, comenzaré a darle a la cabeza. A pesar de que me siento bastante mejor de lo que debería después del exceso de anoche, no quiero darle vueltas al hecho de estar en su casa, vistiendo su ropa y deleitándome con su dorso desnudo.

Capítulo 24

Natalia

La ducha ha sido regeneradora, hay muy pocas cosas que un buen baño no pueda limpiar. Me seco un poco el pelo con la toalla y me arreglo los pliegues de la camisa blanca con botones que he escogido para tapar mi cuerpo. Todo un clásico cinematográfico del despertar de una chica tras hacer el amor con el hombre de sus sueños. Nada más alejado de mi realidad; yo sigo virgen y mi Nessie es más el hombre de mis pesadillas. Entre nosotros todo termina en caos.

No sé si bajar o esperar a que venga a por mí, lo de andar tan ligera de ropa me avergüenza un poco. Tampoco me gustaría toparme con la señora que lleva la casa, la pobre tiene una cara de amargada crónica. Aunque tengo bastante sed y es una estupidez andarme con timideces a estas alturas, él ya me ha visto completamente desnuda y la señora, pues que se aguante.

Bajo las escaleras y deambulo prácticamente desorientada en una casa que no imaginaba tan grande. Incluso descubro un par de habitaciones antes de dar con la enorme cocina. ¡Qué bien haberle encontrado! Empezaba a darme por perdida.

Desde la corta distancia admiro lo bien que se desenvuelve tras la colorida isla de mármol. Tiene el pelo mojado y sigue con el dorso desnudo, pero ahora lleva pantalones cortos. ¡Bendita calefacción! Está arrebatadoramente atractivo y de nuevo siento como se me inunda el cuerpo de una energía antes desconocida para mí. Estoy ardiendo, espero que las mejillas no me delaten.

Sí que está concentrado, aún no advierte mi presencia. Coloca cuidadosamente lo que parece ser un desayuno contundente en una bandeja para llevar, seguramente para mí. «*Ves, no debí haber bajado*».

—Ya no podré ponerme nunca más esa camisa.

¡Joder! Siempre sabe que estoy sin tener que mirarme siquiera.

—¿Eh?

—No hacía falta que bajaras, iba a subirte el desayuno.

—Lo siento, no sabía que estaba encerrada. ¿Por qué se supone que no puedes usarla más? — Señalo la camisa para que no crea que olvidaré tan fácil su comentario al respecto.

—Nadie ha dicho que estés encerrada, procuro que descanses y te repongas de la noche que has pasado, pero puedes ir a donde más te plazca, estamos solos. Le he dicho a Lilian que no la necesitaba, imaginé que quizás su presencia podría incomodarte.

¡Qué manía con que descansa! ¡Estoy bien! Si supiera que mi cuerpo es prácticamente inmune a los efectos del alcohol; mis resacas suelen ser bastante más cortas que un microrrelato de Augusto Monterroso.

En cuanto a la tal Lilian, es todo un alivio saber que no tendré que tropezarme con ella. Y con respecto a su comentario sobre la camisa, el muy capullo evita contestarme; no sabe que en mí vive un *principito* curioso que jamás deja de hacer una pregunta una vez que la ha formulado.

—Vale. ¿Por qué has dicho que no podrás volver a usar la camisa? —Sonríe ante mi insistencia, pero termina respondiendo distraído en su labor.

—Sería una provocación Natalia, mi cuerpo no resistirá una más.

¿Provocación? Me gustaría que me aclarase a que se refiere, pero no sé si estoy preparada para esa explicación, así que mejor permanezco en silencio.

—Bueno, vas a comer algo aquí o prefieres que te lo suba.

—Antes que nada, necesito un vaso de agua, tengo la garganta totalmente seca.

Me lanza una botella y la vacío en cuestión de segundos.

—No hay nada más sexi que una mujer con resaca.

Bien le gusta mofarse de mí.

—Ja, ja, muy gracioso. Déjame en paz y dame ese plátano.

En cuanto lo digo me arrepiento; puta fruta y el erotismo que la envuelve. Ni de coña pienso comérmela delante de él.

—¿En serio? ¿Quieres...

—Calla y dame eso. Subiré a la habitación.

Le arrebató la bandeja de las manos procurando esquivar su mirada provocativa y su gesto malicioso con sonrisa ladeada.

—Ahora que comenzaba a ponerse interesante la conversación. ¡Aguafiestas!

Su manía de meterse conmigo jamás encuentra el fin y le escucho reír a mis espaldas mientras me alejo.

¿Será que no podemos cruzar dos palabras sin que alguno termine huyendo? Somos como el agua y el aceite. Él el agua, por supuesto; mucho más denso.

Me echo en la cama para clasificar lo que me apetece y lo que no me apetece comer. Sinceramente, no sé cómo mi estómago tolera alimento después de tanta bebida, pero siempre ha sido así. Cojo una buena cogorza, duermo un poco, vomito si la cosa fue de excesos y luego como nueva; me zampo hasta los envoltorios.

—Ese desayuno era para dos y... ¿me has dejado una triste naranja?

Qué alivio que haya subido, comenzaba a aburrirme. «*Aburrida no es precisamente la palabra adecuada, lo que quieres es estar cerca de él todo lo posible*». Que sí, hoy no tengo fuerzas para discutirme nada.

—Haberlo dicho, se me da mal compartir.

—Sí, ya lo había notado. Me lo dejaste claro en el restaurante la otra noche.

Que gracioso, aún está dolido porque no compartí mi *brownie* con él.

—Debes aprender a separar tu comida de la mía.

—Eso ya lo veremos. En serio, no sé cómo puedes estar tan bien.

Yo también estoy asombrada de encontrarme con tantas energías; quizás el tenerle cerca tenga mucho que ver.

Se acomoda en una esquina de la cama y ya no sé si podré concentrarme en algo más que en su pecho desnudo. No me reconozco, estoy librando la peor de las batallas. Una lucha interna entre mi cuerpo y mi cerebro. Por una parte, me contengo para no tirarme sobre él y besarle esa boca que tanto me provoca. Y por otra, pues... digamos que no quiero volver a caer en sus brazos, mi orgullo no hace más que recordarme la humillación de ayer.

—Tranquilo, soy fuerte, tampoco es que sea mi primera noche de excesos.

Quiero que entienda lo resistente que soy, pero parece que hubiese contado un chiste porque al muy imbécil le ha entrado la risa floja.

—Permíteme que discrepe, tú aún no sabes lo que es una noche de excesos.

Este me va a estar recordando la puta virginidad todo el tiempo; su antipatía es de manual.

—Lo que tú digas.

—Bueno, esperemos que esa dichosa «maldición» te permita comprobarlo algún día.

¿Qué? ¿De dónde ha sacado lo de la «maldición»?

—¿Cómo sabes eso?

Sonríe a gusto sin pretender responderme. ¡Uf! Ya me está cabreando otra vez. Acabo de pasar de desear saltar a sus labios a querer arrancarle la yugular en menos de dos segundos.

—Respira... no te enojas... Según parece, borracha eres mucho más comunicativa.

¡No...! ¡Mierda! A saber todo lo que le dije anoche.

—¿Se puede saber qué coño te dije?

—Tranquilidad, tampoco lo contaste todo. Te dormiste antes de pedirle el favor a un tal Esteban, pero no sufras por mí, no me he quedado con la duda; llegados a este punto, he supuesto que también dijo que no.

El muy gilipollas se está partiendo de risa y no tengo por qué aguantarle sus malcriadeces.

Me levanto de la cama indignada, dispuesta a desaparecer por una puerta en la que nunca debí entrar. No sin antes dejarle claro lo imbécil que es.

—Si me has traído aquí solo para seguir avergonzándome, vas listo. ¿Y sabes una cosa? Tampoco me he perdido gran cosa, prefiero seguir virgen antes de restregarme con idiotas como tú.

Lo he dicho con tanta indignación que apenas he notado que venía hacia mí. Este se cree que puede intimidarme cada vez que le viene en gana. «*Estás intimidada*». No estoy intimidada. «*Si que lo estás*». No lo estoy.

Aprovecha mi pulso interno para poner aún más cerca su cuerpo del mío, arrinconándome contra el marco de la puerta por la que pretendía salir. Esto es demasiado. Dejo de escuchar las voces en mi cabeza, todo se queda en silencio. Mis sentidos se posan en sus labios y presencio como una narradora omnipresente cómo toma la barbilla de esta chica amedrentada entre sus firmes manos.

—¿Estás segura de eso?

No sabría responder con entereza a esa pregunta, pero tampoco hay motivos para que lo haga, ya me está besando.

¡Dios!, sus labios logran que lo olvide todo. Mi cuerpo no me obedece, se entrega a él como si le perteneciese desde siempre.

A pesar de lo delicioso que resulta saborear su aliento, me armo de voluntad, y sin despegar del todo nuestros labios, le susurro.

—Deja de jugar conmigo.

—No lo hago. Al menos no contigo, tu cuerpo, sin embargo, me lo está pidiendo a gritos.

Me levanta en peso con la facilidad que nuestros físicos le confieren, al tiempo que se debate entre llevarme dentro o ir a otro sitio. Hasta que le escucho un: «¡Qué coño!» y se dirige a una enorme habitación justo enfrente.

Una vez dentro, la oscuridad me ciega. Solo hay encendida una luz muy tenue, pero a medida que mis ojos se acostumbran a la oscuridad, detallo la cama gigante en la que deja mi cuerpo. Tampoco es que tenga ojos para lo que nos rodea, estoy centrada en él, solo en él.

Se sienta en el borde de la cama y me incorporo para buscarle como si mi cuerpo ya fuese una prolongación del suyo. En cuanto me acerco vuelve a besarme, y la energía que nos envuelve tiene complejos de grandeza, no halla el freno donde apaciguar tanta pasión.

Cuando creo que mi pecho va a estallar, se separa de mí e inevitablemente se me escapa un gruñido en señal de protesta.

—Tranquila, no quiero repetir lo de ayer.

No me hace ninguna gracia que recuerde los acontecimientos de anoche, si es una broma, ha sido de muy mal gusto.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso?

—Me refiero a que no dejemos que tanto deseo nos consuma, vayamos despacio.

Viéndolo así me siento un poco avergonzada de que tenga que frenarme precisamente él, cuando

la virgen soy yo.

—Sí.

He lanzado un sí sin mucho sentido, pero estoy algo nerviosa y prefiero ponerme en sus manos.

—Según me has contado esa «maldición» es algo fuerte.

¡No...! Otra vez no.

—Déjame ya, por favor.

—No, lo siento. En mis planes no está dejarte, no sin antes deshacernos de esa *bendita maldición*.

Se inclina hacia mí, acercando sus labios a mi oído para preguntar.

—¿Me vas a dejar que acabe con ella?

Me erizo por completo y dudo de la posibilidad de que alguien pueda negarle algo así a este hombre.

—Haz lo que quieras.

—¿Cómo has dicho?

Esta vez refuerza su absurda pregunta recostando todo su cuerpo sobre el mío, acosando a mi oído, humedeciendo con sus labios las partes más sensibles de mi oreja. Aunque mi mente se centra más abajo, allí donde puedo sentir su erección contra mi muslo, casi dolorosamente.

—Ya lo has oído, no lo pienso repetir.

Sonríe ante mi resistencia y contraataca dejando besos torturadores en mi cuello.

—Terminarás repitiéndolo más veces de las que crees.

Quiero resistirme un poco más, pero baja lentamente hasta mis caderas, haciendo que pierda las ganas de luchar. No sé qué es lo que me excita más de él, toda su figura incita al delirio y no podría escoger, pero esos ojos son incuestionablemente el camino hacia mi perdición.

Sin perder contacto visual, toma mis muslos y con fuerza tira de ellos para ponerme en la punta de la cama. ¡Uf! No sé si podré con esta imagen. Ha quedado en el suelo, arrodillado frente a mis piernas y juraría que va a rezarme otra de sus oraciones. Estoy temblando de deseo o de nervios, no lo sé muy bien, las emociones se mezclan con facilidad.

Cierro instintivamente los ojos mientras destierra de mi cuerpo los *bóxers*, pero enseguida me regaña.

—¡Eh! Ábreme esos ojos, quiero que veas lo que voy a hacerte.

Soy obediente, activo mis órganos de visión para contemplar su figura entre mis muslos. ¡Así no puedo, reventaré con solo mirarlo! Todo el calor de mi cuerpo empieza a localizarse entre mis piernas.

—Dime al menos que alguien ha hecho esto por ti.

¿En serio me está haciendo esa pregunta? ¿Cómo pretende que conteste a algo así? Gracias a Dios no tengo que hacerlo, mi cara le vale como respuesta.

—No puede ser, qué pecado. —Muerde su labio inferior y se atusa el pelo en un intento por asimilar mi inexperiencia.

Decidido a poner remedio a mi impericia, separa con firmeza mis piernas y hunde entre ellas su excitado rostro. Suspiro, suspiro, suspiro... y el aire sigue sin refrescar mi interior.

Allí, bordeando lo más íntimo de mi cuerpo, recorre a besos las finas líneas que dibujan los pliegues de mis muslos. Estoy prácticamente dolorida de deseo, quiero que deje de torturarme y alivie mi sexo. Ya ha sido suficiente, estoy sufriendo literalmente de placer.

Gimo para que entienda que le necesito, pero no se apiada, su placer reside precisamente en mi tormento. Alarga una de sus manos para alcanzar mis pechos y los acaricia con una destreza prodigiosa, trazando círculos de menor a mayor en cada uno de ellos. Vuelvo a jadear víctima de

sus caricias y lo único que consigo es acelerar su entrecortada respiración.

—Dime que quieres que te bese ahí, justo donde lo estás deseando.

Es más sádico de lo que pensaba y ya es tarde para salir huyendo. Lo deseo y sería capaz de gritarlo en plena calle.

—¡Bésame!

—¿Dónde?

Sus palabras se escapan en susurros por mi vientre y la sangre se acumula peligrosamente en zonas muy pequeñas.

—Bésame aquí. —Señalo con mi dedo el lugar que tanto le reclama.

Esta vez el torturado parece él, cierra los ojos y vuelve a mordisquear el borde de sus labios.

¡Madre mía! «*Cuidado con lo que pides, Natalia!*». Pasa la lengua de golpe y regocijándose sobre mi clítoris, haciendo que todas mis terminaciones nerviosas se centren en el placer que me está propinando. Son casi instintivas las contracciones que experimenta mi espalda, separándose de la cama por momentos.

Cuando creo que es imposible sentir más, comienza a dibujar figuras con su lengua alrededor de la zona, en un sentido y luego en otro, despertando una energía sexual y de excitación que nunca había ensayado. ¡Este hombre acabará conmigo!

Tiene los ojos inyectados en deseo y como si de un reloj de manecillas se tratara, hace vibrar cada hora con su dedo medio; para terminar descubriendo que el éxtasis se encuentra en un punto entre la una y las dos horas del dichoso reloj.

—Voy a volver a poner mi boca ahí, solo para que te corras en ella.

¿Qué?

No sé si ha sido el efecto de sus palabras que vibraban con esa voz profunda tomada por el deseo, la humedad de su aliento, o su dorso desnudo entre mis piernas, lo que sé, es que he estallado irremediadamente.

Si antes no creía en la existencia del alma, ahora creo en ella con todas mis fuerzas. He visto como abandonaba mi cuerpo. En un segundo no fui nada y lo sentí todo. Es difícil de explicar, pero de una cosa estoy segura; he descubierto un mundo de sensaciones al que no pienso renunciar nunca más.

Él ha mantenido su mano caliente sobre la zona, sin mover un solo dedo desde que he comenzado a sentir el orgasmo, haciendo la sensación aún más placentera si cabe.

Al fin logro reponerme y lo primero que veo son sus ojos, esos ojos negros responsables de mis delirios. Tiene una enorme sonrisa de placer y se incorpora para acomodarse a mi lado en la cama.

—¿Te ha gustado?

—Sí, pero... pero no lo hemos hecho. Solo...

—Chss..... tranquila, vayamos poco a poco. A las maldiciones hay que tratarlas con respeto. Además, esto había que solucionarlo.

¿Solucionar qué? Se refiere al hecho de que nunca... Mira que le gusta ponerme en evidencia. Se salva que en el estado de placer continuo en el que me ha dejado no hay lugar para rencillas tontas. Aunque voy recobrando las ganas de pelea, la energía aumenta y quiero más.

—Podemos continuar, deseo continuar.

—Mi fierecilla insaciable, no quiero forzarte a nada. Vayamos despacio, no hay prisas. —Me acaricia el pelo con una ternura inusual.

—He dicho que quiero más, no me estás forzando.

—No lo sé, Natalia. Se supone que debería ser una ocasión especial para ti. Alguien debía

poner pétalos de rosas y un montón de velas. Y yo... yo no sé hacer eso.

—¿Crees que es eso lo que quiero? Eso es lo que nos venden desde niñas y por tonterías como esas tengo amigas que se han quedado embarazadas del primer gilipollas que se lo ha hecho en el asiento trasero de su mierda de coche. Yo no deseo eso para mí. Quiero que pilles un condón y me lo hagas porque soy adulta y te lo he pedido, con eso me basta.

Me mira pensativo, sé que lo desea tanto como yo.

—Vale, pero encontremos un término medio. Espérame aquí, regreso enseguida.

Sale por la puerta y me pregunto qué estará pasando por esa cabeza.

Capítulo 25

Natalia

No han pasado ni diez minutos desde que se fue en búsqueda de su punto intermedio, cuando regresa con un jarrón lleno de rosas que he visto antes en la isla de la cocina y tres velas de las que ponen para aromatizar el baño.

—Tú calladita.

Me amenaza antes de que pueda burlar su gesto y comienza a esparcir pétalos por toda la habitación; en el suelo, en la cama, sobre la mesita de noche. Una tarea algo tediosa y me entran ganas de reír cuando por último le veo arrojando las rosas enteras sin delicadeza alguna.

—Me a-bu-rro...

—Eso lo repites cuando esté encima de ti.

¡Vaya fanfarrón! Aunque realmente dudo que alguien se aburra con semejante hombre encima.

Termina de colocar las tres velas, alejándolas perfectamente unas de otras, consiguiendo así un equilibrio perfecto en la iluminación. Se le ve complacido, apaga la lámpara de noche que hasta ahora nos alumbraba en demasía y con esa sonrisa de superioridad que tan sexi le hace, me lanza un condón.

—Aquí está lo que pediste.

—Yo solo he pedido el condón, lo demás me sobra.

—Lo demás es para mí. Digamos que me siento algo especial hoy.

Solo lo he dicho para picarle, la habitación ha quedado preciosa. La luz de las velas le confiere al espacio un ambiente sobrio, templado, mágico. A mí sí que me ha hecho sentir especial.

—Quiero desnudarte por completa.

—Adelante. —Miro sus ojos en busca de un poco de piedad, pero estoy lista para lo que venga.

Estamos arrodillados frente a frente, en la cama. Siento cada palpitar acelerado de mi corazón, ese que creía de hielo y que ahora se derrite entre caricias a cada botón que desabrocha con seguridad y pericia.

—Eres preciosa. Tus pechos me... —Tapo su boca con el dedo índice para impedirle continuar.

No soporto la pedantería de un piropo, me cuesta horrores asimilarlos; hacen que me sienta ridícula.

—Chss...

—Yo que tú empiezo a acostumbrarme. Tu cuerpo es precioso y no pienso privarme del placer de admirarlo. No voy a ser el único en Inverness que deba callárselo.

Evito sonreír porque su comentario me ha recordado la cara de idiota de los hombres el día del restaurante, y que supongo que es a lo que se refiere. De todas formas, no soy mujer a la que le guste atraer babosos. Llamar la atención por simple atractivo físico no está en mis planes.

A todas estas, yo también debería desvestir su cuerpo, o al menos el escaso tramo que viste el pantalón corto que aún me priva de disfrutarle por completo.

—¿Puedo? —mordisqueo el interior de mi labio inferior mientras le señalo el elástico de sus pantalones.

Parece que mi gesto ha conseguido encenderle casi instantáneamente. Contraataca fulminándome con una de sus miradas seductoras y asintiendo, al tiempo que acaricia mi ya desnuda cintura.

Reprime un quejido cuando me inclino para bajar la prenda. Repito el gesto para quitar también

los *boxers* y por qué no, para provocarle un poco más. En el segundo intento casi toco su erección con mi cara al pretender incorporarme. ¡Dios! Empiezo a tener un poco de miedo, aunque si la tortura ofrece tanto placer como la de hace unos minutos, yo me ofrezco para ser linchada.

Cada vez le siento más cerca, acaba de dejar un sendero de besos entre mi barbilla y mi cuello. Se aproxima tanto que logra hacerme perder el equilibrio, sometiendo mi cuerpo al asilo del suyo. Me siento doblegada y curiosamente poco me importa. En este instante soy suya y ese no es un término que yo utilizaría en otras circunstancias.

Con una mano y la maña de un atleta, toma las mías para neutralizarlas en lo alto de mi cabeza; también vale destacar que no he ofrecido resistencia alguna. Está besando mis pechos y es toda una delicia sentir la destreza de su lengua por la zona, aunque nunca se conforma. Baja su mano libre hasta mi entrepierna; para él el martirio debe estar asegurado. Sus dedos resbalan con mucha facilidad, mi cuerpo agradece sus caricias.

Utiliza su dedo índice y corazón para masajear mi clítoris, que responde casi de inmediato a su tacto. Juega un poco desplazándolos de un lado a otro y pinzando ligeramente, generando un roce estremecedor que se mezcla por momentos con su embriagadora mirada.

En ese instante en el que creo que el clímax es inminente, sitúa sus dedos en la entrada de mi vagina sin llegar a penetrar. Es superexcitante y no puedo evitar que se me escapen gemidos de placer.

—No me provoques, Natalia. Si sigues protestando, perderé la paciencia.

Su voz rauca acrecienta mis delirios y vuelvo a gemir sin remedio.

Haciendo honor a su amenaza me penetra con un dedo, poco a poco, como si me acariciara por dentro. ¿Se supone que debía sentir dolor? Porque yo solo encuentro placer en cada caricia. Vuelve a mirarme e introduce un segundo dedo, esta vez haciendo presión contra el hueso pélvico y estimulando con más ritmo los contornos de mis *dulcedi anoris*.

Me gustaría saber qué pretende. Usa mi cuerpo como un juguete que conoce a la perfección. La euforia que estoy sintiendo es casi sagrada y los espasmos que empieza a experimentar mi cuerpo dudo mucho que sean cosa de este mundo.

Libera mis manos y con la agilidad de quien ha hecho esto cientos de veces, rasga el envoltorio del condón para ponérselo. Me quejo los escasos segundos que dura sentir el vacío de sus dedos en mi cuerpo, pero rápidamente alivia mi necesidad de tenerle; acomodándose entre mis piernas y acariciando, ahora con su sexo, las zonas más erógenas de mi cuerpo.

Con cada roce vuelvo a llegar al punto de colisión donde mi alma y mi cuerpo se separan en fracciones de segundos que saben a eternidad. Justo cuando creo que he perdido conexión con la realidad, siento sus labios susurrando a mi oído.

—¿Estás segura de que quieres que lo haga?

Pinzo su trasero con mis rodillas y le empujo con decisión hacia mí. El gesto debía valerle como respuesta, pero no tengo paciencia para que vuelva a preguntar, así que entre gemidos le susurro el sí más sincero que he pronunciado en mi vida.

—Sí...

¡Qué bien, lo ha pillado! Me penetra, suave, comedido, sigiloso, como si temiera romper algo dentro de mí, pero estoy realmente bien y quiero más, mucho más. Siento los latidos de mi interior mientras entra y olvido todas las teorías que anunciaban un dolor profundo, un desgarrar en mi interior. Yo me siento plena y muy, pero que muy excitada.

Muevo mis caderas para que intuya mis deseos y no deje de entrar y salir de mi cuerpo. A medida que el orgasmo va cediendo, busco su mirada para descubrirla clavada en la mía.

—¿Te está gustando? No quiero hacerte daño.

—No me haces daño. Me gusta. Lo deseo.

Mis palabras desbocan su cordura con efecto inmediato. Cierra los ojos, hunde su cabeza en mi cuello y con una embestida profunda, vacía todo su placer en el condón dentro de mí. Esto es casi tan placentero como mi propio orgasmo, puedo sentir cada una de sus contracciones liberarse dentro de mí.

Una vez apaciguada tanta locura, retira el condón y se acomoda a mi lado, acariciando la zona de mi ombligo.

—¿Te ha dolido? Siento si...

Le interrumpo porque se le ve angustiado y no es justo teniendo en cuenta lo que me ha hecho sentir.

—Mírame, ha sido increíble. Además, me has librado de esa puta «maldición».

—*Bendición...* —dice muy bajito, acurrucándose en mi pecho.

—¿Qué?

Cierra los ojos esquivando mi curiosidad.

No estoy segura de si continúa despierto o se ha quedado dormido, pero tenerlo así, sobre mi regazo, me transporta a un estado de paz sanador. Tampoco sé cuánto aguantará mi estadio de consciencia, pero consciente o soñando, hoy no quiero despertar.

****Logan****

He tenido que hacerme el dormido para que descansase de una vez. Esta chica es una caja de sorpresas, no puedo creer que la haya hecho mía; la experiencia más maravillosa que he experimentado jamás. Ha sido... no sé, es difícil de explicar, pero he sentido con algo más que con mi cuerpo. Aunque mi cuerpo ha disfrutado casi tanto como mis sentidos; es tan húmeda, tan ella, tan real. Saber que nadie más le ha hecho sentir lo que yo, me llena de poder, no un poder superfluo, no, un poder diferente. Aunque en ese aspecto hay empate, nadie había provocado lo que ella en mí. ¡Qué coño! Qué más prueba, está aquí, en mi habitación y ni siquiera quiero que se marche, de ella siempre necesito más.

Todavía estoy procesando los trucos que guarda en semejante cuerpo mágico. Si en su primera vez he logrado que se corra dos veces y aun así ha querido más, no quiero imaginarme lo que puedo llegar a hacerle cuando tenga la completa seguridad de que no le dañaré.

¡Dios! Me encanta el tacto de su piel. Ese *principito* parece cobrar vida en su cintura. De seguro no se habría dejado morder por la serpiente si en vez de la Tierra, hubiese visitado el planeta de su cuerpo. Solo de pensarlo siento celos de ese personaje entrañable a quien le ha hecho sitio para siempre en su cintura. Estas son las cosas de ella que me resultan fascinantes; puede ser la mujer más testaruda y desordenada que he conocido, y al mismo tiempo la gran profesional que dejó patas arriba mi galería. En ocasiones rebelde y desaliñada, en otras exuberante y segura, la más lujuriosa y pura, la virgen y la puta, la burra y la intelectual. Con ella no hay términos medios.

Debo levantarme, aunque una parte de mí se siente muy a gusto compartiendo cama con esta mujer, hay otra que no deja de atormentarme, que me tortura y me impide compartir este momento juntos.

Sí, voy a por un vaso de agua, será lo mejor, además aprovecharé para hacer un par de llamadas.

Bajo hasta la cocina y con el móvil en las manos no puedo evitar llamar a Roger.

—¿Ha pasado algo?

Su voz parece el preludio de un ataque al corazón no poco fundamentado; siempre que le molesto entre citas es porque he hecho alguna estupidez.

—Nada, escucha.

—¿Ella ha vuelto a llamar?

—No, no se trata de ella. De momento no tiene cómo ponerse en contacto conmigo. Es sobre otra cosa.

—Ok, te escucho.

—He conocido a una chica.

—¿Qué le has hecho?

—No le he hecho nada y tranquilízate que más que mi psicoanalista pareces mi verdugo.

—Vale, lo siento. Es que no quiero que recaigas y que alguien salga lastimado. Cuéntame ¿Qué pasa con esa chica?

—La he conocido hará unas semanas y ahora mismo está durmiendo en mi habitación. Ni siquiera ha tenido que pedirlo, la he llevado yo.

—Eso suena muy bien, aunque algo peligroso. ¿Estás seguro de que estás preparado?

—Si estuviese seguro no te estaría llamando. Todo ha ido bien, hemos hecho el amor y...

—Espera, espera. ¿Desde cuándo tú haces el amor?

—Calla, déjame continuar. Esto pasa cuando te haces amigo de tu médico, que deja de tomarte en serio.

—Vale, de nuevo lo siento. Te escucho.

—Con ella todo es distinto, es muy diferente a lo que estoy acostumbrado. A su lado me siento bien, no le doy demasiadas vueltas a nada, me dejo llevar.

—Entonces...

—Nada, supongo que tengo miedo. Se ha quedado dormida y he tenido que marcharme; la idea de que pudiese pasarme otra vez no dejaba de atormentarme.

—Eso es totalmente normal, Logan, ya te había advertido de que pasaría. Lo ocurrido es un trauma y como tal, ha dejado una huella persistente en tu subconsciente. Vas a tardar en superarlo, pero lo harás. Te he dicho millones de veces que tus alucinaciones no son patológicas, son solo un paroxismo nervioso objeto de tu ansiedad y estrés asociado a los sucesos de tu infancia y adolescencia.

—No me vengas con rollos científicos y dime que no le haré daño. Dime que no verá nunca esa parte de mí.

—Eso no te lo puedo asegurar, necesitas sentirlo dentro de ti. Si lo dudas, es una mala señal.

—¡No me jodas! ¡¿Me dejo en tus terapias casi cincuenta de los grandes al año y no puedes ayudarme?!

—Sabes que estoy aquí para ayudarte, hemos hecho grandes progresos en los últimos años. ¿Desde cuándo no te metes en ninguna pelea o tienes pensamientos obsesivos? Estas llevando muy bien el tratamiento, confía en ti.

—Hablando de ese tema, ayer le rompí la nariz a uno.

—¿Qué? No me digas que volvemos a eso Logan, ¡Dios!

—Tranquilo... estas fueron otras circunstancias; yo no quería, pero el tipo se lo buscó. Intentó sobrepasarse con mi chica y hasta sentí haberle golpeado.

—Bueno, digamos que eso es un avance. ¿Se puede saber de dónde ha salido la chica misteriosa?

—Ya hablaremos de eso, dale saludos de mi parte a Ann y a las niñas. Te dejo, que no quiero que se despierte y me pille en medio de esta conversación.

—Está bien Logan, Ann muere porque vengas por casa. Nada de citas, a visitarnos, ya sabes como es.

—Dile que estoy muy ocupado, pero haré un hueco en cuanto pueda.

—Logan.

—¿Qué?

—Relájate y disfruta.

Eso es mucho más fácil de decir que de hacer.

Cuelgo, pero no me siento mejor, las palabras de Roger me han ayudado muy poco. «Necesitas sentirlo dentro de ti». ¡No me jodas! Ahora mismo lo único que siento es no estar allí con ella, volviendo a hacerla mía.

Me sirvo otro vaso de agua sopesando la posibilidad de volver arriba, de olvidarme por hoy de todas las dichas llamadas importantes, de enredarme en su pelo, de perderme en sus labios.

¡Qué coño! Voy a por ella, quizás sea el veneno la única cura para mi herida.

Capítulo 26

****Logan****

—¿Ahora quién es la que husmea en las cosas ajenas?

—Solo estaba... Es que son... sencillamente increíbles. ¿Conozco algún artista?

Está totalmente desnuda y pretende que me centre en la curiosidad que le han despertado las obras que llenan las paredes de mi habitación.

—Creo que solo a uno, pero este, por ejemplo, lo ha hecho un niño de once años.

—¿En serio? ¡No puede ser!

—Sí, es increíble. José vive en Haití y todas las incrustaciones y materiales que ha utilizado para la elaboración de ese cuadro son los restos de uno de los huracanes más devastadores que ha arrasado a su país, en el que, además, murieron dos de sus hermanos.

—Es realmente hermoso lo que ha hecho. ¿Le has conocido?

—Sí, casi me desarma de un abrazo cuando le pagué una pequeña fortuna por la pieza. José es uno de esos niños que te hacen sentir un imbécil. Allí la gente se levanta cada día entre los muertos y los escombros de alguna nueva desgracia, pero se pegan una sonrisa a la cara y echan para adelante, como si fuera la única opción. Y luego está José, que no solo sobrevive en ese caos, sino que es capaz de llevar su mensaje de fe, encontrando belleza en los restos de la propia desdicha.

—Es genial que hayas estado allí. Jamás he viajado a ninguna zona amenazada por la desgracia o la pobreza. Mis padres juegan al escondite con esa parte del mundo, prefieren no tener que cuestionarse sus vacías existencias. Pero entiendo lo que dices, la depresión es una enfermedad mental asociada a los países más ricos. En la paradoja está la respuesta.

—Así es, tú lo has dicho.

Una reflexión bastante sagaz, aunque su comentario ha tocado muy de cerca a esos demonios que me acechan. Es sorprendente cómo ha vivido tan poco y la facilidad que tiene para cautivar me.

—¿Y el resto de las obras? Son todas fascinantes.

—Cada una de estas piezas las he comprado en mis viajes, a artistas que jamás tendrán la suerte de exponer en el *Louvre* o en ninguna otra galería, pero que he considerado que merecían ser pagadas a un precio competitivo con respecto a las más prestigiosas exposiciones.

—Un gesto muy noble. Quiero decir... que... pues... que no te pega nada.

Sonríe ante su salida. ¡Hay que ver lo que le cuesta ser amable a mi fierecilla! Aunque el hecho de que siga paseándose desnuda por mi habitación, hace que merezca la pena haberme recorrido medio mundo en busca de cada lienzo. En esos curiosos ojos azules todo gana verdad.

—Bueno, hay una obra por la que no he pagado un duro. Digamos que aún no he tenido la oportunidad de negociar su precio. —Señalo a una esquina de la habitación en la que no ha reparado aún.

Su expresión de niña pequeña me hace sonreír otra vez. Ha abierto los ojos cual sapo impresionado y como si fuese a escapar de la pared, corre a mirar el retrato.

—Pero... ¿este es el retrato que te hice! ¿Por qué lo has puesto aquí? Sin mencionar que me lo has robado.

—Tranquila. Para empezar, es a mí a quién has dibujado sin permiso y, en segundo lugar, pienso pagar un buen precio por él.

Me acerco a sus labios decidido a provocarle, pero creo que no estoy en condiciones de jugar a un juego en el que de antemano ya estoy perdido. El mero roce con su piel hace que me sienta totalmente frenético, enajenado por el deseo de tenerla otra vez.

—Ya negociaremos su precio, pero que sepas que no cumple con las reglas de tu exposición particular. Yo sí que voy a vender en las mejores galerías.

Me hace gracia su excesiva seguridad, aunque lo dice más en tono pícaro que por pura arrogancia. Solo quiere incitarme, así que tomo el gesto como una invitación para besarla.

Oh... su boca, ese laberinto en el que me gustaría perderme para siempre. Sus labios envenenan mis sentidos, contrayendo cada músculo de mi sometido cuerpo.

—¿Qué tal si nos damos un baño?

Necesito que el agua diluya esta necesidad de empotrarla contra la pared y penetrarla hasta que susurre mi nombre. Sí, sin lugar a duda me urge un baño.

—He amontonado las sábanas en ese rincón, no sabía si meterlas a lavar o...

La pobre, no parece mi fiera; me gusta ese toque inocente que le proyecta el asunto, aunque verla tan avergonzada me da mucha pena. Ya había notado la pequeña mancha de sangre en las sábanas blancas, pero antes no quise molestarla para cambiarlas.

—No te preocupes, ya las tiro yo luego. Eso si no quieres guardarlas como prueba de que te has librado de tu *bendita maldición*.

Entorna los ojos acompañando el gesto con un manotazo en mi brazo, mientras disfruto viendo su enojo.

—No seas capullo. Venga, vamos a por esa ducha, a ver si debajo del agua estás más calladito.

—Sé de algunos sitios donde suelo callar mejor, igualmente, nadie ha hablado de ducha.

Le tomo de la mano y abro la puerta de corredera que esconde los extras del baño.

Es imposible no sonreír al contemplar su cara de impresión mientras observa el enorme *jacuzzi* que tengo dentro de la habitación. Está perpleja, así que enciendo el mecanismo para ver si el burbujeo de los chorros le devuelve al aquí y ahora.

—¿Te metes, o vas a seguir con esa cara de asustada?

Me deshago de la única prenda que vestía mi cuerpo, el pantalón corto que utilicé para bajar.

Su mirada está llena de deseo, es tan insaciable que hasta parece hecha para mí.

—No lo sé, no quiero ni pensar en la de mujeres que tienen que haber pasado por esta bañera. ¿Qué clase de perverso tiene un *jacuzzi* en su habitación?

—A ver, bonita, eres la primera mujer que entra aquí, y la tengo porque me relaja. Ah... y porque puedo.

Arruga la nariz con mi comentario presuntuoso, pero también he notado ese gesto de alivio al escuchar que nadie más ha estado en mi habitación.

—Vale, me meto, pero solo porque estas cosas me chiflan. ¡Uf!, quema.

—Verás que pronto te adaptas a la temperatura y comienzas a disfrutar.

—Pues sí, voy tomándole gusto. No se está nada mal aquí dentro.

El agua la envuelve de cintura para abajo e intento no centrarme en el erotismo que desprende su piel empapada.

—¿Por qué es tan especial para ti? —Recorro con el dedo índice los bordes del tatuaje que se ha apoderado de su cintura.

—Es el protagonista de mi libro favorito.

—Sí, eso lo sé. ¿Quién no ha leído *El Principito*? Lo que quiero saber es por qué es especial para ti.

—Pues... no lo sé. Se supone que como a Antoine, me hace recordar las cosas importantes de la

vida, aunque a veces me encuentre perdida en el desierto o en el sitio más recóndito de un lugar llamado Escocia.

—Tampoco se está tan mal aquí.

Me ha gustado mucho su respuesta, aunque sé que no lo ha dicho todo.

—¿Y tú? ¿Por qué esa afición de tatuarte hasta en los lunares?

—Nada especial, solo son tatuajes. Hacen que me vea diferente, no cambian nada en realidad.

—No te creo, y es injusto.

—¿Qué es injusto?

—Yo he contestado a tu pregunta y tú no estás siendo sincero. Hagamos una cosa, cada uno tiene derecho a una pregunta por cada respuesta sincera del otro.

—Suena bien. Empieza tú y no valen las medias verdades, antes tampoco has sido muy explícita con tu respuesta.

—¡Vaya que tú con la tuya! Pero vale, nada de medias verdades. Empiezo.

—¡Espera, espera!

—¿Qué, pesado?

—Siéntate aquí a mi lado, desde tan lejos no escucho bien.

Niega con la cabeza, pero se va acercando hasta quedar a mi lado.

He usado una artimaña algo barata, pero a ella le gusta tanto provocarme como a mí que me someta.

—Espero que ahora me escuches mejor. Entiendo que con la edad se van perdiendo facultades.

—Muy chistosa. Empieza o te demostraré el tema de las facultades, y esta vez no habrán rosas ni deseos contenidos.

La acorralo para amenazarla y sus mejillas toman color de inmediato. Me encanta el poder que tengo sobre su cuerpo.

—Venga va. ¿Tu regalo favorito?

—¿A qué te refieres?

—No es tan difícil, he empezado con algo simple. ¿Cuál es el regalo que más te ha gustado en toda tu vida?

—Pues...

—No lo pienses tanto, lo primero que se te ocurra será lo más sincero.

—Ya te iba a contestar, desesperada. Mi regalo favorito fue un libro que me dio mi padre al cumplir ocho años. Iba de un viejo pescador en quién nadie ya creía, pero un día logró pescar un gran pez y...

—Ernest Hemingway, *El viejo y el mar*. Me encanta ese libro.

—Sí, es ese. Va a ser que la niña mala es toda una empollona.

Le pico, pero me cautiva comprobar que compartimos la misma afición por la lectura.

—No te pases, solo me gusta leer. No empatizar con la gente en general, te deja mucho tiempo libre. ¿Por qué fue tan especial ese regalo?

—No, no, no. Esa ya es otra pregunta. Me toca a mí.

Lo cierto es que espero que no vuelva a preguntar sobre ese tema. No quiero hablar de ello. Lo que hace que el regalo sea especial, es que fue el último que me hizo mi padre antes de que su mente abandonara el mundo de los cuerdos.

—Vale, suéltalo. Veamos qué quieres saber.

—¿Antes tuviste un orgasmo vaginal cuando estaba dentro de ti o fue solo clitoriano?

—¿Qué? Eso no es una pregunta. Tú eres un putito salido. —Sonríe sonrojada procurando apartarse de mí.

—¡Eh! Yo he respondido a tu mierda de pregunta, exijo una respuesta. —La agarro por la cintura para que no vaya a ningún sitio.

—¿Qué se supone que debo responder a eso? Es una pregunta un tanto íntima.

—¿Íntima? Íntimo fue lo que hicimos hace un rato, ahora solo hablamos. La gente está muy equivocada, el tema del sexo se utiliza en conversaciones banales que no aportan nada. El sexo es un tema de comunicación importante entre quienes lo practican. ¿Cómo puedo ir por ahí pensando que te he hecho sentir como nadie, si tú no me ayudas a entender tu cuerpo? Solo tú me puedes guiar y prometo que será increíble.

—Es que yo... no sé... Yo nunca había sentido eso. Sé que exploté de placer dos veces, la segunda aún más fuerte, pero no puedo comparar.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que nunca te habías provocado un orgasmo a ti misma?

—Déjalo ya. Además, esa es otra pregunta. Has perdido tu turno, me toca.

Esta chica me tiene desconcertado, no puedo creer que tan hermoso cuerpo sufra de tan triste inexperiencia; no me van a alcanzar los días para compensarlo.

—Venga dispara. Tienes razón, te toca.

—¿Habías hecho esto antes?

—Sí, sí, no soy virgen.

He entendido el enfoque de su pregunta, pero me encanta hacerle sonreír.

—¡Que no, capullo! Me refiero a estar con una virgen.

—No.

—¿No?

—No. ¿Qué más quieres que te diga? No suelo buscar mujeres a la salida del colegio.

—Ya, tú eres más de hacerle guarrerías a la vieja pelirroja esa, ¿no?

Ha puesto morros de nuevo y me provoca sentarla en mi regazo para aliviar esta erección que me está matando, pero me contengo porque la conversación toma un rumbo interesante. Hasta parece celarme.

—Hay que ver la manía que le has cogido a la pobre Susan.

Me he pasado de provocador y está haciendo ademán de salir de la bañera.

Detengo su arranque volteándola y arrinconándola en una esquina llena de chorros. Me aseguro con la mano de que uno de ellos estimule sus partes más sensibles y cuando la siento jadear, comienzo a susurrarle al oído.

—Que sepas que ese día no le hice nada, ni siquiera la toqué. Créeme, podía haberlo hecho, no hubiese tenido ni que desnudarla, pero no lo hice. Desde que te conocí no he tocado a nadie más.

—¿Alguien te ha preguntado? No me interesa lo que pase entre tú y esa zorra.

Es extremadamente arisca, incluso parece saber lo que eso me excita.

Beso su cuello y enseguida jadea perturbada por el deseo; parece que los chorros empiezan a hacer su parte. ¡Cómo me gusta verla así! Da igual lo que su terca conciencia se me resista, su cuerpo me obedece y será mi aliado para torturarla.

Quiero que aprenda a controlar el placer, así que pongo mi mano en el chorro y le volteo hacia mí.

—Eso no es lo que parece, has llamado zorra a esa pobre chica.

—¿Pobre chica? Esa...

—Tranquila.... Dejemos de hablar de ella. Me toca preguntar.

—¿Qué coño quieres saber?

Algo me dice que las caricias que le provocaba el chorro la mantenían de mejor humor y para desesperarla aún más, sonrío.

—¿Cómo es eso de que nunca te has masturbado?

—Yo no he dicho eso. Sí que lo intenté varias veces, pero no encontraba placer y lo dejaba. No era tan sencillo como en las pelis para adultos.

—Maldita referencia videográfica. Se aprende muy poco de sexo con el cuerpo ajeno. Todavía no me creo que no hayas experimentado nada, tienes un cuerpo...

—Chss... Déjalo, me toca a mí.

—Ok, estoy preparando para tus aburridas preguntas.

—¿Alguna vez te la han chupado con un *piercing* en la lengua?

—¿Eh?

—Ya me has escuchado, pero si quieres te hago una nota escrita.

Ahora es ella quien se acerca a mí sabiéndome intimidado.

—No, nunca he estado con nadie que lleve uno.

—¿Me dejas que lo solucione?

¿Qué? ¿Se puede saber a dónde se ha ido la mujer a la que hace un momento tenía atemorizada con mis temas sexuales? Estoy algo nervioso por su repentina seguridad, pero más que eso, estoy extremadamente acalorado.

—¿Cómo quieres hacerlo? Prefieres que salgamos.

El tono no me ha acompañado, las palabras no han sido tan seguras como pretendía y por la sonrisa que ha puesto, intuyo que me sabe en sus manos.

—Nada de eso, no pienso renunciar a este baño. Siéntate en el borde.

Le obedezco *ipso facto*, no me arriesgaría a que cambiase de opinión.

Me subo a uno de los bordes y casi pierdo el sentido cuando la veo acercarse decidida.

Esos ojos, ¡Dios! Se cuela entre mis piernas y me mira justo antes de besar con sus labios la punta de mi erección.

—Vas a volverme loco.

—Tendrás que guiarme un poco.

Su voz seductora se entrecorta con los besos tan húmedos que está dejando en la cima de mi deseo.

Lo de los besos pausados va bien, es muy agradable, creo que podré sobrevivir a eso. ¡Uf!... No..., no podré. Se la ha metido entera en la boca y el calor de su aliento ha hecho más profunda la sensación que deja en mí su dichoso *piercing*. Es increíble cómo la textura del metal puede estimular tanto. La perla fría tiene un tacto contrastante con respecto a su lengua húmeda y caliente. La sensación es muy localizada. Dos tipos de presión sobre mi piel en una zona tan erógena, me están llevando a estados de placer insospechados.

—¿Voy bien?

—Demasiado.

Mi jadeo le dibuja una sonrisa de poder y me reconozco perdido.

Sujeto su pelo entre mis manos cuando la veo aumentar el ritmo. Esto se le da muy bien, me rehúso a pensar que no lo haya hecho antes. Estoy rozando la locura. Necesito que se detenga ya, porque el ritmo que ha pillado deslizando sus carnosos labios a la par que aprieta el condenado *piercing*, me van a hacer explotar de un momento a otro.

—Aparta esa boca si no quieres que te la llene. Me tienes loco.

—Quiero sentir como te corres en mi boca. Antes yo me he corrido en la tuya, es lo justo.

¿Qué? Esta mujer va a ser mi perdición.

No podría repetir con exactitud sus palabras, solo he alcanzado a escuchar un distorsionado: «Córrete en mi boca...» y he estallado, apretando sus largos cabellos entre mis manos.

No puedo describir la intensidad del orgasmo, pero, sin duda, ha sido de los mejores que he tenido en toda mi vida. No hay nada que enseñarle en este aspecto, me ha sorprendido gratamente, sobre todo cuando se lo ha tragado todo.

No puede ser que haya una mujer tan hecha a mi medida. Yo en el sexo solo hago ascos a los prejuicios, del resto me gusta todo, o casi todo, que se escuchan cosas muy raras a las que también llaman sexo.

Capítulo 27

Natalia

Estar con este hombre me hace perder la noción de mí. Sé quién entró por esa puerta hace ya casi veinticuatro horas, lo que no sé es quién saldrá por ella. Me siento poseída por el deseo; no hay rincón de su ser que no me apetezca besar.

Estoy aquí debajo, con todo su miembro viril llenando mi boca y cada vez que lo escucho gemir de placer, me siento la dueña del mundo.

Le he dicho que se corra en mi boca y no sé si soy yo quien habla o este deseo que recorre todo mi cuerpo. Me apetece beberme su ser, saborear sus entrañas, saber a qué sabe el hombre que ha dominado mi espíritu y mi cuerpo.

Lo mejor, es que ha bastado que se lo pidiese para regalarme el más intenso de los orgasmos. Ha sido... ¿Cómo describirlo? Ha sido caliente y un tanto salado, pero a mí me ha sabido a placer.

Es gracioso, esto me recuerda un artículo que leí una vez sobre el sabor del semen. Todos estaban de acuerdo en que cada persona tiene un sabor característico, pero el urólogo en cuestión decía que era imposible que el semen cambiara de sabor con respecto a la alimentación, pues según él, todos los sémenes están compuestos por los mismos elementos. Esto era rebatido por la actriz porno Annie Sprinkle, que aseguraba que el sabor sí dependía de la alimentación de cada hombre en concreto. No sé por qué me viene esto ahora a la cabeza, pero en su momento creí más en la teoría de Annie. ¡Seamos realistas! ¿Quién lo ha probado más?

Con respecto a estas teorías supongo que mi Nessie lleva una buena alimentación porque, aunque no tengo con qué comparar, me ha gustado mucho la experiencia. Sobre todo, cuando se ha mordido el labio inferior para contener el placer de verme tragarlo todo.

—¿Te ha excitado tenerla en la boca?

—¡Para ya! ¿Tienes que comentarlo todo siempre?

Sonríe mientras baja lentamente para sumergirse en el agua.

El muy capullo sale a la superficie justo en frente de mí, rozando mi piel sin llegar a tocarme como lo deseo. Creo que busca que confiese cuanto me excita, es un engreído. Si al menos no estuviese tan sexi con ese pelo empapado. ¡Dios! Las gotas de agua resbalan por los recovecos de sus labios, estoy idiotizada.

—Bésame si tanto lo deseas, pero para que te folle tendrás que darme un par de minutos más.

¡Idiota! Me saca de quicio que se lo tenga tan creído.

Me separo para menguar su enaltecida seguridad y un poco también para que mi cuerpo disminuya la tensión de tenerle tan cerca, de otro modo cederé a sus brazos.

—¿Qué haces? Ven aquí, te quiero cerca de mí.

Tira de mi cintura y me besa como si en ello le fuera la vida. Creo que me sabe vulnerable al roce de su piel, así que estoy vencida.

—Solo te daba unos minutos de tregua, tú mismo has dicho que lo necesitabas.

—Muy considerada. ¡¿Qué tal si salimos de aquí, comemos algo y vemos alguna peli hasta que te dejes dormir de verdad?! Ya mañana cuando te despiertes descansada y hecha toda una mujer, sin «maldiciones», ni restos del dolor de tu primera vez, entonces, mañana, te follaré hasta que supliques que pare.

Pongo morros, pero asiento porque, aunque mi primera vez ha sido de todo menos dolorosa, comienzo a notar algo de molestia en la zona, e imaginarnos relajados viendo una película me

parece una buena idea, todo un reto conociéndonos, pero una buena idea.

En cuanto salgo del *jacuzzi*, experimento el frío contraste entre el ambiente y el agua caliente que antes abrigaba mi piel. Gracias a dios, viene a asistirme en cuanto me ve tiritar; extendiéndome un albornoz gigante que parece adoptarme. Él se envuelve en otro y veo como coge el móvil para subir la calefacción. Es increíble lo lujosa que es esta casa y apenas me había percatado en mis visitas al clásico despacho.

—¿Qué te apetece comer?

—No sé, elije tú. Ya ves que yo me como cualquier cosa.

¡No! ¿Pero qué coño he dicho? No estoy acostumbrada a medir tanto mis palabras y con él todo suena excesivamente sexual.

—Tranquila, lo he pillado. —Sonríe levantando la cabeza del móvil y maldigo mi inquietante manía de no pensar antes de hablar.

—¿Qué tal unas pizzas? Puedo pedir las ya mismo.

—Ah... ¿que los ricos también pedís pizza a domicilio?

Quiero desquitarme por lo de antes haciendo alardes proletarios que no me corresponden, pero ni se inmuta.

—Sí, pero a restaurantes más caros, de esos que no suelen repartir a domicilio. Aunque eso no es un problema, enseguida mando a Adam a por ellas.

—¿Adam? ¿Quién es Adam?

—Mi chófer y mi seguridad. Es un gran tipo, seguro que le caes bien.

—Pero si siempre conduces tú y nunca he visto al tal Adam.

—Este pueblo es muy discreto y puedo andar a mis anchas, pero Adam siempre está disponible.

—¿Para buscarte las pizzas?

Le provoco y esta vez sonrío ante mi impertinencia.

—Sí, para eso también. ¿Quieres que pida las dichasas pizzas o no?

—Vale.

Asiento algo pensativa. Aislado la parte divertida de que utilice a su seguridad para traer comida, me pregunto quién es este hombre en realidad. ¿Por qué necesita seguridad? Lo tengo completamente desnudo en esta habitación, solo para mí, pero no sé quién es y mi nivel de curiosidad aumenta progresivamente.

—¿Todo bien? ¿Si quieres pido otra cosa?

—No, no, solo me distraje pensando en comida.

—¡Ja! Prepárate para probar la mejor pizza de tu vida.

—Venga va, pero pide mayonesa.

—¿Mayonesa? ¿Para qué?

—Tú pídelo.

—Mira niña, no sé qué clase de pelis has visto, pero lo que suele usarse es nata.

—¡Que no, capullo!

Siempre encuentra la manera de meterse conmigo, es incansable.

—Ok, como quieras y cuidadito con esa boca.

Se acerca y lo que creo que es un beso, termina en una pequeña mordida en mi labio inferior. Escuece un poco, pero solo lo suficiente para sentirle en mí.

Hace ademán de salir por la puerta, pero regresa, descubre una tele inmensa que no sé muy bien por qué estaba escondida, y me lanza el mando.

—Pon lo que quieras, regreso enseguida.

Ahora sí se marcha, imagino que en busca del tal Adam.

Hago un poco de *zapping* para comprobar que tiene acceso a todos los canales extranjeros, incluso los españoles, cosa que agradezco, porque de este idioma solo me gusta el imperceptible acento que se destila entre frases de su estupendo español. Aunque pensándolo bien, las palabras obscenas de mi idioma le salen con muy buen acento castellano. Hay que ver lo mal hablado que es en la cama y lo mucho que logran encenderme sus guarrerías en esa voz tan grave. Debería dejar de pensarle o no encontraré nada que podamos ver.

Entre las pelis disponibles en español, descubro un título que enseguida llama mi atención y le echo un vistazo para asegurarme de que se trata de una adaptación.

—¿No se supone que me ibas a esperar? ¿Qué has puesto?

Se lanza con despreocupación a mi lado en la cama.

—Tranquilo, acaba de empezar.

—¿Cómo se llama?

—*Bajo la misma estrella* o *The fault in our stars*, una producción cinematográfica basada en una novela de Jonh Green de la que me enamoré perdidamente. Ni siquiera sabía que habían hecho una peli sobre el libro.

—¡Oh, no! Pelis sobre libros. ¿En serio estás dispuesta a que te rompan el corazón?

—¿De qué hablas?

Detengo la película porque como siga distrayéndome, perderé el hilo.

—Veamos, si te has leído ese dichoso libro y te ha encantado, ¿por qué ver la película? Terminarás desilusionándote. Hazme caso, tú ya creaste y viste una película en tu cabeza y era la película perfecta para ti. Los actores interpretaban increíblemente el papel y el director no se saltó ninguna escena que tú considerarías importante. Al ver la película real, resultará que no es la película que tú imaginaste y que era perfecta, sino la película que imaginó el director que la hizo.

—Da igual, quiero verla. —Entorna los ojos y veo como ahoga un suspiro en un intento fallido de que un poco de oxígeno le ayude a soportarme.

—Como quieras, después no digas que no te he avisado. Por cierto, ¿de qué va ese rollo de historia? Hasta ahora la chica con el balón de oxígeno no tiene muy buena pinta.

—Es la protagonista y padece de cáncer...

—Vaya, vaya. ¿En serio tenemos que ver eso? ¿Por qué tienes que ser tan dantesca?

—Calla, no es lo que parece. A pesar de que los protagonistas sufren enfermedades terminales, la historia no va de la muerte, sino todo lo contrario, de la vida, la trascendencia, el amor.

—¡Wow! No sabía que fueras tan romántica.

—No lo soy, y si hubiese sabido que te ibas a poner tan pesado, habría puesto cualquier otra cosa. Venga, elije tú.

Le lanzo el control de la tele porque ha logrado desquiciarme.

Quizás mi reacción es un tanto exagerada, pero me ha parecido que se burlaba y paso de que piense que soy una sensiblera a la que le va el romanticismo.

—Tranquila. Vemos tu rollo de peli, solo quería provocarte un poco. Además, ya me he quedado prendido de esa chica y su balón de oxígeno.

Coge mi mano con firmeza y me hace descender en la cama para quedar recostada sobre su brazo. Es una postura sorprendentemente cómoda. Me gusta estar tan cerca de su pecho, el olor que desprende su cuerpo es puro elixir para mis sentidos. Este hombre tiene el poder de llevarme de la más soberbia irritación, al estoicismo más puro.

Capítulo 28

****Logan****

—Para ser una peli que no va sobre la muerte, se han cargado a todo Dios.

—Eres insoportable, pero a mí no me engañas. He visto cómo te emocionabas en más de una ocasión.

—Sí, la verdad es que casi lloro, pero cuando te vi untando mayonesa en la pizza.

—Muy gracioso, deberías probarlo al menos. La combinación de sabores es exquisita.

—Sí, sí, lo que tú digas. Por lo que veo tienes un paladar muy refinado; te has cargado una pizza de cincuenta libras en cuestión de segundos.

—¡Ah sí!?, pues en el *jacuzzi* no te escuché protestar por mis hábitos alimenticios.

Ahí me ha pillado y la muy jodida ha devuelto la imagen a mi cabeza. A ver cómo convengo a ciertas partes de mi cuerpo para que mantengan la calma.

Me encanta tenerla así, tan cerca de mí. No parezco yo, cada vez que tengo oportunidad la estrecho aún más a mi pecho, mientras me pregunto una y mil veces qué tiene esta chica para hacer que todo cambie, sobre todo dentro de mí. Estoy algo asustado, pero no puedo negar que más que eso, me siento aliviado. Llevo muchos años escuchando a mis demonios y por una vez, ella ha logrado callarlos a todos.

—¿No piensas dormirte nunca?, eres inagotable.

Frunce el ceño y pone ojitos de niña traviesa ante mi observación.

—Es que no tengo sueño.

—¿Y qué te apetece hacer? Si quieres podemos ver otra peli de esas que te gustan, donde muere mucha gente. ¿Quizás? *Salvando al soldado Ryan*.

Ya la he enfurecido, pero es extremadamente divertido y no paro de reír. Meterme con ella se ha convertido en el más apasionante de los juegos, no lo puedo negar.

—Con que vas de gracioso, ¿no? Toma esta.

Se aparta de mí para golpearme a traición con la almohada. Un juego que siempre me ha parecido sumamente infantil, pero no pienso dejar que dé el último golpe. Esta no sabe con quién se mete, ha tocado mi fibra competitiva y la pienso noquear.

No sé cuánto tiempo llevamos haciendo el idiota, pero algo de sudor gotea por nuestra piel y ya no queda una almohada con funda en toda la habitación. Hace años que no me reía tanto. Ha sido un cuadro ver su cara cuando le aticé el primer golpe en toda la espalda, creo haberla visto volar hasta la cama. Es tan menuda que he tenido que medir mis fuerzas porque al menor golpe sale despedida, suerte que la almohada y el colchón amortiguan muy bien la caída. Eso sí, nada la detiene y a la primera de cambios viene hacia mí en busca de venganza, aunque ya es hora de bajar pulsaciones.

Suelto la almohada y procuro inmovilizarla agarrando sus brazos y tirándola sobre la cama. Es como un animal salvaje, jamás deja de luchar. Meto mi dorso entre sus piernas en un intento por dominarla del todo, aunque mi entereza empieza a flaquear en cuanto la siento. Su sexo está completamente al desnudo, el albornoz que le abrigaba se ha abierto durante el forcejeo y lo único que impide que mi miembro la toque, es el trozo de tela del mío, que continúa cerrado. Ella también se halla desprovista y disminuye el forcejeo. En cuanto sus ojos me miran suplicantes, pongo solución al problema y desabrocho mi albornoz. Lo hago con una sola mano, quiero continuar sujetando las suyas con la otra para que sienta que tengo el control; ha sido muy rebelde

y voy a hacérselo pagar.

—Te dije que intentarás no provocarme más hasta mañana. No eres nada obediente.

Toma fuerzas para responderme entre tanta agitación, pero estoy algo distraído deleitándome con el excitante brillo de su piel bañada en sudor.

—Lo siento, sé que tienes una edad. Intentaré respetar tus horarios, como a mí me queda tanta energía todavía, pues, termino olvidando tus limitaciones.

Cuanto me alegran sus malintencionadas y provocativas palabras. Serán la coartada perfecta en mi defensa para cuando acabe con ella.

—Tú lo has querido.

Aprieto mis caderas contra su sexo y la escucho quejarse. No quiero hacerle daño, pero necesito que sienta lo dura que la ha puesto.

—Ahora no te muevas.

Se queda muy quieta y me rehúso a pensar que pueda estar domando a la fiera.

Cojo mi miembro en una mano y comienzo a acariciar su sexo suavemente. Estoy tan mojado como ella, lo que hace la sensación mucho más placentera si es que cabe. Lo hago sutilmente, aunque por momentos la dejo caer con fuerza sobre su clítoris como un látigo. Con cada golpe emite un quejido más bien de súplica, no quiere que pare de azotarla y la creo, porque su sexo va hinchándose de placer.

Desde esta posición me siento en la cima del mundo, la vista es increíble. Sus pechos se mueven con cada embate y su boca entreabierta me lleva a la locura. Está a punto de correrse, lo sé, pero quiero saber hasta dónde puede llegar y justo cuando comienza a contraer su cuerpo, víctima del placer, sustituyo mi miembro por una de mis manos. No quiero que sufra el vacío mientras me coloco el condón.

Está desesperada, quiere correrse ya, pero debe dar muestras de esa gran energía de la que ha hecho alarde. Hago que se levante de la cama y la pongo contra la primera pared que encuentro, penetrándola así, de pie, con fuerza. Sus piernas abrazan mis caderas y con cada embestida juro que se está dejando ir, pero no me detengo, mis movimientos son cada vez más rápidos. Necesito que entienda que puedo darle más placer del que es capaz de soportar.

Cuando creo que tengo todo el poder, la muy jodida se atreve a retarme, mordiendo el lóbulo de mi oreja y susurrando atrevida.

—¿Esto es todo lo que puedes hacer? Qué pena —remata cada palabra con una risa que terminará arrancándole.

Sé que ya se ha corrido antes, en cuanto la penetré, pero esta multiorgásmica ha confirmado mis sospechas; quiere más y pienso dárselo.

La bajo de mi regazo para cambiar de posición, veamos cuánto resiste. La coloco a cuatro patas, una decisión un tanto arriesgada porque mis fuerzas flaquean en cuanto veo todo su trasero a mi merced.

Muerdo con fuerza mi labio e intento recordar que antes me ha retado. Recojo su pelo desde atrás y vuelvo a penetrarla. Se queja un poco, pero no hay dudas de que está disfrutando y ya no pienso parar. Apuro mis embestidas cuando siento que va a volver a llegar y me aseguro de que sea intenso, estimulando también su clítoris con mi mano libre. Ya no puede más y creo que es mi momento.

—¿Que tal ahora? ¿Crees que aguantarás una vez más o vas a suplicar que me corra contigo?

No tiene fuerzas para contestar, pero le retiro la mano y la penetro con más fuerza para que reaccione.

—¡Córrete conmigo!

—¿Estás segura de que no quieres más?

¡Dios! Cuanto me excita este juego.

—Sí...

Vuelvo a estimular su clítoris y en un grito le siento romper de placer. Sus espasmos son demasiada tortura, su trasero, su humedad; ya me estoy corriendo también.

Caemos sobre la cama indefensos, exhaustos, como las hojas que han resistido el largo verano, sin remedio, pero a gusto. Me pregunto si el precio de robar sus energías será siempre agotar todas las mías. Sea como sea, ha valido la pena, he logrado vencerle y la observo mientras cierra los ojos totalmente dormida. Es hermosa y antes de abandonar la habitación, me acerco para susurrarle.

—No sé de qué tamaño será nuestro infinito, pero espero que dure una eternidad.

Se voltea buscando comodidad para su sueño profundo y me alegro de que no pueda oírme.

Capítulo 29

Natalia

—Ya sabía yo que lo de anoche había sido mucho para ti.

¿Qué? ¡No me jodas! ¿Qué hora es? No pienso levantarme, estoy molida. Si no abro los ojos no me ve, ¿a qué no?

Me cubro la cabeza con las sábanas he intento recuperar el sueño reparador que este pesado quiere arrebatarme.

—Venga, perezosa, tenemos trabajo. Brenda ha recibido muchísimas llamadas. Hay gente muy importante interesada en tu dichosa web. Al parecer, ese proyecto está teniendo un impacto inaudito.

Que sí, que sí, lo que tú digas, pero cállate de una vez. Menudo pelmazo, al final hará que pierda el sueño.

—Como quieras. Veamos si vuelves a tener otra oportunidad así en toda tu vida. No sé si lo entiendes, pero los más poderosos en el mundo del arte, se están peleando por tu ingenio.

¿En serio? o ¿me estará vacilando solo para que mueva mi trasero de la cama? Sea lo que sea, ya ha despertado toda mi curiosidad y un montón de imágenes de la noche de la exposición se instalan en mi cabeza.

He cumplido mi sueño como artista y apenas he pensado en ello. La culpa es de este hombre que tiene la habilidad de someterme con el simple parpadeo de sus ojos negros.

Me destapo la cabeza con pereza, sin mayores intenciones de que la luz ciegue mis ojos. Quiero preguntarle de qué va toda esa historia de gente importante interesada en mi proyecto y cuál sería el plan, pero... mis ojos solo se han protegido de la luz, no estaban preparados de ningún modo para tal imagen.

¡Dios, este hombre es demasiado atractivo! Está impecablemente arreglado. Lleva el pelo bien peinado, aunque algunos mechones se le escapan rebeldes a un lado de la cara. ¿Se puede saber qué hace tan elegante a primera hora de la mañana? Pantalones de vestir, polo gris y chaqueta negra ciñen con delicadeza su imponente figura. Me están entrando ganas de salir corriendo, ha hecho que me sienta la mujer más desaliñada del mundo entero.

Vuelvo a cubrir mi rostro con las sábanas, no permitiré que vea mi desaseada imagen.

—Vale, lo que tú digas. Ahora vete, en unos minutos estaré lista.

—De eso nada, sal de ahí. La última vez que te vi a la luz del día, eras una niña; quiero verte hecha toda una mujer.

—¡Que te largues, pesado!

—Anoche eras mucho más amable. No seas tímida, deja que te vea. —Tira con fuerza de las sábanas hasta dejarme totalmente al desnudo.

Menudo capullo integral, troglodita, indeseable, monstruo de los c... sin lugar a duda, el puto *Nessie*.

—¡Vaya, vaya! No estás nada mal. El sexo te sienta de maravilla.

—Déjame en paz.

—Venga, te dejo para que te arregles. No tardes demasiado, ya es casi la una de la tarde y antes de ir a la galería quiero llevarte a almorzar.

—No tengo nada que ponerme.

—Yo creo que así estás muy bien.

Le levanto el dedo corazón como respuesta y aprovecha la ofensa para buscar mi rostro en la cama; acercándose más de lo previsto a mi cuerpo desnudo.

—Muy pronto te enseñare a darle un mejor uso a ese dedo, de momento, intenta no retarme; tenemos asuntos laborales que resolver.

Se incorpora nuevamente y cuando creo que me dejará al fin a solas, añade.

—En cuanto a la ropa, no te preocupes, en el baño he dejado algo que puedes usar.

—No uso ropa de tías a las que te hayas tirado.

He respondido instintivamente. Me ha hecho recordar la habitación de Esteban con todas esas prendas de mujer olvidadas por doquier; aunque en este caso, solo he conseguido cabrearle.

—¿Qué te crees niña? No soy hombre de dar demasiadas explicaciones. Ya te he dicho que no traigo mujeres a casa y una de las razones es esta, cuesta horrores hacer que se marchen.

¿Qué? Ya se ha pasado ¿He oído bien? ¡Gilipollas! Este no me ve más la cara en toda su vida. ¿Quién se ha creído que es? Tengo ganas de decirle de todo, pero se ha marchado para dejarme con la palabra en la boca.

Pienso salir pitando de aquí. A ver quién le ha dicho que tengo alguna intención de quedarme. ¡Imbécil!

Voy hasta el baño, o al menos la parte de este, donde se encuentra el lavabo y la nada modesta ducha de hidromasaje. Veamos si un poco de agua fría neutraliza el enfado.

Espera, esta debe ser la ropa que ha dispuesto para mí. Sobre el mueble recibidor encuentro un conjunto de pantalón negro y camisa blanca lo bastante informal como para encajar en mi estilo, y todo con su etiqueta. Alguien se ha tomado la molestia de comprar ropa exclusivamente para mí, y no es todo, sobre el lavabo hay unas zapatillas *Converse All-Star* completamente de mi gusto. ¡Qué coño! Ese modelo, en especial, me flipa.

Encima de ellas, hay también una nota.

[Los zapatos adecuados hacen del camino una aventura extraordinaria.]

Estoy asombrada, todo me encaja a la perfección. ¿Cómo ha acertado tan bien con las tallas? El detalle es muy bonito, tanto, que me rehúso a creer que el indeseable de antes haya tenido algo que ver con todo esto. Resulta casi imposible albergar un sentimiento claro hacia un hombre que pasa de parecerme el ser más desagradable del mundo, a dejarme desconcertada con un regalo tan especial. Nunca sé qué esperar de él.

Veinte minutos después y estoy lista. No he encontrado nada de maquillaje, aunque tampoco le he echado demasiado en falta; nunca lo uso con frecuencia y, a decir verdad, me veo diferente. Puede que sea una tontería mía, pero estoy... no sé, resplandeciente. Incluso he tenido la osadía de dejarme el pelo suelto, cosa que solo hago en esos días en los que me siento más segura.

Bajaré de una vez, antes de que Nessie venga a por mí y tenga que aguantar su mal carácter.

—Pensé que no bajarías nunca.

—Tranquilo, lo menos que me apetece es quedarme un minuto más por aquí.

—¿Estás segura de eso? —Se acerca a mi cara y sonrío soberbio, suponiéndome presa de sus encantos—. Por cierto, parece que no se me da nada mal comprar ropa para niñas rebeldes. Estás...

—Idiota. Cállate y vámonos.

En realidad, me gustaría poder agradecerle el detalle de la ropa, la nota y todo eso, pero está claro que nosotros no somos así. En cambio, salgo por la puerta para evitar cualquier otro comentario suyo sobre mi aspecto; no quiero que su cercanía afecte a mi entereza.

Gracias a Dios, me sigue sin rechistar hasta la salida, donde al parecer, pretende montarme en su «caca coche».

—No, de eso nada. No voy a ir en tu mierda de deportivo. Ni en tus sueños voy a montarme en esa chatarra que va arrastrando la carrocería.

—¿Perdona? ¿Has llamado «chatarra» a mi Audi R8 nueva generación, versión Plus además? Quizás no sepas que esta «chatarra» es un *super-deportivo* capaz de alcanzar los 330 km/h de velocidad punta, llegando a los 100 km/h desde parado en tan solo 3,2 segundos.

—Vale chico listo, pero... ¿sabes por qué los hacen tan rápidos?

Alza una ceja y parpadea en señal de frustración, creo que adivina que voy a seguir metiéndome con su cochecito.

—¡Venga, «angustias»! ¿Por qué, según tú, los hacen tan rápidos?

—La urgencia por llegar al destino, es porque no hay Dios que aguante un viaje de más de quince minutos en esa mierda de asientos.

—Vale, ya me harté. Monta.

—He dicho que no.

—Ok, te diré las opciones: O montas tú solita, o yo me encargo de embutirte en él a la fuerza.

¿Me está amenazando? Lo miro desafiante, pero mi carácter no tiene efecto alguno sobre él, y lo peor es que sé que sería capaz.

—Sabes que lo haría, así que móntate de una vez. No tienes muchas opciones, te has dejado el jeep en el *pub*.

—¡Joder, mi jeep!

Ni siquiera había pensado en él, y no me asombra nada; con este hombre termino olvidándome del mundo.

—Tranquila niña, ya Adam ha ido a por tu... Ah sí, tu joya de la segunda guerra mundial.

—Pues mi...

—No, no, no. No tengo tiempo para esto, monta de una vez que muero de hambre. —me interrumpe sin escrúpulos abriendo la puerta del copiloto.

Idiota, no pienso ceder.

En cuanto ve que no coopero, coge carrerilla hacia mí. El muy indeseable es un bestia y no quiero ver cómo me levanta en peso y me hace entrar al coche por la fuerza, así que entro de buenas. Esta me la pagará.

—Vez que no era tan difícil.

Todavía tiene ganas de buscarme las cosquillas mientras pone en marcha el ruidoso motor. Odio estar metida dentro de este minúsculo espacio carente de *confort*.

—Se me ocurre otra desventaja para tu cacharro.

—¿No te piensas callar?

—Aquí dentro no hay quién eche un buen polvo. Punto para mi jeep de la segunda guerra mundial y otro cero para tu cacharro deportivo.

Niega con la cabeza y evita que se le note una media sonrisa.

¿En serio tiene que estar tan endemoniadamente guapo tras el volante? Conduce con destreza y casi pierdo el sentido observando la agilidad con la que dispone cada cambio de marcha. Centrarme en esas manos tan masculinas han hecho de cada gesto algo totalmente sexual. Necesito controlar mis hormonas, tenerle tan cerca me impide pensar con claridad.

*****Logan*****

Qué raro se me hace estar compartiendo mis espacios más personales con ella, aunque su carácter es un buen elemento disociativo; mis energías suelen centrarse en la resistencia que pone a todo lo que le ofrezco. Con ella, lo más simple, se convierte en el más complejo de los retos. No deja margen para advertir que quien está entregando todas sus armas, soy yo. Ese carácter de los mil

demonios logra evadirme hasta de mí mismo.

La llevaré a almorzar a un sitio muy tranquilo en el centro, es mío, así que tendremos suficiente privacidad como para tratar un par de temas importantes. Por mucho que me gustaría encerrarla en casa y compensar todo el sexo que se ha estado perdiendo, tenemos que hablar sobre su acertado proyecto.

—¿Crees que dejarás de comer en algún momento? Estaría bien que pudiésemos hablar de tus oportunidades de negocio. No sé, me gustaría saber qué tienes pensado hacer.

—¡Hum! Moría de hambre. Eh... bueno... quizás...

—No, no. No es necesario que hables con la boca llena. Tranquila, esperaré paciente a que termines.

Es extremadamente salvaje cuando quiere, casi que me alegro de que estemos en el reservado. Aunque, a decir verdad, me encanta verla así. Está preciosa y su insaciable apetito hace que la desee aún más, pero no cabe duda de que prefiere al plato de patatas con carne que tiene delante. Solo me queda disfrutar de esa forma tan suya de comer a lo salvaje.

—Bueno, no sé si lo has notado, pero no he tenido tiempo de procesar lo ocurrido. Por supuesto que aún no sé qué hacer exactamente con la web, y en cuanto a las ofertas, pues... dependerá de lo que estén dispuestas a pagar las galerías interesadas, supongo.

—¿Las galerías interesadas? No olvides quién te dio tu primera oportunidad. Si no es por la galería Craig, aún estarías haciendo retratos a los gatos.

—¿Perdona? ¿He escuchado bien? No olvides que fui yo quien te salvó el culo a ti. De no ser por mi exitosa exposición, hubieses quedado colgado por el tal Mauricio. Encima te llevaste una buena comisión por la venta de todas mis obras.

—¿Buena comisión? Una muestra más de que no tienes ni idea de cómo funciona el mundo del arte.

—Pues para no saber, me ha parecido escucharte decir que me estaban lloviendo las ofertas.

—Por supuesto, con el aval de mi galería cualquiera confía en tu trabajo. A ver, chica lista, tus obras son muy buenas y al parecer has tenido bastante aceptación. Sobre todo, en un marco de ventas tan amplio como lo es Internet y con una proyección tan original como la que has planteado, pero... ¿sabrías tratar tu página web en un concepto mucho más productivo? Ya no estamos hablando solo de un sitio donde vender tu arte, sino de un producto estandarizado con posibilidad de desarrollo en cualquier galería convencional.

—¿Producto?

—Sí, exactamente, un producto. Imagina gestionarlo desde tu patente; ofreciéndolo a aquellas galerías que cumplan con tus especificaciones y parámetros de venta online. Siempre exigiendo los correspondientes certificados de calidad.

—¿Qué?

—Controlar el mundo del arte de manera online, patentando tu propuesta. Si no piensas en grande, no tendrás grandes resultados. La diferencia entre una buena idea y una idea exitosa, está solo en tus propias aspiraciones.

—No sé... es todo tan complejo. Tu visión es ambiciosa, pero... creo que me queda un poco grande. Necesitaría servidores potentes, personal cualificado...

—Estructuras de envío y postventa, ingenieros de servicios, administradores de sistemas... En fin, me necesitas a mí. Yo puedo darte todo eso. Digamos que estoy dispuesto a ser tu inversor, pero mi única condición es ser inversor unitario. No quiero que nadie más meta las narices en este proyecto, no me gustan las sociedades.

—Espera..., ¿me vas a ayudar así sin más? No quiero que confundas lo que ha pasado entre

nosotros con...

No dejo siquiera que termine con sus desvaríos de inocencia. La risa cínica se apodera de mí y no encuentra fin hasta verle entornar los ojos, frustrada. Quizás no sea el mejor momento para cabrearla, así que pongo fin a sus especulaciones.

—Veamos cómo te lo explico, niña. ¿Crees que soy una especie de ONG? Por supuesto que no cobro en especie. Vamos al setenta / treinta por ciento de las ganancias, hasta que pagues mi inversión inicial, luego podemos renegociar hasta el cincuenta / cincuenta.

—Espera..., ¿la idea es mía y te vas a llevar un treinta por ciento?

¿Treinta por ciento? Esta ya se ha perdido con tanto número.

—Niña, el treinta por ciento es para ti, quien pone el capital de riesgo soy yo. Por lo que veo, en Historia del Arte van algo justos con la gestión empresarial y los negocios.

Puede que me esté pasando de sobrado, pero me lo está poniendo a huevo.

Se queda bastante pensativa, sin ceder a mis provocaciones y me siento excepcionalmente miserable por haberla agobiado. La pobre tiene que estar hecha un lío con tanta información. Estoy tan acostumbrado a moverme en este mundo, que por un momento he olvidado que es ella, mi niña de diecinueve años, la mujer que he hecho mía hace menos de veinticuatro horas.

—Natalia, en serio, lo más importante es que hagas aquello con lo que te sientas a gusto. Sé de buena tinta que a vosotros, los artistas, no se os puede cortar las alas. Si tu intención es tener un espacio propio donde trabajar en tus obras, yo podría encargarme del resto. De veras que no quiero encerrarte en una oficina, gestionando y controlando esa web. Puedo encargarme de todo sin que tengas que preocuparte por nada, cuento con personal más que cualificado para llevar ese tipo de trabajos. En serio, me dolería ver cómo vendes tu idea al primer oportunista por unos cuantos duros que solo te bastarán para comprar un lindo estudio y vivir como muchos otros artistas; prostituyendo tu arte bajo la excusa de «hacerlo más comercial», porque de no ser así, tu carrera podría acabar incluso antes de comenzar.

—Yo...

—Te estoy brindando mi apoyo, Natalia. Si dejas que te ayude, jamás tendrás que preocuparte por el dinero, podrás dar rienda suelta a tu creatividad.

—Hay cosas que sí tengo claras, no quiero olvidar lo importante. Pinto porque me apasiona. Cuando trabajo en una obra soy feliz, ese es el verdadero éxito para mí y el dinero suele tergiversarlo todo. No obstante, tu propuesta es muy interesante, pero...

—¿Pero?

—Pero antes de darte una respuesta, quiero pensármelo mejor. Aunque solo sea un día, necesito organizarlo todo en mi cabeza.

—Me parece lógico, aun así, creo que lo más sensato es que dejes que me ocupe yo de los posibles interesados. No me lo tomes a mal, pero estás muy verde en lo que a los negocios respecta y hay mucho buitre al acecho de buenas oportunidades. Confía en mí.

Lo último se lo digo de corazón. Mi deseo de protegerla es instintivo y cada vez más fuerte.

—Vale, lo haremos así. Reconozco que la idea de zafarme de esa responsabilidad me entusiasma bastante.

¡Bien! Al fin llegamos a un acuerdo. En principio me parecía casi imposible dada la tensión que siempre nos envuelve.

—Perfecto. Entonces vayamos de una vez para la galería.

—Después del postre, por favor. —Pone ojitos y me parece estar frente a una niña pequeña.

Claro que comerá su postre, pero no desaprovecharé la oportunidad de provocarla, ahora que el ambiente comienza a relajarse nuevamente.

—¿Qué tal un lácteo? —Acaricio la hebilla de mi cinturón para que capte la indecencia, pero se limita a mandarme a la mierda.

Adoro incordiarla, aunque a veces tengo la sensación de que el mortificado sigo siendo yo.

Capítulo 30

Natalia

Tengo la cabeza hecha un lío con tanta información de temas que domino tan poco. El éxito desde los ojos de quien no lo posee, resulta sencillamente más divertido. Ahora mismo no sé qué voy a hacer exactamente, pero una parte de mí se muere por trabajar con él, saber que tendré siempre una excusa para verle me hace sentir segura, y ese sentimiento es justo lo que me aterra. No tengo ni idea de por qué estoy mezclándolo todo, necesito tiempo para pensar con claridad.

Aparca frente a la galería y al salir del coche, una agitación muy rara me perturba; no sé, es como si volviésemos a ser dos extraños. Temo que nuestro momento de pasión, caricias y peli, haya terminado; aunque lo que realmente me preocupa es que eso no me importe una mierda. «¿Qué pasa, Natalia?». Debo recuperar mi yo independiente de esos ojos negros, y necesito que sea ya.

Brenda prácticamente corre hacia nosotros al vernos traspasar el vestíbulo.

—Vosotros, definitivamente, queréis acabar conmigo. ¿Se puede saber dónde habéis estado desde la exposición?

—Tranquila... respira, no han pasado ni cuarenta y ocho horas.

Él le habla con mucha ligereza y yo temo por la salud de esta mujer que está a punto de infartar. La pobre no deja de hiperventilar.

—Me habéis dejado colgada, día y medio para ser exactos, sin contar la propia noche de la exposición. ¿Sabéis el trabajo que he tenido? No doy abasto. Ese puñetero teléfono no ha dejado de sonar. Por una parte, no dejan de escribir clientes interesados en próximas exposiciones, algunos apenas se enteran de que las piezas están todas vendidas y siguen haciendo pujas por ellas. Por otro lado, han venido representantes de galerías cercanas ofreciendo enormes sumas por la web, aunque no son los únicos, he recibido llamadas hasta de Nueva York por la misma razón. En serio, ya no sé cómo gestionar el tema.

—Vale, cálmate, yo me ocupo de todo. Las llamadas pásaselas a Laura a la central de Barcelona, enseguida le pongo al tanto. Ella sabe cómo doblar cualquier oferta, negocia mejor que un niño con los sentimientos de un padre. En cuanto a la web, déjale todas las claves de administración a Julio, es mi ingeniero de confianza y sabrá cómo arreglarlo para que aparezcan las piezas en condición de vendidas, así será imposible seguir pujando por ellas. Tampoco estará de más que vaya programando próximas exposiciones para mantener al público objetivo enganchado al sistema. Con los buitres de los alrededores ni pierdas el tiempo, conozco el mercado del arte en la zona y no hay nada que pueda interesarnos.

Estoy inmóvil frente a ellos, incapaz de formular una sola palabra, me limito a admirar su destreza para controlarlo todo, con la frialdad de quien ha hecho esto desde siempre. Quizás no debería pensarme tanto lo de dejar el proyecto en sus manos; si alguien puede hacerlo posible, es este hombre impetuoso a quien además le sobran los recursos para ponerlo en marcha. Lo acabo de decidir, me pongo en sus manos. «Eso ya lo hiciste ayer... ¡Hum!... Y qué manos». Cállate conciencia, necesito tomar decisiones serias.

—Por eso trabajo para ti, eres el desastre más organizado que conozco. Odio cuando desapareces, pero amo cómo me arreglas la vida en segundos.

La pobre ya tiene hasta mejor color y me encanta ver la confianza laboral que se profesan el uno al otro.

—Bueno, si no hay nada más, estaremos en el despacho.

Brenda aprovecha para saludarme, creo que hasta ahora no había reparado en mi silenciosa presencia, algo que no le reprocho dada mi abstinencia a colaborar.

Le sigo camino al despacho para dejar atrás a una Brenda más calmada, sumergida en sus nuevas tareas.

—No quiero que te asustes por las decisiones que acabo de tomar, eres la responsable de tu proyecto, pero quiero ayudarte y hay que establecer medidas urgentes que no pueden esperar a que lo tengas todo más claro. De veras que no pretendo...

Le interrumpo porque me desarma esa mirada sincera con la que quiere convencerme.

—No te preocupes, en realidad ya he tomado una decisión. Quiero que seas tú mi único inversor en este proyecto.

—¿Estás segura?

—Sí, aunque por supuesto quiero que se me informe de cada decisión con respecto a la web, hasta del más mínimo cambio quiero ser notificada.

—Me parece totalmente lógico.

—Además, lo quiero por escrito, donde incluya que tendré un espacio exclusivo para mis obras en la web. No dependeré de ninguna galería para exponer mi trabajo, esa fue la idea que dio origen al proyecto y no quiero dejarla de lado.

—Eres mucho más sensata e inteligente de lo que imaginaba.

También estoy satisfecha de comprobar que sigue por aquí la yo con la cabeza sobre los hombros.

—¿Entonces hay trato?

—Por supuesto que sí. Dame unos segundos y redacto un primer documento con todo lo que pides, quiero que nuestro trato esté en un completo marco legal.

—No espero menos.

Tarda unos minutos en redactar el documento, y mientras la impresora hace su tedioso sonsonete, yo valoro si este es uno de esos «momentos puerta». Suelo creer que en la vida hay determinadas oportunidades que se abren como puertas, en ocasiones tienes la llave que la abre y en otras, por más que desees derribarla, te ves obligado a seguir en busca de la única puerta que se abre con la llave que tienes. Lo interesante es que solo vemos puertas, el camino ya es algo por descubrir. Y yo, en este momento, siento que estoy a punto de abrir la puerta que quiero, y para mi sorpresa, tengo la llave correcta; solo espero que tras ella haya un buen camino a recorrer.

—Estás muy pensativa, cualquiera diría que vas a firmar un pacto con el diablo.

Se levanta del escritorio para tomar las hojas de papel, ya impresas, y las coloca frente a mí.

—Mientras no hayas incluido mi alma en los términos del contrato, todo irá bien.

Leo los puntos más destacados del documento antes de plasmar mi firma.

Una vez he firmado cada folio, se los extiendo con toda la elegancia posible, solo para provocarle.

—Listo, no he encontrado ninguna letra pequeña que incluya rituales satánicos que comprometan mi alma.

—Seguro que a esos rituales te apuntas tú solita.

Lanza el contrato a una esquina del escritorio y se echa sobre mí como el mismísimo Lucifer.

Es reconfortante saber que no soy la única que se muere de deseos por tocarlo, la tensión sexual que nos fustiga es prácticamente dolorosa.

Me levanta de los muslos y quedo sentada en la mesa de escritorio. Desabrocha con pericia dos botones de mi camisa blanca y sin preámbulo alguno, saca un pezón y se deleita con él. Siquiera

me ha dado tiempo a enjuiciar su acoso, estaba algo distraída sintiendo su miembro entre mis piernas y odiándome un poco por no darle una oportunidad a las dichosas faldas. A partir de hoy las tendré más en cuenta en mi vestuario habitual. Aunque... los pantalones no parecen frenarle y cuela su mano en ellos para desbocar mi placer. La sensación es algo molesta y me arqueo instintivamente. Saca la mano e introduce dos dedos en su boca; el gesto hubiese bastado para humedecer cada rincón de mi ser, pero la percepción es ahora sin dudas mucho más gratificante.

—El sexo tiene que ser tan húmedo como el musgo que cubre la piedra. Debo saciar la sed de tu piel.

Quiero grabar sus dulces palabras en mi mente, pero ahora soy solo materia perceptible a través de los sentidos.

—Te gusta que te toque así, ¿verdad?

Qué manía con hablarme al oído mientras revienta mis ejes de cordura.

—Dímelo, quiero que lo digas o dejaré de tocarte, y ninguno de los dos queremos eso, ¿no es cierto?

Su amenaza me avasalla, así que le respondo.

—Tócame, no dejes de tocarme. —Cierra los ojos y aprieta mucho los labios; no tengo dudas de cuánto le ponen mis palabras.

Vale, a esto sabría jugar.

Acaricio su miembro a través del pantalón y continuo provocándole.

—También me gustaría que me follaras, aquí, y ahora. —Sujeta mis muslos con fuerza mientras pronuncio cada palabra.

Está tan trastornado como pretendía y le beso para acallar sus gemidos de placer.

—¡Vaya, ¡vaya! No cambias. Hay que ver lo que te gusta tirarte a las artistas en este despacho; con razón consigues tan buenos contratos.

¡No me jodas! Esto es humillante. Alguien ha entrado y nos ha pillado a punto de hacerlo.

Recoloco el sujetador todo lo deprisa que logran atinar mis nerviosas manos e intento hacer lo mismo con la camisa, cubriendo la zona que deja al desnudo los tres botones que no alcanzo a abrochar aún. ¡Qué vergüenza! Aunque podía haber sido mucho peor, diez minutos nos hubiesen bastado para empezar la función.

Él por su parte ha sido muy cortés, se ha girado hacia la puerta para cubrirme tras su figura.

Me estiro para mirar sobre su hombro; quiero conocer al inoportuno o inoportuna en cuestión.

¡No! ¡No puede ser! Es la zorra pelirroja. ¿Qué coño hace esa aquí? Y sobre todo... ¿qué carajos dice esa lengua viperina?

—Por mí no se corten, estoy aburrida de ver la escena. Niña facilona con aspiraciones de artista, se lanza a la entrepuerta de millonario dueño de una galería en la que aspira a hacerse un hueco.

¡Yo la mato!

Me lanzo sobre ella, pero justo cuando estoy llegando, sus fuertes manos me lo impiden.

—¡Déjame gilipollas! Le voy a enseñar a esta zorra con quién se ha metido. —Pataleo entre sus brazos, pero el muy capullo no me suelta y la víbora aprovecha para seguir burlándose.

—Cada día te las tiras más ordinarias.

—Eso lo dirás por ti, zorra estúpida.

Joder, que me suelte porque no respondo.

—Susan, basta ya. Y tú cálmate, Natalia; mi despacho no es la salida del colegio.

¿Qué? ¿Me está hablando a mí?

—¡Que me sueltes, idiota!, me voy. Tranquilo que no le voy a romper la cara a tu amiguita.

Logro zafarme de su agarre y salgo endemoniada por la puerta.

No puedo creer lo que acaba de pasar, es que encima va y me deja en evidencia delante de esa... esa estúpida que ya me tiene harta.

—Puedo ayudarte, bonita.

—Depende. ¿Vendes armas de destrucción masiva?

Me volteo para descubrir a un macizorro trajeado que no sé de dónde coño ha salido. Seguramente algún cliente de la galería que vaga por esta mierda de muestra en la que he terminado tras recorrer el local de punta a punta intentando calmar mi furia.

—No, lo siento, vendo arte. Pero si te fijas bien en estas obras, quizás puedan valerte; se dice que dos señoras murieron de depresión en la apertura.

Ha sido ingenioso y su sonrisa es cautivadora, así que termina contagiándome.

—Realmente son un asco. —Reconozco echándole un vistazo a la muestra.

—Ahora en serio. ¿Se puede saber por qué una flor tan delicada posee tal instinto asesino?

¿Flor delicada? ¿Yo?

—Digamos que alguien me tocó mucho los pétalos.

—Vale, me has convencido. ¿A quién hay que matar? —Pone una cara graciosísima de agente 007, con licencia para matar.

—Tranquilo agente, ya le aviso cuando requiera de sus servicios, el objetivo no está en la zona. Cuénteme por qué tortura su existencia vagando por esta sala.

—En realidad he venido a ver a una artista en concreto, *Natalia Scott*.

—Ah sí..., ¿la conoces?, porque no me suena de nada.

—No, pero es un fenómeno en la red. Ha enchufado el arte de la exposición al mundo virtual. ¿Imagina conseguir más de quince millones de visitas en menos de cuarenta y ocho horas? ¡Menuda pasada!

Lo dice con tanto entusiasmo que casi me emociono al saberme la autora.

—¿Y qué quieres de ella?

—Lo que todos; la patente del proyecto, o un hueco privilegiado en la plataforma. Eso dependerá de lo que sea capaz de sacarle, así que deséame suerte. Vengo desde la sede del Museo de Arte Contemporáneo de Madrid y ha sido un viaje agotador, espero que valga la pena.

—Pues suerte, soy Natalia Scott.

Le hago una reverencia muy estúpida para satirizar el hecho de que estuviese hablando con la persona en cuestión. El pobre se echa las manos a la cabeza y su gesto se descuadra al instante.

—Ya la he cagado, ¿verdad?

—No, si tenemos en cuenta que has estado dispuesto a matar por mí; como mínimo, debería escuchar tu oferta.

—Tú no estás en posición de escuchar la oferta de nadie, a ver si te enteras de que hoy has firmado un contrato.

Ya ha aparecido el petardo de turno. No sé cómo se atreve a hablarme después de lo de antes.

—Vete a atender a tus clientas de la galería, estás interrumpiendo una conversación privada.

Me volteo dándole la espalda e interponiéndome entre «míster simpatía» y «don fastidioso».

—Estabas escuchando una oferta sobre «nuestra» web, así que me incumbe. —Pone todo el énfasis posible en la palabra *nuestra*, solo para recalcar el trato que hemos firmado.

—Es el objetivo, ¿verdad?

Este chico es una monada, ha recordado mis ansias de venganza. Le miro para afirmar su acertada especulación con una sonrisa.

—¿De qué habla? ¿Y tú quién coño eres?

Mi risa de complicidad ha sido el detonante que ha llevado a mi Nessie a un estado de cólera. Me ha quitado literalmente de en medio para encarar al muchacho que no da ni un paso atrás. Voy a intervenir porque el exceso de testosterona empieza a hacer más denso el poco aire que nos rodea.

Cojo a Nessie del brazo y le obligo a mirarme.

—Tranquilo, señor Logan, esto es una galería, no el patio de un colegio. El señor...

—Leonardo —completa «míster simpatía» ante mi mirada interrogante; le complace serme útil en esta mini guerra.

—El señor Leonardo solo se ofrecía a llevarme a casa, esa era su oferta. Una conversación totalmente privada como te comentaba.

¿Ahora quién tiene la sartén por el mango? ¡A que jode!

Los ojos le fulguran ira e impotencia, pero no tengo piedad de él, se lo tiene totalmente merecido.

—¿Nos vamos Leonardo?

—¡Tú no vas a ninguna parte! Quedan muchas cuestiones de la web por resolver.

—Confío plenamente en mi inversor, él sabrá qué hacer. Cualquier urgencia, tienes cómo contactarme. Por hoy estoy agotada, los últimos días me han parecido eternos, no veo la hora de llegar a casa.

Está desconcertado, yo diría que más que eso, jodido, muy jodido, pero se contiene como puede. Su mirada grita que deje de provocarle, pero me importa una mierda, aún llevo en el cuerpo la humillación de antes con esa zorra pelirroja a la que ha defendido antes que a mí.

—Cuando quieras.

Leonardo lo esquiva con mucha seguridad y como todo un caballero de noble armadura, me ofrece su brazo para salir de allí; gesto que me hace muchísima gracia, pero que acepto de buena gana solo para rematar a mi objetivo.

Nessie se queda boquiabierto, mirándome marchar, inerme.

Mientras me bato en retirada comienzo a arrepentirme un poco de todo. ¿Por qué me cuesta tanto alejarme de él?

Una sensación desagradable recorre otra vez mi cuerpo, me siento como un ave que intenta volar aun sabiéndose sin plumas, como un pez que aletea fuera del agua, como un niño que corre para hacer volar su cometa rota. Esta es la victoria más amarga que he saboreado jamás.

Capítulo 31

Natalia

Estoy saliendo de la galería con un hombre que, al fin y al cabo, no conozco de nada. La sed de venganza me ha llevado muy lejos, debí esperar a que la situación se calmara un poco. Está comprobado que mi raciocinio es nulo cuando el cabreo me ciega.

—Este es mi coche. Puedo llevarte a donde quieras. —Señala una camioneta Range Rover Evoque blanca; toda una maravilla.

Eso sí es *comfort* y no el «caca deportivo» de mi Nessie, aunque siendo sincera, preferiría mil veces estar allí con él.

¡Esto no puede seguir así! Le desterraré de mi cabeza, debo ser consecuente con las decisiones que tomo, y he decidido que pruebe un poco de su propia medicina.

—Esa invitación parece sacada del diario de un asesino en serie.

Se sonroja y sonrío para que vaya pillando mi humor. Es tan formal que no puedo evitar que me haga mucha gracia.

—Yo no..., lo siento... yo solo quería ser amable. Entiendo que no confíes en un extraño al que acabas de conocer, así que...

Su tartamudeo es muy tierno, pero no pienso pasar la tarde frente a la galería.

—Venga, vámonos. Espero que puedas dejarme a unas manzanas de aquí.

—Por supuesto que sí, solo necesitaré que me guíes, esta ciudad aún se me resiste; recién he alquilado el coche. Gracias al *GPS* logré llegar y, aun así, nos ha costado unas calles de más el entendernos.

—Vale, te lo agradeceré. Verás que es muy cerca, podrás regresar por donde has venido sin perderte.

Entramos al coche y la cercanía me compromete a mirarle con lujo de detalles.

Pues... no está nada mal. Diría que es hasta demasiado guapo, no sé si me explico, hay personas que se acercan tanto a los estereotipos de belleza que nos imponen las grandes firmas, sobre todo televisivas, que terminan careciendo de particularidades que les hagan únicas. Amo los bellos defectos que hacen a alguien diferente al resto.

«*Tú lo que amas son esos ojos negros que no arrancas de tu cabeza, y que te impiden valorar al pedazo de hombre que tienes al lado*». No es eso, lo que pasa es que... Bueno, es cierto, simplemente no es él, no es el insoportable troglodita que jamás saco de mis pensamientos.

—¿Sigo recto?

—Ah... ¡sí!, la primera salida a la derecha. Por cierto, lamento la escena de antes.

—No te preocupes, todos los días no salgo por la puerta de una galería con la mejor pieza, aunque la puja estaba algo reñida.

—Ese no pujaría un céntimo por mí, solo quiere lo que todos; un buen trozo de un proyecto que nunca imaginé que tendría tantos adeptos.

No lo digo lo suficientemente convencida, y es que, en el fondo, tengo la esperanza de importarle de verdad.

—Por cómo te miraba, no estoy muy convencido de eso. Pero en lo que a mi interés respecta, ya habéis firmado un contrato, ¿o he escuchado mal?

—Sí, es cierto, justo esta misma tarde hemos sellado nuestro trato. Lo siento de veras, supongo que has hecho un largo viaje en vano.

—Para nada, en realidad soy el hijo del dueño de la galería a la que represento; me ha mandado a por ti, solo para no verme por allí. Es una historia larga y tediosa, no quiero aburrirte con los detalles.

—No me aburres, escucharte es lo menos que puedo hacer. Quizás tengamos más en común de lo que imaginas; también estoy en este fin del mundo gracias a mis padres.

—Mi padre es un viejo obstinado que se ha empeñado en que herede sus cuantiosos negocios familiares, desafortunadamente, todos de arte; pero a mí no me va el mundillo. Soy ingeniero aeronáutico y lo que realmente me apasiona es diseñar aeronaves, pistas de aterrizaje, angulares...

—Sonríe incrédula ante la paradoja de nuestras vidas.

Este chico y yo compartimos el mismo calvario, unos incomprendidos por nuestros padres; sin embargo, yo daría lo que fuera por estar en su lugar.

—¿Crees que podríamos cambiar de familia? A mis padres les encantaría tener un hijo con unos estudios tan serios, un ingeniero aro, aere, aereo... como sea.

—Aeronáutico. Y sí, sería además un honor para mi padre, estaría encantado de contar con tu arte; ya me lo echó en cara antes de enviarme aquí. Casi puedo escucharlo. «Bájate de esa nube, deja de dibujar aviones y céntrate en la galería. ¿Crees que con tus estudios no podrías haber sido tú el creador de esa web?» —imposta una voz de ogro graciosísima para imitar a su padre y yo no puedo dejar de reír imaginando a un señor muy obeso reprendiéndole.

—¡Aquí! ¡Es aquí! Detén el coche, esta es mi casa.

Estaba tan distraída que casi sobrepaso la dirección, suerte que tiene unos reflejos excepcionales y se detiene justo enfrente.

—Bueno, ha sido un honor conocer a *Natalia Scott*, la pionera del arte online.

—No seas exagerado, no me conoces, en realidad soy un desastre total.

—Si hubiésemos llegado a un trato, podría haberlo comprobado.

—Sí, lo siento por tu padre; espero que no se lleve un disgusto.

—Poco me preocupa el viejo; esta vez lo siento por mí, quizás sí me interese un poco el arte después de todo.

Eso ha sido muy directo. El formalito tartamudo ha dejado paso a su gemelo el adonis seguro.

—Bueno, nos vemos. Ha sido un placer conocerte.

Intento despedirme, pero se inclina para sacar un tarjetero muy fino de la guantera.

—Aquí tienes mi tarjeta, todos mis números de contacto están en ella. En serio, puedes llamarme cuando quieras, a cualquier hora. Estaré trabajando en tus armas de destrucción masiva por si decides contactarme.

Vuelvo a reír animada por sus ocurrencias. Este chico me cae realmente bien.

—Eres un tipo algo peculiar, no sabía que aún existían estas cosas. —Me burlo mientras juego con el trozo de cartón que ha puesto entre mis manos—. No sé si te has enterado de la creación de algunas plataformas para dicho propósito: Twitter, Facebook, Instagram, Tumblr, entre otras. Ya la gente no reparte tarjetas de presentación, envían enlaces de contacto.

—Ya, bonita, pero yo no deseo ser tu amigo imaginario. Quiero que me llames cuando realmente quieras contar conmigo. Cuando te apetezca conocerme por lo que soy, y no por la imagen distorsionada que ilustren las mil fotos que veas de mí en redes sociales, donde nos inventamos el mundo en el que nos gustaría vivir, y que, desgraciadamente, la mayoría de las veces no existe.

Se ha enrollado un poco, pero sé que tiene razón.

—Vale, de todas formas, este es el mío. —Escribo mi número por detrás de una de sus propias tarjetas—. También puedes llamarme cuando quieras, sienta bien hablar con otro hijo

incomprendido y repudiado por sus padres.

—Lo haré, no lo dudes. —Baja con las prisas de un bombero, solo para abrir la puerta del coche que corresponde a mi asiento.

Normalmente le hubiese regalado algún comentario feminista de los míos, como: ¿Crees que tengo algún tipo de minusvalía? o... Realmente estoy sorprendida de que la humanidad haya avanzado hasta tal punto, en el que los hombres nos crean incapaces de abrir una puerta, pero aún no hayan entendido la importancia de bajar las dos tapas del váter después de usarlo. Aunque en esta ocasión, me contengo, no digo nada. Este chico es un primor y necesito algo de tregua después de tratar tanto tiempo con mi *Nessie* particular; será mejor reservar mis insurgentes encantos para él.

Salgo al fin, aceptando su atávico gesto y despidiéndome con una simple sonrisa. Ya quiero ver a Tina, a la abuela y hasta a ese charlatán de Elio. Solo he estado fuera poco más de día y medio, y parece que el mundo hubiese mutado. Hay sucesos que te cambian la vida; bueno no, la vida es la misma, todo sigue en su sitio, la única que ha cambiado, soy yo, y eso basta para que crea que la tierra gira en otro sentido.

Capítulo 32

Natalia

—¡Natalia! ¡Que sorpresa! Pensé que estarías un día más en Edimburgo. La señora Isa dijo que regresarías mañana.

Tina me recibe con su distintivo buen humor. Reconozco que la he echado de menos.

—¿Qué tal todo por aquí? ¿Dónde está Isabel? ¿En su rutinario paseo de la tarde?

—Sí, y mi padre le ha acompañado hoy, estamos solas. Tendrás que ponerme al tanto de los últimos acontecimientos, y no vayas a dejarte ni un solo detalle.

Esta chica no cambia, aunque me siento mucho más a gusto ahora que estoy aquí. Nunca había sentido lo que puede definirse como el calor de un hogar, un sitio al que querer regresar, un lugar donde encontrar alguien dispuesto a escucharte, a abrazarte, alguien que te haga sentir importante. Es alentador saber que por muchos caminos que recorras, o lugares que frecuentes, siempre habrá allí un lugar vacío sin ti.

—No hay mucho que contar. Vayamos arriba que necesito reencontrarme con mi bañera.

—¿Qué no hay mucho que contar? ¿Has pasado todo este tiempo con Logan Craig y no hay mucho que contar? Pienso torturarte hasta que lo digas todo.

Sonríó ante la importancia casi frenética con la que se refiere a él, como si fuese un integrante más de su *boyband* favorita.

—Que sí... Sube y hablamos un rato.

—Hecho. Saco el pan del horno y en breve te alcanzo.

Subo las escaleras, pensativa. Necesito saber algo de él. No puedo sacarlo de mi cabeza y empieza a consumirme esta lucha incesante por conseguirlo. De veras quiero odiarle por los sucesos de la galería, pero termino recordando nuestros momentos de pasión, sus acertadas caricias y hasta esa deliciosa manía de hablarme al oído mientras lo hacemos. ¿Por qué coño solo puedo recordar los buenos momentos? Debo aborrecerlo, me urge encontrar algún remedio con el que apaliar esta necesidad de tenerlo.

Entro en la habitación y pongo a llenar la bañera que tantas veces me ha serenado. Si al menos tuviese mi móvil, mis condenadas borracheras son las reinas del extravío. Supongo que estará en el jeep, o eso espero. ¡El jeep! ¡Cierto! Debo recoger mi jeep, pero... ¿a dónde? Se supone que el tal Adam iría a por él al *pub*. «*Que sí, tranquila, tienes una buena excusa para contactar con él*». No... necesito el jeep. «*¿Para ir a?*». Vale, puedo esperarme hasta mañana, pero contactaré con él a primera hora, seguro puedo aguantar sin verle hasta entonces.

—Ya estoy aquí. He tardado un poco porque te estoy preparando un guiso delicioso para la cena.

—¡Hum! Eso suena bien.

—Vale, pero gánate la cena, cuenta de una vez. ¿Qué tal en Edimburgo con Logan?

—Bien, al final la web ha sido todo un éxito. Hoy hemos firmado un contrato para que sea mi inversor. Sus aspiraciones son convertir la plataforma en un producto patentable.

—¡Wow! ¡Eso es genial!

—Sí, la verdad es que he conseguido más de lo que nunca imaginé con esa dichosa exposición.

—¿Quién ha hablado de la exposición? Lo que me parece genial es que vayas a tener excusa para tratar personalmente con él, día sí, y día también. ¡Yo alucino! —Hace sonar sus palmaditas para que vea lo feliz que está por mí.

Siempre olvido lo infantil que es a veces. Aunque... tampoco dejo de pensar en ese aspecto.

—Déjate de tonterías. Si le conocieras mejor, sabrías que es un tío insoportable.

—E increíblemente hermoso —suspira dramáticamente para enfatizar su fascinación.

—Estás pirada, y salida. Eso te pasa por elegir un novio tan casto, así no tranquilizarás jamás esas hormonas.

—No me hables de ese; ya no somos novios.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—¿Recuerdas que te invitamos el sábado a aquel *pub* de moda en el centro?

—Sí.

¿Cómo olvidarlo? De allí me sacó mi Nessie completamente alcoholizada.

—Pues, en efecto, terminamos allí. Todo iba bien, aunque él estaba muy raro...

—A ver cómo te lo digo, Tina; ese chico es raro de por sí.

Le provoqué para quitar hierro a una historia que me huele a tragedia.

—Raro no es precisamente su definición, déjame continuar. El caso es que le dejé con sus colegas para ir a saludar a unas amigas.

—¿Qué amigos tiene ése? ¿Los del monasterio «La braga maldita»?

Lo siento, era tentador burlarme otra vez de su absurdo voto de castidad.

—Espera, deja que te cuente el resto. Al rato de perderle la pista, salgo en su búsqueda por todo el local, y adivina dónde lo encontré.

—Sorpréndeme, ¿orando en una esquina?

—No te has acercado ni un poco. El muy cochino estaba tirándose a otra en el lavabo.

—¿Qué? ¿Con esa cara de imbécil? ¡Menudo cerdo!

—Pues sí, fue horrible. Salí de allí a toda prisa, ni siquiera esperé por ti. Lo siento, no tenía cabeza para nada y odiaba verle después de la escena grotesca que me regaló. Igualmente imaginé que con el éxito de la exposición, saldrías tardísimo de la galería.

—Sí, sí, ni te preocupes por eso, fue una noche muy larga. Pero... ¿estás bien? Supongo que no esperabas que algo así te pasara con el «señorito castidad». Ya veo por donde se pasó ese su promesa de no follar.

Sinceramente me jode que el monaguillo al final fuera un gilipollas, y no sé qué decirle; soy la peor encontrando frases de consuelo para estos casos.

Me debato entre la típica e inconsistente afirmación que declara: «Todos los hombres son iguales» o la tierna y fantasiosa que nos consuela con un: «Para encontrar a tu príncipe azul, debes besar antes a muchos sapos». Ninguna de las dos me convence, así que el silencio se prolonga más de lo que pretendía.

Gracias a Dios, esta chica es un ejemplo para cualquiera y me responde con la alegría y entereza que la caracteriza.

—Tranquila, estoy bien. Tengo un imán atrae idiotas, no es el primero que agrego a mi lista; al menos he cazado a otro. Uno de estos días hago pública la lista y salvo a la humanidad de tanto idiota en el anonimato. Seré una heroína, el populacho agradecerá mi gran labor. Ya imagino hasta el traje de *super-woman* que usaré.

Me encanta lo positiva que es. A veces muy infantil y otras la más madura.

—Ya te veo y, además, me sumo a esa liga ante imbéciles. Tú con tu *super-imán* caza capullos y yo con mi... vale, tendré que pensar en un nombre para mi *super-poder*.

—A ti te vale con mirarlos para petrificarlos; dudo que alguno se atreva contigo.

Reímos con ganas inventándonos poderes, diseñando trajes de heroínas modernas y soñando con protagonizar cómics de acción feminista. Tan bien la estamos pasando, que el tiempo se nos

echa encima y tengo la piel más arrugada que una uva pasa.

—Tina, voy a salir de esta bañera o terminaré destiñéndome.

—Sí, yo también debo marcharme. Quiero terminar la cena antes de que lleguen mi padre y la señora Isa. Nos vemos abajo.

—Vale.

Se marcha y me deja a solas con unos pensamientos que comienzan a invadirme... otra vez.

Sí, mejor me visto y bajo a ver a la abuela, así no le pensaré tanto. Además, echo de menos a esa vieja, aunque debo tener claro qué decirle. De seguro me somete a alguna que otra pregunta con respecto a mi ausencia. No es muy fácil engañar a una mujer que parece mirarte el alma.

Cojo fuerza y bajo las escaleras para encontrármela leyendo en el recibidor.

—¡Natalia! ¡Qué alegría verte!

Bien, genial, maravilloso, está de buen humor.

—¿Qué tal, Isabel?

Nunca tengo claro que decirle exactamente; ella es la única persona capaz de acallar hasta mis pensamientos.

—Bien, cariño. Ha sido maravilloso lo que has hecho con la exposición, estoy muy orgullosa. Ven, siéntate.

Esto es muy raro, pero estoy feliz por sus halagos.

—Gracias Isabel, sin tu ayuda no podría haberlo hecho.

—De eso nada, trabajaste muy duro y se vio reflejado en tus metas. Pero bueno, cuéntame. ¿Qué tipo de contrato firmaste con la galería Craig? ¿Conseguiste un buen trato?

La pongo al tanto del éxito que ha tenido la web y todo lo que podría conseguir con ella. Me ha costado horrores que entendiera la parte de Internet, pero con el modelo de negocio que quiere implantar Logan, va sobrada. Diría que lo entiende mejor que yo, se nota que en ese tema se mueve como pez en el agua.

—Natalia, ¡eso es genial! ¿Entonces me estás diciendo que se ha ofrecido a ser tu único inversor en un proyecto de riesgo, en el que te llevas un treinta por ciento desde el principio sin que él haya recuperado nada de su inversión?

—Sí. Sé que quizás debí ser más fuerte al acordar los términos del contrato, pero él se encarga de todo, y yo quiero seguir centrada en mis obras.

—¿Tienes idea de lo que estás diciendo, Natalia?

Me siento algo estúpida y avergonzada de que piense que he hecho un mal trato.

—Es que...

—Cariño, ese hombre tiene que estar enamorado hasta las trancas. ¿Sabes cuánto te hubiese ofrecido yo por tu oportunidad de negocio que no deja de ser una gran inversión de riesgo? No te hubiese dado ni el diez por ciento hasta la recuperación de la inversión. —Sonríe ante mi ignorancia, con esa ironía de quien se sabe dueña de un secreto más que evidente.

Me parece increíble lo que acaba de decir. Yo creyendo que mi Nessie quería estafarme y resulta que ha sido extremadamente generoso conmigo. Ni siquiera he sabido apreciar su gesto, soy una estúpida. En cierto modo el mundo de los negocios me queda algo grande, fui una insensata al negociar con él sin saber de qué hablaba. No hay acción más sabia que reconocerse necio.

—Bueno, salvando tu triunfo ¿Qué tal os va?

¿Qué? ¿De qué habla? Ya me ha sorprendido bastante su comentario insinuando que Nessie está enamorado de mí, como para responder a esa pregunta.

—¿A nosotros? Bien, una relación plenamente laboral. Firmamos en Edimburgo ayer y

regresamos antes, para agilizar algunos papeles que podíamos firmar desde aquí.

Se acerca poco a poco y levanta mi rostro con el extremo de su aterrador bastón. El gesto basta para regresar el tiempo atrás; ahora mismo debo tener unos diez años, y sufro por la repercusión de mis inocentes mentirijillas.

—Natalia, eres una mujer adulta plenamente capaz de tomar tus propias decisiones. Solo quiero que te cuides; el amor no es más que un pretexto romántico para idealizarlo todo, no tiene que mover montañas, ni superarte. No será claro como el agua, más bien es una sensación turbia que te confundirá por momentos. El amor es solo una palabra en el silencio, en un idioma que prácticamente hemos olvidamos. Todos tenemos una traducción ajustada a nuestras propias necesidades de ser amado; no amamos a la otra persona por sus carencias de amor, la amamos como querríamos ser amados. No olvides algo muy importante; hasta el cielo y la tierra tienen un punto en el horizonte donde son uno, todos lo vemos, pero todos encontramos una razón lógica para creer que no está pasando en realidad.

¿Qué? Por qué tengo la sensación de que esta señora siempre escucha lo que callo. Mentirle es como intentar pintarte las pestañas sin abrir la boca, como lavarte el pelo sin romperte una uña, como no hacer *spoiler* tras un estreno. En fin, su radar es infalible. Aunque la charla del amor ha estado de más, ese insoportable y yo lo más que hemos compartido es el deseo animal de poseer nuestros cuerpos.

Me piro, antes de que vuelva a entrar en trance y retome su charla sensiblera.

—Vale, voy a ver a Tina. Ha dicho que haría un guiso estupendo y muero de hambre.

—Está bien, Natalia. Espero que te haya gustado la magnífica estatua de Juana de Arco que adorna la entrada de Edimburgo.

—Sí, sí, muy bonita.

Me marchó a la cocina para terminar de una vez la conversación, no quiero que siga interrogándome o recordándome a Nessie.

Tina está liada con las cazuelas, pero la incordio robándole pan como siempre.

—Un día de estos te vas a quemar por andar metiendo las manos en el horno.

—Ya está la señora «angustias». Tengo hambre. ¿Dónde está ese guiso?

—Dos minutos y pongo la mesa. ¿Ya hablaste con la señora Isa? Tenía muchas ganas de verte.

Suspiro con pereza al recordar su charla, pero en el fondo me ha gustado verla, también la echaba de menos.

—Sí, ya me estuvo dando la chapa.

—La señora es muy sabia, yo adoro escucharla, siempre logro aprender algo de ella.

—Pues, toda tuya. Por cierto, ¿qué te parece la estatua de Juana de Arco a la entrada de Edimburgo?

Necesito más datos de esa cosa por si vuelve a preguntar, no quiero que me pille desinformada.

—¿Qué estatua? No me suena de nada.

No... ¡Joder con la bruja! Seguro ya me ha pillado.

—¿Tienes tu móvil a mano?

—Sí.

—Déjame un momento.

Tecleo en *Google* el nombre de la estatua y como me temía, esta vieja ya me la ha vuelto a jugar. La pieza se encuentra en París y yo he quedado como una perfecta mentirosa. Me juego todo a que siempre ha sabido que no estuvimos en Edimburgo. ¿Habría algo que se le escape al demonio?

—¿Pasa algo?

—Nada, toma tu móvil. Solo buscaba sinónimos de la palabra idiota para cuando escriba mi autobiografía.

Capítulo 33

Natalia

Normalmente soy la persona más perezosa del mundo si de levantarse de la cama se trata, salvo que como hoy, tenga un motivo claro que me impida conciliar el sueño, y ese motivo no es otro que mi gigante de ojos negros.

Pienso aparecer por su casa con la excusa de recuperar mi jeep, me importa una mierda que terminemos discutiendo, necesito verlo. No he dejado de pensar en él un solo segundo, sobre todo después de descubrir lo generoso que ha sido conmigo con respecto al contrato. Quizás saqué un poco las cosas de quicio en presencia de esa zorra pelirroja, al fin y al cabo, él solo evitaba que le partiese la cara a una estúpida que no sé por qué coño protege. ¡Uf! Pienso en ello y vuelvo a cabrearme con él. Aunque comparado con lo que vivió la pobre Tina con el «monaguillo capullo», nuestro incidente es una tontería. A veces basta con mirar las cosas desde otra perspectiva y el mundo pasa, de blanco y negro, a color, en cuestión de segundos.

—¿Qué haces ya en pie? ¿Tienes que ir a la galería hoy?

Tina siempre está en la dichosa cocina, no importa la hora.

—No. Voy a por mi jeep, lo dejé en casa de Logan. Me da mucha pereza ir hasta allí, pero lo necesito.

Me hago la remolona para que no intuya mi desesperación por verle.

—Ah, pues estás de suerte. No tendrás que ir a por él, lo han traído esta mañana.

—¿Qué? ¿Quién?

—Lo trajo Adam, el señor que trabaja para él.

Mierda, acabo de levantarme y ya me ha fastidiado el día. Se ha cargado mi coartada en cuestión de segundos. Ni siquiera tuvo la decencia de traerlo él. Yo aquí muriendo de ganas por verle y él ni se molesta en intentarlo.

¡Al carajo! Yo también puedo vivir sin él.

—¿Dónde están las llaves?

—Están sobre la mesa del recibidor. ¿Pasa algo? Se te ha quedado mala cara.

—Nada, cosas mías.

—Entonces... ¿Hoy no tienes nada que hacer?

—¿Qué quieres? Ya voy conociéndote y esos ojitos van a pedirme algo.

—Es que desde lo del idiota de Arthur, no he salido de casa, necesito que me dé el aire. ¿Qué te parece si nos vamos de compras?

Normalmente le diría que ni de coña, pero a mí también me vendría bien distraer la cabeza, además de que ella me da muchísima pena; por mucha fuerza que quiera aparentar, estará destrozada.

—¿Cuándo salimos?

—¿En serio? ¿Sin quejas ni sarcasmo?

—No me tientes.

—No, no, no... no he dicho nada. Por mí, cuando quieras, ya tengo la comida lista. Recojo esto, y me visto.

—Perfecto, reviso el jeep y salimos. No tardes demasiado.

—Mi adorado jeep, lamento haberte dejado tirado en ese antro. Veamos cómo vas de agua y aceite. —Me gusta revisarlo con frecuencia, adoro cuidar de mi joya.

—Vale, todo en orden, estás listo para quemar gomas.

Me siento a esperar a Tina en el asiento del conductor y la luz intermitente de mi móvil me recuerda el sitio exacto donde lo dejé la última vez; en el salpicadero del copiloto. Ya sé el porqué de tanto parpadeo, tengo un mensaje de mi monstruo. ¡Bien! ¡Nessie me ha escrito!

Nessie

Mira niñata, te dije una vez cuando nos conocimos, que tuvieses cuidado conmigo.

Espero que no hagas ningún tipo de trato con ese idiota «carita de modelo» por el que decidiste plantarme en la galería.

Tenemos un trato, y si quieres cancelarlo, ven y dímelo a la cara. Sin problemas lo hacemos añicos; estoy harto de correr detrás de tus arranques de niña pequeña.

¿Qué le pasa al imbécil este? A alguien le sentó muy mal su propia medicina. Está demasiado acostumbrado a tener el mundo a sus pies. ¿Qué pasa? No le gusta la competencia, pues tendrá que acostumbrarse a mirar hacia arriba si quiere verme, yo no estoy a la altura de sus zapatos.

Le contestaré, porque a pesar de que el mensaje es de ayer, parece que el tema de la web le preocupaba bastante.

Gracias por enviar mi jeep a casa, así me ahorras el tener que ir a por él. Veo que tienes algunas dudas sobre el contrato.

Tranquilo, en ningún momento he tenido intenciones de hacer tratos con nadie más, soy una mujer adulta, he tomado una decisión y actuaré en consecuencia.

Con respecto a mi amigo guapo, no recuerdo firmar ninguna cláusula del contrato donde se especificara con quién puedo, o no, relacionarme; por tanto, no mezcles las cosas.

Ya me dirás cuándo tengo que reunirme con tu personal para ultimar detalles de la web.

Si nos organizamos bien, no creo que tengamos que coincidir demasiado, así evitamos que tu novia la pelirroja se sienta ofendida.

Lo envío satisfecha, aunque por dentro tengo un revuelo de nervios danzando en mi estómago. Todo lo que tiene que ver con él, afecta a cada rincón de mi ser.

Tina se acerca y meto el móvil en el bolsillo trasero de mi pantalón, mientras pongo en marcha el motor.

Si en algún momento tuve la esperanza de que este paseo le sacaría de mi cabeza, acaba de escabullirse por la red de enlaces y nodos que unen mi teléfono, con el irritante terminal de destino al que he enviado mi último mensaje.

****Logan****

Ya lo sé, estúpida conciencia. Claro que muerdo por verla, aunque solo sea para darle un par de nalgadas por malcriada.

No, aún no ha contestado al mensaje que le envié ayer, ni siquiera lo ha visto. Estar tan pendiente del móvil va a volverme loco, debo moderar mi ansiedad o terminaré corriendo a buscarla, y de ninguna manera cederé a esos impulsos. Solo de pensar que salió del brazo de ese imbécil modelito y me entran ganas de... vamos, que enloquezco. Nunca había sentido esto antes, con ella todo se eleva a un nivel enfermizo. Los celos son sentimientos posesivos que nunca he profesado, ni aceptado. Creo que los sentimientos son lo único en este mundo que nadie puede poseer, cada cual es libre de sentir a su manera particular a aquel o aquello que le plazca. Te pueden obligar a hacer, a ser, pero nunca a sentir. Únicamente somos libres a través de nuestros sentimientos, y nunca de nuestras posesiones. Lo primero te da la libertad, lo segundo, te esclaviza. Por ello es que me urge arrancar esta enfermedad que corroe el alma de quien la padece

y agrade a aquel a quien la otorgas.

—Señor Logan. ¿Dónde aparco el jeep de la señorita?

¡El jeep! Eso es, su móvil está en el jeep. Ya me había comentado que andaba sin móvil por tenerlo allí, ¿cómo no lo recordé? No me ha respondido porque ni siquiera lo ha visto, eso mejora bastante mi interpretación de su silenciosa ausencia.

¿Y ahora qué hago? No pienso aparecer por su casa, ella salió de la mano de otro por decisión propia, sin pensar en lo vivido entre ambos solo unas horas antes. Y no hablo de lo de Susan, esa fue una situación bastante desagradable, Dios sabe que aguanto a esa mujer porque ha estado para mí cuando nadie más lo ha hecho. Aunque ya me he hartado de sus tonterías y espero que le hayan quedado claritas mis duras palabras de ayer; esta vez se pasó de la raya faltándole al respeto a mi fiera. También es cierto que Natalia debería controlar un poco su temperamento, si no me hubiese interpuesto entre su endemoniado carácter y la enclenque de Susan, esa la mata.

—Señor, el jeep.

—Sí, sí. Disculpa Adam, ¿podrías dejarlo en esta dirección?, es la residencia de la señorita Natalia.

—Por supuesto señor, enseguida.

Espero que así pueda ver el móvil y responda a mi mensaje, o al menos dé señales de vida.

Me ducho planeando un día que se intuye largo sin noticias de la mujer más terca del mundo. Vale, hoy no lograré hacer nada de provecho hasta saber de ella.

Cuando mis esperanzas empiezan a fugarse por el sumidero, siento la vibración del móvil contra las baldosas del lavabo donde le he dejado. ¿Será ella?

Salgo empapado y sin llegar a enjuagar todo el jabón que cubría mi cuerpo. No puedo esperar un segundo más para comprobar si es, o no es ella.

Efectivamente, tengo un mensaje de esa fiera testaruda. *A priori* parece un mensaje muy formal, aunque, en realidad me pone a parir. Lo único a mi favor es que se ha tomado nuestro trato en serio, al menos con respecto a la web. De nosotros ni ha hablado, bueno, algo, pero me he centrado en el adjetivo que ha usado para referirse a ese idiota. Le ha llamado «guapo», ¿en serio?, ¿en mi cara? Me dan ganas de encontrar a ese capullo para romperle su carita de perfecto gilipollas.

«Tranquilo, Logan. ¿En que hemos quedado?». Vale, los celos no son buenos consejeros. Aunque... me alegra confirmar que no soy el único afectado con ese mal. En su mensaje ha quedado claro que está igual de jodida con respecto a Susan y ese dato alivia un poco mi agonía.

¡Es tan ella! Sonríe al releer la parte en la que especula sobre mi noviazgo con Susan. Sabe perfectamente que no es así, pero quiere que sepa que está molesta por defenderla de sus garras. ¿Tendremos algún momento de paz?, empiezo a necesitarlo. Con ella todo es extremadamente intenso, prácticamente agotador.

Quiero responderle, pero no lo haré, necesito despejar mi cabeza antes de hacerlo, o nos dejaremos llevar por los impulsos y será imposible entendernos. Al menos ya sé de ella, me centraré en el trabajo y más tarde, con las ideas claras, le escribiré.

Tres de la tarde, me vendrá bien un descanso para almorzar. Esa sede francesa jamás dejará de dar problemas, algún día terminaré deshaciéndome de ella. Lo único positivo que he sacado de su ineficiencia es la distracción que ha supuesto para mí en una mañana tan llena de ella.

Vale, ya es hora de escribirle y solucionar lo sucedido, aunque antes comeré algo; es tarde y tengo bastante hambre.

Entro al coche decidido a ir a un buen restaurante donde saciar mi apetito, pero reviso el móvil, y para mi sorpresa, está lleno de notificaciones. No puede ser, dos llamadas perdidas de Natalia y

algunos mensajes al *WhatsApp*, esto es muy extraño, tiene que haber pasado algo. Mi garganta se retuerce en un nudo que emerge desde el estómago y una sensación desagradable me sofoca.

Echo un vistazo rápido para esclarecer el motivo de su insistencia y la respuesta no ayuda mucho. En el *WhatsApp* me ha dejado la ubicación de un restaurante cercano y unas escuetas, pero preocupantes palabras.

Natalia

Ven rápido, ayúdame.

Demasiado inquietante. Conduzco con el móvil aún en las manos. Le marco insistentemente, pero no lo coge. Estoy desesperando y el acelerador comienza a sentir los estragos de mis nervios. El condenado sitio está muy cerca de donde estoy, pero el tiempo no corre, el coche no avanza o mi cerebro sencillamente no consigue seguirle el ritmo a mi presto corazón. Si algo malo le pasa... no, no puedo ni pensarlo.

Piso aún más el acelerador y rezo para llegar a tiempo a lo que sea que me espera.

Capítulo 34

****Logan****

Al fin estoy frente al restaurante. Bajo del coche a velocidad policial porque escucho gritos y voces acaloradas que no menguan mis miedos. Mis pies iban de prisa, pero les ordeno correr en cuanto veo a Natalia en medio de un grupo de chicos no muy amistosos. Uno de ellos se está acercando demasiado a ella y espero que se aparte, pero no lo hace, apenas me da tiempo a llegar para ver cómo la abofetea sin piedad. A ella, a mi niña.

Vuelvo en sí gracias a sus gritos; mi ángel me está haciendo volver poco a poco de la oscuridad.

—¡Tenemos que irnos de aquí! ¿Qué has hecho? Te has pasado, si no llegas a recuperar la cordura le matas.

Tengo las manos ensangrentadas y el chico que yace en el suelo no tiene muy buena pinta.

—Vámonos, Logan, por favor.

Sus palabras angustiadas me devuelven de a poco al estado de cordura y me dejo arrastrar por sus manos, que intentan sacarme del charco de sangre que ha quedado bajo mis pies.

La tal Tina no deja de llorar y quiero avanzar con ellas, pero cada vez que miro la cara amoratada de Natalia, me dan ganas de volver a reventar a ese imbécil que se atrevió a tocarla.

Que agradezca que el único amiguito que ha decidido socorrerle le ha llevado lejos de mí, porque aún no respondo.

—Busquemos el jeep, está a dos calles más abajo.

—Vamos en mi coche, Natalia, está aquí mismo.

—¿Crees que estás en condiciones de conducir? —Señala mis manos teñidas de rojo como si la mayoría de carne suelta fuese mía.

—Estoy bien.

Le tranquilizo lo más calmado que logro pronunciar, porque sé que le preocupa tanto mi estado de cordura como mis escasas heridas.

Asiente no demasiado convencida, pero ninguno está exento de nervios y la urgencia por abandonar el lugar es imperiosa.

Ya en el coche y con el viento aclarándome las ideas, les interrogo para esclarecer unos acontecimientos que en mi conciencia aún no tienen ni pies ni cabeza.

—¿Se puede saber qué ha pasado? ¿De dónde han salido esos gilipollas? ¿Los conocéis?

—Siento haberte molestado, Logan. No sabía a quién llamar y...

Detengo el coche porque esta niña no tiene idea de nada y necesito que se entere de una vez. Me volteo para encararla, sin importarme un carajo que la otra chica continúe en el asiento trasero.

—¿En serio estás cuestionándote el haberme llamado? Necesito que se te meta en esa cabeza de niña malcriada lo mucho que me importas, así que escúchame bien. Todo mi mundo se ha desvanecido solo de pensar que algo malo pudiese pasarte y casi enloquezco cuando vi cómo el petardo ese te ponía la mano encima. Te siento mía, sé que suena horrible y que es un misil directo a tu armadura feminista. Sé que el amor en sí es una utopía, una definición tantas veces reescrita que, al menos yo, encuentro totalmente ilegible. Tampoco creo en las medias mitades, te deseo justo porque te hallo completa. Se me da fatal poner nombre a los sentimientos, pero si de algo estoy seguro, es de que ahora, en este justo instante, no sé mañana, ni dentro de dos días, ni dentro de seis años, ni media eternidad, ahora, justo ahora, yo soy porque tú existes.

Me he dejado llevar y lo he dicho con tanta energía, que no sé si la lágrima que baja por su mejilla tiene algo que ver con mi discurso, o sigue conmocionada por el incidente de antes. Estamos acompañados y estoy seguro de que no era el mejor momento para esta declaración, pero uno no escoge el momento para estas cosas, el momento lo escoge a uno.

—Bueno, ahora que ha quedado claro. ¿Alguien me puede decir quiénes eran los delincuentes juveniles?

Vuelvo a echar a andar el motor y retomo un tema alejado de mi notificación oficial de sentimientos.

—¡Todo ha sido culpa mía!

—¡Eh! De eso nada, Tina.

—Es cierto, uno de los chicos era mi exnovio, y los otros tres recién descubro que pertenecen a su banda. Ni siquiera sabía que tenía una especie de pandilla de maleantes. ¡Soy una estúpida! Todo esto es mi culpa.

La chica está desconsolada, y se esfuerza para explicarme a expensas de que Natalia niega ante su inculpación.

—Tina, nada de esto ha sido culpa tuya. Ese imbécil y su grupito de gilipollas comenzaron a molestarla cuando salíamos del restaurante. El muy capullo la había dejado plantada en una discoteca el pasado sábado cuando lo pilló tirándose a otra, y ahora pretendía meterle mano creyéndose con derecho sobre ella. Encima esos imbéciles tienen montado un numerito con las chicas. Buscan vírgenes e inocentes, para hacerles creer que tienen una promesa de castidad y luego abusan de ellas entre todos. Casi vomito al escucharlos hacer alarde de ello mientras nos acorralaban. Por suerte Tina escapó de esa horrible situación antes de ser su víctima, algo que no pensaban pasar por alto. ¡En serio, no puedo creer que existan hombres que disfruten con el sufrimiento de una mujer!

—A esos no se les puedes llamar hombres, y tranquila, que de mi mano estará su justicia. Esos tienen que pagar por lo que han hecho, y lo harán.

Que uno de ellos hubiese golpeado a Natalia bastaba para que quisiera acabar con ellos, pero escuchar lo que hacen a otras chicas, es repugnante y mi sed de venganza empieza a ver un oasis en el desquite.

—Aun así, no debías haberlos encarado, Natalia. Mira lo que te han hecho por mí.

En eso estoy de acuerdo con la muchacha, aunque imagino a mi fierecilla ante unos actos tan repulsivos; ella que es puro fuego justiciero.

—Deja de culparte. Además, podría haberle partido la cara sin problemas, lo que pasa es que el muy cobarde traía guardaespaldas. Por eso te llamé, Logan. Llegó un momento en el que pensé que corríamos peligro... y... no sé... Igualmente llevabas todo el día en mi cabeza, así que fuiste la primera persona a la que decidí llamar.

¿Qué? ¿He escuchado bien? ¿Ha dicho que me ha pensado todo el día? Sé que no es lo único que ha dicho, pero tratándose de ella, eso es una declaración en toda regla, y después de abrirle mi corazón, ya venía necesitándola.

—Hiciste bien en avisarme, Natalia. Ahora mismo vamos a comisaría para que denuncien a esos cretinos; no pueden ir por ahí haciendo el idiota, e irse de rositas.

—Pero... Logan, tú también te meterás en un lío. Le has destrozado la cara. Ibas ciego, ni sus amiguitos fueron capaces de intervenir para arrancarlo de tus manos. Parecías el mismísimo demonio, hasta yo he sentido un poco de miedo al verte así.

Lo último lo acentúa en un susurro, casi para sí misma que para increparme.

Me duele que presenciara mi bestialidad, pero soy incapaz de controlar unos instintos que

anulan mis escrúpulos; ver cómo le agredían ha sido un detonante demasiado poderoso.

—No te preocupes por mí, estaré bien, te lo prometo. No creo que la policía responda demasiado por ellos una vez que sepan lo que hacen a las chicas, o lo que han estado a punto de hacer con vosotras si no hubiese intervenido. Debo asegurarme de que no volverán a molestar a nadie más, y menos a vosotras.

—Vale, yo también creo que no pueden salir airosos de sus fechorías, aunque con la zurra que le has pegado, al menos a ese no le quedarán ganas de más.

—A mí me da mucha vergüenza ir a comisaría —protesta la tal Tina afligida.

Esa niña sigue hecha un mar de lágrimas y su agonía me entristece profundamente. Tina y Natalia son dos caras de una misma moneda, las dos hechas de acero, pero el día que la humanidad ponga el azar en el lanzamiento de esa moneda, espero que su destino lo marque alguien como Natalia, valiente y dispuesta a denunciar a aquellos que le agreden, en nombre de todas esas caras volteadas contra el suelo.

—Hacemos una cosa. Vamos a mi casa, nos tranquilizamos un poco, y llamo personalmente al comisario. Es un viejo amigo y estoy seguro de que cederá a tomaros declaración allí.

Natalia extiende la mano para ponerla sobre mi muslo. Me mira fijamente, con dulzura, afable como nunca; está agradecida y su mirada basta para compensarme.

Sé que le preocupa su amiga, la ha sobreprotegido todo el tiempo y su cara es un reflejo de ello. Necesita hielo cuanto antes.

Ya en casa, la paz de verle nuevamente entre estas paredes que llamo mías, me reconforta muchísimo. Lilian enseguida nos aborda para ofrecer bebidas y brindar sus servicios. Tina no logra aún moderar su angustia y tiembla atropellando las palabras como si estuviese todavía a merced del peligro. Natalia...bueno, Natalia tiene unos nervios de hierro, se le ve muy bien a pesar de que se ha llevado la peor parte, a la vista está.

—Vamos, Natalia, pongamos hielo en esa cara o se inflamará más.

Me sigue hasta el cuarto de baño del recibidor, después de que Lilian me facilitara un paño con hielo. Se sienta en el lavabo y aprovecho que la tengo a buena altura para depositar el frío en su cara, asegurándome de no quemar su delicada piel.

—Tú también deberías mirarte eso.

—¿El qué? Ah... esto. No es nada, no te preocupes.

Le inquietan mis ensangrentados nudillos. Si supiese que hubo una época en la que no daba margen a que cicatrizaran las heridas.

—Logan, lo que has dicho antes...

—Chss... No tenemos que hablar de eso ahora, solo quiero que sepas que estoy feliz de que estés aquí.

Me acerco lentamente, quiero asegurarme de que también lo desea. Al parecer no soy el único que la ha echado de menos. Un beso pone remedio a mis dudas y consigue sedar a mis peores miedos. Es asombroso como el simple gesto de juntar nuestros labios tiene el poder de borrar todo aquello que nos ha mantenido distantes.

—¡Auch!

Se queja víctima de la bestialidad de nuestros gestos de pasión.

—Mejor regresamos con Tina, tu rostro necesita estar alejado de mis deseos de estrecharte.

—Solo un beso más. —Pone morritos para provocarme.

—Baja de ahí y no me tientes; si vuelvo a besarte no responderé. Sabes que a nosotros en cuestión de pasión no nos detiene ni la más férrea de las maldiciones.

Sonríe por la referencia, y porque en el fondo sabe que llevo razón, así que ponemos rumbo al

recibidor, donde nos espera una Tina mucho más relajada. Ahora intercambia recetas y anécdotas con Lilian, a la que me asombra ver especialmente afable.

—Yo os abandono unos segundos, voy a hacer esa llamada pendiente. Procura mantener el hielo en tu rostro, regreso enseguida.

Las ocho de la noche y hasta ahora hemos estado respondiendo a las preguntas de una engorrosa declaración. Menos mal que tengo mis contactos en esta ciudad, de lo contrario hubiese sido horrible que por culpa de esos imbéciles, ellas pasaran el día en comisaría. Al menos me quedo más tranquilo sabiendo que esos recibirán su merecido.

Las llevaré a casa de Isabel, estarán agotadas y aunque no quiero que Natalia se marche de mi lado, deben descansar; ha sido un día muy duro.

Cuando me detengo en la puerta de Isabel, Tina baja para esperar a Natalia a dos pasos del coche, gesto muy discreto que permite despedirnos a solas.

—Quiero quedarme contigo. ¿Tú quieres?

¿Qué? Eso no lo esperaba, el cielo se ha abierto para bendecirme con sus palabras. Por supuesto que quiero que regrese a casa conmigo, por Dios, lo deseo.

—Claro. Hablaré con Isabel si es necesario.

—No hace falta, ella confía en mis decisiones. Solo espera a que ponga al tanto a Tina para que le diga a mi abuela que estaré bien y que pasaré la noche fuera, tampoco quiero que se preocupe por mi ausencia.

—Vale, tomate el tiempo que necesites, no me moveré de aquí.

Sale del coche para consolar por última vez a una chica a la que muestra un cariño muy especial. Nunca imaginé que su endiablado carácter tuviese rasgos tan tiernos, aunque hoy he descubierto nuevas y extraordinarias facetas de mi niña; lástima que ella no pueda decir lo mismo de mí. Me apena muchísimo que haya presenciado la violencia con que encaré la injusticia, pero ya no puedo cambiar lo sucedido. Al menos, y a pesar de ello, ha decidido volver a casa conmigo, así que vuelvo a sentirme afortunado de que me elija a pesar de lo que soy.

Entra al coche y con un dulce beso en mi mejilla logra acallar el universo. Conduzco a casa con la convicción de que, ahora, el mundo es un lugar mejor.

Capítulo 35

Natalia

—¿Tu lugar favorito en el mundo?

—¿Eh?

Estamos en el coche camino a su casa y ando algo distraída mirándole. El día ha sido sumamente intenso, y aunque verle hecho una fiera me conmovió bastante, no logro sacar de mi cabeza su declaración. Ha sido tan... tan poco... ¡vamos!, que jamás le imaginé capaz de decir o sentir algo así. Escucharle fue escucharme a mí misma, como si sus sentimientos me permitiesen liberar los míos, sin dudas, sin complejos. He experimentado una felicidad casi infantil. Me siento como *el principito* cuando descubre que su rosa es única, que no se parece a ninguna otra. Por miles y miles de rosas similares que existan en el mundo, la suya... la suya es única. Cualquiera que viese a su flor junto a las otras, pensaría que está ante un ejemplar más, común y corriente. Yo también confundí a este hombre con otros miles de hombres iguales que habitan la tierra, sin embargo, mi Nessie no es uno más, mi Nessie también es único, y no tengo una explicación lógica para eso, así que inconscientemente repito en voz alta la única frase de mi libro favorito con la capacidad de excusar lo que siento.

—«...No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos...»

—¿Qué? ¿En qué piensas? Te he hecho una pregunta, he seguido tu juego de respuesta y verdad.

—¡Ah! Vale.

—¿Qué murmurabas?

—Nada importante, cosas mías. Repite la pregunta.

—He preguntado por tu lugar favorito en el mundo.

—Pues, si te soy sincera, aún no lo sé. No he encontrado ese lugar donde decir: «Este es mi sitio, podría pasar el resto de mi vida aquí».

—Vale. Es un poco triste, pero supongo que aún tienes mucho tiempo para descubrirlo. Te toca.

Pues su pregunta es muy interesante, en cuanto la ha formulado he sentido la misma curiosidad hacia él. A juzgar por su colección privada de arte, supongo que ha viajado muchísimo.

—Me gusta tu pregunta, me repito. ¿Tu lugar favorito en el mundo?

—¡Eh! Eso no se vale, tendría que penalizarte o algo así, se supone que debes ser creativa, no una copiona.

Sonrí y arrugo el rostro para que deje de inventarse las reglas, en ningún momento he dicho que no podían repetirse las preguntas. Bien le gusta castigar y penalizar. De incluirse la condena en este juego, no habría ocasión en la que no me repitiese, solo para ver cómo piensa hacérmelo pagar.

—Responde y déjate de rollos.

—Vale, imitadora. Mi lugar favorito en el mundo es *La puerta al infierno*, situada en Darvaza, Turkmenistán.

—¡A qué te lo estás inventando! Eso no es un lugar, sino un libro de Dante Alighieri.

—Que no, mi niña —sonríe resignándose a mi ignorancia—; «La puerta al infierno» es el nombre perfecto para el cráter ardiente de Darvaza. Esta maravilla de la naturaleza no ocurrió de forma íntegramente natural. Durante unas prospecciones en busca de gas a manos de geólogos soviéticos en la década de los setenta, el suelo se hundió, dejando un agujero en torno a los setenta metros de diámetro y veinte de profundidad. Con el fin de impedir que los gases venenosos se

evaporaran, los científicos tuvieron la brillante idea de prender fuego a esa cueva llena de gas, convencidos de que el incendio se apagaría en cuestión de días. Sin embargo, cuarenta años más tarde, el cráter sigue ardiendo; convirtiéndose en una verdadera puerta al averno. La naturaleza no se puede domar y ese sitio es una prueba de ello. Me encanta contemplar su fuerza desde la orilla del pozo. Estar allí te hace pensar en un poder superior del que no tenemos plena consciencia. Deberías verlo, un día te llevaré.

—No, gracias. Tentador, pero no me hace ilusión estar tan cerca del mismísimo infierno, aún no estoy preparada para volver a casa.

Sonríó porque ahora sé de lo que habla, he hecho una búsqueda del lugar con mi móvil y es impresionante, aterradoramente infernal.

—Vale, me toca preguntar otra vez. ¿Te has ido con el idiota ese de la galería solo para cabrearme?

—¿Y tú? ¿Te has follado a la zorra pelirroja después de salvarla de mí?

Ya estábamos tardando, y que conste que ha empezado él.

—Sabes que no. Soy consciente de que Susan se pasó muchísimo, pero no podía dejar que la atacases sin más. Le habrías dado motivos para emprender una querrela legal contra ti y no podía permitirlo.

—Pero sí permitiste que se mofara en mi cara, como si nada. Es que encima quedó victoriosa la muy perra.

—Déjalo ya, en serio. Si te quedas más tranquila, fui muy duro con ella cuando saliste de allí hecha una fiera. De hecho, le he prohibido pisar la galería sin concertar cita previa.

—A mí como llesves tu relación con esa tipa me la trae al paio. ¡Vamos!, que me importa una mierda. —Pongo morros y me giro hacia la ventanilla porque el temita me saca de quicio.

En medio de mi conteo mental para bajar los humos, siento su mano hacer contacto con mi muslo. ¿Por qué? ¡No! ¿Por qué tiene que tener tanto poder sobre mí? La electricidad que recorre mi cuerpo sería suficiente para alumbrar a medio continente africano.

—Me encanta verte celosita. Tenemos mucho que agradecerle a Susan, de una forma u otra, ha propiciado grandes momentos entre los dos.

Que gracioso el monstruo. Su chistecito más que provocarme, me ha dado ganas de arrancarle la mano de mi pierna. Un gesto tan placentero se ha tornado en un instante en el más irritante de los contactos. Aunque mi enrevesada cabeza encuentra una salida mejor que evitarle.

—Es cierto, en eso tienes razón. —Coloco mi mano sobre la suya y añado ante su cara de sorprendido—. Si no hubiese sido por ella, no habría conocido a un chico tan excepcional como Leonardo. Es tan inteligente, y agradable. Algún día te lo presento mejor, porque en la galería tampoco has estado muy fino con el pobre.

Mis palabras son sal para su herida. Intenta tragar, respirar, pero se sabe perdido en su propio juego.

Aparta mi mano de la suya, la victoria se ha anunciado; he ganado, y mi sonrisa triunfal es su correctivo.

—Sé que solo quieres provocarme, pero ya llegamos y no pienso perder fuerzas explicándote por qué no es bueno que me retes. Tengo mis propios métodos para que entres en razón, y te deseo a rabiar.

Vuelve a poner su mano en mi pierna, esta vez mucho más cerca de donde lato sin control por culpa de sus sugerentes amenazas.

—Eso quiero verlo, soy bastante cabezota.

—Natalia, Natalia... no provoques..., o sí, pero bajemos de este coche que empieza a

quedarme algo pequeño para los escenarios que rondan mi cabeza.

¡Ja!, sabía que el comentario sexual que le hice ayer sobre su coche, repercutiría directamente en su amor por los deportivos.

Entramos y voy subiendo a la habitación mientras él libera a Lilian de sus obligaciones. Estar de nuevo aquí es extrañamente familiar, y me siento muy a gusto recordando lo vivido entre estas paredes.

—¿No te cansas de ver esos dichosos cuadros?

—No, y que sepas que estos cuadros gritan todos tus secretos.

Su rostro se ensombrece y me planteo la posibilidad de que realmente esconda algo, pero no dejo que la paranoia nos rompa el momento, así que continúo.

—Creo que una parte de nosotros está en todo aquello que nos gusta, nos inspira o nos hace feliz.

Mi reflexión relaja su fruncido ceño y viene hacia mí mucho más divertido.

—Qué profunda ha resultado ser mi chica. Según tu juicio, llevarías una parte de mí dentro de ti, porque tú me gustas mucho.

El muy capullo va con segundas y ya me ha atrapado entre sus brazos, abrazando mi espalda desde atrás.

—Pues yo no siento nada.

Me revuelvo para sonsacar sus sucias intenciones haciéndome la inocente.

—Eso podemos solucionarlo ahora mismo.

Ya ha comenzado su plan de tortura susurrando a mi oído, y pegando su siempre dispuesta erección en mi trasero.

El deseo de tenerlo, aquí y ahora, me consume. No sé lo qué pensarán en esta situación las chicas de las pelis o de las más ardientes novelas, pero yo, yo solo pienso en que no me he bañado, estoy hecha un desastre y ni siquiera sé qué tipo de bragas llevo puesta.

—¿Qué tal un baño? Necesito una ducha. Ya luego me enseñas eso de tu mejor parte.

Esta vez soy yo la atrevida y le agarro todo el paquete con una mano.

—¡Hum! Eso suena genial, yo también necesito bañarme. ¿Te duchas conmigo? Lo disfrutarás, es una promesa.

—No es la primera vez que nos bañamos juntos, en el *jacuzzi*, ¿recuerdas?

—Nada que ver, eso era otra cosa. Yo hablo de algo más íntimo; poco espacio, el agua cayendo sobre tu piel, nuestros cuerpos desnudos rozándose irremediabilmente.

Este hombre podría hacer que explote sin tocarme un pelo, solo impregnando mis sentidos con sus sórdidas palabras.

—Vale, duchémonos.

—¿Te busco algo de ropa?

—¡Joder! Si hubiese traído mi jeep, tendría qué ponerme. Tina y yo hemos estado toda la mañana de compras, está lleno de ropa que podría haber usado ahora.

—Tranquila, lo soluciono enseguida. Adam lo traerá. ¿Dónde tienes las llaves?

—¿Ese hombre no descansa nunca? Toma.

Le extiendo las llaves del jeep que sorprendentemente seguían en el bolsillo trasero de mis vaqueros, a pesar del jaleo que he vivido hoy.

—No te preocupes por eso, poco trabajo le doy en este pueblo. Irá encantado, no soporta estar desocupado. Espérame en la ducha, vuelvo enseguida.

Le hago caso y sale de la habitación en busca de ese señor que parece que viviera exclusivamente para servirle.

Entro a la parte del baño donde se encuentra la ducha, con su respectiva cabina de hidromasaje. Jamás había visto salir tantos chorros de una sola columna. Me meto con el recuerdo de un detalle especialmente bonito; el de la ropa y los *All-Star* que compró para mí. Nunca arrancaré de mis pies esas zapatillas, me encantan.

Abro la regadera central para que el agua caiga desde arriba y empape del todo mi cuerpo. Quiero estar medianamente limpia para cuando regrese, así que, con un poco de gel, restriego las zonas más importantes.

En mi afán de desinfección olvido que tengo el rostro inflamado y dolorido, por lo que repaso la zona sin cuidado alguno, lamentando mi falta de previsión con un quejido de dolor.

—¿Y esas quejas? ¿Has decidido empezar sin mí?

—Capullo, he rozado el golpe y he visto un par de estrellas.

—Pues, a por el resto. —Irrumpe en la cabina totalmente desnudo y de inmediato recuerdo por qué le deseo tanto.

Le hago sitio bajo el chorro principal para que humedezca ese pedazo de cuerpo. Ver cómo el agua acaricia sus tatuajes, hace que pasar un poco de frío sea un mal más que justificado.

Mi sacrificio es pobre, enseguida abre otra llave y unos chorros saltan directos hacia mí. Está claro que conoce mejor que yo el sistema, y agradezco volver al abrigo del agua caliente, aunque observarle hubiese bastado para eliminar el carácter gélido de mis próximos veinte inviernos.

¡Vaya sensaciones! La mampara totalmente empañada por unos vapores corporales ingobernables, respiraciones entrecortadas, suspiros que se estancan en una atmósfera especialmente densa... su piel, mi piel y un millón de razones para detener el tiempo.

Capítulo 36

Natalia

Le he pensado el tiempo suficiente como para fantasear con todo lo que le haría. Es cierto que en este mundo de pasión y desenfreno estoy a años luz de su experimentada cabeza, pero a atrevida no me gana nadie; quiero que sepa que también puedo tomar el control.

Cada vez que recuerdo su cara de excitación al verme saborear cada milímetro de su sexo, una cálida corriente me recorre por dentro, y es que su placer reposa en los límites del mío. ¿Tendré una filia de esas raras? O, ¿será lo normal disfrutar a mares haciendo sentir a otro cuerpo? Ya investigaré al respecto, pero en otro momento, ahora no dejaré que se escape.

—¿Puedo bañarte?

Ha sonado más tierno de lo planeado en mi cabeza, aunque no me extraña, el gesto en sí envuelve mucha nobleza. De hecho, me recuerda un ritual cristiano que se suele llevar a cabo en algunas bodas, donde cada uno lava los pies del otro, inspirándose en un pasaje de la Biblia que, si mal no recuerdo, decía algo así: «...Un siervo no es más grande que su amo, ni un mensajero mayor que el que lo envió...». De esto se infiere que lavar al otro es un acto de modestia y humildad extraordinario para sellar una unión basada en estos principios.

Sea como sea, ya he comenzado y lo está disfrutando. Aprovecho que levanta los brazos para ponerme de puntillas y trazar con la esponja un sendero desde la palma de sus manos, hasta las axilas. Luego continúo con su ancha espalda y lo hago de a poco, delicadamente, como si temiese borrar sus excitantes tatuajes.

¡Dios!, sus nalgas son tan... perfectas. ¿No sé por qué las mujeres no reconocemos abiertamente lo que nos atraen unas buenas nalgas en un hombre? La zona ha quedado reservada al erotismo femenino y no me parece justo.

Bueno, salvando este reclamo a la humanidad, le volteo para focalizar mi atención en su pecho; tenerlo de frente hace que todo sea más intenso. Su mirada es clara a pesar de que el deseo le dilata un poco las pupilas y aprovecha que estoy muy cerca para hacerme saber cuánto le agrada lo que estoy haciendo.

—Me gusta, me gusta mucho... me gustas mucho.

No tomo tiempo para responderle, sigo mi labor como si fuese un mandato divino.

Me agacho para lavar sus piernas, y una vez flexionada, levanto la vista para comprobar que su mirada ya no es tan clara, sabía que mi último movimiento instauraría la oscuridad de forma definitiva.

El agua no deja de caer y va borrando las huellas de jabón de una manera especialmente sexual. Ya no puedo más, su pena es mi connatural castigo. Centro toda mi atención en su erección y le lavo como he hecho con el resto de su cuerpo. Una vez que el agua ha cumplido su parte, la introduzco poco a poco en mi boca, humedeciendo la punta con el vaho de mis labios.

Mi excitación aumenta con cada gesto de martirio que esboza su rostro. Ha puesto una mano en la pared de enfrente y se retuerce de deseo a medida que la meto un poco más.

Estoy disfrutando solo con verle, pero este no es el plan que he cavilado para la ocasión, quiero probar algo distinto.

—¿Puedo hacer algo?

—Estoy en tus manos, Natalia. Bueno, y un poco en tu boca. —Sonríe al tiempo que atusa ese negro pelo y suspira a modo de contención.

—Siéntate allí.

Obedece y toma asiento en una especie de banco al fondo de la cabina.

Me acerco y le abro las piernas para colarme en medio, de cuclillas, rodeando su miembro con mis pechos. Un jadeo de placer alienta mis intenciones y continúo, moviéndome de arriba abajo, utilizando mis manos para mantener los pechos en contacto con su piel. Varío el ritmo, así como la presión, juntándolos mucho y aumentando la estrechez cada vez que quiero torturarlo.

Está perdido, condenado, doblegado; no necesito preguntarle si lo estoy haciendo bien, mi seguridad se motiva con sus gestos, y sus gestos son de puro placer. Cierra los ojos en un momento de extrema agitación y aprovecho para corregirle, como suele hacerme él.

—Ábreme esos ojos si quieres que continúe.

Exhala profundamente acomodando mi pelo hacia la espalda, con el propósito de que la tarea le aleje de ese punto de no retorno donde muere por estallar de placer.

De eso nada, no perderé el timón ahora que el barco toma rumbo a puerto clímax. Aumento el ritmo y juego con la lengua justo cuando el prepucio se acerca a la parte superior de mis senos, doblando la cabeza para que la boca llegue a la zona y humedezca el camino.

—Córrete en mis pechos, quiero sentir cuán caliente estás por dentro.

—No me hagas esto, Natalia, aún no.

Su llamada de auxilio ha llegado tarde, me tira del pelo con una mano, y con la otra sujeta su miembro para apuntar todo su placer hacia mis pechos. Es extremadamente sucio, y caliente... y de nuevo sucio; me encanta. Adoro cuando arquea la cabeza hacia atrás para ahogar esos quejidos tan masculinos que le provoca el orgasmo.

Ya ha vuelto en sí e intento ponerme en pie, pero me cuesta horrores, la posición ha punzado mis muslos. Esto del sexo requiere una preparación física para la que no estoy apta; tendré que replantearme mi sedentaria vida.

Sonríó al imaginarme entrenando un par de horas al día para dar placer a este hombre.

—¿Y esa sonrisa? ¿De satisfacción?

—No, pensaba en tonterías.

—Pues deberías estar satisfecha, me has doblegado. Tus tonterías, como les llamas, me tienen al borde de la locura. Ven, que te lavo.

Como si el ritual apenas comenzara, restriega mis pechos para eliminar los vestigios de semen que el agua no logra diluir, y continúa con el resto de mi cuerpo.

Su tarea es dejarme más limpia, pero yo cada vez me siento más sucia, y lo sabe.

Enjuaga el poco jabón que aún resbala por mis piernas y aprovecha la cercanía de sus manos con mi sexo, para introducir dos dedos, sin profundidad, una mera inspección.

—¡Hum! Esto era lo que quería comprobar, lo deseas.

¡Puto sádico!

Me voltea para que le dé la espalda, haciéndome flexionar la cintura y dejándome en pompa ante sus ojos. Espero que no se cebe con mis ganas de sentirlo y alivie en brevedad mis deseos de tenerlo.

Pedir frutos a un cactus, solo a mí se me ocurre. Utiliza las yemas de sus dedos para someter mi voluntad, acariciando el clítoris con su puñetera maña.

—Espera, mejor aún, pon las manos en el banco para apoyarte. Quiero que estés cómoda mientras te beso desde atrás.

¿Qué? Este hombre y sus palabras. ¡Cómo me enciende el condenado! Tenerlo a mis órdenes hace tan solo unos segundos y que ahora se vanaglorie de tener todo el poder, me aterra y excita al mismo tiempo.

No le veo, porque tengo la cabeza hacia la pared, pero advierto su presencia mientras disfruto de la textura de sus labios en mi piel. Se ha agachado y besa, como entre algodones, los pliegues de mis nalgas.

Cierro los ojos a conciencia, porque sé que esta vez no puede verme ni amonestarme por ello. Aunque no necesito mirarle para imaginarlo, guiada por las huellas de los besos que va dejando en mi cuerpo. Unos besos que aún no llegan al asilo de mi entrepierna, donde tanto le deseo.

Se incorpora cuando creo que al fin va a aliviarme y protesto en un jadeo que ignora. Al muy provocador le importa muy poco mi sufrimiento, está dispuesto a atormentarme.

Con un beso asalta mi nuca y se despide como el que va a tomarse unas largas vacaciones.

—El ochenta por ciento del placer se basa en desear algo. Sé que lo deseas, y lo solucionaré, pero cuando lo pidas.

Otra vez con eso.

—Lo deseas tanto como yo, da igual lo que diga.

—Es cierto.

Vuelve a ponerme en posición sin delicadeza alguna, bruscamente. Alguien quiere que sepa quién está al mando ahora; un dato que me importa muy poco, siempre y cuando resuelva mi necesidad.

Abre mucho mis piernas y se vuelve a colar dentro de ellas, esta vez, poniendo alas a mi perdición. Pasa su lengua por mi sexo con mucha lenidad y gime para que sepa lo cachondo que le pone hacerlo.

Estoy disfrutando a mares y lo sabe, por lo que se toma el tiempo necesario para dividir mi existencia en dos, materia y espíritu. Es imposible sentir más, pero él está dispuesto a demostrarme lo contrario y me penetra, agudizando las contracciones de un orgasmo que ya rozaba los límites siderales.

La posición me es familiar y sumamente excitante, aunque se nota que la primera vez contuvo muchísimo el ritmo, ahora se mueve al son de la mejor tribu de indios Micmac, (hi-yi-yi-ya, hi-yi-yi-ya, hi-yi-yi-ya).

—Tócate, verás como vuelves a correrte.

—¿Eh?

—Venga, hazlo, déjame ver cómo te tocas.

Esto es todo un reto porque me da muchísimo corte. Aun así, obedezco para comprobar que el placer no es ni por asomo comparable al de sus caricias.

—Tienes que saberlo, Natalia. Ver cómo te tocas me excita mucho. Espera, voy a ayudarte.

Con la guía de sus manos, cada caricia se torna más y más placentera, entre ambos frotamos mi lámpara de las maravillas y el genio empieza a salir para conceder todos mis deseos. ¡Oh!, sus caderas golpeando contra mi trasero, sus manos dirigiendo las mías... quiero explotar.

Gimo de placer y su cuerpo se contrae para acompañarme mientras ocurre lo inevitable. Está dejándose ir conmigo y aprieta con tanta fuerza mi cintura, que juraría que dejará marca; una marca de la que estar orgullosa una vez termine esta emboscada.

—¡Joder! ¡El condón!

Me giro hacia él a toda prisa ahora que los sentidos vuelven a sus tareas, porque he pasado por alto algo muy importante.

¿Qué? Lo lleva puesto. ¡Qué vergüenza! Estaba tan distraída con los placeres que me propinaba, que ni siquiera reparé en el momento en que lo puso.

—Tranquila, mi niña. Aproveché que estabas conociendo el séptimo cielo para ponerlo —Besa mis labios con ternura y susurra divertido—: Yo te cuido princesa.

Lo cierto es que su proximidad y la confianza de saber que lo ha usado, me genera una paz reconfortante.

Jamás he querido representar el papel de doncella en apuros, pero el agua sigue cayendo, sus brazos me envuelven, y por primera vez en mi vida, decido desabrochar la armadura, acomodar mi maltrecho vestido de princesa y permitir que me salve.

Capítulo 37

*****Logan*****

Le he roto el tabique nasal y está dejando un buen charco de sangre bajo su cabeza, aunque algo de ese líquido rojo espeso también brota por su boca, así que me temo lo peor. Ni siquiera se mueve, ¿habrá perdido el conocimiento o...

Tina se acerca para comprobar su pulso y basta ver su gesto de terror para confirman mis sospechas.

—¿Qué ha hecho, señor Logan? ¡Lo ha matado! ¡Está muerto! —grita aterrorizada.

¡Joder! ¡Lo he matado!

Visualizo una pared de bloques a solo dos pasos, justo lo que necesito para descargar mi ira. Sabía que algún día llegaría este momento, no he logrado salvar al mundo de mí; así como ella no pudo salvarme de él.

Vuelco toda mi frustración en la pared, y no me detengo hasta ver los huesos de mis nudillos totalmente desnudos. El dolor es intenso, desgarrador... demasiado real como para formar parte de un estado de inconsciencia tan palpable, así que despierto para constatar que Natalia está reposando el peso de su cabeza sobre mis maltratadas manos.

La aparto con suavidad, no quiero que mi absurda pesadilla la despierte a ella también. Me pregunto qué hora será. Necesito salir de aquí, no estoy preparado para dormir a su lado; con ella quiero estar siempre muy despierto.

Ese maldito sueño me ha dejado un dolor de cabeza insoportable. Miro el móvil y descubro que son solo las dos de la madrugada. Quizás un poco de aire fresco sea todo lo que necesito para apalea la migraña.

Bajo las escaleras y opto por el jardín trasero. El frío es perfecto para cortar malos pensamientos, empieza por ser solo una sensación desagradable, luego se va metiendo en tus huesos, el cuerpo tiritita sin control y la conciencia te abandona; no logras pensar en nada, solo sientes dolor y el dolor es tu mejor aliado. Si logras controlarlo, eres tu único dueño, asumes que hay cosas que duelen, pero no dejas que te dañen. Cuando llegas a ese punto, tu cabeza funciona de manera muy distinta, te has sobrepuesto al dolor, jamás serás el mismo.

—Señor Logan, ¿necesita algo?

—Tranquilo, Adam, ya iba a entrar.

—Lo siento, es que escuché la puerta y he venido a ver si todo está bien.

—He sido yo, no te preocupes. Vamos dentro.

Sé que no se irá hasta asegurarse de que estoy bien, así que aprovecharé su compañía para informarle sobre un par de cosas que debe hacer por mí.

—Adam, algo importante; necesito que seas muy cauteloso ahora que está la señorita Natalia por aquí. No quiero que te vea demasiado, podría sentirse algo incómoda con tu protección.

—Entiendo, señor.

—Gracias Adam. También requiero de tu ayuda para organizar una salida un tanto especial.

—Por supuesto, estoy a su servicio.

Luego de ultimar con Adam todos los detalles de mi descabellado plan, decido subir a ver si, de alguna forma, recupero el sueño. Estar en una de las habitaciones de huéspedes, pone cierta tranquilidad a mi cabeza y ella ni lo notará; le cuesta horrores dejarse dormir, pero una vez que se entrega a los brazos de Morfeo, no hay Dios que la despierte. Ya me ocuparé gustoso de esa labor

en la mañana.

Abro los ojos sobresaltado, el sol que entra por la ventana es demasiado brillante, debo haber dormido muchísimo. Pego un brinco de la cama al móvil, y rezo para que aún quede tiempo para poner en marcha mi plan.

¡Qué alivio! Son solo las nueve de la mañana, nunca duermo hasta tan tarde y puede que Natalia ya esté en pie, pero estoy aliviado al comprobar que cuento con tiempo más que suficiente.

Entro a mi habitación con sus bolsas de ropa y, en efecto, no está en la cama. Odio haber perdido la oportunidad de despertarla. Toco en la puerta del baño y me responde al otro lado, tras el ruido de la ducha. Aprovecho que el agua amortigua mis pasos, y dejo las bolsas sobre el lavabo. Salgo con la misma cautela, me echo sobre la cama y espero paciente a que termine de acicalarse.

Tarda un poco, pero no me importa, aprovecho entretanto para rumiar mi idea.

¡Hum! ¡¿Qué ven mis ojos?! Interrumpe mis cavilaciones con una presencia más que extraordinaria. Lleva un conjunto muy *chic*; camisa gris de botones y falda coral; nada que ver con su estilo, pero le sienta de maravilla. ¿A dónde va tan elegante?

—¡Wow!

—Ni una sola palabra o te lo haré pagar.

—Suena interesante.

Tiene un leve rubor en las mejillas y me encanta esa mezcla de pura inocencia y demonio enjaulado con la que logra hechizarme.

—Pensé que te habrías ido a la galería y me preparaba para volver a casa. Es hora de trabajar en nuevas obras, sin mencionar que quiero echarle un vistazo a la web. He pensado que hay aspectos mejorables que podríamos discutir.

—Perfecto, pero hoy no vamos a hacer nada de eso ¿Qué te parece pasar el día juntos?

—Vale, bien. Supongo, ¿qué tienes pensado?

—Es una sorpresa. ¿Confías en mí?

—Joder, pareces Aladino, te falta la alfombra y el mono.

Está riéndose a carcajadas y la muy insoportable reproduce el gesto cinematográfico donde Aladino le tiende la mano a Jazmín y le pregunta lo que yo hace solo un segundo: «¿Confías en mí?».

—Deja de burlarte, que a la pobre princesa Jazmín no le haría ninguna gracia ser comparada con una maleducada bestiecilla madrileña.

Ni caso, continúa riendo sin control y me veo obligado a tirarla sobre la cama; inmovilizándola bajo mi cuerpo.

—Déjalo ya, o no tendré otra opción que amordazarte, meterte en mi coche y llevarte a donde me plazca.

Protesta haciéndose la víctima, pero su sonrisa ha cambiado de propósito, ya no intenta molestarme, ahora me provoca para que cumpla mis amenazas.

—Tranquilo troglodita, te acompaño a las buenas. Hay que ver lo poco cortés que son hoy en día los hombres, ya nadie habla como los príncipes de esos cuentos clásicos. ¡Ah! Espera... que tú sí. —Vuelve a estallar en carcajadas y quiero estrangularla; es simplemente inaguantable.

—Tú lo has querido. La próxima vez que intentes desafiarme, no lo combines con falda.

Pide perdón entre risas, pero desea ser castigada.

Busco su muslo sin detenerme mucho tiempo en ninguna zona con excesivas caricias. Quiero asegurarme de que esté preparada para recibirme, pero solo lo suficiente para no dañarle. Pretendo follármela, nada de hacer el amor ni de juegos embriagadores. La quiero sobria, cuerda

y consciente de que tengo el control, porque ella me lo ha dado.

Introduzco mis dedos en su vagina y aunque está húmeda y receptiva, los saboreo para que mi boca empape aún más su ser. Abre las piernas dándome espacio para entrar, obediente. Es tan sexi y desinhibida que solo con mirarla podría enloquecer.

No dejo de tocarla hasta sentir que su excitación alcanza niveles apropiados para penetrarla. Cuando los vapores de su cuerpo me anuncian que está lista, sustituyo mi mano por la suya, y le ordeno.

—Voy hasta la mesa de noche a por un condón, no dejes de tocarme, estaré viendo cómo lo haces; más te vale no desobedecerme otra vez.

Mis palabras aumentan el galopar acelerado de su respiración, y obedece, sí, lo hace por mí y para sí misma, lo hace ante mis ojos.

Aprovecho la corta distancia para observar su cuerpo totalmente vestido, a excepción de su sexo semidesnudo. Solo he apartado las bragas a un lado y verle tan elegante, haciendo algo tan sexual, me transporta a una escena de placer inefable.

Cada vez consigue disfrutarse más, sus manos empiezan a moverse con destreza, y sus prejuicios le abandonan; está siendo más suya y yo la siento más mía. Rapiño su intimidad sin remordimiento alguno, disfruto con su placer como si fuese el mío propio, y lo es.

Se abandona para buscarme con la mirada. Esos ojos, el portal de mi infierno particular cuando arden en llamas. Es hora de llevar mi cuerpo a donde jamás le ha dejado mi alma.

Ya he colocado el condón y me apresuro a penetrarla antes de que el orgasmo inmovilice sus sentidos. He prometido follármela y me lo recuerdo mientras entro con mucho cuidado, dándole su última oportunidad de ser tratada como una princesa; cuando esté dentro, ya no responderé.

Dos segundos más tarde y se agarra con fuerzas a unas sábanas que poco le ayudan a fijarse a la cama. Se lo advertí, mis instintos animales poco entienden de alfombras mágicas, o de princesas de Agrabah. Mi goce es primario, y se deleita con el vaivén de sus pechos vestidos en esa camisa tan fina. Le arrancaré botón a botón para desnudarlos, pero follármela así, mientras continúa vestida, añade a la experiencia un toque de perversión de lo más excitante.

—¿Ya vas considerando lo de acompañarme?

Masculla un «anjá», casi imperceptible.

Está en trance y sé que pronto llegará al orgasmo, así que repito la pregunta para garantizar que apenas tiene fuerzas para contestar.

—¿Te irás hoy conmigo? Di que sí, o lo lamentarás.

Me ignora y no creo que esté de su mano el hacer otra cosa. Aun así, debo castigarla, porque su omisión es también un reclamo.

Elevo sus piernas hacia mi cabeza, porque sé que la posición añadirá profundidad a la embestida, proveyéndome también de mayor poder.

—Sigo sin escuchar respuesta, Natalia. Contesta que estoy muy excitado, la tortura no será eterna.

—Vete a la mierda.

¡Dios! Esta mujer es mi kryptonita, su fuerza es mi debilidad, pero no me rendiré sin luchar, de eso nada.

Esta vez subo un punto de tortura y le cruzo las piernas sobre mi pecho, inclinándome todo lo posible hacia su cuerpo.

Ya no hay retorno para esta locura, su resistencia a combustionado el ritmo de mis caderas y nada puede detenerme.

—Vale, sí...

—¿Sí, ¿qué?, fierecilla.

—Sí, que sí... Voy contigo a donde quieras.

—Pues vente conmigo ahora, vayámonos juntos.

 Mi petición poco tiene ya que ver con los planes del día, y como si ella le diese exactamente la misma interpretación, me acompaña en el más salvaje de los orgasmos.

 Esta mujer es el más delicioso de los padecimientos terrenales, un tormento para el que, de momento, no quiero cura.

Capítulo 38

Natalia

—Junto a tus bolsas de ropa he dejado también una mochila. Échalo todo dentro y mueve ese trasero, que se nos hace tarde. Me daré una ducha rápida mientras te organizas.

—¿Por qué necesito ropa extra? ¿A dónde vamos? ¿Cuándo regresamos?

—Demasiadas preguntas salen de la boca de una mujer que, hace tan solo unos segundos, gritaba entre orgasmos que la llevase a donde quisiese.

Hombre vil y desvergonzado, siempre buscando un resquicio por el que colar sus malintencionados deseos.

A pesar de sus evasivas, quiero continuar con mi interrogatorio, pero se mete a la ducha zanjando cualquier conato de aclaración.

No sé, todo esto se me hace muy raro. Pensé que daríamos un paseo, pero... mochila, ropa extra, salida programada, y tanto misterio, empieza a sonarme a viaje. ¿Quizás un recorrido por las Highland o visita guiada a la capital? No tengo ni idea; demasiado curiosa como para disfrutar las sorpresas. Soy de las que termina investigando en plan Sherlock Holmes. Espero que este misterio se resuelva en breve, o terminaré arruinándolo con mi pesquisa.

Ya estamos en el coche de camino a no sé dónde y, lo peor de todo, es que sigo sin conseguir que suelte prenda.

Espera, este sitio lo conozco, estamos entrando al aeropuerto de Inverness, por donde aterricé a mi llegada. ¡No me jodas! Este se ha venido un poco arriba. ¿Cree que voy a tomar un avión así sin más? ¿Cuándo exactamente mi vida se convirtió en un putito cliché? Viajo en un coche con un hombre al que por lo que veo le sobra el dinero, ayer se pelea por mí y hoy me lleva de viaje, ¿alguna novelada más? Que alguien pare este melodrama que me bajo a vomitar.

Adam aparca frente a la puerta principal del modesto aeródromo y mis sospechas toman forma. Supongo que esta es la parte donde nos dirigimos a su *jet* privado para sobrevolar alguno de esos lugares predilectos por la literatura o el cine; tales como París, o la insalubre Venecia.

Necesito saber ya lo que se trae entre manos, porque en la vida real, cuando ocurren estas cosas, lo más normal es que el tío sea un traficante dispuesto a arrastrarte hasta Turquía para que formes parte de su red de contrabando humano. El *modus operandi* suele ser el embauque para robar tu pasaporte y... ¡Joder! No tengo el pasaporte conmigo, debe estar con el resto de mis papeles en la guantera del jeep.

—No sé qué coño pretendes, pero no tengo el pasaporte aquí.

—Tranquila, lo tengo. Como supuse, estaba en el jeep.

—¿Tranquila? No sé yo si es una petición razonable.

Ha tomado mi pasaporte, este hombre cada vez se acerca más a mi teoría del estraperlo humano. Aun así y apartando mis alucinaciones de espionaje, suspiro aliviada al saber que tengo el pasaporte y estoy lista para sus planes, por descabellados que parezcan.

Es curioso cómo odiamos los clichés, pero lo que realmente nos jode es que pasen en todos sitios; literatura, cine, televisión, menos en la vida real, en nuestra vida, para ser exactos. Bueno, eso y que a las beneficiarias de tales vidas idílicas siempre nos toca representar un personaje completamente ingenuo e ignorante, sin necesidades fisiológicas y excesivamente puras. Aunque, visto así, merezco este viaje, al menos he esperado a mi príncipe azul, virgen.

Sonríe pensando lo hipócrita de mi afirmación. Pura yo, que hubiese aceptado a cualquier

capullo con tal de librarme de la *bendita maldición*.

—¿De qué te ríes? ¿Estás feliz de que vayamos de viaje?

—En realidad intento distraerte para, a la menor oportunidad, correr hacia los señores de seguridad. Sé lo que pretendes, mi plan es huir antes de que robes mi pasaporte y me hagas víctima de tu red de tráfico humano.

—¡Cuánta imaginación! A todas estas, estás vacunada, ¿no?

Qué capullo, en lugar de tranquilizarme, usa el misterio para alimentar mis fantasías y miedos.

—Te juro que si veo algo raro...

Deja de reír y me lanza los billetes, harto de mi curiosidad.

—Ahí tienes el plan, «Mata-Hari». No creo que las mulas del tráfico humano reserven en primera clase de una aerolínea de lujo como Qatar Airways, pero estás a tiempo de negarte, el vuelo sale en una hora.

¿Qué? ¿Esto es alucinante! ¿Nos vamos a Puerto Príncipe, Haití? Estoy flipando, este hombre está completamente loco, y me encanta.

—Solo serán tres días. Sé que el viaje es largo y tedioso, pero como me dijiste que nunca habías viajado allí y te entusiasmó tanto su cultura pues...

—Sí, sí. Me gusta, me encanta.

Sonríe aliviado por haber acertado con su plan y casi que me da ternura su miedo a no contentarme con el detalle.

Salimos al fin del coche y para quitarle hierro al asunto, bromeo idealizando el momento cliché.

—Ya podías haber traído el *jet* privado.

—Cuando te comportes como una dama.

Golpeo su hombro y caminamos de la mano por un aeropuerto que hace solo dos meses me vio llegar a disgusto.

Ya hemos embarcado y todavía no me hago a la idea de todo lo que está pasando. Viajar en primera clase es una cosa, pero viajar en primera clase en esta compañía de lujo, es otro concepto; me siento superada por los excesos. Aquí quiero ver a la chica ingenua de las novelas, porque estoy flipando hasta yo, que he viajado y me he dado mis caprichos. Me río yo de tu *jet* privado, protagonista masculino sin sesos; esto sí es digno de ver.

—Estás muy pensativa.

—Sí, estaba pensando que la azafata va mejor vestida que yo.

Sonríe y pide una copa de cava para los dos. No parece prestarle importancia a la manera de vestir de la refinada mujer.

—Créeme, a donde vamos, poco importa lo que lleves puesto. Mientras cubras lo justo, y dejes respirar la piel; todo irá bien. Por cierto, una vez allí quiero presentarte a José.

—¿El chico de los cuadros que vi en tu habitación? ¿El magnífico artista adolescente?

—Sí, el mismo.

—Genial, me encantaría ver todo su trabajo.

—Pues eso está hecho, él estará encantado. Otra cosa que quería comentarte.

—Dime.

—No sé si lo has notado, pero, aquí tenemos mucha privacidad —señala la puerta corredera que separa una amplia zona reservada para nosotros.

—¡Ni se te ocurra! Baja la voz, la azafata podría escucharte. ¡Estás pirado!

Disfruta escandalizándome, a sabiendas de que no suele ser tarea fácil, pero él encuentra siempre el modo de conseguirlo.

—Son casi ocho horas de vuelo, ya cambiarás de opinión. —Reclina el asiento acomodándose

presuntuoso.

Su oferta es más que tentadora, pero quiero procesar los detalles que nos han llevado hasta aquí, a un avión con destino a Haití.

Entre absurda razón y razón, cojo el móvil para buscar datos extras del lugar que nos espera, pero en cuanto abro el navegador, me arranca el móvil de las manos.

—¡Eh! ¡Tú! ¡De eso nada! No vas a echarlo a perder viviendo la experiencia a través de un montón de comentarios en páginas que hoy en día escribe cualquiera. No pierdas la oportunidad de sorprenderte, de construirte una verdadera opinión personal basada en tus propias vivencias y no sugestionada por la opinión de otros. Atrévete a descubrir, a conquistar.

—Si te vas a poner místico y profundo, pido el paracaídas.

—A mí no me engañas fierecilla, sé que eres una romántica.

—Que sí, «míster Aladino».

—Habló la del niño tatuado en la cintura. «... No se ve sino con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos...».

Joder, estaba atento a mis delirios cuando se me escapó esa frase de *El Principito* ayer; tengo que dejar de pensar en voz alta.

—Vale, déjame en paz. Voy a dormir un rato, que el viaje acaba de empezar y ya se me está haciendo eterno.

—Ok, pero recuerda que estaré por aquí. Lo digo por si cambias de opinión con respecto a lo de hacerlo en el avión.

Pongo los ojos en blanco y se hecha a reír como un poseso. Lo peor es que los dos sabemos que habla en serio.

En verdad lo deseo un montón, todo el tiempo, de una forma casi enfermiza, pero además de lo descabellada de su oferta, quiero pensar un poco en una idea que se acaba de meter en mi cabeza con respecto a la web de arte. Sé que sus especialistas estarán trabajando en ella, pero yo no voy a quedarme de brazos cruzados, tengo necesidades creativas, no soy un fenómeno de los negocios como él, que gana millones moviendo peones. Que conste que no es una crítica, imagino que habrá luchado lo suyo por llegar a donde está, o no, la cuestión es que el dinero llama dinero. Soy consciente de que algunos de mis compañeros tenían ideas muy buenas para sus trabajos de tesis, pero si alguien no les echa una mano o los patrocina, jamás les sacarán partido. Eso podría haberme pasado a mí, de no ser por él, hubiese vendido mi web a cualquier listo por un poco de independencia y dos duros intrascendentes.

Divagar al respecto me recuerda un trozo de una canción que siempre cantaba una compañera hippie cubana... o dominicana... colombiana quizás (se me dan fatal las nacionalidades), de un tal Silvio Rodríguez. En fin, ella logró que le echara cuentas a la letra, que ahora no deja de sonar en mi cabeza.

🎵 «...Tener no es signo de malvado y no tener tampoco es prueba de que acompañe la virtud; pero el que nace bien parado, en procurarse lo que anhela no tiene que invertir salud...» 🎵

Capítulo 39

Natalia

Un cosquilleo insistente consigue arrancarme del pacífico estado que Hipnos — personificación del sueño— ha preparado para mí. Abro los ojos perturbada por la sensación y descubro al incordio de Nessie soplándome en la frente. Saber que es él, el origen de mi fastidio, me hace sonreír, aunque la alegría de despertar a su lado no es suficiente para obviar un aspecto importante; mi aliento. Algo me dice que he dormido mucho y muero de vergüenza si nota mi mal sabor de boca.

Le aparto toscamente y echo una vista rápida con la esperanza de encontrar algún baño, pero no hallo ni un solo indicio que me ayude en tal misión.

—Hay que ver la mala leche con que se despierta la princesa.

—¿Dónde está el baño?

Abro la boca ya más alejada de él y utilizando mi mano para interceptar cualquier olor.

—Allí, ves esa puerta, justo en frente; es el baño.

No lo hubiese encontrado sola ni con ayuda divina, la puerta sigue el patrón floral que adorna las paredes de nuestra zona reservada, apenas se intuye la cerradura que ilustra el acceso. Aunque estoy feliz de que sea privado, habilitado solo para nosotros.

Entro y aprovecho para hacer pis, un hábito ingénito en mi persona. ¡Qué desagradable! Mucho lujo, pero nadie encuentra remedio al estruendo tan repulsivo que hacen los retretes en los aviones. Han conseguido silenciar un revólver *Nagant*, pero a los científicos se les va de las manos encontrar solución a tan bulliciosa aspiración. Sin mencionar a dónde puede estar yendo todo eso.

Vale, me niego a darle vueltas al tema. Hago uso de los dentífricos y cepillitos a juego que han dejado en el lavabo como cortesía sanitaria y lavo mi boca para borrar de una vez los efectos adversos del reposo.

—Eres la peor compañía para un vuelo duradero. Aún no me creo que hayas dormido tanto, en solo dos horas aterrizamos.

—¡Te estás quedando conmigo! ¡No puede ser!

—¿Qué no puede ser? Eres una marmota, acéptalo.

—Bueno, así se me hace más corto el trayecto.

Suspira a modo de protesta, porque mi ventaja, a él le ha supuesto una eternidad.

—¡Qué bien! Me alegro por usted. Ahora pediré la comida, porque de tanto esperarte, el hueco en mi estómago empieza a dar vértigo.

¡Oh, sí, comida!; mis tripas asienten encantadas con la idea.

Utiliza un telefonillo muy gracioso para llamar a la azafata que, en tan solo unos minutos, pone a nuestra disposición un menú a la altura de los más sofisticados restaurantes en tierra. Vaya copete el de esta compañía, no deja de sorprenderme su magnificencia.

Aprovecho que por una vez está más concentrado que yo, zampando cual animal hambriento, para preguntarle a la azafata la hora de llegada, así como la diferencia horaria entre origen y destino.

Ok, la muy finolis me ignora disculpándose en su perfecto inglés, por no hablar español. Otra que pasa de la segunda lengua más hablada del mundo, por detrás del mandarín, y tercera en comunicación internacional tras el inglés y el francés.

—Ya te dije que aterrizamos en dos horas aproximadamente y la diferencia horaria es de unas cinco horas —me responde haciendo pausa en su feroz degustación.

—¿Los haitianos tienen cinco horas de retraso con respecto a nosotros? —Lo miro sorprendida y me sonrío despreocupado.

—En realidad el atraso a razón del primer mundo, es de siglos.

—Ya, me imagino. Es triste, ¿verdad?

Su observación me aflige, porque sé que las riquezas de este mundo están odiosamente mal compartidas.

—Tranquila, la pasarás bien. Simplemente es otro lugar, cada mundo con sus propias carencias.

—Sí, se nota. —Señalo el lujo que nos rodea en modo sarcástica.

No quiero ponerme digna con él, pero siempre he sido una bocazas y no pienso cambiar ahora. Me jode que se juzgue la necesidad desde la hartura.

¡Qué bien! Ya podemos bajar, el piloto ha cumplido con mis expectativas de aterrizar sin partirnos la madre, así que genial.

Me escurro por los pasillos estrechos que dan a la pasarela de descenso, como una niña pequeña con ganas de descubrir. Cuando estoy frente a ellas, considero la posibilidad de haber dejado atrás a mi Nessie, pero una caricia basta para situarle a mi espalda. Justo cuando decido bajar los escalones, me planta un beso en el cuello y toma mi mano para descender conmigo.

Esto es muy raro para mí, y no hablo de estar en páramo desconocido, me refiero a los gestos tan íntimos que acaba de hacer públicos. Sinceramente deseo sentirle en todos los aspectos carnales que los sentidos nos regalen, pero odio las muestras de afecto en presencia de otros, el romanticismo estereotipado sigue siendo un enemigo de mi razonamiento crítico.

Obviando su puntual muestra de afecto, bajo el primer escalón para toparme con un contraste alarmante. Mis pulmones se llenan de un aire en extremo caliente, denso, infecto en excesivas partículas de polvo; respirar se convierte en un reto codicioso. La humedad acampa casi de inmediato en mi abrigado cuerpo y poner solución es mi propósito número uno de supervivencia.

Un señor muy amable hace alardes de educación socorriéndome en el último escalón, al que bajo casi por pura gracia gravitatoria; este suéter marrón terminará asfixiándome. Nessie sustituye las manos bondadosas del desconocido, por las suyas y me guía hasta la salida. Se nota que conoce perfectamente el lugar.

—Espero que hayas disfrutado del vuelo y de tus últimos momentos de lujos. Bienvenida a Puerto Príncipe. Vivirás Haití a mi manera, como se debe conocer cada sitio al que se conquista. Comeremos, nos desplazaremos y vestiremos como ellos, solo así, lograrás pensar como ellos; solo así, podrás juzgarles.

—Lo que tú digas, pero me muero de calor. Mientras me das la charla, este abrigo se ensaña con mi cuello; en cualquier momento dejaré de respirar.

—Vale, vayamos al baño a cambiarnos, yo también lo necesito.

—Sí, por Dios.

—Te aconsejo que uses algo más fresco, afuera la temperatura es aún peor.

El muy guarro lo dice sin quitar ojos a mi suéter empapado en sudor.

—Muy gracioso, ya podías haberme contado a dónde íbamos mientras hacía la mochila. No tengo nada fresco, compré ropa pensando en Escocia, no en el Caribe.

—Tranquila, eso lo resolvemos de inmediato.

Coge mi mano para arrastrarme hasta una mini tienda dentro del aeropuerto, de esas que venden ropa para turistas que han extraviado sus pertenencias y no les queda otra opción.

—Ni se te ocurra, yo no me pongo eso, ni muerta. ¿Al final sí piensas prostituirme, o qué?

Ha tomado dos perchas super horteras; en una cuelga un pantalón que redefine el concepto de corto y en la otra se exhibe una camiseta digna de la más fresca de las prostitutas de barrio. Ni de coña me pongo eso, estaré desnuda.

—Como quieras, yo te las compro igual; terminarás usándolas.

Va hasta la caja y paga por las mugrientas prendas, junto a dos gorras de sol y una mochila de viajero.

Una vez fuera de la tienda, buscamos nuevamente el baño.

—Espérame aquí, solo me tomará unos segundos cambiarme de ropa. ¿Estás segura de que no quieres ponerte otra cosa? —Mira sonriente cómo me corre el sudor por la frente.

—No gracias, estoy bien.

Entra al baño, y en solo unos minutos, sale totalmente transformado. Prácticamente no le reconozco, lo miro un par de veces para procesar la imagen de mochilero espectacular que tanto le favorece. Lleva unos pantalones de verano por las rodillas y una camiseta blanca que no se guarda ni uno solo de sus secretos. Dios, ese cuerpo tatuado y tan perfectamente definido no ayuda a bajar los altos grados de calor que someten a mi cuerpo. Ahora sí que me veo ridícula con esta ropa, parezco su agente de la condicional acompañándole al juzgado.

—Al final puede que sí me cambie de ropa.

—Pues muévete, no tenemos todo el día. —Baja la mochila de sus hombros y saca las abominables prendas que me verá obligada a usar.

—A mí no me metas prisas, ya salgo. —Entro al baño ignorando su risita burlona.

Aquí ya se va notando el cambio de ambiente; las paredes están llenas de pintadas y la mugre parece ayudar a mantener una estructura que se cae a pedazos, por no hablar de las condiciones de la pieza del lavabo.

Me cambio como puedo, procurando no tocar nada de lo que me rodea, y para comprobar que la ropa no puede ser más desacertada, miro los trozos de espejo que aún tienen la capacidad de reflejar. ¡Por dios!, esto es horrible, mi carne está expuesta como pieza de carnicería. Volvería a cubrirme, pero lo cierto es que mi piel ha comenzado a respirar y se rehúsa a volver al cautiverio de ese suéter marrón. En fin, compensa ir vestida como la Barbie Malibú si con ello puedo domar este calor.

—Lista, podemos irnos.

Se ha quedado boquiabierto y su mirada no esconde los sucios pensamientos que pasan por esa pervertida cabeza.

—Tendrás que ir muy cerquita de mí, aquí el calor no es solo un elemento del ambiente, a estos hombres les hierve la sangre con facilidad y tú ahora mismo derretirías los mismísimos casquetes polares.

Pongo los ojos en blanco y comienzo a andar dejándole atrás, porque ya estoy harta de advertirle cuánto odio los piropos, sobre todo si son tan bastos.

—Espérame «Miss seduction».

Tiro de la camiseta y, en efecto, tiene impreso en rosa chicle la frase «Señorita seducción». Esto no puede ir a peor, sabía que usar esta ropa no era buena idea.

A pesar de mis carreras indignada por sus tonterías, logra alcanzarme y salimos por fin del aeropuerto.

No podría reseñar lo que están viendo mis ojos. El gentío camina raudo por unas calles resentidas con el tiempo y la indiferencia de aquellos que la han pisoteado en su andar. El polvo no es un elemento más, lo llena todo y se cuela irremediadamente por los orificios de mi nariz, empaña mis pupilas y se adhiere al relente de mi piel, empanizando mi figura cual croqueta lista

para freír.

Algunos me miran indiscretos, pero no les juzgo. Debo ser la persona más blanca que transita ahora mismo esta poblada ciudad. Me siento la diana de un blanco de tiro para miradas curiosas. Estar semidesnuda tampoco ayuda mucho, aunque por aquí sigo siendo la más recatada. A mi lado caminan mujeres cubiertas con apenas un trozo de tela aún más ceñido si cabe, aunque la diferencia entre ellas y yo trasciende el uso de unas prendas de poco vestir. Sus cuerpos son el circuito que dibuja las más exuberantes de las curvas, y su brillante piel marrón oscuro se llena de matices salvajes dispuestas a recordarme la gracia de una tez que ha resistido siglos bajo el sol. Yo, por otra parte, dudo que mi dermis soporte media hora más a la exposición de ese gigante en llamas que me está quemando hasta las pestañas.

—Vamos; ese *Tap tap* aún no está lleno.

—¿*Tap tap*?

—Los *Tap tap* son autobuses, o más bien una especie de taxi, también conocidos como *pickups* —señala algo muy similar a un autobús escolar antiguo, pintado vistosamente—. El nombre de este *camionette* colectivo se podría traducir al español como «rápido, rápido».

—Pues nunca los había visto, ni siquiera navegando en la red.

—Si hubieses leído sobre ellos en Internet, jamás te acercarías a uno. Los portales para viajeros desaconsejan su uso como medio de transporte turístico. Sin embargo, te estarías privando de uno de los medios de transporte más usados por los nativos. Así que... sube. ¡Arriba! Te dije que aprenderemos de ellos, porque viviremos como ellos.

Me impulsa para que llegue a los maltrechos escalones del tal *Tap tap*, quien se resiente con el abordaje de otro pasajero al que incluir en su pesada carga.

¡Virgen bendita! El calor aquí está unas diez veces más concentrado que en el exterior. La muchedumbre es tal, que dudo que el oxígeno sea suficiente para vivificar a una cuarta parte de los que estamos aquí.

Respiración acelerada, agitación, sudoración y aumento del ritmo cardiaco son algunos de los indicios de una ansiedad que empieza a amenazarme. «*Respira Natalia, respira*». ¿Respirar? ¿En serio es una opción viable? Mejor me centro en mi Nessie, debo distraerme de los síntomas o acabaré privando al resto de los transeúntes de su escasa ración de gas atmosférico necesario para la vida.

Aprovecho que ha quedado justo frente a mí, colgando de unos tubos soldados al no muy elevado techo, para abordarle.

—Gracias, Logan, seguro ese bebé agradece tu gesto, la madre no tiene suficiente fuerza para hacértelo saber. Creo que este no es el mejor lugar en el que hacinar a un recién nacido.

Le agradezco porque ha cedido su asiento a una débil mujer con su pequeño en brazos. Yo también le hubiese dado el mío encantada.

—Natalia, hasta la prudencia tiene un precio muy elevado en sitios como estos. No creo que esa señora tenga otra opción de transporte.

Mi rostro se acongoja barajando las situaciones a las que tendrá que enfrentarse una madre con tantas carencias, pero él no está dispuesto a que mi lástima enturbie la media sonrisa que la señora me regala al tiempo que descubre a su bebé.

—Dice que mires al pequeño con el azul de tus ojos, cree que podrías bendecirlo con una mirada tan limpia.

Nessie traduce sus deseos y me anima a complacerla. Lo hago, escéptica de un dogma tan imprevisto y poco probable. Por supuesto que no creo que el niño vaya a ser santificado porque esta blancuzca de ojos azules le eche un vistazo, pero ni modo, quiero zafarme de la incómoda

situación y como suele decirse; la fe es un acto inconsciente capaz de convertir en verdad la más absurda de las mentiras.

—Bueno, Natalia. ¿Qué te parecen los *Tap tap*?

La mujer ha quedado complacida y él quiere salvarme cambiando de tema.

—Me han gustado mucho las pinturas que le adornan. Jamás había visto colores tan vivos, o puede que sí, pero bajo este sol brillan de un modo muy especial.

Me he centrado en su decoración, prefiero obviar los adjetivos vejatorios que se me ocurren para el interior de este amasijo de hierro, sudor y carne. De ningún modo quiero que él piense que soy una quejica incapaz de soportar el trayecto.

—Qué bien que te hayas fijado, suelen pintarse con nombres religiosos o lemas. Estos cacharros son conocidos por sus ventanas de madera cortadas a mano y su suntuosa decoración, llena de colores fulgurantes, retratos de gente famosa e imágenes sagradas.

—¡Es cierto! ¡Mira esa ventana! —Señalo una de ellas y sonrío divertido viéndome disfrutar con la novedad.

Su sonrisa me oxigena. Me encanta verlo tan diferente, como si fuésemos dos extraños en un país que nos invita a mirar las cosas desde un ángulo más efectivo.

Una gota de sudor se contonea en la curva de sus labios y termina cayendo junto al charco que ya se ha generado en su pecho. ¡Dios! Pensamientos malsanos se incluyen a mi lista de padecimientos del día. No sé si es el calor, la desnudez de su piel o el excitante contexto de lo desconocido, pero comienzo a arrepentirme de no haberlo hecho en el avión.

—Demasiado calor, necesito que esta cosa se ponga en marcha de una vez.

No comprendo el contenido humorístico de mi petición, pero él se parte de la risa con mi reclamo.

—Los *Tap tap* siguen rutas fijas y no parten hasta completar el pasaje.

—¿En serio? ¿No les parece que han completado el pasaje ya? Aquí no cabe ni una pulga anoréxica.

—Tu concepto de espacio y el de ellos, difiere bastante. Aún hay sitio para algunos pasajeros al fondo. Pronto partiremos, no te preocupes.

Estoy superada, tengo que reconocerlo. La fatiga rompe ejes con el horrible olor que se destila del cuerpo de los que me rodean. Me dan ganas de salir gritando y no detenerme hasta estar en la higiénica zona reservada de ese avión que no tuvo reparos en escupirme en los suburbios de una insalubre ciudad. Pese a ello, me contengo y hago de mí para superar la situación, no debí ponerme digna cuando él hablaba de las necesidades que sufre esta ciudad. Intentaré no volver a hacer demagogia sin argumentos.

Capítulo 40

Logan

Estoy disfrutando mucho viéndola sudar, con esa cara de querer salir corriendo a mil millas de aquí. Igual me he pasado montándola en este trasto, creí que un poco de realidad le vendría bien a ese temperamento, pero su cara de auxilio me está dando bastante pena.

Es que este lugar y su verdad han hecho mucho por mí. En este sitio recuperé la esperanza y me gustaría que a ella también le valiera de algo.

—Nos bajamos en la siguiente. ¿Estás bien?

—Un poco mareada, los baches no han mejorado la experiencia.

—Respira, ya queda menos.

Pasa las manos por su cara procurando borrar algo del pegajoso sudor que le baña. Quiero empatizar con su agonía, pero mis ojos son traviosos y juegan a seguir las gotas que bajan por sus pechos, prácticamente expuestos en esa estrecha camiseta.

—Deja de mirarme las tetas y concéntrate en nuestra parada. Como nos pasemos y tenga que estar más tiempo aquí, te mato.

—La culpa es tuya que vas provocando.

Me echa una mirada asesina y dejo de molestarla, realmente tiene mala cara.

—Venga, levanta, nos bajamos aquí.

Toma energía para seguirme, pero cuando estoy ayudándole a bajar el primer escalón del *Tap tap*, se desvanece en mis brazos.

¡Mierda! Debí verlo venir. Enseguida se acercan algunas personas para socorrernos y una señora me ofrece agua, pero la rechazo. Tengo embotellada en la mochila y ya no quiero correr más riesgos con ella.

Le humedezco los labios y gracias al cielo, abre los ojos, aunque sigue muy débil. Agradezco a los que nos rodean y explico que se pondrá bien para que continúen su ruta y dejen de agobiarla. Cuando he conseguido despejar el lugar, saco el móvil que uso en estos viajes y marco a Nivard; quiero que venga a buscarnos cuanto antes. Ya está bueno de juegos, he sido muy duro con ella y lo estoy pagando en creces con la preocupación que siento.

Nivard tarda solo tres minutos en llegar hasta nosotros. Estábamos realmente cerca de la modesta finca que tengo en una de las zonas privilegiadas de Puerto Príncipe. Aunque en esta metrópolis abandonada, la miseria toca casi por igual a todos sus habitantes. La situación es tal, que ricos y pobres viven en condiciones precarias similares en cuanto a acceso al servicio público se refiere. La mayoría tiene que tirar de medios alternativos a los proveedores públicos. Asimismo, la falta de planificación urbana hace aún más difícil conectar los hogares a las redes ya existentes (agua, electricidad, etc.), además de aumentar su coste.

El aire que entra y sale de la camioneta va mejorando por completo su semblante, y un poco el mío también. Me he maldecido unas mil veces desde que vi su rostro palidecer y aún no logro perdonarme el haberle puesto en peligro.

—Señor Logan, eso tiene que haber sido un golpe de calor. ¿Por qué no me ha llamado para recogerles en el aeropuerto? Adam dijo que usted me llamaría, lo tenía todo dispuesto.

—Sí, lo sé, debí avisarte. He sido un idiota, fue una idea horrible venir en ese trasto.

—Tranquilo Logan, estoy bien. Me he mareado un poco, nada más.

Escucharla llamarme por mi nombre solo puede indicar que aún no se encuentra bien del todo.

—Señor, la señorita no estará *ansent*.

—¿De qué habla? No tengo nada de eso, estoy bien.

Sonríó porque no tiene ni idea de que *ansent* significa embarazada en criollo haitiano.

—No Nivard, no creo que esté tan enferma. Solo ha sido un golpe de calor.

Lo miro fijamente a través del retrovisor para que no haga más comentarios de ese tipo; mi fiera está débil y no quiero provocarla.

—Ya llegamos, Señor. José le está esperando desde ayer. Yo no quería que ese chico gorrón anduviera por aquí, pero usted sabe que la vieja Nachele lo consiente siempre en su nombre.

—Deja al muchacho, Nivard.

Ignoro a Nivard y a sus rencillas tontas con José, para ayudar a Natalia a bajar del coche.

—Yo ya estoy bien, no necesito que me sostengan.

—No creo que estés en condiciones de llevarme la contraria, así que para adentro.

A pesar de su resistencia, le tomo en brazos y no me detengo hasta dejarla sobre el sofá.

—Nivard, por favor, avisa a Nachele de que estamos aquí y consigue un ventilador para airar a Natalia.

A los pocos minutos de desaparecer Nivard con mi mandado, aparece Nachele; esa señora es mi ángel de la guarda por aquí. Sus pocas arrugas a pesar de la edad, su piel morena y esas facciones muestra de la mezcla de razas francesa, africana y un poco española, la convierten en el más puro estereotipo de mujer haitiana.

—¡A ver! ¿Qué está pasando aquí? ¿Qué le has hecho a la muchacha? Me ha dicho Nivard que la has montado en un *Tap tap*. Mira como viene la pobre, está más blanca que un papel. Bebe de esto cariño, y te pondrás buena.

Ya está mimando a Natalia con sus mejunjes sanadores.

—Mamá Nach, ese es el color de su piel. No va a cambiar por mucha agua de coco que quieras darle. —Bromeo para relajar el ambiente.

Esta señora es un dulce, pero no la pilles cabreada porque difícilmente saldrás bien parado.

—No te me hagas el gracioso y ve a quitarte esa mochila de encima, mientras, yo cuidaré de la chica.

—Cuidadito con lo que le dices, mamá Nach. ¿Dónde está José? He traído algo para él y quiero que conozca a Natalia.

—Volverá pronto, ha ido a por unos recados míos. Y no me malcríes al muchacho que luego me lo quedo yo.

—Habló la que más le consiente. No me vengas con historias, que ese hace de ti lo que quiere.

Rechista contradiciéndome en una mueca, y agitando la mano, me obliga a marchar.

Miedo me da dejarles a solas, sabrá Dios lo que le cuenta mamá Nach a Natalia. No pongo en duda su sabiduría, pero es más una madre metiche que una empleada para mí. Esta gente es mi familia y no hay dinero que pague todo lo que me han dado.

Ya he dejado la mochila en lo que será nuestra habitación y regreso para comprobar que Natalia está totalmente recuperada, riendo con soltura de no sé qué, que me intriga bastante. Espero que no hayan despotricando sobre mí.

—Ya veo que estás mejor Natalia, me alegro. Vamos para que puedas instalarte.

—Llegó el aguafiestas.

—Pues sí, me llevo a Natalia de tus garras, por lo que veo se han unido contra mí. Ahora sí que estoy acabado.

—Tranquilo hijo, nada que lamentar. Les dejo solitos para que le muestres la casa. Estaré en la cocina, me queda faena todavía.

Nach se marcha y al fin estoy a solas con esta mujer que me tiene algo más embobado de lo que me gustaría.

—Vamos, Nessie. ¿Vas a enseñarme el sitio, o tengo que descubrirlo solita?

—¿Nessie? No hay duda alguna de que ya está mejor.

La finca es modesta si la comparamos con el mundo del que venimos, pero su riqueza natural es única, y espero que le guste tanto como a mí. La llevo hasta los corrales cubiertos de palmeras al fondo del todo, porque quiero que conozca a una amiga.

—¡No me jodas! ¿Esos son caballos?

—Sí. Puedes acercarte, son muy nobles. Eso sí, con respeto y simpatía; hay estudios que aseguran que los caballos tienen la habilidad de interpretar el estado de ánimo de las personas, reaccionando con respecto a ello. Y... conociendo tu mala leche, de seguro te muerden.

—¡Muy gracioso! Me encantan estas criaturas. —Se acerca para acariciar a Sacha, una hembra algo mayor y la amiga que quería presentarle.

Sacha es una yegua especial para mí, le salvé de ser sacrificada y curé sus heridas cuando nadie creía en su recuperación. Supongo que en situaciones así se crean lazos inexplicables, seas animal o humano.

—¿Quieres montarla? Es mayor, pero la más fuerte de todas.

—No sé montar. Además, ya ha estado bien de experiencias salvajes por hoy, mejor probamos en otro momento.

—Tienes toda la razón, el día ha estado completo.

Solo de recordar lo mal que ha estado hace un momento y me vuelvo a sentir culpable. Quizás lo más sensato sea volver adentro para procurar que descanse.

—Vamos dentro, necesitas reposar un poco, ha sido un día estresante.

—Aún no quiero. Podría pasarme todo el tiempo así, es sumamente fuerte. —Acaricia con suavidad el pelaje de Sacha y alucino solo con verlas.

Es la imagen más hermosa que un mortal ha presenciado de la divinidad en tierra. Ella le toca y Sacha se inclina para corresponderle, su conexión es poderosa y no sé a cuál de las dos celar.

—Vale, pero solo un poco más.

Mi tregua nos complace a ambos porque contemplarlas es un regalo. Aun así, enseguida vuelvo a reprenderle para que entienda que debe descansar, pero aparece José e interrumpe mi bronca arrojándose como un loco a mis brazos.

Este chico es un hijo para mí; cada vez que estoy por aquí, no hay quien lo despegue de mi lado.

—José, esta es Natalia, una amiga a la que le encanta tu trabajo.

—*Bonjour Madame, bienvenue à Port-au-Prince, Haïti.*

—José, Natalia no habla francés. Te he enseñado suficiente español, así que aquí tienes una buena oportunidad para practicar.

—Sí, *parrain*. Hola, señora. Bienvenida, espero que disfrute de su estancia.

—Gracias, José. Me encantan tus cuadros, ansío ver el resto de tus trabajos.

—Será un placer, señora.

—Tutéame, por favor, me haces sentir una vieja.

Sonríó porque a cada «señora» que ha salido de la boca de José, ella ha arrugado el rostro, como aguantando el dolor de una punzada moral.

—La educación de José tiene ese poder, no se lo tengas en cuenta. ¡Venga! Vamos todos dentro. Tengo un regalo para ti, José. Te he traído ese óleo que tanto te gusta.

Me fascina ver cómo se le iluminan los ojos a ese niño cada vez que le consigo la dichosa pintura. Hacerle feliz es una de las cosas que más me llenan en este mundo.

Todos vamos dentro, pero sigo sin recibir ni un poco de la atención de Natalia. He conseguido que dejase a Sacha, pero ahora me ignora distraída con los encantos de José. Los dos no ven fin a un tema que tanto les apasiona, y pasan de la pintura, a las tendencias artísticas, de la composición abstracta, al puntillismo, de la historia del arte, a la época renacentista; mientras yo, yo solo sueño con llevarla a la habitación y tenerla toda para mí.

Celos aparte, adoro verlos sincronizar tan bien. Además, es un orgullo saber que la educación del muchacho va dando frutos.

—*Parrain*, esta noche tienes que llevarla al Oloffson. El espectáculo musical en vivo es el mejor de la ciudad y luego hay sesión de baile. Mi madre actúa y se muere por verte.

—Seguramente nos pasaremos por allí, José. Iremos a comer algo típico y ya luego tenemos toda la noche para decidir. Aunque, primero, Natalia debería descansar. —Busco su mirada para reprenderla, necesito que entienda la importancia de lo que le pido.

—Venga, pesado, enséñame dónde puedo darme un baño.

Al fin le convengo; es más dura de mollera que el grafeno en estado natural.

Despido a José y me la llevo a la habitación, rezando para que me permita verla usar la bañera. Solo de imaginarlo y mi pecho se agita; nunca alguien había logrado despertar tanta pasión en mí. Llegó un momento en el que creí haberlo probado todo; posiciones, juegos, juguetes, afrodisíaco, fetiches, todo lo que un hombre puede desear o fantasear, y llega ella, lo reinicia todo, me convierte en un niño, y con un beso me hace soñar. Cada día la deseo más, mi piel la extraña como si fuese la única mujer que ha logrado tocarme de verdad.

Capítulo 41

Natalia

Mi primera impresión de Haití está teñida de un color grisáceo. Sí, y es que siendo Haití el primer país del continente americano que se independizó, debería ser el más próspero de todos los países latinoamericanos, sin embargo, es completamente lo opuesto; el país más pobre.

Al descender del avión, a pesar del agobiante contraste climático, no se puede negar que la acogida preparada para sus visitantes es bastante agradable y pintoresca; con músicos tocando a orillas de la escalerilla y señores dispuestos a tenderte una mano. En ese momento llegué a creer que había aterrizado en una ciudad floreciente en vías de desarrollo. Sin embargo, me bastó poner un pie en la calle para comprobar la grave situación en la que vive este país. Sus carencias son tales, que resulta inevitable no replantearte la vida, las comodidades que te rodean, o la hipocresía de siempre pedir más de esas cosas que no necesitas y con las que otros solo pueden soñar.

—No te resistas, Natalia. Necesitarás que alguien te ayude a verter el agua, déjame hacerlo por ti.

—Ya, cuánta amabilidad.

—Ves, y, aun así, te resistes a mis encantos.

—Vale, pero prohibido tocar. Tu misión se limita a echarme el agua por encima.

Estoy retándole cuando soy la primera que ansía ser tocada por sus manos. Sinceramente, espero que se porte muy mal; ya me encuentro mejor y no pienso privarme de tenerle. Lo deseo insoportablemente desde que decidió llevar ese *look* veraniego tan sexi.

—Deja que te desnude.

—No estás comportándote como deberías, acabo de decirte que te mantengas alejado. Límitate a verter el agua.

Se acerca con muchísima seguridad para enganchar sus dedos en el botón de mi mini pantalón corto, y sin dejar de mirarme, comienza a bajarlos.

¡Oh, Dios! Cuanto odio el poder que le confiere mi cuerpo. Ante sus manos, se paraliza, víctima del más potente de los calmantes. Pero él no se detiene ahí, no, baja también mis bragas y se deshace de la camiseta, dejándome indigente de cualquier tejido externo a mi piel.

Debo recuperar el control, o se acostumbrará a mi sumisión, un estado al que no hago, ni haré honores.

—Gracias por sus servicios extras no solicitados, pero yo voy dentro. —Sumerjo mi cuerpo en el agua y le dejo con la miel en los labios.

Mi huida no es, ni de cerca, una estrategia infalible. Estamos hablando de un depredador difícil de distraer, un lobo con técnicas sofisticadas de persuasión.

Se quita la camiseta para provocarme con su torso desnudo, sabiéndose dueño y señor de un secreto que mi cuerpo no calla; es una erudición que humedezco solo con su desnudez. Y esta es solo la primera parte de su meditado acecho, ahora busca mi espalda y reparte una decena de besos a lo largo de mi espina dorsal, o al menos la parte de ella que se mantiene a flote.

—Verter el agua, esa es su tarea. No se distraiga, por favor.

Le recuerdo alcanzándole una vasija habilitada para ello.

Vuelve a besar los límites de mi cuello para retarme un poco más, pero termina aceptando su cometido y utiliza la vasija, vertiendo un chorro de agua sobre mi pelo.

¡Hum! ¡Qué sensaciones! Usa sus dos manos para masajear mi cuero cabelludo, distribuyendo el champú en toda su extensión. Su maña es extraordinaria, no recuerdo que nadie me hubiese lavado así la cabeza, ni siquiera mi madre, y la nana era excesivamente tosca cuando lo hacía. ¡Vamos!, que esto es otra cosa. No solo se trata de la habilidad de sus manos, sino de la sensualidad que envuelve el gesto.

—¿Te gusta? ¿Crees que ya puedo lavar otras partes?

Estoy hipnotizada y aunque le escucho perfectamente, no pienso responder para que vea como entrego el territorio ya perdido de mi cuerpo entre sus manos.

—Tranquila, Natalia, tu silencio es todo lo que necesito.

Desciende sus manos hasta mis pechos, masajeando ligeramente sus costados, cubriéndolos poco a poco. Estos responden de inmediato a sus caricias y aumentan ligeramente de tamaño, excitados. Él lo sabe, lo nota y vuelve a rodearlos, pero esta vez dejando libre la zona del pezón, para lamerlos, besarlos, y jugar con ellos pinzando con sus dientes, lo justo para tensarlos.

Se está flexionando tanto sobre mi cuerpo que creo que en cualquier momento caerá a mi lado en la bañera, eso, o es un deseo interno que rezo a todos los santos. Necesito tocarlo, sentirlo, tenerlo.

—Ven aquí; después de todo puede que haya un sitio para ti en esta bañera.

—De eso nada, ahora tendrás que suplicar.

¡Maldito desalmado! Aunque me encanta jugar, y a ese juego voy aprendiendo.

Me zafó de sus caricias y le jalo del brazo para dejarlo frente a mí, con su miembro a la altura perfecta donde mi boca quiere alcanzarlo. Tiro de sus pantalones y la protuberancia de su miembro por debajo de la ropa interior, me recuerda que no soy la única que se consume de deseos.

Le doy un pequeño mordisco sin mayor fuerza por encima de la tela, y le saco de una vez de su escondite; quiero tenerlo justo delante de mis labios. La proximidad es imprescindible en mi tarea de hacerle estremecer con el rozar de mi lengua en su sexo.

Lamo de abajo a arriba y viceversa, procurando no perder en la medida de lo posible, el contacto visual. Adoro contemplar cómo se contiene para no estallar de placer.

—Se supone que debías suplicar, no hacerme enloquecer.

No logrará distraerme, la ironía de este juego radica en tomármelo con mucha seriedad. Coloco mi mano en sus testículos y masajeo la zona ligeramente, al tiempo que lamo muy despacio su erección. Mi lengua toma ritmo, primero despacio, luego rápido, variando paulatinamente su propósito, sin llegar a la cúspide de su deseo, al menos de momento. Quiero que se sienta tan excitado como lo estoy yo, y para asegurarme de ello, imito el vaivén de las olas en su ir y venir. Le estímulo siguiendo un patrón que va desde el pico más alto de intensidad, hasta la calma, y a la inversa; sin parar, ni perder el ritmo.

Sus quejidos empiezan a retarme, así que la introduzco hasta tocar lo más profundo de mi garganta. Está herido de desenfreno y no quiere cura. Vacío otra vez mi boca y le miro para que considere una posible rendición amistosa. Su carne es puro instinto bélico, resistirá, lo sé.

Sigo estimulando su miembro lubricado con mis besos y compenso mis debilidades con su vicio. Resisto todo lo que puedo entre juegos y caricias, lamiendo e introduciéndola a diferentes profundidades.

Espero que mi enajenación le lleve al éxtasis, o ambos desampararemos la cordura de forma definitiva.

—Basta, tú ganas. Suplico yo, déjame entrar en ti.

Niego sin sacarla siquiera de mi boca.

Su capitulación es una bonita ofrenda a mi soberbia, pero tentarle un segundo más, no tiene precio. Amo memorizar sus gestos de contención al alborotarse el pelo con las manos.

—Natalia, necesito que seas una buena chica, salgas de esa bañera, y me dejes darte todo lo que estás deseando.

—Ven tú.

—No tienes ni idea de lo que dices. Estar en esa mini bañera con un hombre de uno noventa, es de todo, menos sexual. Ahí dentro no podré disfrutar de ese cuerpo que reclama mis caricias.

Me lo pienso un par de segundos, pero él no tiene paciencia para el vacile y me levanta dejándome fuera de la tina. Estoy empapada y ninguno de los dos piensa poner remedio a los charcos que voy dejando a mi paso. Nuestra consciencia se limita a cuestiones indispensables; él busca un condón y yo valoro el mejor lugar donde hacerlo.

Ya se ha puesto el vital profiláctico y le guío hasta una silla de madera perfecta para mi descabellado designio. Enseguida se le enturbia la mirada, y es que sé cuánto le pone verme tomar el control.

Continúo, haciendo que se siente y colocándome en su regazo, de espaldas a él.

Introduzco solo la punta de su miembro en mi lubricado sexo y me muevo en cortos desplazamientos.

—¿Qué haces? ¿Piensas volverme loco? Las vistas desde aquí son...

La meto del todo para obligarle a callar, y funciona, porque silencia sus palabras con acentuados suspiros.

Aumento el ritmo, aunque por momentos vuelvo a someterlo, jugando a meter solo la punta. El pobre se aferra desesperado a mis caderas para hacerme descender por su miembro, pero no lo permito y prueba con mi clítoris; sabiendo los puntos exactos que debe tocar para obligarme a ceder.

Por supuesto que flaqueo, sobre todo porque le necesito tanto o más dentro de mí. Bajo hasta sentirle en lo más profundo de mi ser. Los muslos me tiemblan, debilitados por el placer, pero no dejo de moverme hasta que le siento estremecer. Se corre tirando de mis caderas hacia sí; su disfrute es visceral y muero por acompañarle en un viaje tan excitante. Creo que quiere exactamente lo mismo, porque atrae mi cuerpo a su regazo y culmina mi placer entre caricias estremecedoras que me elevan a ese punto orbital, donde él ha levitado hace solo unos segundos.

Ahora sí necesito un baño y dos horas de cama. Estoy sudada y realmente agotada, aunque jamás me he sentido tan feliz.

Llevamos un buen rato echados en la cama, hablando de tonterías y escuchando su manera tan particular de describir el encanto de este aparente inhóspito país. También le he pedido que me hablase un poco en francés, el acento me pone bastante y él tiene una habilidad increíble para los idiomas. Obvio que no he entendido un carajo de lo que ha dicho, pero ha sido muy divertido. Ojalá pudiese detener el tiempo en momentos como este.

—Bueno, perezosa. ¿Qué tal si vamos a comer algo y así te enseño la zona? Ya está anocheciendo y no respondo de mí si sigo viendo ese cuerpo desnudo.

—Vale, pero tengo un problema. No sé qué ponerme, casi todo lo que he traído es demasiado abrigado.

—Es cierto, he olvidado que necesitabas ropa. Tengo que llevarte de compras, pero hoy ya se ha hecho tarde para eso.

—Tranquilo, se me ocurre algo que puedo usar. Tú lárgate que yo estaré lista en unos minutos.

—¡Eh! ¿Por qué me tengo que ir? Ya te he desnudado. ¿Qué tal si ahora te visto?

—No. Vestirse es casi más íntimo que desnudarse. Necesito mi espacio; no incordies y vete de

una vez.

—Vale... que remedio.

Se pone unas prendas muy sencillas y sale haciendo pucheros.

Rebusco en la mochila algo que creo, me puede valer. Aquí está, un suéter de tela fina que con un poco de ingenio pretendo convertir en vestido. Solo debo recordar los pasos de un tutorial en el que explicaban cómo hacerlo.

Ok, meto todo mi cuerpo por el cuello hasta llegar a las axilas, cruzo las mangas alrededor de mi cintura, y remato el diseño atando los extremos en un bonito lazo a mi espalda. ¡Tachán! Obra terminada.

Me miro al espejo para comprobar que ha quedado mucho mejor de lo que esperaba, estoy bastante satisfecha. Solo debo remediar el desastre de mi pelo mojado y estaré lista.

—Me gusta mucho, estás preciosa.

He salido para encontrarlo charlando con Nach, aunque enseguida deja de atenderla para poner toda su atención en mí. Está consiguiendo que me avergüence.

—Que linda estás, muchacha. Y lo mejor, tienes muy buena cara. Me alegra muchísimo ver que te has recuperado.

—Sí, ya estoy muy bien, gracias.

Lo alcanzo para ver si reacciona, pero se ciñe a mirarme pensativo, como si intentase encontrar la respuesta a una pregunta muy compleja.

—Logan ¿Nos vamos, o qué?

—Sí, vámonos. Cogemos la camioneta.

—¿Nivard los lleva?

—No, mamá Nach; estaremos bien sin él.

—Vale, pero cuídense.

Esa señora le habla con muchísimo cariño y me gustaría saber cómo este hombre exitoso al que no le faltan recursos, ha terminado haciéndose un sitio en el lugar más olvidado del planeta.

Por mucho que vaya conociendo y aprendiendo de él, su vida sigue siendo un completo enigma para mí.

Capítulo 42

Natalia

Al avanzar por prácticamente la única calle principal, se puede observar que no hay rótulos electrónicos o anuncios publicitarios en los que se utilice la electricidad como en otras ciudades. Sin embargo, abunda la propaganda pintada por verdaderos artistas, anunciando el giro de cada uno de los establecimientos. No es hasta el anochecer en que uno se da cuenta de que es casi inexistente el alumbrado público, y el poco que vislumbra en la marcada oscuridad, proviene de restaurantes contrastantemente lujosos que poseen plantas generadoras propias.

Aún con toda la pobreza claramente manifiesta, no he sentido clima nocturno más agradable que el que se respira en Puerto Príncipe, o al menos, en Petion Ville, barrio donde nos encontramos.

También me ha maravillado la oferta culinaria de la zona, una exquisitez para el paladar. La oferta va de restaurantes gourmet en adelante; comidas francesas, italianas, libanesas, mexicanas... todo un sin fin de sabores coronado con una materia prima rica en naturalidad.

—¿Te ha gustado la comida?

—Sabrosa, de verdad. Rica y variada; me ha sorprendido gratamente el sabor intenso que le confieren las hierbas aromáticas y especias, dándole un toque característico que no puedo comparar con nada que haya probado antes.

—Hay que ver lo que te gusta comer.

—Déjame en paz, no empieces a molestarme.

—Hablo en serio, me encanta verte comer.

—Vale, déjalo ya. ¿Vamos a ese sitio que nos dijo José, o no?

—¿Al hotel Oloffson? Pues no es mala idea. Su madre actúa hoy, y el sitio suele dar buenos espectáculos musicales. ¿Te apetece bailar?

—Yo no bailo, pero me gusta la música.

—¡Qué dices! Todo el mundo baila, y sé de buena fuente que te mueves muy bien, no dudo de las capacidades de tu cintura si te relajas un poco.

—De eso nada, yo no bailo, y punto.

Debo ser tajante, porque paso de que lleguemos allí y me esté molestando todo el tiempo con que baile.

—Vale, tranquila mi fierecilla. Vamos, aunque solo sea para que escuches un poco de los mejores ritmos caribeños.

Asiento, pero estoy convencida de que aún alberga la esperanza de hacerme bailar.

Ya en el sitio, el ritmo de los tambores te recibe en una mezcla única de culturas. He de reconocer que el ritmo incita al movimiento, es lo más cálido que he escuchado jamás y hago un esfuerzo para mantenerme inmóvil mientras mi Nessie saluda desde la entrada, a la que supongo será la madre de José; una mujer joven que se contonea rítmicamente encima del escenario, moviendo las caderas poseída por cantares celestiales.

—¿Nos sentamos aquí?

—Sí, por aquí está bien. ¿Esa es la madre de José?

—Sí, les presento cuando termine la actuación, no debe quedar mucho de espectáculo. Luego la orquesta toca a solas y los bailarines bajan para animar a los turistas a que muevan el esqueleto. Aunque algunos ya se van animando solos. —Señala a un señor mayor que está dándolo todo en una esquina de la barra, donde debe haberse cogido su buena cogorza.

Nos reímos un rato de las actitudes del pobre hombre como bailarín y fantaseamos con la historia personal que pudo haberle hecho venir hasta Haití, teorizando con toda clase de hipótesis. No sé cómo encontramos siempre una buena excusa para reírnos del mundo, pero estas tonterías me llenan mucho.

—¿Quieres que vaya a por algo de beber a la barra? Unos buenos cócteles nos ayudarán a mitigar el calor.

Asiento al instante porque necesito hidratar mi cuerpo, este calor no entiende de treguas.

Después de unas cuatro piñas coladas, el escenario se vacía y solo quedan un par de músicos para animar el ambiente. Los bailarines bajan según lo prometido, algunos desaparecen del todo y otros andan a la caza de clientes a los que mostrar sus pasos. La madre de José busca con insistencia a Nessie, hasta que visualiza a su objetivo y se acerca presurosa. Él nos presenta en francés y ella me saluda con lo que creo que es una cortés bienvenida, pero de inmediato me ignora e intenta arrastrarlo a la pista de baile. Se niega, no una vez, sino un par de veces, pero ella no quiere darse por vencida, y él termina cediendo a su odiosa persistencia.

—¿Te animas a bailar con nosotros?

Espera, que no solo accede a la pesadez de esa mujer, sino que pretende que yo le siga el juegucito.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que yo no bailo?

El tono cortante me deja en evidencia, pero se me hace difícil encubrir el desagrado para con la situación.

Sé que no debería estar tan molesta, si él quiere bailar con esa diosa del ritmo, pues que se largue, yo estoy requetebién aquí con mis piñas coladas, plantada como un puto árbol.

¡Idiota!, por su culpa ya tengo ganas de que me trague la tierra. «*Sonríe Natalia, sonríe. No puede verte como una niña malcriada, celosa y posesiva. Tú puedes controlarlo*». ¿Controlarlo? A ver como reprimo yo estas ganas infantiles de salir corriendo. Vale, respiremos, no puedo montar una pataleta solo porque esté bailando de esa forma extremadamente sensual con otra mujer que no soy yo.

¡Qué coño! Debería ir allí a quitarle a esa fresca las manos de encima de mi hombre, y luego gritarle un par de cosas a él por imbécil. Pero... ¿qué coño digo? Él no me pertenece y yo solita me lo he buscado por no querer bailar. ¡Ya sé! Nada como hacer «el idiota», para no ser una idiota.

Salgo recto hasta la pista e intercepto a uno de los bailarines que busca clientas a las que embaucar con su movimiento de caderas, y sin entenderle un pimiento, le hago un gesto para que me enseñe los pasos.

En cuanto lo siento agarrado a mi cintura, comprendo que ya he vuelto a meter la pata. Bebida y celos, una mezcla antagónica. Aunque es un poco tarde para esa observación, el succulento morenazo ha metido su pierna entre mis muslos y me arrastra por la pista, guiándome tan rítmicamente, que hasta parece que bailo.

La proximidad tan existente añade a mi cuerpo una dosis extra de calor, mucho calor. ¡Por Dios! Que pare ya la dichosa canción, entre los cócteles y las vueltas a las que me está sometiendo, me siento más mareada que una embarazada en su primer trimestre.

Ningún suplicio es eterno y para gracia de mi integridad física, termina por fin la pieza musical más larga de mi historia personal. Es hora de ubicar a Nessie, el culpable de mi último disparate.

Allí está, recostado en una mesa a solo unos metros de mí, con esa mirada inquisitiva clavada en mi sien. Cuando quiere es sumamente intimidante, ni siquiera logro descifrar su gesto. Yo diría que está entre enfadado, sorprendido y cautivado.

Aun así, no le dejaré amedrentarme. Cojo fuerzas y me acerco, lista para encararle. Qué yo sepa, ha empezado él.

—Con que usted no baila, ¿no?

Bien sabe que el que golpea primero, golpea doble. No esperó siquiera a que llegase a mi destino.

—No, pero me aburría y el chico es bastante persuasivo.

Relaja el gesto y dibuja una sonrisa algo cínica.

—Así que persuasivo. Ven aquí.

La petición suena a orden y no pienso mover ni un solo músculo para llegar hasta él.

—¿Has dicho algo? Con la música se te escucha fatal.

—Que vengas aquí, Natalia.

Contradictoriamente a su simulacro de mandato, se acerca él y me coge por la cintura, haciendo coincidir nuestros labios.

Ya he dicho que no me van las muestras de cariño en público, y su gesto me huele a ataque de testosterona, pero no impido que me bese, lo deseo, y en lo más profundo de mi ser, donde vaga mi *gollum* personal, se crea una necesidad primitiva de que «algunas» también vean que es mío, solo mío.

—Te perdono si bailas ahora conmigo.

Una canción más rítmica que la anterior empieza a sonar para auxiliar su descabellada multa.

—¿Perdonarme? ¿Tú a mí?

De nada me sirve encararlo, comienza a moverse pegado a mi cuerpo, y a pesar de que no posee la técnica del bailarín nativo, hay que reconocer que se mueve muy bien. Estoy embobada, este hombre no puede ser más sexi, debo encontrar el ritmo antes de que note que estoy babeando solo con mirarlo.

Finalmente, la música va tomando el control y me muevo sin planearlo, sin pasos complejos ni coreografías impuestas, soy libre presa entre sus brazos.

—Duerme hoy conmigo.

—¿Qué?

Mi petición le ha petrificado y doy gracias a que los últimos acordes de la canción llegan a su fin.

—Sé que nunca duermes a mi lado, siempre me abandonas cuando crees que estoy dormida.

Está blanco como un papel y no sé por qué me ha dado por tocar ese tema, quizás fue la música, la autonomía de los pasos o el calor de su cuerpo, pero he sentido la necesidad de tenerlo del todo; de ahí mi petición.

—Natalia, es tarde, lo mejor será irnos ya.

Han cambiado a un Nessie por otro, no pensé que mi solicitud fuese tan especial y odio haber acabado con la magia del momento.

—Vale, vámonos, yo también estoy cansada.

Me guía hasta la salida sin decir una palabra. La camioneta está a unas calles más abajo de nuestra posición, así que caminamos en silencio hasta dar con ella.

No dejo de pensar en lo imbécil que he sido; nunca me ha gustado forzar las cosas. ¡Qué coño! Nunca he hecho una mierda para que mis relaciones avanzaran, quizás porque nada me había interesado tanto hasta ahora. Aun así, he sido una estúpida soltándole esa ñoñería de que durmiese a mi lado. Debe pensar que soy una niña estúpida que muere por sus huesos, ha de creerse el centro de mi mundo. ¡Mierda!, odio esta situación. Daría cualquier cosa por borrar la última media hora.

Pone en marcha la camioneta y no soporto que siga sin decir una sola palabra. Pensándolo bien, tampoco le he pedido matrimonio, ni que se venga a vivir conmigo, ni ninguna de esas mierdas enfermizas. No creo que dormir con alguien sea más íntimo que todo lo que hemos hecho hasta ahora. Esta situación me cabrea bastante; estoy harta de un silencio tan absurdo.

—¿Sabes qué? No creas que muero porque pases la noche conmigo. Yo también adoro dormir sola, sin nadie que ronque a mi oído ni que me esté molestando, así que puedes irte a donde quiera que vas después de que has terminado de follarme.

—Natalia, tranquila. A tu pregunta de antes, me encantaría dormir contigo esta noche.

¿Qué? Este hombre pretende volverme loca, y casi lo consigue. Una parte de mí se muere por decirle que ahora se vaya a dormir con su progenitora, pero me calmo antes de hacer más tonterías. Esta noche ya la he cagado un par de veces y no queda cupo para mis prontos; mejor me quedo calladita.

Detiene el coche para entrar en la casa, y a pesar de que continúo cabreada, le sigo camino a nuestra habitación para ver hacia dónde nos lleva esta situación.

—Ven, siéntate aquí.

Me señala la esquina de la cama donde ya se ha sentado él.

—A ver Logan, me he cabreado porque...

Silencia mi boca con uno de sus dedos, y deajo que se explique.

—Natalia, te entiendo perfectamente. Simplemente yo no suelo hacer esto, tengo miedo de no estar preparado. Mi vida es mucho más compleja de lo que puedes imaginar, he pasado por ciertas cosas que aún debo superar...

Sus palabras, en ese tono triste, me llenan de dolor. Recuerdo los rumores tan feos acerca de su vida, y la defensa de mi abuela se clava en mi conciencia. Ella aseguraba que no debía juzgarlo, que este hombre era víctima de crueles circunstancias pasadas. Como siempre, ella tiene razón, estoy siendo una intrusa cuestionándole en temas que poco conozco y presionándole para que me cuente cosas tan personales.

—No me expliques nada más, no es necesario, ahora no. Ven, quédate solo un rato, luego puedes irte si quieres.

Me recuesto en la cama, haciendo que repose su cabeza en mi vientre y le acaricio el pelo, como consolándole por algo que desconozco.

No decimos una palabra más en lo que queda de noche, y me duermo con la necesidad de salvarlo de todos los demonios que puedan habitar su cabeza.

Capítulo 43

Natalia

Estoy despierta y no hago el más mínimo esfuerzo por abrir los ojos; no necesito hacerlo para comprobar que ya no está a mi lado. Siento el frío contraste del aire que ahora sustituye el contacto de su piel junto a la mía. Juro que jamás me he sentido tan sola. Siempre me había considerado una isla, aislada y desterrada de los males que obsequia el amor, pero llega él y como mar tempestuoso, lo arrasa todo, inunda mi espacio, baña mi orilla y ahora no dejo de mirar hacia el horizonte, contando los segundos hasta que la próxima ola impacte otra vez en mis ya maltrechas rocas.

—¿Estás despierta?

Su voz no me sorprende, le he escuchado acercarse hasta el borde de la cama.

—Nooooooooo...

—Levanta. Quiero llevarte a un sitio muy especial.

Me volteo para verle, sé que no estoy demasiado presentable, pero después de lo de anoche, necesito encontrar respuestas en sus ojos, no pienso dejar escapar ni un solo detalle más.

—¿A dónde quieres llevarme? Había quedado con José para ver algunas de sus obras hoy.

—Eso puede esperar, yo no puedo esperar.

Su mirada me inquieta, y sin haber dicho nada relevante, intuyo verdad en sus palabras.

—Vale. Me aseo y te alcanzo en la cocina.

—Aún no ha amanecido, voy a preparar la camioneta y te espero fuera.

Asiento sin tener una mínima idea de a dónde pretende llevarme a estas horas de la madrugada, pero voy acostumbrándome a sus intrigas, y, a decir verdad, mi desequilibrada cabeza le seguiría hasta el mismísimo infierno.

Me aseo repasando mentalmente la ropa que puedo usar, aunque no hallo grandes opciones y termino usando el único pantalón corto que tengo en mi poder. Como prenda superior me decanto por un sujetador deportivo que encuentro entre mis cosas; creo que cuele fácilmente como top, y, total, ya me voy haciendo a la idea de que aquí todos van casi desnudos como medida ante el asfixiante calor.

Salgo para encontrarle y le veo concentrado bajo el capó de la camioneta. En cuanto me escucha, termina su tarea y me mira de arriba a abajo, pero esta vez no dice nada, y por primera vez, extraño sus repetidos intentos de piropearme.

No sé qué estará pasando por su cabeza, pero está muy centrado, no diría que serio, pero le falta ese toque tan suyo de intentar cabrearme con la menor tontería.

—Salgamos ya, el trayecto es relativamente largo y quiero pillar el amanecer.

Subo al coche para evitarle el martirio de insistir; me inquieta no saber cuál es el destino, pero a pesar de ello, estoy entusiasmada de que quiera compartir conmigo algo especial para él. ¿Quién sabe? Quizás el sitio me ayude a descifrarle un poco, saber que atormenta esa cabeza sería un alivio para mi necesidad de entenderle.

Llevamos casi una hora de camino y la noche empieza a ser más clara. Aún no ha salido el sol, pero debe quedar muy poco.

—En esa bolsa he puesto algunas frutas, puedes comer si te apetece.

Rebusco algo para los dos y comemos mientras bromeamos sobre mis criterios de elección. Él alega que solo le doy las frutas pochadas o que no me gustan, yo le culpo por mirarme el canalillo, y

poco a poco restablecemos nuestro estado natural de risas y bromas tontas. Me alegra que a pesar de la seriedad con que aborda el viaje, logremos estar así, siendo nosotros, relajados.

—Ya hemos llegado. Bueno, estamos muy cerca, pero dejaré la camioneta por aquí y seguiremos andando.

Miro a mi alrededor para encontrar pistas del lugar al que pretende llevarme, pero de momento solo veo pura naturaleza. Incluso diría que ha aparcado en el lugar perfecto para deshacerse de un cuerpo después de asesinarlo.

Lo observo expectante y me hace una señal para que le siga por un sendero en el que ya se ha aventurado. Espero que el trayecto sea corto, muero por descubrir el misterioso lugar.

Avanzamos mientras nos recibe el alba y juraría que escucho el sonido del agua.

—¡Tachán! —Descubre unas ramas para que pueda admirar la increíble vista.

El paisaje es impresionante; estoy justo en frente de una cascada de agua dulce que brota sobre un hermoso río cubierto de inmensos árboles. El ambiente es extremadamente franco, y la humedad que se respira es más que refrescante. No soy lo que puede decirse una persona religiosa, pero siempre he creído que hay un poder superior que no logramos entender y que está presente en todo aquello que nos rodea, aunque no seamos capaces de explicarlo. Este sitio me parece un ejemplo claro de ello, y como artista, odio no tener un cuaderno de dibujo a mano.

—¡Wow!

—¿A que es espectacular? Uno de los lugares más mágicos de Haití. Este sitio es visitado por miles de peregrinos buscando el punto exacto donde dicen se apareció en la copa de un árbol, *Erzulie*, la diosa del amor y la belleza. La historia cuenta que un sacerdote francés, movido por el miedo que sentía hacia la superstición que esto podría inspirar, decidió cortar el árbol, erigiendo a pocos metros del lugar, una iglesia en honor a la Virgen, y por obra y arte del sincretismo haitiano, *Erzulie* se camufló en la católica Virgen de los Milagros. El agua es también sagrada para los dioses *Damballah* y *Ayida Wedo*. Curiosamente, las alturas de las rocas alrededor de la cascada modelan una formación natural de Fibonacci; lo que aumenta la sensación de misticismo del lugar.

—Es que hay que verlo para creerlo. El lugar destella encantamientos.

—Imagina un sitio que conceda fortuna y milagros a sus devotos, y va y se encuentra paradójicamente en el país más pobre de América. Para nada es de extrañar la avalancha de peregrinos que viene a dar con estas aguas benéficas de *Saut d'Eau*, supuestamente capaces de curar cualquier mal.

En serio, estoy hipnotizada; un poco por sus palabras, otra buena parte por el sonido del agua y sin duda en gran medida por los sentimientos tan intensos que me está generando la experiencia. Estoy completamente cautivada, la emoción se apodera de mis nervios y corro hasta la orilla del río, sumergiéndome en sus aguas, poseída por algún espíritu sagrado que no piensa permitir que este hombre descubra lo que acabo de comprender yo.

Sí, es él. Ya no hay vuelta atrás, me ha marcado y no importa en qué medida, o de qué forma, ya está en mí y nunca seré la misma; para bien o para mal, soy tan suya como mía.

Me mira estupefacto, pero no vacila un solo segundo, se lanza al agua como si estuviese en sus manos evitar que me hunda.

Abraza mi cuerpo desde atrás, y rezo para que no me haga voltear, pero parece que no lo pido a la Virgen milagrosa, porque ya me tiene frente a frente y su agitado pecho hace eco en la simultaneidad del mío.

—Mi niña. ¿Estás llorando? —Pretende borrar mis lágrimas con sus dedos, pero estas se reproducen a base de unos sentimientos que han decidido aflorar.

—No me hagas caso, no es nada. Ha sido este estúpido lugar.

—¿Entonces no sientes nada? ¿Estoy solo en esto? Porque ahora mismo me siento en tus manos. Sé que soy un desastre y que te mando continuamente mensajes equivocados, pero no sé hacerlo de otra manera. Nunca he tenido la necesidad de ser mejor persona por alguien que no sea yo mismo. He superado muchas cosas de las que estar orgulloso, pero he encontrado límites y me he acomodado en ellos. Sin embargo, tú me remueves, me reinicias. Si te dijera que sacas lo mejor de mí, te mentiría, pero escarbas y eso es más de lo que ha hecho nadie por mí. Natalia, domesticame.

—¿Qué has dicho?

—Por favor, domesticame.

No puedo creer que esté usando mi libro favorito. Esto es realmente especial y necesito que sepa que, para mí, ya él es único en el mundo.

—¿Qué te domestique? Logan, eso es algo ya muy olvidado. Si te domestico, entonces tendremos necesidad el uno del otro. Tú serás para mí, único en el mundo, yo seré para ti, única en el mundo. (*Exupéry, 1943, p.67*)

—Mi vida es muy monótona, por consiguiente, me aburro un poco. Si tú me domesticas, mi vida estará llena. Conoceré el rumor de unos pasos diferentes a todos los demás. Los otros pasos me hacen esconder bajo la tierra; los tuyos me llamarán fuera de la madriguera como una música. (*Exupéry, 1943, p.68*)

Estamos en un sitio sagrado usando frases del libro más romántico que se ha escrito jamás y me rehúso a mancillar este momento con palabras tan maltratadas como «te amo» o «te quiero». No creo que nadie sienta de igual forma, todos, como seres particulares, vivimos sentimientos igual de particulares, así que me veo en la obligación de encontrar nuestro propio *Te quiero*.

Con todo lo que siento y como lo siento, le ofrezco nuestra peculiar acepción para este sentimiento.

—Domesticada.

—¿Ese será nuestro te quiero?

—Sí.

—Pues, domesticado.

Su grito me pilla desprevenida, pero es solo el principio de su desenfreno. Me besa con fuerza y se aparta para volver a gritar.

—Domesticadooooooooo...

No puedo dejar de sonreír. Se ha vuelto loco, pero parece liberador, así que me zafo de su abrazo y subo a la roca más alta, justo donde rompe la cascada. Y con el más agudo de los gritos, pretendo retarlo.

—Domesticadaaaaaaaaaaaaaa....

Cuánta locura, risas chifladas, corazones desnudos.

Me alcanza y trepamos hasta el manantial purificador para que nuestros cuerpos sean bañados con sus aguas.

Pasan horas bajo el sonido y el frescor del agua, abrazándonos, besándonos, lavando nuestras miserias pasadas, lanzando al cielo nuestros miedos, y rezando, por qué no, para que nos concedan el milagro de vivirnos intensamente.

Capítulo 44

****Logan****

—De veras pensé que me asesinarías cuando te vi aparcando la camioneta en medio del bosque.

—Sí, lo estuve pensando un rato, pero al final decidí violarte antes.

—Para querer violarme, te has puesto muy romántico.

Yo le abro mi corazón, y la muy jodida aprovecha la menor oportunidad para burlarse de mí.

—Ya. Lo dice la que subió a ese pedazo de roca para gritarme... ¿Cómo era? Es que no lo recuerdo muy bien.

La provooco para que repita las palabras claves, las que están poniendo patas arriba todo mi mundo.

—Yo tampoco recuerdo nada. ¿Cómo decías que se llamaban esos espíritus que vagan por el río poseyendo a las almas más puras? ¡Ah sí!, los *Loas*. Pues creo que se han hecho con la mía.

—¿Alma pura la tuya? No me hagas reír.

Estamos echados sobre la tierra a orillas del río y la tengo tan cerca, que no puedo evitar deseársela con todas mis fuerzas, sobre todo después de lo que nos hemos dicho.

Tengo miedo, mucho miedo, pero si algo he aprendido en esta vida, es que detrás del miedo más profundo, justo al límite, se esconden las experiencias más reveladoras.

Aprovecho que estamos tan cerca para tocarla, es tan húmeda que el mero contacto con su piel logra excitarme.

—Hagámosle una ofrenda a la Virgen.

—Cuánta devoción. A ver, ¿qué se te ocurre para esa dichosa ofrenda? —Pone los ojos en blanco para retarme, pero no aparta mi mano de su sexo.

—No sé, creo que estaría muy feliz siendo testigo de nuestra pasión. Te lo explico; tú me entregas tu cuerpo, y yo le agradezco el milagro.

Ha estallado en carcajadas, justo lo que pretendía, me encanta hacer el tonto con tal de verla reír.

Cuando creo que va a soltarme una de las suyas, se echa sobre mí y me besa apasionadamente en los labios.

¡Hum! Esa lengua, su *piercing*, su humedad.

—Hacemos algo mejor; tú me entregas *tu* cuerpo, mientras yo le rezo por ti.

Baja hasta mi entrepierna y pierdo por completo el hilo de la conversación; cuanto más la tengo, más me torturan las imágenes de ella que voy guardando en mi cabeza. Acabo de recordar la vez que sus labios rozaron mi ser mientras me masturbaba con sus pechos.

«*Logan. Hola, ¿hay alguien ahí?*». Es cierto, debo centrarme o perderé la noción de lo que está pasando.

—¿Qué te parece la idea?

Creo que sospecha cuánto me gusta que tome el control.

—Ya te lo he dicho; domesticame.

Parece que he pronunciado las palabras correctas, porque ha bajado con determinación mis pantalones cortos empapados en agua, y ha comenzado su ritual satánico para hacerme arder en este infierno que no cambiaría por el más idílico de los paraísos.

Verla mientras saborea cada milímetro de mí, envuelta en jadeos de placer, es todo lo que necesito para enlazar este sentimiento que jamás había ensayado. La tengo tan dura, que apostaría

que no es saludable.

—Dime que tienes uno de esos envoltorios plateados por algún lado.

Sonríó porque siempre estoy preparado, y en el bolsillo de mis pantalones cortos, se esconde alguno que otro.

—Tranquila, creo que tengo algo por aquí. —Me estiro para alcanzar unos pantalones que han terminado a la altura de mi cabeza —. A todas estas, ¿cuál es la prisa? Quiero comértelo, necesito saborear esa parte de ti que he descubierto como mi sabor favorito. Ven, ponlo aquí, en mi b...

No deja ni que termine la frase, tapa mi boca, justo la palabra que me impidió completar.

—¡Eh!, ¡eh! Tranquilito, eso no va a pasar ahora mismo. Voy a ponerte este condón, y voy a hundirme en ti, porque lo necesito, y quiero que sea ya. —Trenza sus dedos en mi pelo, y juraría que los jala un poco mientras pronuncia su discurso de dominatrix.

Una parte de mí quiere cargarla en peso para meterme entre sus piernas a la fuerza, hasta que el orgasmo que le propine la deje indefensa y desprovista de ese coraje del que se jacta, pero ahora mismo está al mando esa otra parte de mí que se enciende de placer al verla dominante, decidida, lasciva.

No, no, no. Que alguien me diga de dónde saca esta chica tanta maestría y sensualidad; no tengo dudas de que ha nacido para romper todos mis esquemas. Se está metiendo el condón aún envuelto en la boca, y con mucha delicadeza, se ayuda de la lengua para deslizarlo por la punta. Sus labios me aprietan, rodeándome por completo, al tiempo que va desenvolviéndolo del todo, hasta que sus carnosos labios rozan mis testículos. Estoy tan excitado que ni siquiera me preocupo por el riesgo que puede suponer para la integridad del condón, esa peligrosa maniobra.

Y espera, que esto solo acaba de comenzar. Una vez que ha puesto el profiláctico de la manera más sexual que alguien imaginó, se sube a mis caderas, primero de cuclillas, en ese juego tan suyo de no introducirla del todo, y que, en lo personal, me lleva a la locura. Para luego aliviarme a pequeñas dosis de cordura, sentándose por completo sobre mi deseo.

Tiene el control, lo ha tomado, es suyo. Se mueve usando todo el espacio que ha conquistado, cuenta con la libertad suficiente para erguir su espalda o variar la inclinación del busto a su antojo, y lo hace, hasta encontrar la postura ideal donde intuye mi frenesí.

La posición le genera muchísimo poder, pero sé que ella también sufrirá el impacto, estoy seguro de que el contacto entre su clítoris y mi pubis le está estimulando. Y lo sé, por los repentinos cambios de intensidad, presión, y ritmo con el que frota su cuerpo contra el mío. Esta mujer se adapta muy bien a las nuevas sensaciones, y me encanta ser testigo de los placeres que descubre.

La visión que tengo de su cuerpo es extremadamente excitante; lo veo todo, desde el bajo vientre hasta sus senos, su cara, toda ella provoca. La acaricio y aprovecho los momentos en que el movimiento le acerca a mi rostro para besarla. Esto también sabe a delirio, tanta sexualidad retoma su carácter lúdico tras librarme de la ansiedad de tener siempre el control.

Cuento los minutos, los segundos, repaso esa ecuación tan difícil a la que nunca encontré solución, cualquier cosa con tal de aguantarle el ritmo, pero, definitivamente, esta mujer es insaciable. Juega teniéndola en su interior, explorando a base de placer los movimientos que recién descubre, ofreciéndome el espectáculo de ver su cuerpo vivo y móvil, ardiente en deseo y pasión.

—¿Sabes cómo se llama esta posición?

¿Qué? Ahora mismo no recuerdo ni mi nombre, pero adoro escucharla; una práctica que me pone a cien y que a ella suele costarle; así que agradezco su insipiente muestra de seguridad.

—No lo sé, dímelo tú.

Se lleva las manos a la cabeza, aprovechando para recoger algún mechón de pelo que se pegaba sudoroso a su cara, y sin dejar de moverse sobre mis caderas, comienza a explicar.

—Esta es la postura de Andrómaca. Los antiguos sabían que Andrómaca, mujer de Héctor, el gran héroe de Homero, solía «cabalgar» sobre su esposo. Contaban que detrás de las puertas, los esclavos frigios se masturbaban cada vez que Andrómaca montaba «el caballo de Héctor». La legendaria pareja da su consentimiento a una posición no poco controvertida; el hombre está en situación de inferioridad, la mujer le domina y se convierte en la maestra del juego, algo mal visto por aquellos tiempos.

—Sabios los hombres de antes.

Lo he dicho solo para picarla, en realidad odio que la humanidad haya tardado siglos en entender, que la fuerza de un hombre radica en el poder de una mujer. Con ella conquistamos el mundo, sin ella, no hay mundo.

Aun así, mi provocación ha dado frutos y se mueve con tal intensidad, que no sé cuánto podré soportar. Sin mencionar que su historia me ha follado a un nivel místico, he trascendido en el espacio y el tiempo, he visto a la mismísima Andrómaca cabalgarme como al más fiel de sus esclavos.

Se tejen momentos llenos de erotismo, todas las condiciones son propicias para que el juego sea más eficaz y nos lleve progresivamente a un orgasmo ya inaplazable. Se tensa por completo para regalarme una imagen única de su cuerpo; sus pechos caen víctimas de su desnudez y su rostro es perfecto bajo los rayos del sol. Empiezo a sospechar que los orgasmos que me genera esta mujer tienen pacto con la enajenación propia de algún mundo paralelo desconocido para la mayoría.

Estamos entrelazados, sudados, satisfechos de bien. Me aferro como un niño hambriento a su regazo desnudo y dejo que sus caricias alimenten mis esperanzas de sentirle para siempre. El cielo también es nuestro, y le contemplo en búsqueda de esa virgen a quien agradecerle el milagro de tenerla entre mis brazos.

Capítulo 45

Natalia

¿Quién coño ha puesto el maldito despertador?

Abro los ojos en busca del monstruo a quien mi experiencia culpa de tal fastidio, y como no, ha sido cosa suya. Mi móvil no deja de sonar, programado con una alarma a todo volumen y sobre él, un *post-it* con una nota.

[Lindo día, malhumorada.

Te necesito ya en mi despacho; tenemos asuntos pendientes de nuestro próspero negocio. Y, por favor, procura llegar a la galería antes de las diez de la mañana.

SIEMPRE TE ESPERO

Domesticado.]

Lo primero. ¿Qué coño le hace pensar que me he levantado de mal humor? ¡Ah! ¡Claro! Quizás tenga algo que ver con que ha puesto la puta alarma para... Espera, ¿son las ocho de la mañana? Lo mato, en serio, lo mato.

Arrojo el móvil a mi lado en la cama, y con la nota en las manos, intento que me dure el cabreo, pero es prácticamente imposible. Llevo casi dos semanas y media viniendo alternativamente a su casa, y a pesar de que nuestro tiempo juntos se divide entre muchas peleas, trabajo, sexo, sexo, y sexo; jamás imaginé que tendríamos lo que puede decirse, una relación saludable. Aunque ambos nos negamos a definir, de cualquier forma posible, lo que sentimos o vivimos. Pensándolo bien, creo que desde nuestro viaje a Haití, no hemos hablado abiertamente de sentimientos.

¡Oh! Haití, cuantos recuerdos, sin duda un destino único que cambia para siempre la vida de aquel que lo visita, o al menos eso ha conseguido con la mía, que ahora sueño despierta con cuerpos a la orilla del río y tambores que hierven la sangre. Ese viaje me ha hecho valorar hasta el más mínimo detalle de cualquier lugar en el que me encuentro. Es increíble como al aterrizar, admiré por primera vez la limpieza y conservación de las calles, calles por las que había pasado un centenar de veces, sin reparar jamás en su estado, pero Haití tiene ese efecto; te regala realidad y dejas de dar por hecho todas las cosas buenas y bonitas que te rodean.

¡Joder! ¿Tiene que sonar el móvil ahora que he comenzado a cepillarme los dientes? ¡Que se espere! Cuando termine de asearme, lo miro.

—¿Qué quieres, pesado? ¿No te basta con levantarme a las ocho de la mañana?

—Buenos días, mala leche. ¿Algún día aprenderás a hablarme con buenos modales?

—Sí, puede. Justo el día que tú dejes de creerte «mi jefe» y no robes mi móvil para poner la dichosa alarma.

Me pregunto si todas las parejas discuten tanto, pero mi Nessie y yo, somos sustancias explosivas al contacto, altamente inflamables como mezcla, sin embargo, siempre encontramos ese medio donde cohabitar entre las llamas.

—Bueno, eso del «jefe», ya lo veremos. Analizaremos quién manda cuando te tenga delante. Por lo pronto, eso tiene que esperar. Tu abuela me ha llamado temprano, ella y Tina te esperan para arreglar los trajes del *Ceilidh*. Y... como la idea de que bailes en los juegos de verano me pone extremadamente cachondo, te doy la mañana libre.

¡Madre mía! Ya lo había olvidado. No sé cómo he accedido a participar en algo así. Les he dicho que sí sin pensarlo, estaba tan avergonzada por pasar tanto tiempo con Nessie, que fue la

única disculpa que encontré cuando me lo pidieron.

—Es pensarlo, y me dan náuseas. No tenía que haber dicho que sí a esas dos. Haré el ridículo, y a lo grande. Yo que ni siquiera pensaba asistir a los juegos.

—Venga, ámate. Verás que es muy divertido. Además, te vendrá bien pasar tiempo con ellas; no quiero que Isabel me acuse de tu secuestro.

—Ya. Justo por eso accedí, pero no te hagas ilusiones, el día del dichoso baile, no quiero verte por allí. Ya es suficiente con hacer el ridículo delante de todos, como para tenerte cerca, burlándote de mí.

—No prometo nada. Otra cosa, antes de colgar.

—Dime.

Ha endurecido la voz, y me pregunto qué es eso que le preocupa comentarme.

—Hoy tengo un almuerzo en casa de unos amigos. Algo informal, serán solo unos pocos invitados para celebrar el cumpleaños de sus hijas...

—Vete, no tengo por qué venir esta noche. Yo también tengo cosas que hacer.

—¿En serio? ¿Qué tienes que hacer? En realidad... en realidad había pensado pedirte que me acompañaras.

Esto me pasa por bocazas, siempre soltando el primer golpe para evitar que me hiera la situación. Por supuesto que no tengo nada que hacer esta tarde, lo he dicho para que se sintiera libre de ir a donde quisiese. No tenemos ningún compromiso el uno con el otro, y que se excusara, comenzaba a darme muy mal rollo. A decir verdad, hasta ahora no hemos vivido grandes momentos sociales, yo aquí no tengo amigos que compartir, y mi abuela es la persona más discreta que he conocido; jamás fuerza ninguna situación y respeta al máximo mis decisiones. Y, por su parte, esta es la primera vez que intenta presentarme a algún amigo, exceptuando Haití, claro. He de resaltar que me encantaría que me mostrase todo aquello que forme parte de su vida, normalmente odio ese tipo de convenciones sociales, pero viniendo de él, estoy más que feliz de poder asistir a su lado.

—No te preocupes, si realmente quieres que te acompañe, puedo cancelar mis planes.

—¿En serio? Eso sería genial. Paso por ti a las tres de la tarde. ¿Te parece?

—Perfecto, hasta la tarde.

—¿Hasta la tarde, y ya? ¿No vas a decirme nada más? Yo muriendo de ganas por verte, por tocarte, ¿y tú me tratas así?

Es un idiota, y me parto de risa cada vez que se pone en plan reina del drama para provocarme.

—Yo también tengo ganas de verte.

—y de...

—Y de tocarte.

—y...

—Domesticada.

—¿Cómo has dicho? Es que ha habido interferencia y no se ha escuchado nada.

—Domesticada, domesticada, domesticada...

Se lo repito un millón de veces hasta que le siento suspirar al otro lado de la línea.

Esto de ponernos ñoños, en otras circunstancias me resultaría vomitivo, pero de un tiempo para acá, no hay nada que me haga más feliz.

—Bueno, chao.

—¿Qué?

Se parte de la risa; adora molestarme.

—Lo sabes, Natalia. Domesticado.

Cuelgo el teléfono, y una gran sonrisa me maquilla el rostro. Cada vez me cuesta más cumplir con el estereotipo de chica siniestra y oscura que he sido siempre. Algo se ha apoderado de mí, y ahora veo en colores, colores brillantes que me iluminan por dentro. Para alguien que ha vivido en las sombras, puede resultar cegador. Quizás esa sea la razón por la que vago algo deslumbrada por este sentimiento que juraría que lo está cambiando todo.

¡Hum! Que rico el olor a café que se respira en casa de la abuela a estas horas de la mañana, te hace sentir como... en tu hogar.

—¡Natalia! Qué bien verte.

Tina deja sobre la mesa de la cocina, el salmón que estaba preparando. Me pregunto si solo está entusiasmada por verme, o piensa ponerse en plan osito del cariño.

—No seas exagerada, Tina. Nos hemos visto esta misma semana.

—Perdona, pero no te librarás de este abrazo. Casi no hemos tenido tiempo para hablar. Todo ha pasado muy rápido, la última vez que estuvimos realmente juntas, mi exnovio te reventaba la cara y Logan aparecía para rescatarte a lo «Spider-Man y Mary Jane». Sin mencionar que aún no me has contado todos los detalles de ese viaje en el que vivieron su amor de telenovela.

—¿Amor de telenovela? Deja el melodrama y sal de mi vista.

Lo digo entre risas, porque su excesivo dramatismo termina por hacerme gracia.

—¡Dios! Dime que te dijo que te amaba al ritmo de esos tambores salvajes de la bella Haití.

Ya se está pasando y su tono es de burla total, una escenificación teatral producto de las confianzas que le he dado.

—Venga, Tina. En serio, no me provoques tan temprano.

—No, nada de malas caras. Necesito detalles, quién iba a decirme que mi mejor amiga sería la novia de *Logan Craig*.

Odio que hable de él como si hablase del galán de su telenovela favorito, pero lo más importante, ¿soy su mejor amiga?

—Tú lo que necesitas es un novio, ojo, uno normal, que te conozco. Sé que te van los pirados y no tengo el cuerpo para follones. Por cierto, y para tu información, no soy la novia de nadie. Digamos que tenemos algo, pero nada serio o etiquetable.

—Ya. Nada serio, ¿no? Pues que sepas que tu amor «no-etiquetable», te sienta fenomenal; alguien parece estar abandonando el negro.

Miro mi ropa para cerciorarme de que no he escogido un conjunto muy fresca y la verdad es que voy como siempre, unos vaqueros oscuros y la sudadera *Levi's* que tanto adoro.

—¿Qué dices?

—Lo que oíste, y no me refería a la ropa. —Guiña un ojo adivinando mis pensamientos—. Sigues teniendo el mismo mal gusto que antes; el color está ahora en tus mejillas.

Qué fuerte, ni Tina tiene miramientos en mofarse de mi nuevo estado.

Es curioso cómo coexisten mundos paralelos en nuestra propia realidad. «Cada uno es un mundo», no sé ni cuántas veces he escuchado esa frase sin hallarle mayor sentido. Pero analizándolo fríamente, es cierto. Cada uno, durante su propia vida, vive momentos singulares, momentos compartidos, momentos de soledad, un sinfín de situaciones que pueden marcarte de forma particular, a ti y a nadie más, marcas que solo reconoce tu realidad. Por eso se habla de un punto de vista «desde fuera», que a veces es tan útil, como inútil. No hay palabras que puedan explicar a esta chica con la que no tengo ningún problema en compartir mi espacio personal, lo que siento, lo que estoy sintiendo por ese desconocido para ella. Ella no ha visto cómo el agua realza sus facciones bajo una cascada, no ha sentido el calor de su cuerpo en el abrazo más largo que nadie me ha dado y, aunque lo escuchase pronunciar las frases más profundas de mi libro

favorito, quizás tampoco entendería lo que cada palabra me hace sentir, porque forma parte de mi realidad haberme dormido más de una noche abrazada a ese libro, o despertarme llorando con una de sus reflexiones metida en la cabeza. Ella nunca comprenderá lo que una simple palabra pronunciada entre sus labios me hace sentir.

—Qué bien encontrarlas a las dos tan temprano por aquí.

En mi caso es culpa de Nessie y su payasada de programar alarmas en mi móvil.

—Hola, señora Isa ¿Quiere que disponga la mesa para el desayuno?

—Gracias Tina, estaría bien. Mientras le tomaré las medidas a Natalia para el traje.

¡Dios! Vaya pereza la que me da el temita del dichoso baile. Aunque cada vez disfruto más del poco tiempo que paso con esta bruja sabia.

—Vayamos al comedor, tengo un *Sash* de cuando era joven que estoy segura de que te quedará genial. Puede que hasta algo de *tartán* a juego haya por ahí. Tendremos por supuesto que ajustar el *kilt* a tus medidas, yo de joven no era tan delgada como tú, pero eso tiene arreglo.

—No he entendido una palabra de lo que has dicho, pero me pongo en tus manos.

—Querida, ¿tu amigo escocés no te enseña sobre su cultura de origen?

Es raro que le mencione tan abiertamente, pero en cuanto nota mi incomodidad, zanja el tema de inmediato.

—Ese ya ha pasado tanto tiempo fuera de Escocia, que más bien es un hombre del mundo, sin religión, ni bandera; libre. Bueno, a lo que estamos. Para estos eventos, las mujeres, al igual que los hombres, llevan tartanes, que no es más que la tela cuadriculada que ves en los *kilt*, las famosas faldas que han recorrido el mundo solo porque las usan los hombres. Normalmente cada mujer lleva el *tartán* correspondiente a su clan o al clan de su marido, y en este caso, si nos haces el honor, llevarás el *tartán* del clan de tu abuelo que yo usé siempre con orgullo.

No sé qué decir, formar parte de algo tan familiar es bastante profundo, teniendo en cuenta que mi concepto de familia, hasta hace unos meses y durante toda mi vida, era sinónimo de rechazo y soledad. Imagina mi asombro cuando llega esta señora y me hace sentir como Simba, hijo de Mufasa, rey de la sabana, en ese clásico momento en el que es anunciado en brazos de Rafiki ante todo el reino animal. Sé que es una estupidez mi comparación con *El Rey León*, pero ha sido escuchar clanes, tradición familiar, y ha empezado a sonar en mi cabeza la banda sonora de Elton John.

—Por mí no hay problema, pero debes ser consciente de que dejaré la reputación del clan por los suelos. No tengo ni idea de los pasos y soy un poco bastante arrítmica.

—No te preocupes por eso. Tina se encargará de enseñarte todo, y créeme, esa chica domina los pasos mejor que las recetas de salmón, que es mucho decir. Además, yo también me dejaré caer por el centro cultural para ayudarles en los ensayos.

No lo veo, no lo veo, no lo veo. Esto es una pésima idea. No me veo vestida con esa ropa a cuadros, haciendo el ridículo de mi vida. ¿Cuándo me he vuelto tan condescendiente? Por primera vez, me importa más complacer a otros que a mí misma, una novedad desafortunada para mi integridad moral.

A pesar de ello, asiento a todo lo que dice la abuela, mientras dejo volar mis pensamientos hasta ese hombre de ojos negros, capaz de transportarme a los mejores momentos, lejos de esta absurda realidad.

Capítulo 46

****Logan****

Aparco el coche en la entrada de la casa de Isabel.

¡Mierda!, vuelve a caérseme el móvil, tercera vez consecutiva en los último diez minutos, y para colmo se ha metido en el hueco del sillón; llevo una mañana de torpe insoportable. Aunque creo que es más un ataque de nervios, aún no sé si es buena idea llevar a Natalia a casa de Roger. Será solo un rato, y es un evento sencillo para celebrar el cumpleaños de sus gemelas, pero, no sé, estar con ella en esa casa que ha visto lo peor de mí, me llena de miedos. ¿Estaré a tiempo de cancelar? «*Deja la paranoia, Logan. Solo será un encuentro entre amigos*». Es cierto, Roger es mi psicoanalista, pero hace muchos años que lo considero uno de mis mejores amigos. Además, le sentará fatal que no esté en el cumpleaños de las niñas, sin mencionar que muere por conocer a la mujer que ha conseguido doblegarme. Ese me mata si le digo a última hora que no voy.

¡Al fin! Aquí estás, escurridizo móvil, por fin logro sacarte de tu escondite. Es hora de buscar a Natalia, solo ella puede despejar todas las dudas que retozan en mi cabeza.

—Hola Tina, ¿puedes avisar a Natalia de que ya he venido a por ella?

—Hola, señor Logan. Pase al fondo del recibidor. Le estaban esperando, pero la señora Isa la ha convencido para ensayar algunos pasos del *Ceilidh*.

La pobre debe estar haciendo un esfuerzo gigantesco para complacer a su abuela. Conociéndola, tanto derroche de consentimiento, me va a tocar pagarlo a mí. Deja que esa libere el cabreo contenido, no me gustaría estar cerca cuando eso suceda.

Voy acercándome y a diferencia de la escena que imaginé, con una Natalia asintiendo encorreada; les escucho la mar de a gusto, riendo y zapateando.

—¡Eh! Logan, cuanto me alegra verte. A ver si te animas y le haces compañía a Natalia en el baile, necesitará pareja.

—Para eso tiene que convencer a su nieta, no me quiere ni a diez metros de ella el día del baile.

—Cuándo aprenderéis los hombres que a las mujeres nos gusta que insistan, y que un no, puede ser perfectamente un sí, o un no, pero eso ya es más complicado.

—A ver, a ver, dejen de hablar de mí como si no estuviera. Logan, vámonos, ya ha estado bien por hoy. Adiós Isabel, tengo que reconocerte que el bailecito es bastante divertido, aunque sigo pensando que destrozará los pasos.

—De eso nada, lo harás perfecto. Cuídense los dos.

Isabel nos despide con esa cara de segundas intenciones que tanto le conozco, no pierde la ocasión para advertirme que debo cuidar de su nieta. Si Natalia supiera todo lo que hace esta señora por ella.

—No se preocupe Isabel, estaremos bien.

Cruzamos la puerta principal, y ya en la salida, aprovecho para reparar en lo guapa que está. Se ha recogido solo unos mechones de pelo detrás de la cabeza, lo necesario para despejar su rostro. Que ganas de tocarla, besarla, tenerla. Esto es enfermizo. Normal que ella destierre todas mis penas y ansiedades, ella en sí, es una debilidad, un pecado, un vicio, y soy víctima de la adicción que me genera.

—Quiero besarte, lo necesito.

—Ni se te ocurra. Aquí no, estamos en frente de la casa de mi abuela y prácticamente en medio de la calle.

—¿Y a quién le importa? Qué más da, no le haremos daño a nadie por un beso.

Sé que las muestras de cariño en público no son su fuerte, pero me importa poco, mis ganas andan rebeldes y se ríen de su recato.

—He dicho que no, Logan. NO.

Me voy acercando y el tono le sale cada vez menos convincente.

—Sabes que voy a hacerlo, ¿verdad?

La acorralo contra el coche, y sin que tenga que forzar un gesto ocultamente consentido, le robo el más intenso de los besos.

Esos labios, la puerta que abre nuestra dimensión atemporal, la misma donde cohabitan los mejores recuerdos que hemos vivido hasta ahora.

Es una delicia comprobar que lo deseaba tanto como yo. Tanto es así, que se ha dejado llevar, y lo que comenzó como un beso, ahora se dilata en caricias algo apasionadas.

Me estoy excitando más de lo que amerita el momento y el lugar, así que aprovecho mi rendición para llevarme el triunfo.

—¡Eh! ¡Eh! Para. Estamos en medio de la calle, además tu abuelita podría vernos. No sé cómo no te da vergüenza.

He despertado a la bestia, pone ojos de asesina y comienza a atizarme con sus nada delicados manotazos. Aunque la pobre es tan menuda, que sus ataques le dañan más a ella que a mí.

—Eres un capullo insoportable.

—Lo sé, y, aun así, te olvidas del mundo cuando me besas.

Adoro esa cara de enfado tonto; es poderosa la energía que tiene la jodida, y todo un regalo ser el blanco de su ira infantil. Aunque no me gustaría hacerla cabrear de verdad, tiene que ser devastador.

—Vámonos de una vez o no respondo. Tu fanfarronería no tiene límites.

Su amenaza disfraza unas ganas de tregua que ambos compartimos, pero se aleja de mi coche y comienzo a cuestionarme la interpretación de su gesto.

—¿A dónde vas?

—Voy en mi jeep; teniendo coche no me monto en esa «chatarra».

Hay que ver la manía que le tiene a mi deportivo.

—No podemos ir por separado, es una residencia privada y solo me conocen a mí. Además, es una descortesía, eres mi invitada.

—Si es así, no hay problema, iremos juntos. Yo te llevo, monta. —Golpea el asiento del copiloto para que pille cual es mi sitio.

Es una niña malcriada, pero qué le voy a hacer, su temperamento es mi parte favorita.

—Eres una niña, ¿lo sabías? Espera aquí, iré en tu tartana, pero antes debo traer los regalos que he comprado para las niñas.

Acomodo las cajas en el jeep y tomo mi lugar en el asiento del copiloto. No sé si llegaremos en la época precisa, pero habrá que confiar en su máquina del tiempo.

—¿Tenían que ser tan rosas?

—¿El qué?

—Las cajas.

—Son niñas.

—¿Y? Ah... que el hombre de las cavernas no sabe que eso ya no se lleva. A las niñas también les gusta el azul, amarillo, verde, violeta, marrón... Podría estar así todo el día.

—Bien, listilla. ¿Entonces les podría gustar cualquier color?

—Exactamente.

—No sé si me equivoco, pero el rosa es un color; tengo tantas probabilidades de acertar, como con cualquier otro de los que has mencionado, ¿no es así?

—Lo que tú digas. —Pone cara de frustración, e intento decidir cuál de todas sus muecas me gusta más.

Ya estamos en casa de Roger, ha sido un suplicio darle instrucciones de cómo llegar a la reina de la anarquía, doña «a mí nadie me dirige». A veces es exasperante, dan ganas de estirar la pierna para arrojarla con el coche en marcha, pero que conste que esos instintos son pasajeros, la otra gran parte del tiempo le adoro.

—Aparca por aquí, hay un buen sitio libre.

—Deja de darme órdenes, no soy tu chófer. Aparcaré donde me salga de las narices.

Lo que decía, insufrible. Mejor me callo porque no sirve de nada discutir el tema.

No digo yo, ha terminado aparcando en la zona de juegos de las niñas, a pesar de que se veía claramente que no era zona de *parking*. Quizás creyese que los columpios estaban ahí para dividir su supuesto aparcamiento.

Bueno, da igual, estamos aquí.

Ann nos recibe a la entrada del jardín; es la mejor anfitriona que he conocido jamás. Su dulzura y delicadeza son dignas de apreciar; en su compañía, uno se siente acogido de inmediato.

—Gracias por venir. Logan nos ha hablado maravillas de ti, ya nos moríamos de ganas por conocerte.

—Me imagino. Encantada de conocerla.

—A mí no me trates de usted por favor, que me hundes.

—Es solo, lo siento, no lo haré más.

Se nota que Ann le ha caído bien, porque baja la guardia y se pone algo tímida.

—Tranquila Natalia, Ann tiene que reconocer de una vez que se está haciendo mayor, sus hijas cumplen ya cuatro años.

—Mira listillo, solo te llevo unos pocos años. Anda a saludar a Roger antes de que te ofrezca el champán envenenado que he reservado para mi suegra.

Esta mujer es especial, siempre la he visto así, feliz. Es una persona tan positiva que no me extraña que Roger la haya elegido. Todo el día hablando con pirados, escuchando sus miserias; imagino que tenerla al final del día, tiene que ser todo un alivio. Me pregunto si Natalia podría darme esa calma, ser el lugar al que siempre querer regresar.

Caminamos en dirección a Roger, pero un placaje mortal me tira al suelo e impide que continúe. Estas niñas por separado son incansables, pero juntas, definitivamente invencibles.

—¡Queremos nuestros regalos! ¡Queremos nuestros regalos!

—¿Qué les hace pensar que estas cajas son vuestras?

—Tienen papel de regalo y lazos.

—Buena observación. ¿Pero no son muy rosas? Mejor las tiramos.

Miro a Natalia porque la indirecta ha sido para ella. Aunque no sé si la capta, porque se ha alejado bastante, como si las niñas fueran a pegarle algo raro.

—¡Sí! ¡Rosa! ¡Rosa! Nos encanta el rosa. ¡Dame! ¡Dame!

Gritan al unísono y mi fierecilla hace una mueca en respuesta a mi provocación.

Les entrego las cajas en cuanto deciden soltarme. Tardan menos en abrir los regalos, que yo en recuperarme de tenerlas encima.

Aprovecho el respiro que me han dado para acercarme a mi fierecilla, parece bastante incómoda cerca de las pequeñas. No creo que le gusten demasiado los niños.

—¡Qué horror! ¿Por qué no me extraña? Vestidos de princesas. Cuánta originalidad, señor

Logan.

La miro para que se comporte; las niñas podrían oírla y aún no entienden su despiadado sarcasmo. Aunque, sabía que su reacción sería esa y me hace mucha gracia.

—¡Nos encantan! El mío es más bonito.

—No, el mío.

—Venga, vayan a jugar, los dos vestidos son iguales.

Estas niñas son un primor, pero necesito llevar a Natalia a un sitio más cómodo.

—Espera, tío Logan. ¿No vas a presentarnos a tu novia?

Natalia parece un cachorrito, pero noto intriga en sus ojos, como si fuese a analizar mi respuesta a esa pregunta.

—Por supuesto, pero aún no sé si es mi novia.

—¿Cómo no vas a saberlo? ¿Eres tonto?

—El tío Logan es tonto.

Comienzan a reírse con la inocencia propia de un niño; a esa edad se tiene todo mucho más claro.

—¿Eres su novia?

Han ido a por ella y esto se pone interesante.

—Yo... yo soy su amiga.

—¿Pero quieres que sea tu novio?

—Es que yo no sé lo que es un novio. Nunca he tenido uno. ¿Alguna de vosotras sí?

Se va soltando y me enternezco viéndolas interactuar.

—Yo sí, pero Leticia no. Es que yo soy la mayor. ¿Sabes que nací dos minutos antes que ella?

A Lauren le encanta contar esa historia.

—Bueno chicas, debo llevarme a mi amiga, aún tengo que convencerla para que sea mi novia.

Las niñas vuelven a sonreír y cuchichean entre ellas, como si hubiese dicho algo muy pecaminoso.

—Espera, amiga del tío. Voy a contarte un secreto antes de que te vayas.

Lauren hace agacharse a Natalia para susurrarle al oído y al fin nos dejan marchar.

—¿Qué te ha dicho?

Las ocurrencias de esas niñas no están escritas y me muero por saber que le han contado.

—Que los besos son lo mejor de tener novio. Ah... y que puedes comerte su merienda.

—Buen argumento, conociéndote, lo de la merienda habrá bastado para convencerte. Ya me dirás.

—Idiota.

Me gusta buscarle la lengua, sobre todo porque sé que no le van los tecnicismos. Ponerle nombre a los sentimientos no es un buen ingrediente para las relaciones, aunque hay ocasiones en las que siento la absurda necesidad de sentirla mía de una forma más convencional. Nunca pensé que sería tan estúpido como para querer gritarle a todos que ella está conmigo, que es mi pareja, mi novia, mi compañera, mi amante, mi mujer, o mi... todo lo que implique que yo, ya soy suyo.

Capítulo 47

Natalia

La fiesta es algo más sencilla de lo que pensaba, cosa que agradezco enormemente. A pesar de que es una residencia lujosa, han decorado todo con un gusto exquisito, basado precisamente en la sencillez de sus elementos. Habrá unos treinta invitados como mucho, aunque el hecho de no conocer a nadie me pone un poco nerviosa. Bueno, eso, y que a mi alrededor solo se escuchan conversaciones en ese insufrible gaélico escocés que tanto se me resiste. Al menos la anfitriona habla español, y no cualquier español, sino ese tan bien musicalizado con acento argentino. Ha sido un placer conocerla, a ella y a esos bichitos que tiene por hijas.

—¿Qué te ha dicho?

Muere por saber lo que me ha contado esa enana con pinta de saberlo todo.

—Que los besos son lo mejor de tener novio. Ah... y que puedes comerte su merienda.

En realidad, también me ha dicho que le veía cara de enamorado, pero esa observación la guardo para mí.

—Buen argumento, conociéndote, lo de la merienda habrá bastado para convencerte. Ya me dirás.

Muy gracioso, siempre con lo mismo.

—Idiota.

¿A qué se refiere con eso de que ya le diré? ¿Quiere que parezca que soy la responsable de que no hablemos de lo nuestro? ¿A qué juega lanzando indirectas el señor «ni siquiera puedo dormir contigo»? Si quiere saber lo que pienso, que lo pregunte abiertamente, no tendré problemas en contestarle, o sí, pero no creo que este sea el mejor lugar para hablar de ello.

—Logan, por un momento pensé que no vendrías, y ahora veo la razón. Normal que la quieras tener escondida.

Hemos dado al fin con su amigo, que lo deja todo para atendernos.

—Natalia, te presento a mi amigo Roger.

—Encantado señorita... Natalia, ¿verdad?

—Sí, muy buenas.

Le extiende la mano y la besa en un gesto extremadamente empalagoso, pero me aguanto para no ser descortés.

—Aparta, déjate de zalamerías que estás casado, y te conozco, depredador.

—Tranquilo, Logan. Sabes que soy cazador retirado; justo cuando me creí invencible, ¡zas!, caí en una de mis propias trampas, y ahora, el cazado soy yo.

—Cuando encuentres a un argentino que no sea parlanchín y profundo, por favor, *tráemelo*.

Nessie se dirige a mí para burlarse de él imitando su acento. A la legua se nota el cariño que se tienen. Mi Nessie está más relajado de lo normal, como si al lado de este hombre, no tuviese nada que esconder.

—Deja de meterte con mi tierra, sabes que mi alma sangra de pensarla, de soñarla. Tranquila, Buenos Aires, algún día regresaré para acariciar tus calles, para revivir nuestro amor, y sé que me perdonarás la huida, porque una madre siempre perdona a sus hijos.

Este hombre es muy friki, pero sin duda, también alguien muy especial.

—Ya tú no regresas a Argentina en la vida.

Ahí les dejo, discutiendo y bromeando sobre las ventajas y desventajas de un sitio o del otro.

Están tan animados, que han olvidado que estoy por aquí. Aunque no me desagrada, más bien agradezco poder estar un poco a solas con mis pensamientos, bueno, en este caso, con mis fantasías.

Utilizo su distracción para repasar cada detalle de esa venerable figura. Lleva un conjunto muy atractivo; pantalón de vestir, camisa informal y chaqueta a juego en color azul marino. El tejido tiene un efecto curioso, cambia de tonalidad según la luz, aunque mi tormento nace en su cuello, donde ha dejado algunos botones sin abrochar. Las sombras del espartano que lleva tatuado en el pecho, parecen susurrarme propuestas extremadamente indecentes. Le deseo tanto. Me ha provocado mucho morbo besarle en plena calle, no sé si ha sido el miedo a que alguien pudiese vernos, o el añadido de estar frente a la casa de la abuela, pero el propio terror a ser vista se convirtió en goce, y ahora quiero más.

—¡Natalia! ¿En qué piensas? ¿Por qué te has alejado? Siento haber perdido la noción hablando con ese charlatán, pero llevamos algún tiempo sin vernos y a ese no hay quien le deje con la palabra en la boca.

—Sí, no te preocupes. Estaba entretenida con la decoración.

—No, espera. Mírame.

Se acerca, y con ojos a lo escáner, analiza palmo a palmo cada centímetro de mi rostro.

—Tú estás cachonda.

—¿Qué? ¡Déjame en paz!

Intento zafarme de sus brazos, pero me ha abrazado y no quiero ser brusca llamando la atención, así que no me queda de otra que desafiarle con la mirada.

—Mejillas rojas, mirada perdida y... sí, comprobado, manos sudorosas.

Suelto mi mano de su agarre examinador y confirmo el diagnóstico.

—Sí, estoy cachonda, ¿y?

¿Qué he dicho? He mojado de licor los labios de un alcoholístico, he rasgado mis venas en un mar lleno de tiburones, he desnudado mi cuello a esperas de que este vampiro del sexo corra a morderlo.

Sé que aún está procesando mis palabras, pero su cuerpo ya va por libre y respira cada vez más agitado.

—Dime qué es lo que te ha excitado. ¿En qué estabas pensando?

—Baja la voz, alguien podría oírnos.

—Demasiado tarde para que te pongas modosita. Cuenta que nadie va a oírnos, la música de fondo juega a nuestro favor.

—¡Que no! No voy a decirte nada.

—Si no me lo cuentas, juro que dejaré que te consumas en deseos. Por más que supliques luego, no voy a aliviarte.

Su amenaza no se sostiene, pero igualmente voy a contárselo, porque necesito que esté tan mortificado como yo.

—Cuando nos hemos besado antes...

—¿Antes cuándo? Concreta.

—Vale. Me ha excitado que nos besáramos en público; el miedo a que la abuela o cualquier otra persona pudiese vernos, me...

—Te puso a cien.

Ya está con su risa burlona e idiota. No lo soporto. Eso me pasa por contarle tal cosa.

—¡Vete a la mierda!

—¡Eh!, tranquila. Ven aquí. —Evita que ponga distancia, haciéndome caer nuevamente entre sus

brazos.

Al final todos van a creer que somos novios o algo así, cosa que la verdad me importa muy poco, pero cuando se pone idiota, no soy precisamente la «supuesta novia» más orgullosa.

—Tienes que entenderme, Natalia, es muy gracioso. Totalmente predecible viniendo de ti, pero gracioso.

—¿Predecible?

—Vamos Natalia. Adoras ir en contra de las reglas, normal que te excite romperlas.

—Vale. Gracias por la evaluación psicológica, pero ya has conseguido que se me pase el calentón. En serio, no te soporto.

—Ah, ¿sí? ¿Entonces no te pondría que lamiera todo tu sexo en el baño de invitados de esta casa familiar? Cualquiera podría descubrirnos.

—Calla, imbécil. A mala hora se me ocurrió decirte nada.

—Venga, sé que lo estás deseando tanto como yo.

Me cabrea que se esté aprovechando de mi sinceridad, pero más que eso, estoy exageradamente caliente. Le necesito.

—Logan, no podemos hacer algo así. Hay niñas pequeñas, cualquiera podría descubrir nuestras intenciones.

—¿Qué?

Vuelve a carcajearse a mi costa y esta vez sí consigue hartarme de sus juegos.

—¿Que te jodan!

—En serio, ¿hubieses sido capaz? Jamás dejarás de sorprenderme, eres sencillamente increíble.

Su idiotez no tiene límites terrenales, su estupidez es ilimitada, incalculable, infinita, como mis ganas de mandarlo a tomar por saco.

Unos toques sobre la superficie de una copa de champán evitan que pueda responderle. Son Roger y su mujer ofreciéndonos un precioso discurso sobre el amor, la familia y los hijos.

Ha sido tan inspirador que han conseguido distraerme de las constantes provocaciones que este *mega-idiota* no deja de hacerme. Debo tomar las riendas de la situación o estará burlándose de mí toda una eternidad.

La mayoría de los invitados están distraídos viendo cómo las niñas abren una larga hilera de regalos. Dudo que el día les alcance para desempaquetarlos todos, así que cojo a mi Nessie de la mano, y con decisión, le guío hasta el interior de la casa. Una vez dentro, burlo milagrosamente las miradas del servicio, a pesar de que él no para de hacer ruidos con sus estrepitosas carcajadas.

Vacilo un par de veces antes de encontrar el lugar perfecto, pero entro en lo que parece ser un despacho y doy gracias por hallar un espacio tan íntimo, en una casa tan llena de huéspedes.

—¡Eh!, aquí no.

El *cagaderas* ha borrado la sonrisa e intenta persuadirme sobre el lugar, pero cierro la puerta y callo su boca, amordazándole con un beso.

—¿Sabes lo que pasa?, señor Logan. Que vas de machito y eres un *cagao*.

Le arrojo sobre un sofá cama muy raro, parecido a los que usan los psicólogos en las películas, pero que extrañamente parece diseñado para mi propósito.

—Tú estás más pirada de lo que pensaba, pero lo peor de eso, es que me encanta, y ahora voy a enseñarte quien es el *cagao*.

Se levanta del sofá, me toma en peso, y conmigo a cuesta, va hasta la misma puerta que antes he cerrado, para quitar a conciencia el pestillo de seguridad.

—¿Qué haces, Logan?

—No quieres morbo, toma morbo. Ahora sabes que cualquiera podría entrar y vernos.

Debería poner objeción a su descabellada acción y pedirle que cierre la puerta; me parece suficiente peligrosidad el estar metidos en la habitación de una casa ajena, como para que nos pillen en pleno acto sexual. Aunque... también está la opción de dejar la puerta abierta, y que vea quien tiene más huevos de los dos.

Sí, definitivamente esa es la elección que el cuerpo me pide.

—Toda tuya.

—Perfecto. Tu reciente gusto por las faldas me trae loco. Voy a acostarme en ese sillón, te vas a subir la falda y me lo vas a poner en la boca para que pueda besar cada ápice de tu deliciosa intimidad.

¡Hum! La mera propuesta me hace estremecer.

Baja mi cuerpo de su regazo y sigue el marcado plan. Toca que cumpla con mi parte, y lo hago, cómo no hacerlo. Me deshago de las bragas bajo su sucia mirada y me acerco al sillón, pero justo cuando debería subirme a su cuerpo, me entran los nervios al pensar en la puerta abierta y en la alta probabilidad de que alguien nos descubra.

—Logan, quizás...

—Tranquila, ven aquí. Nadie va a entrar.

Obedezco a pesar del pánico, porque también es cierto que la humedad de mi interior es directamente proporcional al miedo que siento.

Remango la falda hasta topar con mi cintura y me siento literalmente en su cara.

Masculla frases obscenas que desde aquí arriba es difícil descifrar, pero estoy segura de que esto le excita muchísimo. Se regocija saboreando milímetro a milímetro mi piel, allí donde sabe que pierdo la cabeza. El placer es tan grande que voy olvidando donde estamos, quienes somos y la indecencia de nuestros actos. Aunque él parece intuirlo y se detiene para recordármelo.

—Sabes a gloria. Si supieras lo que me ponen tus movimientos de placer sobre mi cara. Quien entre por esa puerta quedará hechizado con la imagen de tu cuerpo semidesnudo sobre mi rostro.

¡Hijo de mala madre! Lo ha hecho adrede, me ha recordado la puerta solo para comprobar el efecto que genera en mí saberme expuesta, y ha conseguido su propósito, porque el placer de sus besos más íntimos se está mezclando con el morbo de la situación, situándome cada vez más cerca del orgasmo.

—Avísame cuando vayas a correrte. Sé que estás a punto, reconozco tu humedad y quiero escucharlo de tu boca.

Necesito que se calle, sus palabras solo aceleran lo inevitable y quiero que esta sensación dure para siempre.

—Voy a correrme en tu boca, no aguanto más.

Entierra aún más su cabeza entre mis piernas para ayudarme a ascender. Sí, ascender, tengo que estar volando porque la sensación de libertad es infinita. Cada vez experimento orgasmos más largos, como si fuese explorando límites de excitación supremos.

Capítulo 48

Natalia

Ya voy recobrando el sentido, y me valgo de que se incorpora en busca del indispensable envoltorio plateado, para permitirme unos segundos de tregua. Creo que nunca me cansaré de tenerlo, cada día que pasa se graba aún más en mi piel, como si se tatuara desde dentro.

El chillido corto e ininterrumpido de un móvil, casi le provoca una necrosis isquémica a mi pobre corazón. El alma me vuelve al cuerpo cuando descubro que no es más que el tono de su teléfono. Estar medio desnudos, expuestos al peligro de ser descubiertos, le otorga a la situación un extra de suspense tan terrorífico como excitante.

—Lo siento, déjame echar un vistazo. Este número no lo tiene cualquiera, generalmente es algo importante.

—Tranquilo, espero.

No me hace mucha gracia que atienda el móvil cuando estamos a punto de hacerlo, pero me he quedado con la parte en la que ha dicho que su número de móvil personal solo lo tienen personas realmente importantes. Si mal no recuerdo, me lo ofreció con mucha facilidad a poco de conocernos, incluso cuando yo creía que no me soportaba. Pillín, bien que le gustaba la abolla coches ya por esa fecha. Es un alivio saber que no fui la única en derretirse desde el minuto cero en el que esos ojos negros me atravesaron.

—Tengo que irme, lo siento. El mensaje es de Roger y nos está buscando para que retire el jeep de la zona de juegos de las niñas. Algo previsible, gracias a tu terquedad.

A él le hace mucha gracia la situación, pero yo me muero de vergüenza solo de pensar que han notado nuestra ausencia.

—¡Dios mío! ¿Saben que estamos aquí?

Salto como un resorte del sofá, recojo las bragas del suelo, y me las pongo a la velocidad de un rayo, uno que ha escuchado tronar a la vergüenza.

—Tranquila. Claro que no saben nada. Le estoy escribiendo a Roger para explicarle que hemos caminado hasta la calle a tomar el aire y a alejarnos un poco del bullicio. Saldré discretamente para que no descubran de dónde vengo. Tú quédate aquí, yo te envío un mensaje al móvil cuando haya cambiado el jeep de sitio y así nadie nos ve salir sospechosamente juntos de esta habitación.

—Sí, sí, será lo mejor.

Me gusta la idea, sobre todo porque también me libro de dar la cara después de haber aparcado en medio de la zona de juegos de las pequeñas, solo por llevarle la contraria a mi imperativo monstruo.

Rebusco en los bolsillos de mi chaqueta, las llaves del jeep, y me cercioro de tener el iPhone a mano, mientras él guarda el condón (que espero que usemos pronto), y sube la cremallera de su fino pantalón.

—Escríbeme en cuanto esté todo despejado, por favor.

—Sí, no te preocupes, les diré que estás dando un recorrido para apreciar la bonita decoración. En cuanto esté todo despejado, te aviso y vas a dar conmigo —hace ademán de salir por la puerta, pero regresa solo para añadir—: Ah... Importante; esto no acaba aquí.

Y esta vez sí sale, despidiéndose con esa presuntuosa sonrisa que tan bien adorna sus labios.

Vale ¿Yo que hago mientras?, metida aquí dentro, asilada; con lo que odio sostener esquina. Dicen que el arte es oficio de seres pacientes, definitivamente yo soy la excepción que confirma la

regla. Siempre me ha caracterizado el poseer la impaciencia de un reloj. Aunque, no queda de otra, en esta ocasión toca hacer tiempo, al menos no nos han pillado. Vaya locura la nuestra.

Doy varios recorridos de un lado a otro, sin hacer nada particular, jugando a echar un ojo por aquí y otro por allá. Demasiado curiosa e intranquila como para esperar sentada.

Esta habitación es muy rara, excesivo espacio para ser solo un despacho, sin mencionar las curiosas columnas archivadoras, altas como pinos. Me pregunto si necesitarán una escalera para alcanzar los cajoncillos superiores. ¿Qué cantidad de papeles guarda nadie?

Continúo deduciendo los posibles usos de la habitación y preguntándome cuestiones tan superfluas como por qué alguien necesita tener bajo llave tantos documentos, cuando una chapilla metálica sobre el distinguido escritorio tiene la intención de aclararme algunas dudas.

Leo la inscripción y la sorpresa me asalta:

{«Psicoanalista Roger López»}

¡Joder!, el argentino es un comecocos. Ahora me encaja todo; el sofá, su verborrea, y, sobre todo, la casona. Siempre he supuesto que los psicoanalistas se forraban con la profesión; tal y como está el mundo, estar cuerdo sale mucho más caro.

El reciente descubrimiento triplica mi indiscreta curiosidad, ahora solo pienso en el contenido de esos archivadores. Cuántas historias de gente tocada de la cabeza, pasados perturbadores, traumas inconfesables. Siempre he querido saber qué tanto escriben mientras los pacientes pegan a hablar de sus maltratadas vidas.

«No, Natalia». Vale, me estoy quietecita, Nessie no puede tardar mucho más en avisarme.

Nessie, Nessie. Nessie y Roger, ¿esos dos serán solo amigos? Ahora que lo pienso, su relación es muy fluida, algo nada usual en mi monstruo.

Espera, y si Roger es su psicoanalista, eso sería más que probable dado los traumas que todos aseguran que ha sufrido mi Nessie. Por lo general algunas personas se ven obligadas a buscar la ayuda de un profesional para superar cuestiones que se escapan de su control; él puede perfectamente haber asistido a Roger en busca de esa ayuda.

¿Y si en alguna parte de esta habitación están todas las respuestas a mis preguntas? Si mi teoría fuese cierta y Roger es su psicoanalista, alguno de esos archivos tendría su nombre. Imagina que pudiese descubrir qué es eso tan terrible que vivió en su infancia, adolescencia o en cualquier otro momento su vida, pero que le hace incapaz de dormir a mi lado, al punto de tener que huir todas las noches de mi cama, aun cuando sé que desea quedarse.

No pienso perder esta oportunidad, por mínima que sea, de encontrar algo que lo explique todo, que me acerque a él.

Voy hasta la estantería de metal que expone unas cincuenta llaves, y analizo cuál podría ser el criterio de clasificación para ellas. Vale, creo que lo pillo, cada llavecita se ha etiquetado con una letra y supongo que la letra de la llave, corresponde a la letra del archivador en cuestión, así que rezo para que esté ordenado alfabéticamente con respecto al apellido del paciente.

Tomo la llave para el archivador «C» correspondiente a su apellido, Craig, y me dispongo a abrirlo.

Debo estar loca y lo más probable es que no exista tal registro, pero no pararé hasta averiguarlo. ¡Bien! Al menos es la llave correcta. Dentro hay un montón de expedientes con sus nombres escritos en la esquina superior, formados en una hilera muy organizada. No sé exactamente cuántos nombres puede haber en esta gaveta, pero el suyo resalta en mi cabeza como escrito con luces de neón.

El corazón se me dispara, el cuerpo se hiela y el sudor exporta el calor que antes poseía. Curiosamente, a veces buscamos respuestas sombrías con la callada esperanza de no hallarlas; el

ser humano es así de necio.

Ya con la carpeta sobre mis piernas, vacilo entre, abrirla o dejar que el tiempo ponga todo en su sitio. Quizás algún día este hombre esté preparado para abrirse a mí, tal y como intentó hacer en Haití, cuando callé su boca para evitarle el calvario de contar algo para lo que no parecía estar listo y para lo que puede que yo tampoco estuviese preparada. Pero ahora sí, ahora sí estoy dispuesta a saber qué atormenta esa compleja cabeza.

Convencida, abro el expediente y me topo con la primera hoja de apuntes.

Logan Craig

Trastornos:

Trastorno obsesivo compulsivo (TOC):

Derivado de una ansiedad caracterizada por pensamientos intensivos, recurrentes y persistentes; manifiesta inquietud, aprensión, temor y preocupación. Estos sentimientos le llevan a conductas repetitivas, compulsiones dirigidas a reducir la ansiedad asociada, en este caso, la obsesión de hacer daño tanto a seres queridos, como a extraños, o incluso a sí mismo; todo ello a un nivel meramente psicológico.

(No psicótico: Probado)

(Estado actual: Recurriendo)

Alucinaciones:

Se manifiestan en forma de paroxismo nervioso, objeto de la propia ansiedad y estrés experimentado. Hasta el momento, solo se tiene constancia de una alucinación auditiva en la modalidad sensorial con leves episodios visuales.

No me estoy enterando de nada, esto está escrito en un lenguaje demasiado técnico para mi incultura científica. Por lo que he leído hasta ahora, no sé si estoy saliendo con un demente, o con alguien que ha transitado su propia *vía crucis*. Pasemos esta hoja para expertos en el campo de la psicología, y busquemos algo más potable.

El siguiente folio es una narración repleta de borrones, escrita a mano. Reconocería su caligrafía a simple vista, la tengo grabada en mi cabeza, así como cada palabra que escribe en esos dichosos *post-it* que me deja siempre.

En el borde superior de la hoja, y justo antes de que comience a entretejerse su perfilada letra, Roger hace énfasis poniendo asteriscos en una nota.

El sujeto sigue sin acceder a hablar, utiliza la narración escrita como medio de expresión.

¡Dios!, es cierto. La aclaración me ha hecho reparar en el resto del material. Cuántas hojas con su puño y letra, no sé ni por dónde empezar. Todas tienen la fecha en la que han sido escritas y están ordenadas por su antigüedad. Tengo miedo de no tener suficiente tiempo para todas, así que escojo una de entre medio.

Logan Craig

Esta noche tampoco pude dormir, no podía sacar de mi mente las imágenes aterradoras de verme golpeando frenéticamente el cráneo de ese chico que no conozco de nada. Sé que las imágenes viven solo en mi cabeza, y que fue descabellado salir huyendo sin más, pero no sé qué hacer, los pensamientos son cada vez más concretos y me preocupa terminar dañando realmente a alguien.

A veces estoy simplemente caminando por la calle y veo pasar a un niño, un simple niño que no he visto jamás, y la posibilidad de hacerle daño, me hace correr en sentido contrario. ¡Me estoy volviendo loco! Necesito acabar con esto de una vez. Necesito descansar...

Esto no puede haberlo escrito mi Nessie, el mismo hombre que hace solo unos instantes estaba a mi lado, seguro y cuerdo, muy cuerdo. Miro la fecha en la esquina de la hoja, y data de unos cuantos años atrás; espero sinceramente que estos traumas sean cosa del pasado y que el pobre haya conseguido extirpar tanto tormento.

Sé que debería cerciorarme de coger una hoja con fecha reciente, esa sería la mejor forma de descubrir si lo ha superado, si ha podido recuperarse de tales males, pero soy curiosa y termino tomando otra de hace unos tres años que roba toda mi atención, debido a su deplorable estado y a la frase tan sugerente con la que comienza el relato.

Logan Craig

Ella era una prostituta, y no precisamente de las caras, pero había bebido mucho. Ya sabes que cuando bebo me vienen esos estúpidos pensamientos en los que todavía creo que puedo hacer daño a otros, e incluso a mí mismo. Sé que esa parte ya estaba superada, pero el alcohol hace que pierda la poca consciencia que me queda.

En fin, me la llevé a un hotel e hicimos de todo. Si quieres puedo darte detalles, pero como sé que odias que siga escribiéndote en vez de hablarte, te ahorro los pormenores íntimos y te resumo que estaba dispuesta a todo. Ya sabes, unas buenas prácticas de sadomasoquismo ayudan mucho a calmar los nervios, siempre y cuando ella tome el control. Tú entenderás mejor que yo la explicación médica de por qué prefiero el rol de sometido. Experimentar dolor inhibe los pensamientos obsesivos en los que hago daño a otros, y eso es más de lo que puede aspirar mi insulsa felicidad.

Para no hacer larga la historia, la muy zorra estaba cachonda, yo diría que no suele tener clientes tan atractivos o mínimamente aseados. Todo iba de maravilla hasta que se vino arriba y comenzó a pedirme que le sometiera yo a ella. ¡Joder! Quería que la azotara mientras le penetraba con fuerza por detrás. En serio, no me van esos juegos, prefiero ceder el control; esa práctica en concreto, sabía que no me llevaría a nada bueno, y aun así, accedí...

No sé si tengo fuerzas para seguir leyendo, esto es demasiado fuerte para mí. Los celos me corroen y a pesar de que soy consciente de que todo esto ocurrió antes de mí, leer de su puño y letra cómo ha deseado a otra mujer de una forma tan sucia, me desgarrar. Tengo la estúpida sensación de ser traicionada por su pasado.

Una lágrima pionera coloniza el territorio de mis mejillas y alienta al resto que se acumula en mis ojos para que la sigan. Aun así, continúo leyendo condenada por una necesidad impulsiva de saberlo todo.

...ya sabes que un hombre cachondo es como un animal herido de muerte, o le curas, o le disparas en la cabeza. Entré en su juego y bauticé el momento con suaves nalgadas, pero ella quería más, pedía más. Las cosas se me fueron yendo de las manos, y como si nunca se hubiese ido; vi su imagen, era él, su barba descuidada y asquerosa, su desaseada figura, su quejumbrosa voz. Estaba allí, en aquella habitación, el hombre que acababa de enterrar, mi padre.

Podía haber aparecido en cualquier momento, hubiese repudiado por igual su exánime aparición como su viva presencia. Sin embargo, escogió la peor ocasión, hizo suya mi debilidad y comenzó a exigirme que estrangulara a esa chica que él reconocía en otro rostro. Me rehusé un par de veces, pero la alucinación iba ganando espacio en mi destornillada cabeza, y terminé reconociendo, a petición suya, el rostro de mi madre en el de una mujer que poco se le parecía.

Apreté su cuello, sí, todo lo que pude, hasta que él desapareció y yo dejé de sentir.

Lo demás ya lo sabes, me visitaste en el hospital al día siguiente y declaraste a mi favor en el juicio. No sé qué coño quieres que te cuente, estoy harto de que los demonios me alcancen. No importa cuánto corra, no importa qué tanto me acerque a la luz, ellos siempre me arrastran a la oscuridad. Sabes perfectamente que terminaré como él, nadie podrá salvarme de ese destino...

El móvil lleva unos diez minutos sin dejar de vibrar, debe haberme enviado unos mil mensajes, pero no puedo respirar, imagina responder. Sé que estoy llorando porque la hoja está prácticamente empapada de tantas lágrimas que caen de mis ojos, aunque no soy plenamente consciente de ello, mi cuerpo ha dejado de recibir órdenes claras de mi cerebro. El dolor lo llena todo, un dolor extremadamente físico a pesar de su móvil emocional. La rotura de mi pecho es interna y el rasgado se extiende hasta el estómago, dificultando parcialmente mi respiración. Por momentos estoy segura de que caeré al suelo, no creo que nadie aguante tanto tiempo sin respirar.

Un sollozo lanza un salvavidas a mi crítico proceso de oxigenación y tomo el aire necesario para volver a existir. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Yo que jamás creí en los cuentos de hadas, yo que repudié el amor romántico, yo que resguardé mi corazón en pos de la razón ¿Cómo pude creer que todo era perfecto solo para mí? La erudita en mundos quebrados, marioneta de cuentos marginados, una estúpida. Una que se creyó sus historias mal contadas, una que hace tan solo unos minutos soñaba con promesas, relaciones y corazones pintados en un papel. La misma idiota que vio un príncipe en el monstruo más miserable de esta tierra.

—¡Joder! Natalia ¿Qué coño haces? Sabía que no era buena idea entrar aquí. ¿Cómo fui tan imbécil?

—¿Y qué pensabas hacer? Ocultarme para siempre la verdad ¿Qué coño quieres de mí? —agito el papel que a duras penas continúa entre mis manos—. Dime que todo esto es literatura barata. Dime que Roger no es tu médico y que yo no soy otra idiota a la que convertir en una de tus víctimas. ¡Dímelo! ¡Venga! Dímelo, por favor.

Estoy deshecha y no sé por qué carajo le suplico cuando debería estar corriendo en dirección contraria a él, alejándome de sus miserias, huyendo de lo que siento.

—No sé qué has visto Natalia, pero tenemos que hablarlo. Las cosas no son como piensas.

Está abatido y corre para acercarse, pero no permito que me toque, en estos momentos no soy capaz de aguantar su contacto.

—Ah, ¿no? ¿Entonces esta no es tu letra?

Le lanzo el papel a la cara y el muy cobarde esconde la cabeza entre sus manos.

—Sí es mi letra, pero...

—¿Entonces lo de la prostituta no es cierto? A la que...

Ni siquiera puedo imaginar lo que habrá hecho a esa pobre mujer. Mi voz se quiebra y el llanto se transforma en leves espasmos que no logro controlar.

—Sí, Natalia, todo eso es cierto, pero yo... Yo te necesito, déjame explicártelo.

—¿Explicarme?

—Natalia, me has domesticado.

Algunas lágrimas también anidan en sus mejillas, pero no podría asegurarlo, apenas puedo mirarle a los ojos.

—No te atrevas, ya has jugado suficiente conmigo, no quiero que me utilices más. Eres un puto monstruo, y me das asco.

El recuerdo de sus letras describiendo cómo hacía daño a esa pobre mujer, me infunden la fuerza necesaria para pronunciar las más hirientes de las palabras.

No quiero pensar en el desenlace tan cruel que puede haber sufrido esa chica, a la que quizás,

incluso haya asesinado. Al fin y al cabo, los ricos siempre salen ilesos a los efectos de la justicia.

—No, por favor, esto no tenía que haber pasado, no así.

Cae de rodillas a mis pies, pero el suelo sigue pareciéndome un lugar elevado para él. No estoy dispuesta a liberar a ese lado enfermizo de mi inconsciencia que muere por consolarle, ya le he echado el pestillo y no verá la luz jamás, o al menos hasta que entienda que ese hombre a quien ama, no existe, y nunca ha existido.

—Dame las llaves del jeep.

Tembloroso, pone las llaves sobre mis manos, aprovechando el gesto para hacer un intento desesperado por tocar mi piel. Me aparto de inmediato y le dejo a solas, marchándome del lugar, de su vida y de mis ganas de abrazarle.

«No mires atrás, no mires atrás». No puedo mirar atrás, no quiero. Si lo dudo solo un segundo, regresaré para consolarlo, para imaginar que nada de esto ha pasado, para soñar que aún somos un par de enamorados que encontraron su propio *te quiero* bajo las aguas de un lugar sagrado. Debo alejarme, poner distancia a los recuerdos.

Salgo bajo la indiscreta mirada de los presentes, que habrán notado la desolación en mi rostro, el sollozar de mi respiración, la huida. Igualmente continúo sin reparar en nada, todo a mi alrededor carece de sentido. Yo solo siento dolor, mucho dolor, un dolor que va apagando las luces que se habían instalado dentro de mí. Un dolor tan desgarrador que por momentos tengo la certeza de que acabará conmigo, pero no es benevolente, me mantiene viva porque sabe, que solo así, podrá condenarme.

Conduzco rumbo a casa de mi abuela y milagrosamente consigo transitar por una ciudad que vuelvo a desconocer. Apenas visualizo el camino, las lágrimas lo empañan todo. Seguramente estoy infringiendo cada una de las leyes viales estipuladas, pero cuando la vida parece no merecer la pena, esos detalles preocupan muy poco.

Logro aparcar en la entrada de esa vieja casa que lo ha cambiado todo, el origen de mis desgracias. Nunca debí haber venido a esta tierra, a este erebo lleno de miserias y desengaños.

Entro a la misma velocidad que escapé de él, atropellando los escalones con la inútil aspiración de que nadie me vea, pero el destino juega con mi cordura y una voz familiar pronuncia varias veces mi nombre. Debo estar soñando, o delirando, estoy tan perturbada que alucino.

—¡Naty! ¡Naty! Soy yo, estoy aquí, llevo casi una hora esperándote, ese vuelo es un asco. ¿No vas a darle un abrazo al peor amigo del mundo?

¿Qué? No puede ser, me volteo para comprobar que la única persona a la que necesito en este momento, el único que conoce realmente a la Natalia que quiero recuperar, está aquí, y ha venido para salvarme del infierno.

—¡Esteban!

Corro escaleras abajo y con un abrazo, le ruego para que no me abandone jamás.

Fin de la primera parte.

Próximamente... *Nessie: Secretos de un Monstruo*

Los libros son los traductores del alma, y tú has dejado parte de la tuya en este. No olvides regresar a por ella.

D.B. Rodríguez

Table of Contents

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)